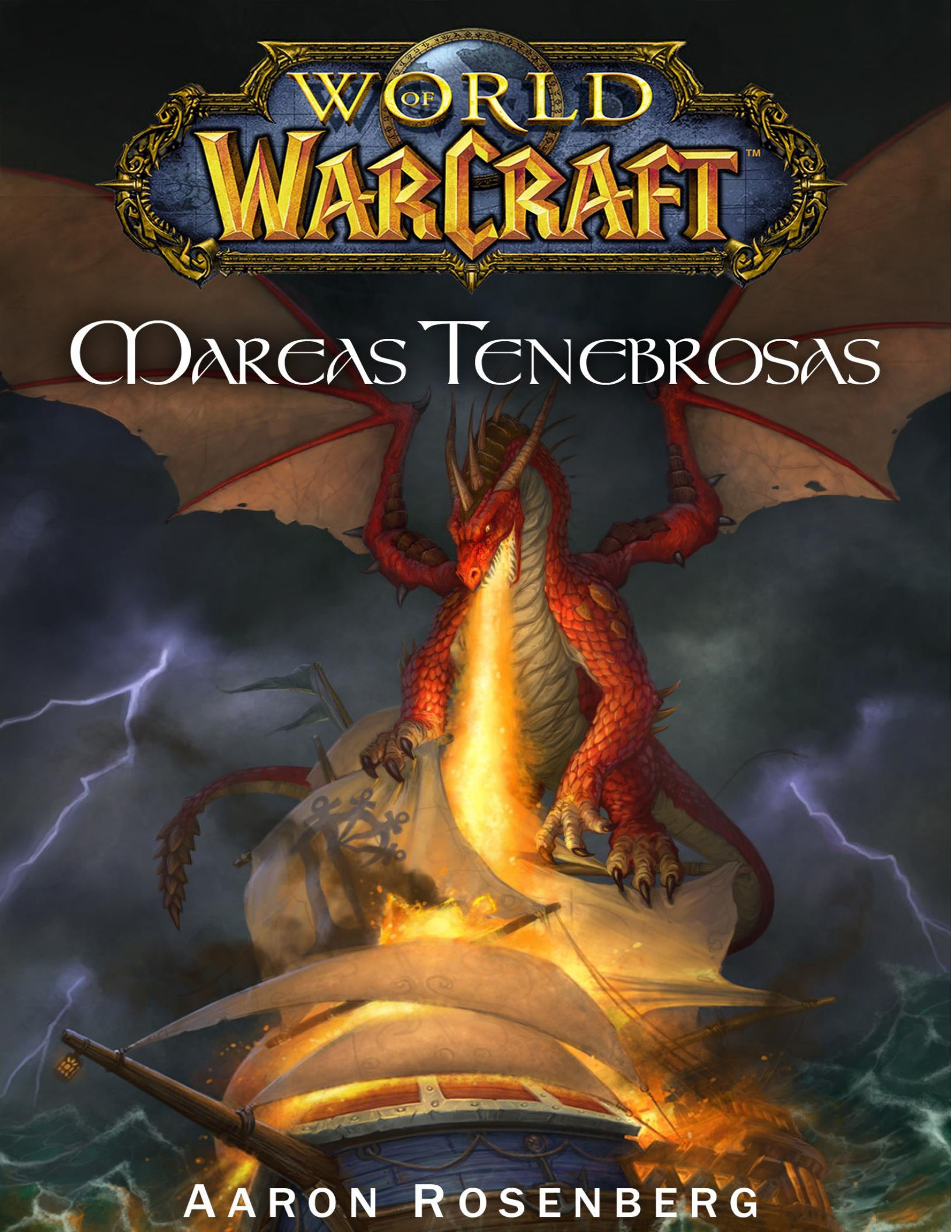
The logo for World of Warcraft, featuring the words "WORLD OF WARCRAFT" in a stylized, golden, serif font. The word "OF" is smaller and positioned between "WORLD" and "WARCRAFT". The logo is set against a dark blue, textured background with ornate golden borders and a small globe icon behind the word "WORLD".

WORLD OF WARCRAFT™

MAREAS TENEBROSAS



AARON ROSENBERG

# Mareas Tenebrosas

Tras matar al corrupto jefe de guerra Blackhand, Orgrim Doomhammer toma las riendas de la Horda orca. El nuevo jefe de guerra está decidido a conquistar el resto de Azeroth con el fin de encontrar un nuevo hogar para su pueblo.

El viejo Campeón de Ventormenta, Anduin Lothar, ha dejado atrás su destrozada patria para conducir a su pueblo hasta el otro lado del Mare Magnum, en las costas de Lordaeron. Allí, con la ayuda del noble rey Terenas, sella una gran alianza con otras naciones humanas. Pero este pacto podría no ser suficiente para impedir el salvaje asalto de la feroz Horda.

Mientras las dos facciones luchan para dominar el continente, los elfos, los enanos y los trolls también deciden unirse a la batalla.

¿Prevalecerá la valerosa Alianza o la marea tenebrosa de la Horda consumirá los últimos vestigios de libertad en Azeroth?

Aaron Rosenberg

# Mareas Tenebrosas

Corrección y edición:

Traduciendo  **BLIZZARD**



# PRIMER PRÓLOGO

**H**abía llegado el amanecer y la niebla todavía envolvía al mundo. En la aletargada aldea de Costasur la gente se desperezó y, aunque eran incapaces de ver la luz del alba, eran conscientes de que la noche había acabado. La niebla cubría el mundo, se tendía sobre las sencillas casas de madera y ocultaba el mar que los lugareños sabían que se hallaba más allá de los confines del pueblo. Pese a que no podían verlo, podían escuchar cómo el agua besaba la orilla mientras sus ondas se extendían a lo largo del único muelle.

Entonces, escucharon algo más.

Un sonido que atravesó la niebla, lento pero seguro, que reverberó sin que pudieran identificar de dónde venía ni en qué dirección. ¿Acaso procedía de la tierra situada tras ellos o del mar situado delante? ¿Acaso se trataba de las olas que rompían en la orilla más fuerte de lo habitual, o de la lluvia que arreciaba sobre la misma niebla, o del carromato de algún mercader que recorría el abrupto sendero de tierra? Tras escuchar atentamente, la gente del pueblo se dio cuenta, al fin, de que ese extraño nuevo sonido procedía del mar. Corrieron presurosos a la orilla y trataron de distinguir algo en la niebla, de atravesar esa mortaja con la mirada. ¿Qué era ese ruido y qué era lo que anunciaba?

Poco a poco, la niebla se fue disipando, como si el mismo ruido la fuera empujando. Se hinchó y oscureció y, acto seguido, la oscuridad cobró la forma de una ola que se aproximaba velozmente hacia ellos. Los lugareños retrocedieron y varios de ellos gritaron. Esos hombres eran dueños y señores del mar, habían sido criados para ser pescadores, pero esa ola no estaba hecha de agua. Se movía de un modo muy extraño. No, era otra cosa.

La oscuridad siguió aproximándose, arrastrando consigo la niebla, y el ruido se intensificó. Entonces, por fin, rasgó ese velo neblinoso y tomó forma. Eran barcos. Una infinidad de ellos. Los aldeanos se relajaron un poco, porque los barcos eran algo que comprendían; no obstante, permanecieron alerta. Costasur era una aldea de pescadores muy tranquila. Ellos mismos poseían una decena de barquitas y tal vez habían visto otra decena más a lo largo de los años. Pero de repente, había cientos aproximándose a ellos al mismo tiempo. ¿Qué podía significar algo así? Los hombres aferraron con fuerza y rapidez



garrotes de madera, cuchillos, palos coronados por ganchos e incluso redes; cualquier cosa que tuvieran a mano. Aguardaron, presas de una gran tensión, mientras observaban cómo esas naves se acercaban más y más. Más navíos iban emergiendo de la niebla, conformando una procesión infinita. Con cada nueva hilera de barcos, el desconcierto de los moradores de la aldea iba creciendo. No se trataba de cientos de naves, sino de miles; ¡se aproximaban más barcos de los que jamás habían visto! ¡Toda una nación entera! ¿De dónde habían salido tantos navíos? ¿Cómo habían podido echarse al mar al mismo tiempo? ¿Y qué les podía traer a Lordaeron? Los aldeanos aferraron sus armas con aún más fuerza, al mismo tiempo que los niños y las mujeres se escondían en el interior de sus hogares y el número de naves se multiplicaba. Al fin, quedó claro que el ruido lo provocaban los muchos remos que hendían el agua desacompasadamente.

El primer barco atracó en la playa y los lugareños pudieron distinguir quiénes iban a bordo. Se relajaron aún más, aunque creció su confusión y preocupación. Se trataba de hombres, e incluso de mujeres y niños, a juzgar por su tamaño, de pieles pálidas y bronceadas, de cabellos de color normal. No eran monstruos, ni pertenecían a ninguna de esas otras razas sobre las que los habitantes de la aldea habían oído hablar, pero nunca habían visto. Tampoco parecían estar armados para batallar; sin duda alguna, la mayoría de los recién llegados no eran guerreros. Al menos, no se trataba de una invasión. Más bien daba la impresión de que huían de algún terrible desastre. El miedo de los lugareños se tornó en compasión. ¿Qué podía haber obligado a echarse al mar a lo que parecía ser toda una nación entera?

Más embarcaciones alcanzaron la orilla y la gente desembarcó de ellas tambaleándose. Algunos se derrumbaron sobre la rocosa playa, llorando. Otros permanecieron en pie, cuan largos eran, a la vez que respiraban hondo, como si se alegraran de haber dejado el mar atrás. Entretanto, el sol matutino disipaba la niebla, transformándola en delgados jirones que se desvanecían ante la fiereza de sus rayos, lo cual permitió que los aldeanos pudieran ver con más claridad. Esa gente no era un ejército. Muchos de ellos eran, en efecto, mujeres y niños, y la mayoría iban muy mal vestidos. Casi todos parecían demacrados y débiles. Eran gente normal a la que había sorprendido alguna calamidad, sin lugar a dudas. Muchos de ellos estaban tan alterados que apenas eran capaces de permanecer en pie o acercarse dando tumbos a la orilla.

No obstante, algunos portaban armadura. Uno de ellos en concreto, que viajaba a bordo del barco que lideraba a los demás, se acercó a los aldeanos ahí congregados. Era un hombre corpulento y robusto, prácticamente calvo, que tenía una barba y un bigote frondosos y un semblante recio y severo. No cabía duda de que su armadura había visto muchas batallas; además, sobre uno de sus hombros se alzaba la empuñadura de una espada descomunal. De todos modos, no llevaba ningún arma en los brazos, sino a dos niños pequeños, y varios más correteaban junto a él, agarrándose a su armadura, cinturón y

la vaina de su espada. A su lado, caminaba un hombre muy extraño; era alto y de espalda ancha pero delgado, de pelo blanco y de paso firme. Iba vestido con una túnica violeta hecha jirones y una mochila raída; asimismo, llevaba un niño subido a uno de sus hombros mientras que otro iba tomado de su mano. Una tercera persona iba con ellos; se trataba de un joven de pelo castaño y ojos marrones, que apenas era consciente de dónde estaba y que se aferraba a la capa del hombre grande como si fuera un niño que se aferrara desesperadamente a la mano de su padre. Iba ataviado con una ropa suntuosa, pero desgastada por el uso y rígida por culpa de la sal del mar.

—¡Bienhallados! —exclamó el guerrero, al mismo tiempo que se aproximaba a los lugareños, con un gesto torvo en su rostro—. Somos refugiados. Huimos de una batalla realmente terrible. Les ruego que nos den comida y bebida si es posible, así como cobijo, por el bien de estos niños.

Los moradores de la aldea se miraron unos a otros y, acto seguido, asintieron y bajaron sus armas. No eran un pueblo rico pero tampoco pobre; además, tendrían que haber estado sumidos en la más absoluta miseria para no haber ayudado a esos niños. A continuación, unos hombres se llevaron a los niños que venían con el guerrero y al tipo vestido con la túnica violeta y los guiaron hasta la iglesia, su construcción más grande y robusta. Las mujeres del pueblo ya estaban preparando varias ollas de gachas y guisos. En breve, los refugiados se encontraban acampados en el interior de la iglesia y a su alrededor, donde comían, bebían y compartían las mantas y abrigos que les habían donado. El ambiente habría sido bastante más animado si no fuera por la tristeza que asomaba de manera evidente en el rostro de cada recién llegado.

—Gracias —le dijo el guerrero al jefe de la aldea, quien se había presentado como Marcus Redpath—. Sé que no pueden ofrecernos demasiado, pero les agradezco mucho todo cuanto nos han dado.

—No permitiremos que estas mujeres y niños sufran —replicó Marcus, quien frunció el ceño mientras observaba detenidamente la armadura y espada de aquel hombre—. Bueno, dime, ¿quién eres y por qué estás aquí?

—Soy Anduin Lothar —respondió el guerrero, a la vez que se pasaba una mano por la frente—. Soy... era... el caballero campeón de Ventormenta.

—¿De Ventormenta? —Marcus había oído hablar de esa nación—. ¡Pero eso se encuentra al otro lado del mar!

—Sí —respondió Lothar con tristeza—. Hemos navegado durante días hasta alcanzar estas tierras. Nos hallamos en Lordaeron, ¿verdad?

—Así es —contestó el individuo de la túnica violeta, quien hablaba por primera vez—. Reconozco estas tierras, aunque no esta aldea en concreto. —Hablaba con un tono de voz sorprendentemente firme para tratarse de alguien tan mayor, aunque, de cerca, solo

las arrugas de su semblante y el color de su pelo sugerían que era un hombre de avanzada edad. Aparte de eso, parecía bastante joven.

—Esto es Costasur —les explicó Marcus, al mismo tiempo que elevaba una mirada recelosa sobre el joven de barba blanca—. ¿Eres de Dalaran? —se atrevió a preguntar por fin, intentando mantener un tono de voz sereno.

—Sí —reconoció el extraño—. Pero no temas... regresaré a ese lugar en cuanto mis compañeros puedan viajar.

Marcus procuró que no se notara cuan aliviado se sentía ante esa respuesta. Los magos de Dalaran eran muy poderosos y tenía entendido que el rey los consideraba sus aliados y atendía sus consejos; no obstante Marcus no quería tener nada que ver con la magia y sus practicantes.

—No debemos demorarnos —reconoció Lothar—. He de hablar con el rey de inmediato. No podemos perder más tiempo, la Horda podría volver a atacar.

Si bien Marcus no entendió ese último comentario, fue capaz de reconocer que el fornido guerrero había hablado con un tono de voz teñido de premura.

—Las mujeres y los niños pueden quedarse aquí un tiempo —les aseguró—. Cuidaremos de ellos.

—Gracias —dijo Lothar con total y obvia sinceridad—. Enviaremos comida y otras provisiones en cuanto contactemos con el rey.

—Tardaran bastante en llegar a la capital —señaló Marcus—. Enviaré a alguien por delante, a lomos de un caballo rápido, para avisarles de su llegada. ¿Qué quieres que les comente?

Lothar frunció el ceño.

—Debe decirle al rey que Ventormenta ha caído —dijo en voz baja tras un largo momento de silencio—. Que el príncipe se encuentra aquí con toda la gente que ha podido salvar. Que necesitamos provisiones cuanto antes. Y que le traemos malas noticias que debemos comunicarle urgentemente.

A Marcus se le habían desorbitado los ojos al escuchar esa lista de problemas y había posado rápidamente la mirada sobre ese joven que se hallaba junto a aquel enorme guerrero, aunque la había apartado antes de que este pudiera sentirse ofendido.

—Así se hará —les aseguró.

A continuación, se volvió para hablar con uno de los lugareños, quien asintió y se subió de un salto a un caballo cercano. Al instante, se marchó al galope antes de que su jefe hubiera siquiera dado un par de pasos en dirección a la iglesia.

—Willem es nuestro mejor jinete y su caballo es el más rápido de la aldea —les garantizó Marcus a ambos—. Llegará a la capital mucho antes que ustedes y entregará el mensaje. Mientras tanto, reuniremos tantos caballos como sea posible y la comida necesaria para que ustedes y sus compañeros puedan partir de inmediato.

Lothar asintió.

—Gracias. —Entonces se volvió hacia el hombre de la túnica violeta—. Reúne a los que nos van a acompañar, Khadgar, y diles que se preparen. Nos marcharemos lo antes posible.

El mago asintió y se alejó en dirección hacia el grupo de refugiados más próximo.

Unas pocas horas después, Lothar y Khadgar abandonaron Costasur, acompañados del príncipe Varian Wrynn y sesenta hombres. La mayoría había preferido quedarse en la aldea ya que, o bien estaban enfermos o fatigados, o simplemente tenían miedo, estaban aún conmocionados y deseaban quedarse con los pocos supervivientes de su propia tierra que todavía seguían vivos. Lothar no se los echaba en cara. Una parte de él también deseaba quedarse en ese pequeño pueblo pesquero. Pero tenía que cumplir con sus obligaciones. Como siempre.

—¿Falta mucho para llegar a la capital? —le preguntó a Khadgar, quien cabalgaba junto a él.

Los habitantes del pueblo les habrían ofrecido las pocas monturas y carretas que poseían, las cuales habían demostrado ser suficientes para lo que querían. Lothar había titubeado a la hora de aceptar más ayuda por parte de los generosos lugareños, pero al final había aceptado, pues era consciente de que así llegarían a su destino muchísimo más rápido.

Y el tiempo corría en su contra.

—Unos días, tal vez una semana —respondió el mago—. No conozco esta parte del reino muy bien, pero la recuerdo de los mapas. Deberíamos ver los chapiteles de la ciudad en cinco días a lo sumo. Después, tendremos que cruzar el bosque de Argénteos, una de las grandes maravillas de Lordaeron, para sortear el lago Lordamere, ya que la capital se encuentra en su orilla norte.

Khadgar volvió a quedarse callado y Lothar contempló detenidamente a su compañero. Le preocupaba aquel joven. Cuando se conocieron, había quedado impresionado por la serenidad y confianza de la que hacía gala el mago y asombrado por su juventud. Solo tenía diecisiete años, era poco más que un muchacho, y ya era un mago hecho y derecho... ¡Había sido el primer chico que Medivh se había dignado a aceptar como aprendiz! En encuentros posteriores, había descubierto que Khadgar era brillante, testarudo, centrado y simpático. Le había caído bien ese muchacho, era la primera vez que sentía cierto afecto por un mago desde... bueno, desde que había conocido al propio Medivh. Pero tras lo acaecido en Karazhan...

Lothar se estremeció al recordar ese conflicto tan angustioso y horrendo que le había llevado a aliarse con Khadgar, la semiorco Garona y un puñado de hombres para enfrentarse a Medivh. Si bien había sido el propio Khadgar quien había propinado el golpe letal a su maestro por pura necesidad, había sido él quien había decapitado a su viejo



amigo, a quien había protegido muchas veces cuando ambos eran jóvenes, en aquella época en la que Medivh, Llana y él habían sido compañeros y amigos.

Lothar negó con la cabeza e intentó contener las lágrimas. Pese a que durante aquel largo viaje por mar un hondo pesar se había adueñado de él muchas veces, aún tenía la sensación de que el dolor, la ira y la tristeza podrían apoderarse abrumadoramente de él en cualquier momento. ¡Llana!, su mejor amigo, su compañero, su rey. Llana, el de la radiante sonrisa, la mirada alegre y el rápido ingenio. Llana, el que había llevado a Ventormenta a conocer su época dorada... para ver luego cómo los orcos la destruían, cómo la Horda atravesaba sus tierras, arrasándolo todo a su paso. ¡Para luego descubrir que Medivh había sido el responsable de todo! ¡Que con su magia había ayudado a los orcos a llegar a este mundo y les había garantizado el acceso a Ventormenta! ¡Y, por tanto, no solo había provocado la destrucción del reino sino la muerte de Llana! Lothar tuvo que reprimir un grito al pensar en todo lo que había perdido, en toda la gente que había perdido. Entonces, hizo de tripas corazón y recobró la compostura, tal y como había hecho muchas veces durante ese viaje. No podía sucumbir a tales emociones. Su pueblo lo necesitaba. Así como la gente de esta tierra, aunque aún no lo supieran.

Al igual que Khadgar. Lothar seguía sin entender todo lo que había ocurrido en Karazhan esa noche. Tal vez nunca lo entendería. Pero de algún modo, durante la batalla contra Medivh, Khadgar había cambiado. Había perdido su juventud, su cuerpo había envejecido de manera antinatural. Ahora tenía aspecto de anciano, parecía más viejo que el propio Lothar, a pesar de que era casi cuatro décadas más joven que él. Estaba preocupado porque no sabía qué más daños podría haber sufrido el joven mago.

Khadgar, por su parte, se hallaba demasiado sumido en sus pensamientos como para percatarse de que su compañero lo miraba preocupado. Aunque el joven mago con aspecto de anciano se guardaba sus pensamientos para sí, eran muy similares a los de su aliado. Estaba recordando la batalla de Karazhan y volviendo a experimentar esa horrible sensación de desgarramiento que experimentó cuando Medivh le arrebató su magia y su juventud. La magia había acabado regresando (de hecho, en cierto sentido, era más fuerte que nunca) pero su juventud no; le había despojado de ella mucho antes de lo que le correspondía. Ahora era un anciano, al menos por fuera. Todavía se sentía fuerte como un roble y seguía poseyendo la misma resistencia, fuerza y agilidad de siempre, pero tenía el rostro cubierto de arrugas, los ojos hundidos y la barba y el pelo totalmente blancos. Aunque solo tuviera diecinueve años, Khadgar sabía que parecía tres veces mayor e incluso más. Ahora era igual que ese hombre que había visto en su visión, que esa versión más anciana de sí mismo que había visto batallar a través de la magia de la torre de Medivh. El anciano que algún día moriría bajo un extraño sol rojo, muy lejos de casa.

Khadgar también estaba examinando las emociones que ahora bullían en él, cuyo origen era la muerte de Medivh. Aquel hombre había sido el mal encarnado, el único

responsable de desatar la plaga orca de la Horda sobre este mundo. Aunque, en verdad, no era el único responsable. Ya que el titán Sargerass había poseído a Medivh, cuya madre había derrotado al titán milenios antes. Pero Sargerass no había muerto, solo su cuerpo había perecido. Se había escondido en el útero de Aegwynn y había infestado a su hijo no nato. Medivh no había sido responsable de sus propios actos y, con sus últimas palabras, el magus había revelado a Khadgar que llevaba años luchando contra ese espíritu maligno, quizá toda su vida. Khadgar se había encontrado incluso con una extraña versión espectral de su maestro muerto, poco después de enterrar su cuerpo. Ese Medivh fantasmal había afirmado que procedía del futuro y que, al fin, se había librado de la influencia de Sargerass. Gracias al propio Khadgar.

El joven mago se preguntaba cómo debería sentirse. ¿Acaso debería estar triste porque su maestro había muerto? En su momento había tenido a Medivh en alta estima y, ciertamente, el mundo había perdido mucho con la muerte del magus. ¿Debería estar orgulloso del papel que había jugado al liberarlo de Sargerass, al expulsar al titán de este mundo una vez más, quizás para siempre? ¿Debería estar encolerizado por lo que Medivh les había hecho a él y a otros? ¿O debería estar asombrado porque ese hombre hubiera sido capaz de resistir la influencia de este titán durante tanto tiempo?

No sabía qué pensar. El caos reinaba en la mente de Khadgar, así como en su corazón. No obstante, sus pensamientos no giraban solo en torno a Medivh. Había vuelto a su hogar. Al menos, había vuelto a su tierra natal, a Lordaeron. Y no como había esperado. Cuando se marchó de ahí para convertirse en el aprendiz de Medivh, a instancias de sus anteriores maestros de Dalaran, Khadgar supuso que regresaría a su tierra cuando fuera un mago maestro. Se había imaginado volviendo, volando, a lomos de un grifo, tal y como Medivh le había enseñado, para aterrizar en la cima de la Ciudadela Violeta, de modo que todos sus antiguos maestros y compañeros pudieran maravillarse ante su destreza. Pero en vez de eso, se encontraba montado sobre un caballo de tiro junto al antiguo Campeón de Ventormenta, liderando una banda de desharrapados cuya intención era hablar con el rey para salvar el mundo.

*Bueno, al menos nuestra entrada va a ser muy melodramática*, pensó. Lo cual era algo que sus viejos profesores y amigos sabrían apreciar.

—¿Qué haremos cuando lleguemos a la ciudad? —inquirió a Lothar, sobresaltando al viejo guerrero, que se hallaba ensimismado.

No obstante, este recobró la compostura rápidamente, y se volvió para observarlo con esos ojos azul tormenta que cautivaban a cualquiera, que mostraban sus emociones con claridad pero ocultaban la aguda mente que había tras ellos.

—Hablaremos con el rey —replicó Lothar simple y llanamente. Lanzó una mirada fugaz hacia el joven que cabalgaba en silencio junto a ellos y le dio un golpe a la empuñadura de su espada magna, cuyas gemas e incrustaciones de oro relucieron bajo la

luz de la tarde—. Aunque hemos perdido Ventormenta, Varian sigue siendo su príncipe y yo, su Campeón. Solo he estado una vez con el rey Terenas brevemente y fue hace muchos años, pero quizá me reconozca. Sin lugar a dudas, reconocerá a Varian y el mensajero se cerciorará de que esté aguardando nuestra llegada. Nos concederá una audiencia. Y entonces, le contaremos lo que ha sucedido y qué hay que hacer.

—¿Y qué hay que hacer? —preguntó Khadgar, a pesar de que creía que ya sabía la respuesta.

—Debemos reunir a los gobernantes de esta tierra —contestó Lothar, tal y como Khadgar esperaba que hiciera—. Debemos obligarlos a ver el peligro. Ninguna nación podrá resistir sola ante la Horda. Mi propia tierra lo intentó y ha caído por eso mismo. No podemos permitir que eso suceda también aquí. ¡La gente debe unirse y luchar!

Aferró con fuerza las riendas del caballo, y Khadgar pudo reconocer una vez más en él al poderoso guerrero que había liderado los ejércitos de Ventormenta y había mantenido sus fronteras a salvo durante muchos años.

—Esperemos que nos escuchen —susurró Khadgar—. Por nuestro bien.

—Lo harán —le aseguró Lothar—. ¡Deben hacerlo!

Ninguno de los dos dijo lo que estaba pensando. Habían sido testigos de primera mano del poder de la Horda. Si las naciones no se unían, si los gobernantes se negaban a reconocer el peligro, todos caerían. Y la Horda arrasaría estas tierras como había hecho con Ventormenta, sin dejar nada a su paso.



## SEGUNDO PRÓLOGO

Una figura oscura se hallaba de pie, en una alta torre, observando el mundo a sus pies. Desde esta atalaya podía ver la ciudad de allá abajo y el campo que la rodeaba. Ambos estaban cubiertos de unas tinieblas turbulentas y cambiantes, una marea que barría la tierra y cubría los edificios, dejándolos en ruinas.

La figura observaba. Era un tipo alto y de constitución muy fuerte, de músculos descomunales. Permanecía de pie, sin moverse, sobre la cúspide de piedra, mientras observaba detenidamente con su aguda vista lo que sucedía allá abajo. Una larga melena morena con trenzas enmarcaba su rostro de duros rasgos, y sus puntas borladas azotaban de vez en cuando los largos colmillos que brotaban de su labio inferior. El sol lo iluminaba, de modo que su piel esmeralda relucía bajo sus rayos, mientras los muchos trofeos y medallones que llevaba alrededor del cuello y a lo largo de su amplio pecho refulgían deslumbrantes. Unas placas de armadura muy pesadas le cubrían el pecho, los hombros y las piernas; sus superficies rayadas de color negro relucían por todas partes salvo allá donde sobresalían unos tachones de bronce. Los relucientes rebordes de oro de su armadura dejaban ver que era alguien importante.

Ya había visto suficiente. Alzó el enorme martillo de guerra negro sobre el que había estado apoyado, cuya cabeza de piedra no reflejaba la luz del sol sino que más bien la absorbía, y rugió. Era un grito de guerra, una invocación y una exclamación. El bramido golpeó a gran velocidad los edificios y las colinas que lo rodeaban y volvió en forma de eco.

A sus pies, la marea tenebrosa dejó de moverse. Entonces, unas ondas se extendieron por su superficie, al mismo tiempo que unas caras se volvían hacia arriba. Todo orco de la Horda se detuvo y clavó su mirada en la solitaria figura de allá en lo alto.

Una vez más, gritó, sosteniendo en alto su martillo. Esta vez, la marea estalló en vítores, chillidos y gritos de respuesta. La Horda rendía pleitesía a su líder.

Satisfecho, Orgrim Doomhammer dejó caer su peculiar arma a un lado y la marea tenebrosa a sus pies reanudó su destructivo avance.

Abajo, más allá de las puertas de la ciudad, un orco yacía en un catre. Ese ser bajito y escuálido estaba abrigado con pieles gruesas, un símbolo de alto estatus, y unos ropajes

suntuosos yacían en una pila cercana. Pero esa ropa no había sido tocada, no desde hacía semanas. El orco yacía completamente inmóvil, como si estuviera muerto, su fea cara estaba contraída en un gesto de dolor o concentración y la espesa barba se le erizaba alrededor de esa boca por la que gruñía.

Entonces, de repente, todo cambió. El orco profirió un grito ahogado y se sentó totalmente erguido, rápido como un rayo, y las pieles dejaron de cubrir su cuerpo perlado de sudor. Abrió los ojos y no pudo ver nada al principio, pues los tenía vidriosos. Acto seguido, parpadeó, mientras se despedía de su largo sueño, y miró a su alrededor.

—¿Dónde...? —preguntó el orco con tono exigente.

Una figura más grande, cuyas dos cabezas parecían gratamente sorprendidas, se acercó a su lado al instante. En cuanto la mirada del orco se posó sobre ese ser, su mirada se endureció, así como su gesto. La confusión que lo había dominado había desaparecido, sustituida por la ira y la malicia.

—¿Dónde estoy? —exigió saber—. ¿Qué ha ocurrido?

—Has estado dormido, Gul'dan —respondió la otra criatura, arrodillándose mientras le ofrecía un cáliz. El orco lo cogió, lo olisqueó e ingirió su contenido con un gruñido; después se limpió la boca con la mano—. Sumido en un sueño similar a la muerte. Durante semanas no te has movido, apenas has respirado. Creíamos que tu espíritu había partido.

—¿Ah, sí? —replicó Gul'dan, sonriendo de oreja a oreja—. ¿Temías que te abandonara, Cho'gall? ¿Qué te dejara a merced de Blackhand y su tierna compasión?

El ogro mago bicéfalo le lanzó una mirada furibunda.

—¡Blackhand está muerto, Gul'dan! —le espetó una de las cabezas, a la vez que la otra asentía frenéticamente.

—¿Muerto? —Al principio, Gul'dan pensó que lo había entendido mal, pero los semblantes serios de Cho'gall lo convencieron de que no era así incluso antes de que el ogro asintiera con ambas cabezas—. ¿Qué? ¿Cómo? —Se incorporó hasta sentarse del todo, aunque el esfuerzo hizo que se tambaleara y le entraran sudores fríos—. ¿Qué le ha ocurrido mientras yo dormía?

Cho'gall hizo ademán de responder, pero las palabras no llegaron a brotar de su garganta, ya que alguien apartó el faldón de la entrada de la tienda y entró bruscamente en ese diminuto espacio envuelto en penumbra. Dos corpulentos guerreros orcos apartaron a Cho'gall de su camino y agarraron bruscamente a Gul'dan de los brazos, obligándolo a ponerse en pie. Si bien el ogro, cuyas testas gemelas mostraban un semblante ensombrecido por la ira, intentó protestar, dos orcos más ocuparon como pudieron ese pequeño espacio y le bloquearon el paso, con sus pesadas hachas de batalla en ristre. Permanecieron en guardia mientras los dos primeros sacaban a Gul'dan a rastras de la tienda.

—¿Adónde me llevan? —exigió saber mientras intentaba soltarse.

Sin embargo, fue inútil. Aunque hubiera estado en perfecto estado de salud, no habría sido rival para ninguno de esos guerreros; además, ahora apenas era capaz de mantenerse erguido. Más que llevárselo, lo estaban arrastrando. Entonces, se dio cuenta de que lo estaban llevando hacia una tienda enorme y suntuosa. La tienda de Blackhand.

—Se ha hecho con el control, Gul'dan —dijo Cho'gall en voz baja, mientras caminaba junto a él, pero a una distancia prudencial del guerrero—. ¡Mientras estabas inconsciente! ¡Atacó al Consejo de la Sombra y mató a casi todos sus miembros! ¡Solo quedamos tú, yo y un puñado de los brujos menos poderosos!

Gul'dan sacudió la cabeza, para intentar así despejarse. Seguía sintiéndose confuso, descentrado y, por lo que Cho'gall había dicho, este no era un buen momento para no pensar con claridad. No obstante, lo que le había contado el ogro le había confundido aún más. ¿Habían asesinado a Blackhand? ¿Habían destruido el Consejo de la Sombra? ¿Era una locura!

—¿Quién? —exigió saber una vez más, retorciéndose para mirar a Cho'gall por encima de los anchos hombros de esos guerreros—. ¿Quién ha hecho esto?

Cho'gall, sin embargo, había aflojado el paso, se había quedado atrás, con un gesto de sorprendente temor dibujado en sus dos caras. Gul'dan se volvió justo cuando una poderosa figura avanzaba hacia él. Al ver a ese descomunal guerrero ataviado con una armadura de placas negras, que blandía un colosal martillo de guerra negro con suma facilidad en sus manos, Gul'dan supo de inmediato la respuesta a su pregunta.

Doomhammer.

—Así que estás despierto. —Doomhammer, más que pronunciar estas palabras, pareció escupirlas, al mismo tiempo que los guerreros se detenían ante él.

Soltaron tan de repente a Gul'dan que el brujo orco no pudo evitar caer al suelo. De rodillas, alzó la mirada y tragó saliva al comprobar la tremenda furia y odio que se reflejaba en el rostro de su captor.

—Yo... —acertó a decir, pero Doomhammer lo interrumpió, propinándole un golpe con el dorso de la mano con tal fuerza que lo levantó del suelo, salió volando y aterrizó a varios metros de distancia.

—¡Calla! —gruñó el nuevo líder de la Horda—. ¡No he dicho que pudieras hablar! —Se acercó a Gul'dan y lo obligó a alzar la cabeza al colocar la cabeza de su temible arma bajo el mentón del brujo—. Sé que has estado haciendo, Gul'dan. Sé que tú y el Consejo de la Sombra controlaban a Blackhand. —Se echó a reír, sus brascas carcajadas estaban teñidas de amargura e indignación—. Oh, sí, lo sé todo al respecto. Pero esos brujos ya no pueden ayudarte. La mayoría están muertos y los pocos que quedan están encadenados y vigilados. —Entonces, se inclinó aún más sobre el brujo—. Ahora yo mando en la Horda, Gul'dan. No tú, ni tus brujos. Sino Doomhammer. ¡Ya no sufriremos más deshonras! ¡Ni



traiciones! ¡Ya no habrá más engaños y mentiras! —Doomhammer se irguió por entero, cuan largo era; su figura se alzó amenazadoramente sobre Gul'dan—. Durotan murió por culpa de tus maquinaciones, pero será el último en perecer así. ¡Será vengado! ¡Ninguno de ustedes gobernará a nuestro pueblo desde las sombras! ¡Ninguno de ustedes controlará nuestro destino ni nos manipulará para lograr sus sórdidos propósitos! ¡Nuestro pueblo ya no estará bajo tu influencia!

Gul'dan se encogió de miedo y pensó con suma rapidez. Se había imaginado que Doomhammer podría llegar a ser un problema. Aquel orco guerrero tan poderoso era demasiado inteligente, honorable y noble como para ser fácilmente manipulado o controlado. Había sido el segundo al mando de Blackhand, el poderoso líder Roca Negra que Gul'dan había escogido para ser su títere como líder de la Horda. Blackhand era un combatiente extremadamente poderoso pero, como se creía más listo de lo que era realmente, había sido muy fácil de controlar. Gul'dan y su Consejo de la Sombra habían sido quienes tiraban realmente de los hilos; asimismo, Gul'dan había gobernado el consejo tan fácilmente como había manipulado al Jefe de Guerra.

Pero no había podido con Doomhammer, quien se había negado a seguir a los demás, pues había seguido su propio camino con una temeridad e insensatez solo comparable a su lealtad a su pueblo. Sin lugar a dudas, había adivinado qué ocurría realmente tras las bambalinas y había sido testigo de actos que él consideraba totalmente corruptos. Cuando por fin consideró que ya había visto bastante, cuando ya no pudo soportarlo más, decidió actuar.

Era obvio que Doomhammer había escogido con sumo cuidado el momento para dar el golpe. Con Gul'dan eliminado de la ecuación, Blackhand era vulnerable. Sin embargo, no estaba claro cómo había descubierto la localización del Consejo de la Sombra, aunque no cabía duda de que había dado con sus miembros y había eliminado a la mayoría. Dejando vivos solo a Gul'dan, Cho'gall y quién sabe a quién más.

Ahora se alzaba sobre Gul'dan, con el martillo alzado, dispuesto a destruirlo a él también.

—¡Espera! —exclamó Gul'dan, levantando ambas manos automáticamente para protegerse la cabeza y la cara—. ¡Por favor, te lo ruego!

Doomhammer se detuvo ante esa súplica.

—Así que ahora el poderoso Gul'dan suplica, ¿eh? ¡Muy bien, perro, suplica! ¡Suplica por tu vida!

No había bajado el martillo, pero al menos, no lo había dejado caer sobre el brujo. Aún no.

—Yo...

Gul'dan lo odió en ese momento, con más intensidad de la que había odiado a nadie, con más intensidad de la que incluso había ansiado el poder. Pero sabía qué tenía

que hacer. Doomhammer también lo odiaba, por haber orquestado la muerte de su viejo amigo Durotan y por haber transformado a su pueblo, ya que los orcos había pasado de ser unos cazadores pacíficos a ser unos belicistas dementes. Si le daba la más mínima excusa, ese martillo le aplastaría el cráneo y acabaría cubierto de su sangre, pelo y sesos. No podía permitir que eso ocurriera.

—Me inclino ante ti, poderoso Orgrim Doomhammer —acertó a decir, al fin, pronunciando cada palabra con suma claridad y lo suficientemente alto como para que todos los que se hallaran cerca pudieran escucharlo—. Reconozco que eres el Jefe de Guerra de la Horda y te juro lealtad. Te obedeceré en todo cuanto órdenes.

Doomhammer gruñó.

—Jamás has mostrado obediencia a nadie —replicó con brusquedad—. ¿Por qué debería creer que ahora sí vas a ser sumiso y obediente?

—Porque me necesitas —contestó Gul'dan, levantando la cabeza para cruzar su mirada con la del furioso Jefe de Guerra—. Has eliminado al Consejo de la Sombra, sí, y has consolidado tu poder sobre la Horda. Así es como deben ser las cosas. Blackhand no era lo bastante fuerte como para liderarnos por sí solo. Tú sí lo eres; por tanto, no necesitas un consejo. —Se relamió los labios—. Pero sí necesitas brujos. Necesitas nuestra magia, ya que los humanos dominan su propia magia, y sin nosotros caerás ante su poder superior. —Entonces, negó con la cabeza—. Te quedan muy pocos brujos. Yo, Cho'gall y un puñado de neófitos. Soy demasiado útil como para que me mates solo para vengarte.

Doomhammer estuvo a punto de proferir un gruñido, pero acabó bajando el martillo. Por un momento, no dijo nada, simplemente, se limitó a mirar con sus ojos grises teñidos de odio a Gul'dan. Al final, asintió.

—Lo que dices es cierto —admitió, aunque no cabía duda de que pronunciar esas palabras le había costado un gran esfuerzo y mucho autocontrol—. Las necesidades de la Horda están por encima de las mías. —En ese instante, dejó a la vista sus colmillos—. Les permitiré vivir, Gul'dan, a ti y a esos brujos que aún quedan. Pero solo mientras demuestren ser útiles.

—Oh, lo seremos —le aseguró Gul'dan, quien seguramente ya estaba maquinando algo mientras agachaba la cabeza—. Crearé para ti una hueste de criaturas como nunca se ha visto, poderoso Doomhammer... unos guerreros que solo te servirán a ti. Gracias a su poder y nuestra magia, aplastaremos a los magos de este mundo al mismo tiempo que la Horda reduce a mero polvo a sus guerreros.

Doomhammer asintió, su gesto de furia dio paso a un semblante pensativo y ceñudo.

—Muy bien —dijo al fin—. Me has prometido unos guerreros capaces de combatir la magia de los humanos. Me aseguraré de que cumplas tu promesa.

Acto seguido, se volvió y se alejó, dejando así bien claro que ya no había nada más que hablar. Los guerreros orcos también se marcharon, dejando a Gul'dan todavía arrodillado y a Cho'gall no muy lejos de él. El brujo orco creyó escucharlos reír mientras se iban.

*¡Maldito sea!*, pensó Gul'dan, mientras observaba cómo el Jefe de Guerra desaparecía en el interior de su tienda. *¡Y maldito sea ese mago humano también!* Gul'dan hizo un gesto de negación con la cabeza. Aunque tal vez debería maldecir en realidad a su propia impaciencia, que le había impulsado a entrar en la mente de Medivh en busca de la información que el magus le había prometido pero que hasta entonces no le había dado. Había sido una mera cuestión de mala suerte que Gul'dan se encontrara en la mente de Medivh cuando el humano había muerto y que su propio espíritu se viera debilitado por su repentino y violento fallecimiento. Durante todo este tiempo, había permanecido atrapado, incapaz de regresar a su cuerpo, ajeno a todo cuanto le rodeaba. Y eso le había brindado la oportunidad a Doomhammer de hacerse con el control de la Horda.

Pero ahora, por fin, volvía a estar despierto. Una vez más podía proseguir con sus planes. Porque, al menos, ese acto desesperado y peligroso no había sido en vano, pues Gul'dan había obtenido la información que necesitaba. Pronto ya no necesitaría ni a Doomhammer ni a la Horda. Pronto, iba a ser todopoderoso.

—Reúne a los demás —le ordenó a Cho'gall, a la vez que se ponía en pie y comprobaba cómo estaba. Se sentía débil, pero podía apañárselas. Además, no le quedaba más remedio pues el tiempo apremiaba—. Haré que formen un clan de verdad, uno que servirá a mis propios fines y me protegerá de la ira de Doomhammer. Serán los Cazatormentas. Demostrarán a toda la Horda qué somos capaces de lograr los brujos e incluso Doomhammer tendrá que reconocer su valía. Reúne también a tu clan. —Cho'gall lideraba el clan del Martillo Crepuscular, cuyos miembros eran temibles guerreros que estaban obsesionados con el fin del mundo—. Tenemos mucho que hacer.



# CAPÍTULO UNO

A pesar de todo, Lothar estaba impresionado. Ventormenta había sido una ciudad imponente de edificios altísimos, repleta de chapiteles y terrazas, tallada en una piedra tan fuerte como para resistir el viento a la vez que pulida como para brillar tanto como un espejo. No obstante, la capital era, a su manera, igual de encantadora.

Aunque era bastante distinta a Ventormenta. Por ejemplo, no contaba con altas construcciones. Pero lo que carecía de altura lo compensaba con elegancia. Se encontraba situada sobre una elevación de la orilla norte del lago Lordamere, y estaba resplandeciente con esa combinación de colores blancos y plateados. Aunque no refulgía tanto como Ventormenta, brillaba de un modo peculiar, como si el sol se alzara de entre sus elegantes edificios, en vez de castigarlos con su luz. Parecía un lugar sereno, pacífico, casi sagrado.

—Es un lugar imponente —admitió Khadgar, que se hallaba a su lado—, aunque preferiría que fuera un poco más acogedor. —Miró hacia atrás, en dirección a la orilla sur del lago, donde se alzaba otra ciudad, cuyos contornos eran similares a la capital; no obstante, esta suerte de imagen especular parecía más exótica, ya que sus muros y chapiteles estaban teñidos de violeta y otros colores más cálidos—. Esa es Dalaran —le explicó—. El hogar del Kirin Tor y sus magos. Fue mi hogar hasta que me enviaron a estudiar con Medivh, para ser su aprendiz.

—Quizá nos sobre un poco de tiempo y puedas regresar a esa ciudad, aunque sea brevemente al menos —sugirió Lothar—. Pero por ahora debemos concentrarnos en la capital. —Una vez más observó detenidamente esa reluciente ciudad—. Esperemos que sean tan nobles de pensamiento como lo son sus moradas.

Espoleó a su caballo para que corriera a medio galope y abandonó el majestuoso bosque de Argénteos, con Varian y el mago justo detrás de él mientras que el resto de hombres les seguían en carromatos.

Dos horas después, alcanzaron las puertas principales. Unos guardias se hallaban junto a la entrada, a pesar de que esas puertas dobles estaban abiertas de par en par, y eran lo bastante grandes como para que dos o incluso tres carretas pasaran a la vez una al lado de otra. Sin duda alguna, los guardias los habían divisado mucho antes de que llegaran a

las puertas. Uno de ellos, que iba ataviado con una capa carmesí que cubría su coraza pulida y con una armadura y un casco ornamentados con tracería dorada, se les acercó. Si bien hizo gala de unos modales muy educados, e incluso respetuosos, Lothar no pudo evitar fijarse en que el hombre se había detenido a solo un par de metros de distancia, de tal modo que se había colocado al alcance de sus espadas. Se obligó a relajarse y a pasar por alto tal descuido. Esto no era Ventormenta. Esta gente no eran guerreros curtidos en mil batallas. Nunca habían tenido que luchar para salvar sus vidas. Aún no.

—Entren libremente y sean bienvenidos —afirmó el capitán de los guardias, haciendo una reverencia—. Marcus Redpath nos avisó de su llegada y nos habló de sus apuros. Hallarán al rey en la sala del trono.

—Muchas gracias —replicó Khadgar, asintiendo con la cabeza—. Vamos, Lothar —añadió, a la vez que daba un golpecito con los talones a su caballo—. Conozco el camino.

Atravesaron la ciudad a lomos de sus monturas, recorriendo sus amplias calles con suma facilidad. Khadgar realmente parecía saber el camino, ya que nunca ralentizó la marcha para preguntar alguna dirección o para cavilar sobre si ese desvío era el correcto o no hasta que llegó al mismo palacio. Una vez ahí, entregaron sus caballos a algunos de sus compañeros, que se ocuparon de atender a sus corceles. Lothar y el príncipe Varian ascendieron de inmediato por las amplias escaleras del palacio y Khadgar se sumó a ellos rápidamente.

Atravesaron las puertas exteriores del palacio y se adentraron en un amplio patio, que prácticamente era un salón al aire libre. Lothar vio que había varios palcos a los lados que ahora estaban vacíos, aunque estaba seguro de que estarían a rebosar de gente cuando ahí se realizara alguna celebración. En el extremo más lejano, un corto tramo de escaleras llevaba hasta una segunda serie de puertas que daban a la sala del trono.

Se trataba de una estancia imponente, cuyo techo arqueado era tan alto que sus contornos se perdían entre las sombras. La sala era redonda y presentaba arcos y columnas por doquier. La dorada luz del sol se filtraba por unas vidrieras situadas en el centro del techo, que iluminaban el suelo con un intrincado patrón decorativo: una serie de círculos concéntricos, cada uno de ellos distintos, con un triángulo en el medio que se solapaba con el círculo más interior, dentro del cual se hallaba el sello dorado de Lordaeron. Contaba también con varios balcones muy altos, Lothar supuso que estaban reservados para los nobles, aunque también tenían un valor estratégico; unos pocos guardias armados con ballestas podrían acertar a cualquiera que estuviera en esa sala desde esas valiosas posiciones.

Más allá del patrón ornamental, había un estrado circular muy ancho, cuyas escaleras concéntricas ascendían hasta un trono colosal. El trono parecía estar tallado en una piedra reluciente y estaba repleto de bordes afilados y angulosos. Un hombre se

encontraba sentado en él; era alto y robusto, tenía el pelo rubio con algún leve mechón gris, su armadura relucía y la corona que portaba sobre la cabeza recordaba más bien a un yelmo con puntas que a una corona propiamente dicha. Lothar supo enseguida que se hallaba ante un rey de verdad, un rey como Llana, que no titubearía a la hora de luchar por su pueblo. Con ese mero pensamiento, sus esperanzas renacieron.

Había más gente ahí, vecinos de la ciudad, peones e incluso campesinos, que se encontraban reunidos frente al estrado a una distancia respetuosa. Muchos portaban objetos, pergaminos e incluso comida, pero se marcharon al ver a Lothar y Khadgar, en completo silencio.

—¿Sí? —dijo el hombre del trono en voz alta mientras se aproximaban—. ¿Quiénes son y qué quieren de mí? Ah.

Desde donde se hallaba, Lothar pudo apreciar el extraño color de los ojos del rey, en los que el azul y el verde se mezclaban; comprobó que su mirada era aguda y clara, lo cual hizo que sus esperanzas aumentasen todavía más.

—Majestad —contestó Lothar, cuya voz grave recorrió con gran facilidad esa enorme estancia. Se detuvo a varios pasos del estrado e hizo una reverencia—. Soy Anduin Lothar, un caballero de Ventormenta. Este es mi compañero de viaje, Khadgar de Dalaran. —Escuchó entonces varios murmullos procedentes de la muchedumbre que ahora se hallaba a sus espaldas—. Y este —Se giró para que el rey pudiera ver a Varian, quien se encontraba detrás de él y se sentía inquieto por culpa de esa multitud y esa extraña pompa y boato— es el príncipe Varian Wrynn, heredero del trono de Ventormenta. —Los murmullos se tornaron en gritos sofocados en cuanto la gente se percató de que ese joven visitante pertenecía a la realeza; Lothar los ignoró y se concentró solo en el rey—. Debemos hablar contigo, Majestad, sobre una cuestión muy urgente y de extremada importancia.

—Por supuesto. —Terenas ya se estaba levantando del trono y acercándose a ellos—. Déjenos a solas, por favor —le pidió al resto de la multitud. A pesar de que había formulado esa petición de manera muy educada, en realidad era una orden.

La gente obedeció con rapidez y, pronto, únicamente quedaron un puñado de nobles y guardias en la estancia. Los hombres que habían acompañado a Lothar hasta ahí se apartaron también a ambos lados, dejando solo a Lothar, Khadgar y Varian ante Terenas cuando este se aproximó.

—Majestad —saludó Terenas a Varian, ante el que se inclinó, reconociéndolo así como un igual.

—Majestad —replicó Varian, cuya educación se impuso sobre su desconcierto.

—Nos invadió una honda tristeza al enterarnos de la muerte de tu padre —prosiguió diciendo Terenas con suma delicadeza—. El rey Llana era un buen hombre y



lo considerábamos un amigo y un aliado. Debes saber qué haremos todo cuanto esté en nuestra mano para que recuperes tu trono.

—Se lo agradezco —afirmó Varian, a pesar de que le tembló ligeramente el labio inferior.

—Acércate y siéntate. Cuéntame qué ha sucedido —le pidió Terenas, a la vez que señalaba las escaleras del estrado. Después, se sentó en una de ellas e indicó con una seña a Varian que se sentara junto a él—. En su día, vi Ventormenta con mis propios ojos y admiré su belleza y fortaleza. ¿Cómo ha podido ser destruida una ciudad como esa? ¿Quién es el responsable?

—La Horda —respondió Khadgar, quien hablaba por primera vez desde que había entrado en la sala del trono. Terenas se volvió hacia él. Lothar se hallaba lo bastante cerca como para percatarse de que el rey había entornado los ojos levemente—. La Horda es la responsable.

—¿Y qué es la Horda? —exigió saber Terenas, volviéndose primero hacia Varian y luego hacia Lothar.

—Se trata de un ejército. Bueno, es más que un ejército —contestó Lothar—. Es una muchedumbre innumerable, son tantos que podrían cubrir estas tierras de costa a costa.

—¿Y quién comanda esta legión de hombres? —inquirió Terenas.

—No son hombres —le corrigió Lothar—, sino orcos. —Al ver el desconcierto asomarse a la mirada del rey, Lothar decidió que debía darle una explicación más extensa—. Se trata de una nueva raza que no pertenece a este mundo. Son tan altos como nosotros y de complexión más robusta, tienen la piel verde y unos brillantes ojos rojos. Además, les brotan unos enormes colmillos de los labios inferiores. —Un noble resopló en algún lugar y, al instante, Lothar se giró con una mirada inyectada de furia—. ¿Dudan de mi palabra? —gritó, mientras se volvía hacia cada uno de esos balcones de uno en uno, buscando a aquel que se había reído—. ¿Creen que miento? —Se golpeó la armadura con el puño, cerca de una de las abolladuras más prominentes—. ¡Esta marca me la dejó un martillo de guerra orco! —Acto seguido, se golpeó en otro sitio—. ¡Y esta un hacha de guerra orco! —Entonces, señaló un corte profundo que tenía en un antebrazo—. ¡Y esto me lo hizo uno de ellos con uno de sus colmillos! ¡Se abalanzó sobre mí y luchamos cuerpo a cuerpo, pues estábamos demasiado cerca como para poder utilizar nuestras espadas! ¡Esas nauseabundas criaturas han destruido mi tierra, mi hogar y a mi gente! ¡Si dudan de mí, bajen aquí y díganmelo a la cara! ¡Les demostraré qué clase de hombre soy y qué les pasa a aquellos que me acusan de contar falsedades!

—¡Ya basta! —El grito de Terenas silenció cualquier posible réplica. Pese a que la ira teñía claramente su voz, cuando se giró hacia Lothar, el guerrero pudo apreciar que él no era el blanco de la furia del rey—. Ya basta —insistió el rey, aunque esta vez con un tono más suave—. Nadie duda aquí de tu palabra, Campeón —le aseguró a Lothar, a la vez

que lanzaba una mirada severa a todos los ahí presentes, con la que desafiaba a cualquiera de sus nobles a mostrar su desacuerdo—. Sé que eres un hombre de honor y leal. Aceptaré que lo que has dicho es verdad, a pesar de que esas criaturas nos resulten muy extrañas. — Se volvió e hizo un gesto de asentimiento a Khadgar—. Además, cuentas con un mago de Dalaran como testigo, por lo que no podemos desdeñar tu testimonio, ni la posibilidad de que existan otras razas que nunca hemos visto por estos lares.

—Gracias, rey Terenas —replicó Lothar con un tono formal, conteniendo su ira. No sabía muy bien qué tenía que hacer a continuación. Por fortuna, Terenas sí lo sabía.

—Convocaré a los reyes de los reinos limítrofes —anunció—. Esto es algo que nos concierne a todos. —Se volvió de nuevo hacia Varian—. Majestad, te ofrezco mi hogar y mi protección tanto tiempo como sea necesario —afirmó con voz potente, para que todos lo oyeran—. Has de saber que, cuando estés listo, Lordaeron te ayudará a reclamar tu reino.

Lothar asintió.

—Majestad, eres muy generoso —dijo en nombre de Varian—. No se me ocurre un lugar mejor y más seguro para que mi príncipe alcance su madurez que la capital. No obstante, debes saber que no hemos venido aquí únicamente en busca de refugio. Hemos venido a advertirte. —Se enderezó cuan largo era y su voz atronó por toda la estancia, mientras miraba fijamente al rey de Lordaeron—. Debes saber que... la Horda no se conformará con Ventormenta. Su intención es conquistar el mundo entero y cuenta con el poder y las tropas necesarias para hacer su sueño realidad. Asimismo, cuenta con poderes mágicos. En cuanto hayan terminado con mi patria... —Su voz se tornó más grave, pero aun así, se obligó a continuar—, hallarán el modo de cruzar el océano. Y vendrán hasta aquí.

—Nos estás diciendo que debemos prepararnos para la guerra —señaló Terenas en voz baja. Pese a que no era una pregunta, Lothar respondió.

—Sí. —Entonces miró a su alrededor, a los hombres ahí reunidos—. Una guerra en la que se decidirá el destino de nuestra raza.



## CAPÍTULO DOS

**O**rgrim Doomhammer, el cabecilla del clan Roca Negra y Jefe de Guerra de la Horda, observaba la escena. Se hallaba cerca del centro de Ventormenta mientras sus guerreros destruían esa ciudad que hasta hace poco había sido grandiosa. Allá donde mirara, reinaba la destrucción y la devastación. Los edificios ardían a pesar de estar hechos de piedra. Los cadáveres y los escombros ensuciaban las calles. La sangre corría entre los adoquines, acumulándose aquí y allá. Los gritos indicaban que habían dado con algunos supervivientes a los que estaban torturando.

Doomhammer asintió, pues eso era bueno.

Ventormenta había sido una ciudad imponente y un tremendo obstáculo. Durante un tiempo, no había estado nada seguro de que pudieran derribar sus altas murallas o derrotar a sus leales defensores. Pese a que la Horda les superaba en número, los humanos resistieron con destreza y determinación. Orgrim los respetaba por eso mismo. Habían sido unos oponentes más que dignos.

No obstante habían caído, como acabarían cayendo todos, ante el poder de su pueblo. Habían entrado en la ciudad y sus defensores habían sido masacrados o habían huido, por lo que estas tierras ahora eran suyas. Estas tierras tan ricas y fértiles como lo habían sido las de su mundo natal antes del cataclismo. Antes de que ese demente de Gul'dan lo hubiera destruido.

Los pensamientos de Doomhammer se tornaron siniestros al mismo tiempo que aferraba con más fuerza si cabe su legendario martillo. ¡Gul'dan! Ese traicionero chamán reconvertido a brujo había causado más problemas de los debidos. Lo único que le había salvado de acabar despedazado a manos de sus iracundos compañeros de clan era haber abierto una grieta en la realidad que los había llevado a este nuevo mundo. Aun así, de algún modo, ese manipulador había conseguido volver las tornas en su favor, pues había logrado controlar a Blackhand... aunque tal vez siempre lo había controlado. Orgrim había observado a su antiguo cabecilla durante años y sabía que ese colosal guerrero orco era más inteligente de lo que dejaba entrever. Pero no había sido lo bastante listo. Gul'dan se había servido del ego de Blackhand para influenciarlo y dominarlo. Doomhammer estaba seguro de que era él quien había estado detrás del plan de unir a todos los clanes en una

sola Horda. El Consejo de la Sombra de Gul'dan había tirado de los hilos del poder entre bambalinas, había aconsejado a Blackhand de tal modo que este nunca fue consciente de que en realidad estaba cumpliendo órdenes.

Orgrim esbozó una sonrisa de oreja a oreja. Eso, al menos, había acabado. Matar a Blackhand no le había proporcionado ninguna satisfacción. Había sido el segundo al mando del Jefe de Guerra y había jurado luchar a su lado, no contra él. La tradición, sin embargo, permitía que un guerrero pudiera desafiar a su cabecilla para asumir el liderazgo del clan. Al final, Doomhammer se había visto obligado a escoger esa opción. Había ganado, como sabía que haría, y con el mismo golpe con el que había aplastado el cráneo de Blackhand, había tomado el control de su clan... y de la Horda.

Después, solo le había restado ocuparse del Consejo de la Sombra. Lo cual había sido todo un placer.

Al recordarlo, se rio entre dientes. Pocos orcos conocían la existencia del Consejo y mucho menos quiénes eran sus miembros y dónde se refugiaban. Pero Orgrim había deducido a quién debía preguntárselo. La semiorco Garona había sido torturada hasta revelar la localización del Consejo; sin lugar a dudas, el hecho de que tuviera en parte sangre no orca había facilitado que se derrumbara pues era débil. Solo por la cara que habían puesto los brujos cuando había irrumpido en esa reunión había merecido la pena. Oh, qué expresiones se habían dibujado en sus rostros mientras había avanzado por aquella sala, masacrándolos a diestra y siniestra. Ese día, Doomhammer había acabado con el Consejo de la Sombra y hecho añicos su poder. A él no lo iban a controlar como habían hecho con Blackhand. Sería él y solo él quien elegiría sus propias batallas y concebiría sus propios planes, y no lo iba a hacer para aumentar su poder o el de otros, sino para garantizar la supervivencia de su pueblo.

Entonces, Orgrim divisó dos siluetas que se aproximaban por aquella calle amplia y cubierta de sangre, era como si lo hubiera invocado por el mero hecho de haber pensado en él. Uno de ellos era más bajito que el orco medio, el otro mucho más alto aunque tenía una constitución extraña. Doomhammer los reconoció al instante y una sonrisa burlona cobró forma en su rostro entre sus colmillos.

—¿Han concluido su tarea? —preguntó a voz en grito mientras Gul'dan y su lacayo Cho'gall se acercaban.

Mantuvo la mirada clavada en el brujo, sin apenas lanzar alguna mirada fugaz a su descomunal subordinado. Orgrim llevaba toda la vida combatiendo ogros, como la mayoría de los orcos. Cuando Blackhand selló una alianza con esas monstruosas criaturas, se había sentido asqueado, aunque tuvo que admitir que serían muy útiles en batalla. Pero seguía sin confiar en ellos y no le caían bien. Además, Cho'gall era el peor de todos. Pertenece a esa extraña raza bicéfala que poseía mucha más inteligencia que sus brutos y simples hermanos. Cho'gall, para más inri, era mago. La idea de que un ogro poseyera tal poder

horrorizaba a Doomhammer. Encima, se había hecho con el poder del clan del Martillo Crepuscular y hacía gala del mismo fanatismo de los orcos que lo seguían. Lo cual hacía que ese ogro de dos cabezas fuera muy peligroso. No obstante, Orgrim nunca dejaba traslucir su aversión por él, aunque siempre que el ogro mago se hallaba cerca empuñaba su martillo con fuerza.

—Aún no, noble Doomhammer —respondió Gul'dan, quien se detuvo junto a él. El brujo parecía un poco más delgado, pero aparte de eso, estaba como siempre tras meses de letargo—. Aunque, al menos, ya me he recuperado de las secuelas de mi prolongado sueño. Además, ¡traigo grandes noticias que he obtenido gracias a ese largo reposo!

—¿Oh? ¿Ese sueño ha traído sabias revelaciones consigo?

—Me ha mostrado el sendero hacia un gran poder —admitió Gul'dan, con una mirada plagada de ansia y deseo.

Orgrim sabía que no se trataba de un deseo normal, de lujuria, gula o codicia. Gul'dan únicamente ansiaba el poder y era capaz de hacer cualquier cosa para obtenerlo, tal y como había demostrado con sus actos en su propio mundo.

—¿Para ti o para la Horda? —inquirió Orgrim.

—Para ambos —contestó el brujo, que bajó el tono de voz hasta transformarlo en un susurro artero—. He visto un lugar, inimaginablemente antiguo, más viejo que la sagrada montaña de nuestro mundo natal. Yace bajo las olas y en él anida un poder que podría rehacer este mundo. ¡Podríamos reclamarlo como nuestro y entonces ya nadie podría plantarnos cara!

—Ahora tampoco hay nadie que pueda plantarnos cara —replicó bruscamente Doomhammer—. Prefiero el poder honesto del martillo y el hacha al de las nauseabundas hechicerías que has descubierto, sean cuales sean. ¡Recuerda cómo acabó nuestro mundo y nuestro pueblo por culpa de tus planes la última vez! ¡No voy a permitir que hundas aún más a nuestra gente o destroces este nuevo mundo cuya conquista acabamos de iniciar!

—Esto es mucho más importante de lo que tú desees o dejes de desear —le espetó el brujo, quien reveló así su verdadero temperamento al dejar de mostrarse servil—. ¡Mi destino se encuentra bajo esas aguas y no vas a poder impedirlo! Esta Horda solo es el primer paso en el sendero que debe recorrer nuestro pueblo. ¡Y seré yo quien los lidere a partir de aquí y no tú!

—Ten cuidado con lo que dices, brujo —replicó Orgrim, y alzó el martillo para golpear con él levemente a Gul'dan en la mejilla—. Recuerda qué le ocurrió a tu querido Consejo de la Sombra. Podría aplastarte el cráneo en un abrir y cerrar de ojos y entonces... dime, ¿dónde quedaría tu glorioso destino? —Alzó la vista y lanzó una mirada iracunda al descomunal Cho'gall—. Y no creas que esta abominación te va a salvar —rezongó, alzando aún más el martillo y echándose a reír al ver que el mago ogro retrocedía y el miedo se asomaba en sus dos caras—. He derrotado a ogros en otras ocasiones, incluso a

gronns. Y lo volveré a hacer. —Acto seguido, se inclinó y acercó aún más al brujo—. Tus metas ya no son importantes. Solo importa la Horda.

Por un instante fugaz, la ira se apoderó de la mirada de Gul'dan y pensó que el brujo tal vez no se fuera a echar atrás. Una parte de él se regocijó. Doomhammer siempre había admirado y reverenciado a los chamanes de su pueblo, al igual que todos los orcos, pero esos brujos eran muy distintos. Su poder no provenía de los elementos ni de los espíritus de los ancestros, sino de otra fuente realmente horrenda. Había sido su magia la que había transformado a los suyos, que habían pasado de tener una sana piel marrón a una espantosa piel verde, la que estaba matando a su propio mundo, la que les había obligado a venir a este otro mundo para poder sobrevivir. Gul'dan había sido su líder, el instigador, había sido el más poderoso, el más taimado y el más egoísta de todos ellos. Orgrim sabía que los brujos eran muy importantes para la Horda, pero al mismo tiempo no podía evitar pensar que estarían mejor sin ellos.

Tal vez Gul'dan fue capaz de leer eso en sus ojos, ya que su ira se esfumó, pues fue reemplazada por la cautela y el respeto, aunque fuera de mala gana.

—Por supuesto, poderoso Doomhammer —afirmó el brujo, agachando la cabeza—. Tienes razón. La Horda es lo primero. —Entonces esbozó una amplia sonrisa, el miedo lo había abandonado y al parecer su furia se había disipado, o al menos la había enterrado en lo más profundo de su ser una vez más—. Tengo muchas ideas que nos ayudarán en nuestra conquista. Pero primero debo proporcionarte esos guerreros que te prometí, que serán imparables, pero se hallarán bajo tu control totalmente.

Orgrim asintió lentamente.

—Muy bien —dijo con aspereza—. No daré la espalda a algo que podría garantizar nuestro éxito.

Se volvió, indicando así al brujo y su lugarteniente que podían irse. Gul'dan entendió la indirecta, hizo una reverencia y se marchó, con Cho'gall caminando pesadamente a su lado. Doomhammer era consciente de que tenía que vigilarlos de cerca. Gul'dan no era alguien que se tomara los insultos a la ligera, o que permitiera que otro lo controlase mucho tiempo. Pero mientras el brujo no diera un paso en falso su magia le sería muy útil, y Orgrim pensaba aprovecharse de ello al máximo. Cuanto antes aplastaran cualquier resistencia, antes podía su pueblo dejar las armas y volver a construir casas y formar familias una vez más.

Con eso en mente, Doomhammer buscó a otro de sus lugartenientes, al que encontró, al fin, en lo que había sido en su día una gran sala, dándose un festín con la bebida y comida que habían hallado ahí.

—¡Zuluhed!

El chamán orco alzó la vista en cuanto Orgrim gritó su nombre y se puso en pie de inmediato, apartando la copa y el plato que tenía ante él. Aunque era viejo y delgado y



arrugado, los ojos de color marrón rojizo de Zuluhed seguían manteniendo toda su agudeza bajo esas destrozadas trenzas grises.

—Doomhammer.

Al contrario que Gul'dan, Zuluhed no gimoteó ni se inclinó ante él, lo cual era una actitud que Orgrim respetaba. Además, Zuluhed era un cabecilla, el líder del clan Faucedraco. También era un chamán, el único chamán que acompañaba a la Horda. A Doomhammer le interesaban mucho sus habilidades, pues le podrían ser muy útiles.

—¿Cómo va el proyecto?

Si bien Orgrim dejó la cortesía a un lado y no se anduvo con rodeos, aceptó la copa que Zuluhed le ofreció. El vino era en efecto delicioso y las gotas de sangre humana que habían acabado en la copa le daban un sabor aún más intenso.

—Como siempre —contestó el líder Faucedraco, con una honda decepción reflejada en su semblante.

Hace meses, Zuluhed le había contado a Doomhammer que unas extrañas visiones lo asolaban. Unas visiones en las que veía una cordillera en particular en cuyas entrañas había enterrado un gran tesoro, un tesoro que no consistía en riquezas sino en poder. Orgrim respetaba al anciano cabecilla y recordaba lo importantes que habían sido las visiones de los chamanes en su propio mundo. Había aprobado la petición de Zuluhed, quien le había pedido que le dejara encabezar la búsqueda por parte de su clan de esa montaña y del poder que albergaba en su interior. Les había costado semanas, pero al final, el clan Faucedraco había dado con una caverna en las entrañas de la tierra en la que se hallaba un extraño objeto, un disco dorado al que habían llamado el Alma Demoníaca. Aunque Doomhammer no había visto tal artilugio con sus propios ojos, Zuluhed le había asegurado que irradiaba un inmenso poder y que era tremendamente antiguo. Por desgracia, extraer y aprovechar ese poder estaba resultando muy difícil.

—Me aseguraste que serías capaz de dominar su poder —le recordó Orgrim, tirando la copa vacía, que fue a estrellarse contra la pared más lejana con un golpe sordo.

—Lo lograré —le aseguró Zuluhed—. ¡El Alma Demoníaca posee unos recursos inmensos, contiene bastante poder como para hacer añicos las montañas y rasgar el mismo cielo! —Entonces, frunció el ceño—. Pero por ahora se ha resistido a mi magia —negó con la cabeza—. ¡Pero daré con la clave! ¡Lo sé! ¡Lo he visto en mis sueños! En cuanto pueda acceder a su poder, ¡lo utilizaré para esclavizar a aquellos que designemos para servirnos! Una vez se encuentren a nuestros pies, ¡gobernaremos el firmamento y haremos que llueva fuego sobre aquellos que osen desafiarlos!

—Excelente.

Doomhammer le dio una palmadita en el hombro al otro orco. Había veces en que el fanatismo del chamán le preocupaba, sobre todo porque Zuluhed no parecía vivir por entero en este mundo, pero no albergaba ninguna duda sobre su lealtad. Por eso había

brindado su apoyo a la petición del chamán mientras que había rechazado la propuesta de Gul'dan de embarcarse en una búsqueda de poder impulsada por otra visión similar. Orgrim sabía que, pasara lo que pasase, Zuluhed no se volvería en su contra ni contra su pueblo. Además, si esa Alma Demoníaca era capaz de hacer solo la mitad de lo que Zuluhed había prometido, si era capaz de hacer realidad las visiones del chamán, garantizaría que la Horda fuera superior en batalla.

—Avísame cuando todo esté listo.

—Por supuesto —dijo Zuluhed, alzando su propia copa a modo de saludo de despedida, la cual había vuelto a llenar con un jarro dorado manchado de sangre.

Doomhammer dejó al chamán ahí, celebrando la victoria, y reanudó su paseo por la ciudad caída. Le gustaba ver con sus propios ojos qué hacían sus guerreros; además era consciente de que, si sus subalternos veían a su líder pasear entre ellos como uno más, su lealtad hacía él se veía reforzada. Blackhand también era consciente de esa gran verdad, por lo que siempre se cercioraba de que sus guerreros lo considerasen no solo su cabecilla sino un compañero guerrero, incluso cuando llegó a ser Jefe de Guerra. Esa era una de las lecciones que Orgrim había aprendido de su predecesor. Su encuentro con Zuluhed había eliminado el regusto amargo que le había dejado la conversación con Gul'dan, de tal modo que, mientras recorría esas calles, notó que recuperaba el ánimo. Su pueblo había logrado una gran victoria y se merecía celebrarlo. Pensaba dejar que se divirtieran unos cuantos días. Después, se dirigirían al próximo objetivo.

\* \* \*

Gul'dan observaba a Doomhammer a unos cuantos edificios de distancia.

—¿Qué estarán tramando Zuluhed y él? —inquirió, sin apartar su furibunda mirada de la espalda del Jefe de Guerra que se alejaba.

—No lo sé —reconoció Cho'gall—. Lo llevan muy en secreto. Sé que tiene algo que ver con algo que los Faucedraco hallaron en las montañas. La mitad de su clan se encuentra ahí ahora, pero no sé qué están haciendo.

—Bueno, da igual —replicó Gul'dan frunciendo el ceño, mientras se acariciaba distraído un colmillo y cavilaba—. Sea lo que fuere, mantiene distraído a Orgrim y eso nos viene bien. No nos conviene que descubra nuestros planes antes de que podamos ponerlos en marcha —afirmó con una amplia sonrisa—. Para cuando se entere de qué tramamos... será demasiado tarde.

—¿Vas a ser tú el próximo Jefe de Guerra? —preguntó la otra cabeza de Cho'gall mientras se alejaban de ahí y regresaban a los aposentos que les habían designado.

—¿Yo? No —contestó riéndose Gul'dan—. No tengo ninguna intención de atravesar unas calles empuñando un hacha o un martillo para enfrentarme a mis enemigos

en carne y hueso —admitió—. Mi camino es mucho más importante. Me encontraré con ellos en forma de espíritu y los aplastaré desde la lejanía, los devoraré a cientos, a miles. —Sonrió con solo pensarlo—. Pronto, todo cuanto se me ha prometido será mío. Entonces, Doomhammer no tendrá nada que hacer contra mí. Incluso la poderosa Horda palidecerá ante mí. ¡Me bastará con extender el brazo para purgar este mundo, para rehacerlo a mi imagen y semejanza!

Volvió a reírse y las carcajadas reverberaron en las murallas derruidas y edificios caídos, como si la ciudad moribunda se estuviera riendo con él.



## CAPÍTULO TRES

**K**hadgar observaba en silencio desde un lateral de la sala del trono. Lothar había querido que estuviera presente para que hiciera las veces de testigo y sospechaba que también para tener a su lado a un rostro familiar en esta tierra extraña. Además, su propia curiosidad le había obligado a aceptar su invitación a acompañarlo. No obstante, sabía que no debía presentarse ante aquellos hombres como un igual... A pesar del poder que ahora poseía, todos ellos eran gobernantes y más que capaces de ordenar su muerte y ejecutarla en meros segundos. Asimismo, Khadgar tenía la sensación de que había estado en el ojo del huracán durante demasiado tiempo últimamente. Como joven que era, estaba más acostumbrado a observar, esperar y estudiar y no a actuar. Le resultaba muy agradable poder volver a sus viejos hábitos, aunque solo fuera por el momento.

Reconoció a muchos de los allí presentes, aunque solo fuera porque se los habían descrito en alguna ocasión. El hombre robusto como un oso, de rasgos duros y frondosa barba negra que vestía una armadura negra y gris era Genn Greymane, quien gobernaba la nación sureña de Gilneas. Khadgar tenía entendido que era mucho más inteligente de lo que parecía por su aspecto. El hombre alto y esbelto de piel curtida, que iba ataviado con un uniforme naval verde, era, por supuesto, el almirante Daelin Proudmoore, quien gobernaba Kul Tiras; Terenas lo trataba como un igual por su cargo, ya que era el comandante de la mayor y más feroz flota de mundo. El tipo callado de aspecto culto con pelo castaño, que se estaba encaneciendo, y ojos color avellana era Lord Aiden Perenolde, dueño y señor de Alterac. Perenolde miraba con odio a Thoras Trollbane, rey de la vecina Stromgarde, pero este lo ignoraba. El cuero y las pieles que vestía el alto y grosero Trollbane parecían protegerlo no solo de las feroces inclemencias del tiempo de su hogar en las montañas, sino también de la ira de Perenolde. Trollbane, por su parte, tenía su rostro de facciones muy marcadas vuelto hacia un hombre pequeño y fornido de barba blanca como la nieve y cara simpática, que no necesitaba presentación en ninguna parte de aquel continente y que habría sido perfectamente reconocible aunque no hubiera ido ataviado con una túnica ceremonial ni hubiera portado un báculo. Alonsus Faol era el arzobispo de la Iglesia de la Luz y era reverenciado por los humanos en todas partes.

Khadgar podía entender por qué... Nunca antes había visto a Faol, pero con solo mirarlo transmitía una cierta sensación de paz y sabiduría.

Entonces, Khadgar vio un destello violeta por el rabillo del ojo que lo distrajo. Se volvió... y tuvo que hacer un gran esfuerzo para no quedarse boquiabierto. Una leyenda caminaba por la sala del trono. Era alto y muy delgado, casi cadavérico, tenía bigote y una larga barba castaña con mechones grises que encajaba a la perfección con sus espesas cejas; además, llevaba la calva tapada con un capacete. Era el archimago Antonidas. En todos los años que había vivido en Dalaran, Khadgar solo había visto al líder del Kirin Tor en dos ocasiones; una vez que se cruzó con él y otra cuando le informaron de que lo enviaban a estudiar con Medivh. Pero ver cómo ahora el mago maestro ocupaba su lugar junto a los demás gobernantes, con un aspecto tan regio como el de cualquier monarca, provocó que Khadgar se sobrecogiera y lo invadiera una ola de nostalgia por su antiguo hogar. Añoraba Dalaran y se preguntaba si alguna vez podría regresar a la ciudad de los magos. Quizá cuando la guerra acabase. Siempre que sobrevivieran.

Antonidas había sido el último en llegar y, cuando llegó a la zona situada delante del estrado, Terenas aplaudió... Las palmadas reverberaron y las conversaciones cesaron, pues todo el mundo centró su atención en el anfitrión real.

—Gracias a todos por venir —dijo Terenas, cuya voz se pudo escuchar perfectamente por toda la estancia—. Sé que les he convocado precipitadamente, pero tenemos asuntos de gran importancia que discutir y el tiempo corre en nuestra contra. —En ese momento se detuvo y, acto seguido, se volvió hacia el hombre que se encontraba junto a él en el estrado—. Les presento a Anduin Lothar, Campeón de Ventormenta. Ha venido aquí como mensajero y tal vez también como salvador. Creo que será mejor que les explique él mismo lo que ha visto y qué es lo que nos espera a todos muy pronto.

Lothar dio un paso al frente. Si bien Terenas le había proporcionado ropa limpia, como era de esperar, Anduin había insistido en seguir llevando su armadura en vez de cambiarla por una de Lordaeron sin muesca alguna. Pese a que su espada magna aún sobresalía por encima de uno de sus hombros (Khadgar estaba seguro de que muchos monarcas se habían fijado en ese detalle), fueron el semblante del Campeón y sus palabras los que captaron su atención desde el principio. Por una vez, el hecho de que Lothar fuera incapaz de esconder sus emociones actuó en su favor, pues permitía a los reyes ahí reunidos ser conscientes de la gran verdad que encerraban sus palabras.

—Majestades —dijo Lothar al fin—, les agradezco que hayan acudido a esta reunión y que estén dispuestos a escuchar lo que tengo que decir. No soy un poeta ni un diplomático, sino un guerrero, así que hablaré poco y sin rodeos. —Respiró hondo—. He de decirles que mi hogar, Ventormenta, ya no existe. —Varios monarcas se quedaron boquiabiertos. Otros palidecieron—. Cayó ante una Horda de criaturas llamadas orcos —les explicó—. Son unos enemigos terribles, tan altos como un hombre pero mucho más

fuertes. Poseen unos rostros bestiales y tienen la piel verde y los ojos rojos. —Esta vez, nadie se rio—. Esta Horda apareció hace poco. En sus primeras incursiones, hostigaron a nuestras tropas con sus grupos de asalto, pero cuando vimos a todas sus fuerzas marchar sobre nosotros nos quedamos estupefactos. Cuentan con, literalmente, miles, decenas de miles de guerreros... bastantes como para cubrir estas tierras como una sombra impía. Son unos adversarios implacables, fuertes, crueles e inmisericordes —suspiró—. Los combatimos como pudimos, pero no fue suficiente. Asediaron la ciudad tras haber desatado el caos por nuestras tierras y, a pesar de que conseguimos contener su avance un tiempo, al final atravesaron nuestras defensas. El rey Llane murió a sus manos.

Khadgar se percató de que Lothar había decidido omitir cómo había muerto. Quizá si hubiera mencionado que lo había matado una asesina semiorco en la que habían confiado como exploradora y aliada, su relato no hubiera sido tan impactante. O quizá Lothar no quería ni pensar en ello. Khadgar podía entenderlo. Él tampoco quería darle más vueltas a ese asunto... pues había considerado a Garona como una amiga y su traición lo había entristecido profundamente, pese a que él había estado con ella cuando tuvieron una visión al respecto en la torre de Medivh.

—Al igual que la mayoría de los nobles —prosiguió diciendo Lothar—. Se me encomendó la misión de llevar a su hijo y a tanta gente como fuera posible a un lugar seguro y de advertir al resto del mundo sobre lo que había sucedido. Esta Horda no procede de nuestras tierras, ni siquiera pertenece a este mundo. Y no se contentarán con controlar una sola parte del continente. Querrán hacerse también con el resto del mundo.

—Estás insinuando que vienen hacia aquí, ¿no? —comentó Proudmoore en cuanto Lothar dejó de hablar, aunque era más una afirmación que una pregunta.

—Sí.

La simple y llana respuesta de Lothar provocó una ola de sorpresa (y tal vez temor) que recorrió por entero la sala. No obstante, Proudmoore asintió.

—¿Cuentan con barcos? —preguntó.

—No lo sé —contestó Lothar—. Hasta ahora, no hemos visto ninguno. Pero también es cierto que hasta el año pasado nunca antes habíamos visto a la Horda. —Frunció el ceño—. Y aunque no tuvieran barcos antes, seguro que ahora sí... han saqueado toda nuestra costa y, si bien es cierto que han hundido muchas naves, también es cierto que otras simplemente han desaparecido.

—Entonces, podemos dar por sentado que cuentan con los medios necesarios para atravesar el océano. —Proudmoore no pareció mostrarse muy sorprendido ante esa posibilidad, por lo que Khadgar supuso que el almirante hacía tiempo que había dado por sentado que se encontrarían en el peor escenario posible—. Ahora mismo, podrían estar navegando hacia nosotros.

—También pueden avanzar por tierra —rezongó Trollbane—. No lo olvides.

—Sí, en efecto —admitió Lothar—. La primera vez, nos los encontramos al este, cerca del Pantano de las Penas. Después, cruzaron todo Azeroth para llegar a Ventormenta. Si viran hacia el norte, podrían cruzar las Estepas Ardientes y las montañas para llegar a Lordaeron por el sur.

—¿El sur? —Quien había hablado era Genn Greymane—. ¡No pasarán por encima de nosotros! ¡Aplastaré a cualquiera que intente desembarcar en mi costa sur!

—No lo entiendes. —Lothar tenía aspecto cansado y su voz también sonaba fatigada—. Aún no te has enfrentado a ellos, así que te resulta difícil comprender cuan numerosos y fuertes son. Pero te digo que no podrán con ellos. —A continuación, se volvió a los monarcas ahí congregados, con un semblante henchido de orgullo y pesar—. Los ejércitos de Ventormenta eran grandiosos —les aseguró en voz baja—. Mis guerreros estaban muy bien adiestrados y curtidos en mil batallas. Nos habíamos enfrentado en otras ocasiones a los orcos y los habíamos derrotado. Pero solo a su vanguardia. Ante la Horda, caímos como niños desconcertados, como ancianos, como el trigo ante una guadaña —pese a que pronunciaba esas palabras con un tono de voz plano, estas portaban una aureola de fatalidad inevitable—. Los barrerán a través de las montañas y de sus tierras. Pasarán por encima de ustedes.

—Entonces, ¿qué propones que hagamos? —fue el arzobispo Faol quien formuló esa pregunta. Su serena voz calmó los ánimos que estaban a punto de estallar, o esa impresión le dio a Khadgar. A nadie le gustaba que lo llamaran necio, y a un rey mucho menos, sobre todo si lo insultaban delante de sus colegas.

—Tenemos que unimos —insistió Lothar—. Ninguno de ustedes podrá plantarles cara solo. Pero todos juntos... tal vez sí.

—Afirmas que es una amenaza inminente y eso no pienso discutirlo —comentó Perenolde, cuya suave voz se impuso de algún modo a las del resto de reyes—. Y sugieres que nos unamos para poner punto final a dicha amenaza. No obstante, me pregunto... ¿no hay otra forma de resolver este asunto? Seguramente, esos... orcos... son seres racionales, ¿no? Seguramente, tendrán algún objetivo en mente, ¿verdad? Tal vez se pueda negociar con ellos.

Lothar negó con la cabeza, su semblante afligido mostraba bien claro que consideraba que esa discusión era una necesidad.

—Quieren este mundo, nuestro mundo —respondió lentamente, como si estuviera hablando con un niño—. No se van a conformar con menos. Enviamos mensajeros, emisarios, embajadores a parlamentar con ellos. —Esbozó una sonrisa torva y dura—. La mayoría volvieron descuartizados. Otros ni siquiera volvieron.

Khadgar se dio cuenta de que varios reyes estaban murmurando entre ellos y, por el tono de voz que estaban empleando, seguían sin entender del todo a qué clase de peligro se enfrentaban todos ellos. Profirió un suspiro y dio un par de pasos hacia delante, mientras se

preguntaba qué le llevaba a creer que le iban a hacer más caso a él que a Lothar. Aun así, debía intentarlo.

Por fortuna, alguien más dio un paso adelante y, pese a que iba ataviado con una túnica en vez de una armadura, esa figura irradiaba una gran autoridad.

—Escúchenme —gritó Antonidas, con una voz clara y potente. Acto seguido, alzó su báculo tallado y una luz emergió de su punta, deslumbrando a los ahí presentes—. ¡Escúchenme! —exclamó de nuevo. Esta vez, todos se giraron y se callaron para escucharlo—. Antes de esta reunión, ya había recibido diversos informes sobre esta nueva amenaza —admitió el archimago—. En un principio, la aparición de los orcos intrigó a los magos de Azeroth, pero luego los aterrorizó. Nos han mandado muchas cartas para pedir ayuda que nos han proporcionado información al respecto. —Frunció el ceño—. Me temo que no les prestarnos la atención debida. Pese a que éramos conscientes del peligro que suponían, consideramos que los orcos eran un mero incordio a nivel local, que quedaría confinado a ese lado del continente. Pero según parece, nos equivocamos. Insisto en que son muy peligrosos... mucha gente a la que respeto me ha confirmado este extremo. Si desprecian las advertencias de este Campeón, corren un grave riesgo.

—Si son tan peligrosos, ¿por qué los magos de ahí no se ocuparon de ellos? —inquirió Greymane—. ¿Por qué no utilizaron su magia para acabar con esa amenaza?

—Porque los orcos poseen su propia magia —contestó Antonidas—. Una magia muy potente. Si bien muchos de sus brujos son menos poderosos que nuestros magos, según indican mis colegas, al menos, nos superan en número y son capaces de colaborar y actuar al unísono, algo que a mis propios hermanos nunca les ha resultado muy fácil.

Khadgar estaba seguro de que había detectado una ligera amargura en el tono de voz del viejo archimago y lo entendía perfectamente. Si había algo que todo miembro del Kirin Tor valorara por encima de cualquier cosa era su independencia. Lograr que dos magos colaboraran era muy difícil... así que resultaba prácticamente inconcebible que unos cuantos llegaran a aunar esfuerzos pasara lo que pasase.

—Nuestros magos contraatacaron —explicó Lothar—. Nos ayudaron a cambiar el signo de la batalla en diversos combates. Pero el archimago tiene razón. No éramos suficientes como para resistir su avance, tanto en el plano mágico como en el físico. Por cada hechicero orco que lográbamos matar, otros tres ocupaban de inmediato su lugar. Además, viajaban acompañados de grupos de asalto y pequeños ejércitos para protegerse de peligros más mundanos y, a su vez, incrementaban con su magia la fuerza de los guerreros que los rodeaban. —Su semblante se tornó ceñudo—. Nuestro mago más importante, Medivh, cayó ante las tinieblas de la Horda. Gran parte del resto de los magos también cayeron. No creo que consigamos repeler su avance únicamente con magia.

Khadgar se percató de que Lothar no había mencionado cómo o por qué Medivh había muerto, lo cual le pareció un buen gesto por parte de aquel guerrero, pues había



tenido mucho tacto al respecto. No era el momento ni el lugar para revelar qué había ocurrido realmente. Aunque también fue consciente de la severa mirada que le lanzó Antonidas, la cual lo obligó a contener un suspiro. Pronto, en algún momento, el consejo de gobierno del Kirin Tor le exigiría una explicación exhaustiva. Khadgar sabía que solo se iban a conformar con la verdad. Sospechaba que, si se guardaba algo, eso podría resultar fatal para todos ellos, ya que Medivh había estado muy estrechamente ligado a la Horda, pues era responsable de sus primeros pasos y de su presencia en este mundo.

—Me resulta muy extraño —el suave arrullo de la voz de Perenolde volvió a imponerse sobre el resto— que un forastero se preocupe tanto por nuestra supervivencia. —Miró suspicazmente a Lothar, a la vez que una sonrisita de suficiencia se dibujaba en su rostro. Khadgar sintió la tentación de prenderle fuego a la grasienta barba de ese rey, pero hizo de tripas corazón—. Perdóname si con esto vuelvo a abrir heridas recientes, pero tu reino ya no existe, tu rey está muerto, tu príncipe no es más que un muchacho y tus tierras han sido conquistadas, ¿verdad? —Lothar asintió, apretando con fuerza los dientes; probablemente, con ese gesto intentaba contener las ganas que sentía de arrancarle la cabeza a ese arrogante rey—. Nos has informado de esta terrible amenaza, por lo que te damos las gracias. No obstante, insistes en señalarnos qué debemos hacer, insistes en que debemos unimos.

A continuación, miró a su alrededor, a todos los congregados en esa sala, de un modo bastante teatral. Varian no estaba ahí, ya que Terenas se lo había llevado porque quería tratar al príncipe, que todavía estaba conmocionado, como a un miembro más de su familia; además, Lothar y él habían acordado que, ahora mismo, no debían someter al muchacho a más presión.

—No veo aquí a nadie más de tu reino; además, tú mismo has dicho que el príncipe es solo un muchacho y tus tierras han sido conquistadas. Si decidiéramos hacer caso a tus sugerencias y unirnos, ¿qué más podrías aportar a nuestra alianza? Aparte de tu destreza marcial, por supuesto.

Lothar abrió la boca para responder, con la furia reflejada en su rostro, pero una vez más lo interrumpieron. Esta vez, fue el rey Terenas, lo cual resultó bastante sorprendente.

—No voy a permitir que se insulte a mi invitado de este modo —anunció el gobernante del Lordaeron, con una voz gélida como el acero—. ¡Ha corrido un grave peligro para proporcionarnos esta información y nos ha mostrado que es un hombre compasivo y honorable, a pesar de hallarse sumido en una honda tristeza! —Perenolde asintió e hizo una leve reverencia, a modo de disculpa silenciosa y un tanto burlona—. Además, te equivocas al menospreciarlo y creer que está solo en esto —prosiguió diciendo Terenas—. El príncipe Varian Wrynn es ahora mi invitado de honor y seguirá siéndolo hasta que decida partir. Le he prometido que lo ayudaré a recuperar su reino.

Varios monarcas murmuraron al escuchar esas palabras. Khadgar sabía qué estaban pensando. Terenas acababa de renunciar a cualquier derecho que pudiera tener para reclamar Ventormenta para sí y acababa de advertir a los demás reyes de que Varian contaba con su apoyo, y todo con una sola frase. Era una estrategia muy inteligente. Su respeto por el rey de Lordaeron acababa de subir muchos enteros.

—Sir Lothar ha venido acompañado por otra gente de su reino —continuó diciendo Terenas—, incluso por algunos soldados. Si bien no son un número significativo si los comparamos con la amenaza a la que nos enfrentamos, han luchado contra esos orcos y su experiencia en ese aspecto podría sernos de gran ayuda. Muchos más siguen deambulando por lo que antes era Ventormenta, confusos y sin líder, y tal vez se unan a nosotros si su Campeón los llama, engrosando así nuestras filas. El propio Lothar es un comandante curtido en mil batallas y un gran estratega. Le tengo un tremendo respeto por su habilidad y talento.

Entonces, dejó de hablar y lanzó a Lothar una mirada un tanto inquisitiva. Khadgar se sintió muy intrigado al ver que su compañero de viaje asentía. El Campeón y el rey se habían reunido varias veces mientras aguardaban a que llegara el resto de los monarcas. Khadgar no había estado presente en todas las discusiones, por lo que ahora se preguntaba qué era exactamente lo que se había perdido.

—Por último, está la cuestión de que es un forastero —agregó Terenas con una sonrisa—. Aunque Lothar nunca antes había agraciado a este continente con su presencia, no es un extraño ni por asomo, ya que le une un fuerte vínculo con estas tierras y nuestros reinos. Pertenece a la dinastía Arathi. En realidad, es el último de ese noble linaje y, por tanto, ¡tiene tanto derecho a hablar en este consejo como cualquiera de nosotros!

Esa revelación conmocionó al resto de reyes y, desde ese momento, Khadgar vio a su compañero con otros ojos. ¡Un Arathi! Había oído hablar de Arathor, por supuesto, como todo el mundo en Lordaeron; había sido la primera nación que había existido en ese continente, hacía mucho tiempo, y era un pueblo que había mantenido unos estrechos lazos con los elfos. Juntas, ambas razas habían luchado contra un colosal ejército troll a los pies de las montañas de Alterac; juntas, ambas razas habían acabado con la amenaza troll y habían hecho añicos a la nación troll para siempre. El imperio de Arathor prosperó y se expandió, pero años después, se derrumbó y se fragmentó en las diversas naciones más pequeñas que se extienden hoy en día por todo el continente. La capital de Arathor, Strom, fue abandonada por las tierras del norte, que eran más fértiles, y los últimos Arathi desaparecieron. Algunas leyendas afirmaban que habían ido al sur, más allá de Khaz Modan, y se habían adentrado en las tierras salvajes de Azeroth. Strom acabó convirtiéndose en Stromgarde, el dominio de Trollbane.

—Es cierto —anunció Lothar con rotundidad, a la vez que retaba con su mirada a cualquiera a llamarlo mentiroso—. Desciendo del rey Thoradin, el fundador de Arathor.

Mi familia se asentó en Azeroth tras el colapso del imperio, donde fundó una nueva nación, que acabó siendo conocida como Ventormenta.

—¿Has venido a reclamar tus derechos soberanos? —inquirió Greymane, a pesar de que, por su semblante, estaba claro que pensaba que no iba a ser así.

—No —le aseguró Lothar—. Mis ancestros renunciaron a reclamar Lordaeron hace mucho tiempo, cuando decidieron marcharse de este lugar. Pero sigo manteniendo un estrecho vínculo con estas tierras, que los míos ayudaron a conquistar y civilizar.

—Además, podría invocar ciertos pactos antiguos por los que podríamos obtener ayuda —indicó Terenas—. Los elfos juraron apoyar a Thoradin y su linaje en tiempos de necesidad. Honrarán ese pacto.

Esas palabras provocaron miradas de admiración y susurros de elogio entre varios de los ahí congregados. Khadgar asintió. De repente, Lothar no era solo un guerrero o un comandante ante sus ojos. Ahora era un hipotético embajador ante los elfos. Y si esa antigua raza, que tan bien dominaba la magia, se aliaba con ellos, la Horda ya no parecía tan imparable.

—Tenemos mucha información que asimilar —comentó secamente Perenolde—. Tal vez deberíamos darnos un tiempo para meditar sobre todo cuanto hemos escuchado y reflexionar sobre qué debemos hacer para proteger nuestras tierras de esta nueva amenaza.

—De acuerdo —dijo Terenas, sin ni siquiera molestarse en preguntar a los demás su opinión—. La comida ya está servida en el comedor. Los invito a todos a unirse a mí, y no solo como reyes sino como vecinos y amigos. Será mejor que no discutamos sobre este tema mientras comemos. Reflexionemos al respecto cada uno por su lado, para que podamos enfocar el problema con más claridad después de haber digerido la comida y de haber asimilado qué clase de peligro tenemos delante.

Khadgar negó con la cabeza mientras los monarcas asentían y se dirigían a la puerta. Perenolde era artero, de eso no cabía duda. Se había dado cuenta de que sus colegas gobernantes se estaban decantando por apoyar a Lothar y había dado con esa manera ingeniosa de interrumpir el encuentro. Khadgar sospechaba que el rey de Alterac anunciaría tras la comida que había meditado al respecto y que había concluido que la propuesta de Lothar merecía ser considerada. De ese modo, su prestigio quedaría intacto y no se vería relegado a un puesto menor cuando se forjara esa alianza entre los reinos que parecía inminente.

Mientras seguía a los monarcas hasta el comedor, Khadgar se percató de que algo se movía por encima de él. Se volvió y divisó brevemente un par de cabezas que sobresalían de uno de los balcones superiores. Una de ellas tenía el pelo negro y un gesto solemne; se trataba del príncipe Varian, al que reconoció. Sin ninguna duda, el heredero de Ventormenta había estado ahí para enterarse de lo que sucedía en la reunión. La segunda

cabeza pertenecía a alguien rubio y aún más joven, a solo un niño, que se hallaba a una distancia prudencial de Varian, quien seguramente ignoraba que estaba ahí. El muchacho se dio cuenta de que lo observaba y sonrió, para luego desaparecer tras la cortina negra del balcón. *Así que el joven príncipe Arthas también quiere saber qué planean su padre y los demás, pensó Khadgar. Es lógico. Al fin y al cabo, él gobernará Lordaeron algún día... siempre que logren impedir que la Horda lo arrase.*



## CAPÍTULO CUATRO

**D**oomhammer estaba hablando con uno de sus lugartenientes, Rend Blackhand del clan Diente Negro, cuando un explorador llegó corriendo. Aunque no cabía duda de que aquel guerrero orco traía noticias urgentes, se detuvo a varios pasos de ellos y esperó, mientras recuperaba el aliento, hasta que Orgrim lo miró y asintió.

—¡Trolls! —anunció el explorador orco, que todavía jadeaba. —¡Trolls del bosque! ¡Y por lo que parece, son todo un destacamento!

—¿Trolls? —se rio Rend—. ¿Acaso nos van a atacar? ¡Creía que eran más listos que los ogros, no más bobos!

Doomhammer tuvo que darle la razón. La única vez que se había encontrado con trolls de bosque, se había quedado impresionado y un tanto inquieto por su astucia. Los trolls no solo eran más altos que los orcos sino más delgados y ágiles, sobre todo en los bosques, lo que les convertía en una gran amenaza en tales lugares. No obstante, el hecho de que hubieran cruzado el mar para llegar hasta esa isla no encajaba con el comportamiento habitual en ellos.

El explorador, mientras tanto, negaba con la cabeza.

—No nos van a atacar. Están en el continente y han sido capturados —sonrió de oreja a oreja— por los humanos.

Esas palabras llamaron la atención de Doomhammer.

—¿Dónde están? —inquirió.

—No muy lejos de la orilla, junto a las colinas del interior del bosque —contestó el explorador al instante—. Marchaban hacia el oeste, pero a un ritmo más lento del habitual.

—¿Cuántos son?

—Cerca de cuarenta humanos —respondió el explorador—. Y diez trolls.

Orgrim asintió y se volvió hacia Rend.

—Reúne a tus guerreros más fuertes —le ordenó—. Deprisa. Partirán de inmediato. Pero ten clara una cosa —le advirtió al líder Diente Negro—, solo son un grupo de asalto. Van a rescatar a esos trolls y los van a traer aquí. Eviten que los vean siempre que sea

posible y maten a cualquiera que los vea. Ten por seguro que no voy a permitir que nuestros planes de batalla queden arruinados por culpa de una negligencia tuya.

Acto seguido, el cabecilla asintió y se marchó rápidamente sin pronunciar palabra en dirección hacia un guerrero que haraganeaba por ahí cerca. Rend vociferó una serie de órdenes antes de alcanzar a otro orco, un guerrero que enseguida se enderezó, asintió y se fue corriendo en busca de sus compañeros, seguramente. Entretanto, Doomhammer aguardaba impaciente e indicó con una seña al explorador que también debía esperar. Se retorció las manos, presa de la ansiedad, mientras su mente regresaba al pasado, a su encuentro previo con los trolls muchos meses atrás.

\* \* \*

Tiempo atrás, en su mundo natal, Blackhand había conmocionado a los demás clanes orcos al anunciar su intención de aliarse con los ogros. Esa asociación había demostrado ser muy útil, ya que esas monstruosas criaturas habían sumado su considerable fuerza a la Horda, pero aun así era una alianza contra natura. Por eso mismo, muchos orcos se habían mostrado escépticos en cuanto recibieron informes de que unas criaturas similares vivían en aquel nuevo y fértil mundo, así como cuando Blackhand anunció que tenía intención de sumar a esas criaturas a su bando para librar esta guerra.

Había enviado a Orgrim y a un puñado de guerreros Roca Negra a contactar con ellos, lo cual dejaba bien claro lo mucho que confiaba en su joven segundo al mando. Incluso ahora, Doomhammer se sentía culpable en ese aspecto, porque había traicionado la confianza que había depositado en él su Jefe de Guerra y se había vuelto en su contra, ya que lo había matado y sustituido como líder. Aun así, los clanes funcionaban de ese modo. Blackhand había guiado a su pueblo hacia su propia muerte y destrucción. Orgrim se había visto obligado a actuar para poder salvarlos a todos. Se mecía adelante y atrás, mientras acariciaba la suave piedra de la parte superior de su martillo, que llevaba sobre la espalda de tal manera que su mango sobresalía por encima de su hombro, y su cabeza, por debajo de su muslo. Hace mucho tiempo, unos chamanes habían profetizado que esa poderosa arma sería testigo algún día de la salvación de su pueblo. Sin embargo, también habían afirmado que el portador de esa arma que los salvara también los condenaría. Y que él sería el último de la dinastía Doomhammer. Orgrim había meditado muchas veces al respecto y, desde que se había convertido en el Jefe de Guerra y líder de la Horda, aún más. ¿Había salvado a su pueblo al haber asumido el poder? Ciertamente, creía que ese era el caso. Pero ¿acaso eso significaba que más adelante iba a ser el artífice de su condenación? ¿Que su linaje iba a acabar con él? Esperaba que no.

En esa época, no obstante, Doomhammer no se preocupaba tanto por tales asuntos. Todavía confiaba en Blackhand, pues no dudaba de que el líder orco era leal a su pueblo y

que su intención era que los orcos dominaran ese mundo. Por eso, seguía aún las órdenes de su Jefe de Guerra, aunque hacía todo lo posible por moderar a Blackhand, quien tendía a ejercer la violencia innecesariamente. Lo cual no quiere decir que Orgrim procurara evitar el combate, puesto que, al igual que la mayoría de orcos guerreros, gozaba con el fragor y la emoción de la batalla, pero hay veces en que el uso abusivo de la fuerza puede menoscabar el valor de una victoria. Esa misión, sin embargo, consistía en entablar contacto y no en hacer la guerra, por lo que Doomhammer se había sentido honrado e intrigado al mismo tiempo. Y tal vez, en el fondo, incluso un poco asustado. Hasta entonces, solo se habían encontrado con humanos en este nuevo mundo y con un par de esas diminutas pero poderosas criaturas llamadas enanos. No obstante, si en este mundo había ogros, la Horda podría acabar enfrentándose a un enemigo mucho más poderoso de lo que habían visto hasta ahora.

Tardaron dos semanas en dar con un troll por fin. Sus guerreros y él estaban deambulando por un bosque, sin hacer esfuerzo alguno por ocultarse, cuando un explorador divisó a una de esas criaturas. A medida que el tiempo pasaba, se fueron convenciendo de que el explorador había mentido o, simplemente, se había equivocado; debía de haberse sobresaltado al ver unas sombras y luego se había inventado esa historia para disimular su cobardía. Entonces, una noche, cuando la luz del crepúsculo se extendía por esas tierras y proyectaba unas largas sombras bajo los árboles, una figura bajó de las altas ramas de uno de ellos, aterrizando en el suelo en silencio, a cierta distancia de la hoguera del campamento de los orcos. Otro apareció un instante después, y otro y otro más, hasta que los orcos se hallaron rodeados por seis de esas figuras silenciosas y misteriosas.

En un principio, Orgrim pensó que el explorador había estado en lo cierto y se enfrentaban a unos ogros, pero esas criaturas eran un poco más pequeñas y se movían silenciosamente, con una elegancia que nunca antes había visto en ninguno de esos colosos. Entonces, un rayo de luz crepuscular iluminó a uno de esos monstruos que se acercaba hacia ellos y Doomhammer pudo comprobar que tenía la piel verde, tan verde como la suya, tan verde como las hojas de los árboles. Lo cual explicaba por qué no habían visto a esas criaturas antes: ese color hacía que se confundieran con el follaje, sobre todo cuando se desplazaban entre las ramas de los árboles, como evidentemente habían hecho estos en concreto. También se percató de que era más alto que él y más delgado que un ogro; además, estaba más proporcionado y carecía de los largos brazos, las descomunales manos y la colosal cabeza que caracterizaban a esos monstruos de su mundo. Asimismo, en la mirada de ese ser que se aproximaba, en cuyos oscuros ojos centelleaba el reflejo del fuego mientras extendía una lanza para golpear levemente a Orgrim con ella, se adivinaba una cierta inteligencia.

—¡No somos enemigos! —había exclamado Orgrim, cuyo grito rasgó la quietud de la noche. Apartó la lanza a un lado con un golpe de una sola mano y se dio cuenta de que su punta estaba hecha de piedra mellada que parecía estar muy afilada—. ¡Busco a su líder!

En ese momento se oyó un estruendo y, un instante después, Doomhammer se percató de que era la carcajada de esas criaturas.

—¿Qué quieres de nuestro líder, bocadito? —replicó la criatura que lideraba aquel grupo, y su boca adoptó la forma de una monstruosa sonrisa.

Orgrim pudo ver que también tenían colmillos, aunque eran más largos y gruesos que los suyos, y más romos, o eso cabía deducir por su aspecto. También se fijó en que el pelo de la cabeza de ese monstruo tenía forma de cresta. Seguramente, ese no era su aspecto natural, por lo que esas criaturas debían ser capaces de acicalarse. En definitiva, no eran unas meras bestias.

—Quiero hablar con él, en nombre de mi propio líder —respondió Orgrim, enseñando sus manos abiertas, para mostrar así que no iba armado. Aunque no bajó la guardia, pues habría sido un necio si lo hiciera.

Por fortuna, esa criatura volvió a reírse.

—Nosotros no hablamos con los bocados —le espetó—. ¡Nos los comemos!

Acto seguido, lo atacó con su lanza; no le lanzó un golpecito como antes, sino que fue un golpe fuerte y rápido que habría atravesado a Doomhammer con suma facilidad, como a un pez... si se hubiera quedado quieto. Se apartó de la trayectoria de la lanza, cogió el martillo que llevaba a la espalda y profirió un grito de guerra. El bramido sobresaltó al monstruo, que estaba echando hacia atrás su arma para preparar un segundo ataque y se quedó paralizado. Orgrim no le dio tiempo a reaccionar. Se abalanzó sobre él, blandiendo con fuerza el martillo, y acertó a una de esas criaturas de lleno en la rodilla. El monstruo cayó al suelo aullando de dolor, mientras se aferraba la pierna destrozada. Orgrim volvió a atacarlo y, esta vez, le propinó un golpe que le aplastó el cráneo.

—¡Lo voy a repetir por una última vez, busco a su líder! —exclamó, a la vez que se volvía para encararse con las demás criaturas, que no se habían movido siquiera durante su veloz ataque—. ¡Llévenme ante él o los mataré y buscaré a otros más dispuestos a obedecer!

Alzó el martillo para enfatizar sus palabras, pues sabía, gracias a su dilatada experiencia, que el mero hecho de ver cubierta de restos de pelo y fragmentos de hueso la cabeza de piedra negra de su arma, así como chorreando sangre fresca, solía bastar para turbar a casi todos sus adversarios.

El gesto cumplió su cometido. Los demás monstruos retrocedieron un solo paso, levantando sus armas en alto para demostrar así que no tenían intención de atacar. Entonces, uno de ellos se apartó de los demás y se aproximó a él. Este tenía el pelo



trenzado en vez de cortado en forma de cresta; además, llevaba un collar de huesos alrededor del cuello.

—¿Quieres hablar con Zul'jin? —preguntó la criatura. Doomhammer asintió, dando por sentado que debía de ser el nombre o el título de su líder—. Lo traeré aquí.

A continuación, se alejó y desapareció entre las sombras sigilosamente, dejando a sus cuatro compañeros ahí, quienes se miraron mutuamente y a los orcos sin tener muy claro qué hacer.

—Esperaremos —anunció con suma calma Orgrim, dirigiéndose tanto a los monstruos como a sus propios guerreros.

Colocó la cabeza de su martillo sobre el suelo y se apoyó en su largo mango, manteniéndose alerta a la vez que se mostraba indiferente. En cuanto esas criaturas comprobaron realmente que no iba a atacarlos, se relajaron un poco y bajaron también sus armas. Uno de ellos incluso se echó en el suelo, aunque siguió con la mirada todos y cada uno de los movimientos de los orcos en todo momento.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Orgrim a ese en concreto unos minutos después.

—Krul'tan —respondió la criatura.

—Yo soy Orgrim Doomhammer —dijo el orco a la vez que se señalaba a sí mismo con el pulgar—. Somos orcos del clan Roca Negra. ¿Qué clase de seres son ustedes?

—Somos trolls del bosque —contestó sorprendido Krul'tan, como si no pudiera creerse que no lo supieran—. De la tribu Amani.

Orgrim asintió. Eran trolls del bosque. Y se organizaban en tribus. Lo cual significaba que eran civilizados. Eran mucho, mucho más listos que los ogros. Por primera vez, se cuestionó si el plan de Blackhand era acertado. Esos monstruos se parecían más a los orcos que a los ogros, a pesar de su fuerza y tamaño. ¡Qué aliados tan extraordinarios podrían llegar a ser! Además, como eran nativos de este mundo, conocían su geografía, sus peligros y a sus habitantes.

Pasó una hora. Entonces, sin advertencia previa, unas sombras emergieron de los árboles y avanzaron con unas pisadas enormes y silenciosas, unas sombras que se fueron transformando en el troll que se había ido antes y otros tres más.

—Querías hablar con Zul'jin, ¿no? —inquirió uno de ellos, que se acercó tanto como para que Orgrim pudiera ver que unas cuentas y unos trocitos de metal adornaban sus largas trenzas—. ¡Pues aquí estoy!

Zul'jin era más alto y esbelto que los demás trolls. Alrededor de la cintura y la entrepierna llevaba una suerte de tela gruesa y vestía un chaleco abierto de cuero. Portaba una gruesa bufanda alrededor del cuello que le cubría la cara hasta la altura de la nariz y le dotaba de un aspecto siniestro. A tan corta distancia, Orgrim pudo apreciar también que la piel del troll estaba cubierta de pelo; un segundo después, se dio cuenta de que parecía

musgo. ¡Los trolls eran verdes porque estaban cubiertos de musgo! ¡Qué criaturas tan extrañas!

—Soy Doomhammer y sí, quiero hablar contigo. —Orgrim alzó su mirada hacia el troll del bosque líder, pues se negaba a mostrarle miedo alguno—. Mi líder, Blackhand, gobierna a la Horda orca. Supongo que habrás visto a algunos de los nuestros en el bosque.

Zul'jin asintió.

—Sí, hemos visto cómo se desplazaban torpemente entre los árboles. Son aún más torpes que los humanos —comentó—. Aunque también son más fuertes. Y van armados para batallar. ¿De qué quieren hablar con nosotros? —Pese a que tenía el rostro tapado por la bufanda, Doomhammer pudo apreciar que el troll se estaba riendo, lo cual no era nada agradable—. Quieren nuestros bosques, ¿no? Entonces, tendrán que luchar contra nosotros. —Bajó ambas manos hacia las hachas gemelas que portaba a ambos lados de la cintura—. Y perderán.

Orgrim sospechaba que el líder troll estaba en lo cierto. Si bien la Horda los superaba clara y ampliamente en número, si todos los trolls de bosque eran tan fuertes y silenciosos como estos, les sorprenderían, ya que podrían atacarlos desde cualquier parte y desaparecer de inmediato. Acabarían con cualquier orco que se adentrara en su territorio y la Horda sería incapaz de atravesar tantos árboles con su gran ejército para poder repeler sus ataques.

Por suerte, ese no era su objetivo.

—No queremos sus bosques —le aseguró Doomhammer al líder troll—, sino su apoyo. Planeamos conquistar este mundo con ustedes como aliados.

Zul'jin frunció el ceño.

—¿Aliados? ¿Por qué? ¿Qué ganaríamos nosotros con eso?

—¿Qué quieren?

Uno de los otros trolls dijo algo con un extraño acento aspirado, pero Zul'jin lo interrumpió con suma brusquedad.

—No necesitamos nada —contestó, por fin, contundentemente—. Tenemos nuestro bosque. Nadie se atreve a meterse aquí, salvo los malditos elfos, y de esos ya nos ocupamos nosotros.

—¿Estás seguro? —preguntó Doomhammer, pues acababa de ver un resquicio en su respuesta que podía servirle—. ¿Estos elfos son también otra raza? ¿Una raza poderosa?

—Sí, muy poderosa —admitió el troll a regañadientes—. Pero llevamos matándolos desde la antigüedad, desde la primera vez que pisamos estas tierras. No necesitamos ayuda para acabar con ellos.

—Pero ¿por qué los van matando de uno en uno? —inquirió Orgrim—. ¿Por qué no marchan sobre sus hogares y los destruyen por completo? ¿Podríamos ayudarlos! ¿Con

la Horda apoyándolos, podrían aplastar a los elfos de una vez por todas y quedarse con el bosque para siempre sin oposición alguna!

Zul'jin permaneció pensativo y, solo por un momento, Doomhammer albergó la esperanza de que aquel esbelto troll del bosque aceptara su oferta. Sin embargo, finalmente este hizo un claro gesto de negación con la cabeza.

—Lucharemos solos contra los elfos —le explicó—. No necesitamos ayuda. Y no deseamos dominar el resto del mundo, ya no. Por lo que luchar contra otros no nos serviría de nada.

Orgrim suspiró. Se dio cuenta de que el troll de bosque había tomado una decisión irrevocable. Dio por sentado que, si insistía, solo iba a conseguir enfurecerlo.

—Lo entiendo —dijo al fin—. Mi líder se sentirá tan decepcionado como yo. Pero respeto tu decisión.

Zul'jin asintió.

—Ve en paz, orco —susurró, a la vez que retrocedía hacia las sombras—. Ningún troll se interpondrá en tu camino.

Acto seguido desapareció, al igual que el resto de trolls del bosque.

Blackhand, efectivamente, se había llevado una honda decepción. El Jefe de Guerra les había recriminado su fracaso a grito de voz tanto a Doomhammer como a los demás. No obstante, enseguida se había calmado y se mostró de acuerdo con Orgrim en que, si este hubiera insistido, los trolls podrían haberse convertido en enemigos en vez de permanecer neutrales. Y no deseaban que algo así sucediera.

Sin embargo, Doomhammer todavía lamentaba la decisión que había tomado el líder troll, por lo que había ordenado a sus exploradores que siguieran buscando a los trolls cada vez que entraran en el bosque o pasaran cerca de él. Ahora, esa búsqueda tal vez había dado ya sus frutos.

\* \* \*

Orgrim observó cómo dos barcas atracaban en la orilla norte de la isla. Rend desembarcó de un salto y pisó la orilla de inmediato, seguido lentamente por un troll que tenía el pelo trenzado. Una larga bufanda cubría el cuello y la parte inferior de la cara de aquel troll. Doomhammer esbozó una amplia sonrisa. ¡Era el mismísimo Zul'jin!

—Los habían encerrado y encadenado —le informó Rend, quien se detuvo a escasos metros del lugar donde Orgrim se hallaba—. Sorprendimos a los humanos, pues habían dado por supuesto que ya habían capturado la única amenaza que había en ese bosque. —El cabecilla Diente Negro estalló en carcajadas—. Todo humano que se interpuso en nuestro camino murió.

—Bien.

Ambos orcos observaron aproximarse al líder troll. Tenía el mismo aspecto que la última vez que se habían visto. Doomhammer pudo deducir por la expresión que se dibujó en el semblante del troll que este también lo recordaba.

—Tus guerreros nos han salvado —reconoció el troll del bosque, mientras se colocaba a la altura de Orgrim y asentía, a modo de saludo entre iguales—. Eran demasiados y se valieron de antorchas para mantenernos a raya.

Doomhammer asintió.

—Me agrada poder ayudar a un compañero guerrero —afirmó—. En cuanto me enteré de que habían sido capturados, envié a mis guerreros a buscarlos.

Zul'jin sonrió abiertamente.

—¿Tu líder los envía?

—Ahora yo soy el líder —replicó Orgrim, cuya sonrisa se hizo mucho más amplia.

El troll caviló al respecto.

—Tu Horda sigue queriendo conquistar el mundo, ¿verdad? —preguntó al fin.

Doomhammer hizo un gesto de asentimiento, pues no se atrevía a dar una respuesta concreta.

—Entonces, los ayudaremos —anunció Zul'jin un momento después—. Tal y como nos han ayudado. Somos aliados, ¿no? —Entonces, le tendió la mano.

—Sí, aliados.

Orgrim le estrechó la mano, al mismo tiempo que daba vueltas a todas las posibilidades en su mente. Gracias a los trolls, los orcos y las nuevas fuerzas que Zuluhed iba a someter a la voluntad de la Horda, nada podría interponerse en su camino.



# CAPÍTULO CINCO

**D**os días después de la primera reunión, Lothar regresó a la sala del trono de Lordaeron, donde se encontraban también el resto de gobernantes del continente. Khadgar lo había acompañado de nuevo y se alegraba de poder contar con el muchacho a su lado. Terenas era un anfitrión estupendo, al igual que algunos de los otros monarcas, pero el joven mago era la única persona de Azeroth a la que Lothar conocía de antes. A pesar de que el joven no era oriundo de Ventormenta, su mera presencia le recordaba a Lothar su hogar.

No obstante, su hogar ya no existía. Sabía que tendría que aceptarlo en algún momento. Pero por ahora le parecía algo irreal. Aún esperaba que, al volverse en cualquier momento, se encontraría con Llane riéndose, o que alzaría la mirada y vería un par de grifos volando, o que escucharía el ajeteo de sus hombres preparándose en el patio para la guerra. Sin embargo, todo eso ya no existía. Sus amigos estaban muertos. Su hogar había caído. Y había jurado que impediría que estas tierras lo siguieran en su caída hacia las tinieblas, aunque tuviera que sacrificar su propia vida.

Pero ahora mismo creía que pensar en ello probablemente le costaría la cordura. Lothar nunca había tenido mucha paciencia con todo lo relativo a la política y, a lo largo de los años, había observado con asombro cómo Llane aplacaba a un noble tras otro, apaciguando discusiones, desactivando conflictos, zanjando disputas, sin favorecer nunca a nadie por encima de otro, sin dejar que los intereses personales interfirieran con los asuntos de Estado. Todo era un juego, le había repetido Llane una y otra vez, un juego de estrategias e influencia, de sutiles maniobras, donde nadie ganaba de verdad, no por mucho tiempo, y la meta era simplemente mantener la posición más fuerte posible durante el mayor tiempo posible.

Por lo que Lothar había podido ver, los monarcas de esta parte del continente eran expertos en ese juego. Y el hecho de verse obligado a tratar con ellos, supuestamente como un igual, lo estaba volviendo loco.

Ese primer día, después de almorzar, habían regresado a la sala del trono para proseguir con el debate. Todo el mundo parecía aceptar la idea de que la Horda iba a llegar, incluso ese ladino de Perenolde. Ahora la cuestión era qué iban a hacer al respecto.

Les había llevado el resto del día convencer a todos de que la única respuesta posible era conformar un único ejército. Terenas se había mostrado de acuerdo de inmediato, por suerte, y Trollbane también, y no les había costado persuadir a Proudmoore. No obstante, convencer a Perenolde y Greymane había sido mucho más difícil. A Lothar no le sorprendió que Perenolde se mostrara reticente. Había conocido a tipos similares en Ventormenta, arteros, taimados y desagradables, que siempre buscaban el beneficio propio a cualquier precio. Y casi siempre habían resultado ser unos cobardes. Perenolde probablemente tenía miedo a batallar en persona y extendía ese temor a todos sus súbditos, muchos de los cuales, sin duda alguna, eran más valientes que él. La actitud de Greymane, sin embargo, le sorprendió. Aquel hombre ciertamente tenía aspecto de guerrero, con esa constitución tan robusta y esa armadura tan pesada. Además, tampoco había afirmado que no fuera a luchar. No obstante, había sugerido rápidamente otras opciones siempre que el debate tendía hacia la solución de la guerra. Perenolde, claro está, había insistido en examinar cada una de esas alternativas con sumo detalle. Únicamente después de que Proudmoore y Trollbane lo acusaran de cobarde, aquel fornido hombre había aceptado que la única solución era un ejército común.

El segundo día había sido más de lo mismo. Al menos, todos estaban de acuerdo en que debían librar una guerra, pero ahora había que decidir cómo iban a cooperar. Qué ejércitos iban a abastecer a las tropas, dónde se iban a ubicar, cómo iban a coordinar los suministros... detalles que Lothar había abordado durante años, pero dentro de la organización militar de una sola nación. Ahora había que coordinar a cinco naciones distintas, sin contar a los supervivientes de Ventormenta que pudiera reunir; y cada rey tenía sus propias ideas al respecto y seguía sus propios métodos.

Por supuesto, la cuestión más peliaguda era la de quién iba a ostentar el mando.

Cada uno de aquellos reyes creía que debería ser él quien comandase ese ejército unificado. Terenas señaló que Lordaeron era el reino de mayor tamaño y el que contaba con mayor número de tropas; además, era él quien había reunido al resto. Trollbane afirmaba que era quien más experiencia tenía en el campo de batalla y Lothar no lo dudaba, solo bastaba con ver a ese arisco rey de las montañas. Proudmoore indicó que su armada era muy poderosa y que los barcos eran vitales a la hora de transportar las tropas y los suministros. El reino de Greymane era el que estaba situado más al sur, lo cual, según él, justificaba que él asumiera el mando, pues sus tierras serían las primeras en ser invadidas si la Horda avanzaba a pie; aunque eso no era cierto del todo, ya que Stromgarde se hallaba en realidad más cerca del sendero que la Horda seguiría para ir de Khaz Modan a Dun Modr y más allá. Perenolde, por su parte, sugirió que la fuerza bruta no sería bastante, que el comandante de ese ejército debería contar con una gran inteligencia, sabiduría y visión, unas cualidades que él poseía en abundancia.

Aparte de ellos, había otros dos que no eran reyes, pero que eran líderes por derecho propio. El arzobispo Faol, entre cuyos seguidores se encontraban la mayoría de los habitantes de todos esos reinos, y el archimago Antonidas quien, básicamente, gobernaba una sola ciudad cuyos moradores poseían un poder a la par con cualquier ejército que lograran reunir. Por fortuna, tanto ese tipo pequeño y simpático como ese individuo alto y severo no estaban interesados en controlar ese ejército. Ambos habían ejercido su influencia sobre los reyes de forma moderada, manteniéndolos centrados en el hecho de que la Horda llegaría, con independencia de que estuvieran preparados para combatirla o no, y recordándoles a menudo que un ejército que no contara con un único líder sería inútil, con independencia de su tamaño.

Lothar había sido testigo de esas discusiones con unas sensaciones encontradas de diversión y espanto, aunque lo último había predominado más ya que a menudo se había visto arrastrado a participar en las conversaciones. A veces, le pedían su opinión como experto en orcos. Otras veces, querían su opinión como observador externo e imparcial. Y alguna que otra vez le habían dejado decidir, bajo el rebuscado razonamiento de que su familia había gobernado originalmente esas tierras y, por tanto, en cierto sentido debía poseer algún derecho ancestral a decidir sobre tales cuestiones. Había ocasiones en las que Lothar no sabía si se estaban burlando de él o realmente le admiraban. Pese a que era consciente de que varios de aquellos reyes querían algo de él, estos parecían cambiar de parecer de un momento a otro. Sería un hombre feliz cuando esas discusiones hubieran acabado y pudiera volver con el resto de los refugiados de Ventormenta, para reunir una pequeña hueste que se sumaría al colosal ejército de los aliados.

Sin embargo, mientras esperaba a que el rey Terenas diera inicio al consejo matutino, Lothar se percató de que los demás monarcas lo observaban detenidamente. Algunos, como Trollbane, no lo disimulaban en absoluto. Otros, como Perenolde y Greymane, lo hacían de un modo más sutil y lo miraban de vez en cuando furtivamente. Lothar no estaba seguro de qué estaba ocurriendo, pero sí estaba seguro de que cuando se enterara no le iba a gustar.

—Bueno, ya estamos todos, ¿no? —preguntó Terenas, a pesar de que estaba claro que así era. Normalmente, al rey de Lordaeron no se le pasaba casi nada por alto—. Bien. Todos estamos de acuerdo en que el tiempo es un factor esencial si queremos conformar un ejército unido que se enfrente a la Horda cuando esta llegue. ¿Ya estamos de acuerdo en qué procedimiento vamos a seguir y qué medidas vamos a tomar?

El resto de monarcas asintieron, lo cual sorprendió y preocupó aún más a Lothar. La noche anterior, harto de tanta discusión, había vuelto a sus aposentos a altas horas de la madrugada y los había dejado ahí discutiendo. ¿Cuándo habían alcanzado un acuerdo y en qué consistía? Las siguientes palabras que pronunció el rey lo dejaron muy claro y a Lothar se le heló la sangre en cuanto le oyó anunciar con claridad:

—¡Entonces, declaro que queda forjada la Alianza de Lordaeron! Lucharemos como uno solo, tal y como nuestros ancestros hicieron hace mucho tiempo, en la era del Imperio Arathi. —Los demás asintieron y Terenas prosiguió—. Por tanto, lo más adecuado es que nuestro comandante pertenezca a ese antiguo linaje. ¡Nosotros, los reyes de la Alianza, designamos a Lord Anduin Lothar, Campeón de Ventormenta, como nuestro Comandante Supremo!

Lothar miró fijamente a Terenas, quien le guiñó un ojo.

—Era la única solución realmente —le explicó el monarca de Lordaeron entre susurros, con una voz tan baja que Lothar era consciente de que era el único que podía oírle—. Todos y cada uno de ellos querían asumir el mando y estaban empeñados en impedir que ningún otro rey ocupara ese puesto. Como tú no eres rey, no tienen la sensación de que se ha tratado de modo especial a uno de sus pares por encima de los demás; no obstante, perteneces a una estirpe lo suficientemente noble como para que no se sientan desairados por haberte elegido por delante de ellos. —Entonces, el rey se inclinó hacia delante—. Sé que te estoy pidiendo demasiado y por eso te pido disculpas. No te lo pediría si nuestra supervivencia no estuviera en juego, tal y como tú mismo nos has advertido. ¿Aceptarás este nombramiento?

Esas últimas palabras las pronunció bastante más alto, Terenas volvió a adoptar un tono de voz más formal y el silencio se adueñó de la estancia mientras los demás aguardaban la respuesta de Lothar.

No le llevó mucho tiempo. Lo cierto era que no tenía elección y Terenas lo sabía. No podía renunciar a ese cargo, ahora no, no después de todo lo que había sucedido.

—Acepto el cargo —respondió, proyectando su voz de tal modo que reverberó por toda la cámara—. Lideraré el ejército de la Alianza para combatir a la Horda.

—¡Muy bien! —exclamó Terenas, dando una palmada—. Ahora, congregaremos a nuestras tropas, equipos y suministros. Propongo que nos volvamos a reunir dentro de una semana para presentar nuestras listas e inventarios a Lord Lothar, para que pueda saber con qué fuerzas cuenta a su disposición y pueda concebir los primeros planes.

Los demás reyes mostraron su acuerdo entre murmullos o se limitaron a hacer gestos de asentimiento. Uno a uno se acercaron a Lothar para felicitarlo por su nombramiento y prometerle que lo apoyarían totalmente; no obstante, las palabras tanto de Perenolde como de Greymane no sonaron muy sinceras. Después, los reyes se fueron, dejando solo a cuatro personas en aquella sala. Lothar miró a Khadgar, quien le obsequió con una amplia sonrisa.

—Has saltado de la sartén para caer en las brasas, ¿eh? —comentó el mago viejo y joven a la vez, mientras negaba con la cabeza—. No sé cómo has dejado que te convenzan. ¡Qué panda de bastardos tan listos! ¡Serían capaces de vender a sus propios hijos si creyeran que así lograrían un solo acre de tierra más que añadir a sus dominios! En



particular, me ha gustado cómo han dado por hecho que aceptarías. Pero eso es lo que sucede cuando uno tiene cierta autoridad sobre los demás... uno ya no se da cuenta de que los demás importan, y mucho menos recuerda que tienen algo que decir sobre su destino.

—¡Ejem! —Esa exclamación interrumpió al joven mago, quien alzó la mirada hacia uno de los otros hombres presentes, al mismo tiempo que la vergüenza se apoderaba de su rostro—. No toda autoridad tiene por qué ser corrupta y egoísta, joven —señaló el arzobispo Faol, cuyo semblante normalmente jovial se había tornado muy severo—. Algunos de nosotros hemos sido llamados para servir a los demás mediante el liderazgo, como es el caso de tu amigo aquí presente.

—Claro, padre. Por favor, perdóneme. No quería insinuar que... Me refería a aquellos que únicamente poseen una autoridad en plano temporal... claro que usted...

Era la primera vez que Lothar veía titubear al normalmente astuto Khadgar, al que ahora dominaban los nervios. No pudo evitar reírse entre dientes ante el apuro que estaba pasando su joven compañero. Faol también se reía, de un modo tan afable que Khadgar pronto se sumó a las risas.

—Ya basta, muchacho —dijo al fin Faol, alzando una mano—. No te echo en cara que hayas tenido este arrebato. Además, no cabe duda de que Lord Lothar ha sido manipulado arteramente para caer en esa trampa. Sin embargo, he de confesar que yo también apoyé esa decisión. Eres un buen hombre y creo que eres el mejor comandante que la Alianza puede tener. Yo, por ejemplo, me siento mucho más tranquilo sabiendo que serás tú quien planee las batallas y lidere a nuestras fuerzas.

—Gracias, padre.

Si bien Lothar nunca había sido muy religioso, tenía un gran respeto por la Iglesia de la Luz; además, por ahora, Faol le había impresionado en todo. Se sintió un tanto incómodo a la vez que orgulloso al escuchar los halagos del arzobispo.

—Ambos serán puestos a prueba en el transcurso de este conflicto —les advirtió Faol, con un tono de voz más grave y profundo que antes, como si estuviera pronunciando un dictamen desde un lugar elevado—. Los empujarán hasta el límite, no solo en cuestión de talento sino de valor y decisión. Sin embargo, creo que ambos estarán a la altura de esos retos y saldrán victoriosos. Rezo a la Luz Sagrada para que les otorgue fuerza y pureza, para que hallen en ella el gozo y la unidad que necesitarán para sobrevivir y derrotar al enemigo.

A continuación, alzó una mano para bendecirlos. Lothar creyó ver un tenue resplandor envolviéndolo, un fulgor que se extendió hacia Khadgar y él y le hizo sentir una sensación de paz y serenidad y una oleada inexplicable de felicidad.

—Y ahora, hablemos de otros temas. —De repente, Faol volvía a ser solo un hombre viejo y sabio—. En primer lugar, ¿qué pueden contarme de Villanorte, sobre todo de la abadía que hay ahí? ¿Sigue en pie?

—Me temo que no, padre —contestó Lothar—. La abadía ya no existe, ha quedado reducida a escombros. Los pocos clérigos que sobrevivieron se encuentran ahora en Costasur con el resto de nuestra gente. Los demás...

Hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ya veo. —Faol palideció, pero mantuvo la compostura—. Rezaré por ellos.

Se quedó callado, sumido en sus pensamientos. Lothar y Khadgar esperaron respetuosamente. Un momento después, el arzobispo alzó la vista hacia ambos y pudieron comprobar que la determinación se había adueñado de su mirada.

—Vas a necesitar unos cuantos tenientes para tu ejército, señor —anunció—, y creo que será mejor que algunos de ellos no pertenezcan a los reinos sino a la Iglesia. Tengo varios en mente y sé de una nueva orden que creo que podría ser muy útil a la Alianza. Necesitaré unos cuantos días para pulir los detalles y seleccionar a los candidatos adecuados. ¿Qué te parece si quedamos en el patio principal, después de almorzar, dentro de cuatro días? Creo que no te sentirás decepcionado.

Asintió satisfecho y, acto seguido, se marchó sin premura pero con paso firme.

En esa estancia, aún había alguien más con ellos. Antonidas había observado todo lo acaecido sin pronunciar palabra alguna. El viejo archimago se aproximó entonces a ambos.

—El poder y la sabiduría del Kirin Tor están a tu disposición, milord —le dijo a Lothar—. Sé que conocías a nuestros colegas magos de Ventormenta, así que puedes hacerte una idea aproximada de cuáles son nuestras habilidades. Nombraré a uno de los nuestros como tu ayudante y para que sirva de enlace.

El poderoso mago se calló y lanzó una mirada tan rápida a Lothar que este se percató de ello a duras penas. Lothar tuvo que reprimir una sonrisa.

—Te pido que sea Khadgar quien desempeñe esa labor, señor —afirmó Lothar, quien se percató de que una tenue sonrisa cobró forma en los labios del archimago por solo un instante—. Es un compañero en el que confío y nos hemos enfrentado juntos a los orcos en más de una ocasión.

—Por supuesto. —Antonidas se volvió hacia el joven. Entonces, para su sorpresa, extendió el brazo y con una mano cogió a Khadgar de la barbilla y lo obligó a levantar la cabeza para poder observar su rostro detenidamente—. Has sufrido mucho —susurró el archimago. Lothar pudo ver que la mirada del anciano se teñía de tristeza y compasión—. Lo que has experimentado te ha dejado marcado bastante más de lo que indica tu aspecto.

Khadgar apartó la cara cuidadosamente.

—Hice lo que había que hacer —replicó en voz baja, a la vez que se frotaba distraídamente el mentón, ahí donde Antonidas le había tocado, pues le había irritado la zona donde le estaban brotando unos pelos blancos de la barba.

Antonidas arrugó el ceño.

—Como todos —profirió un suspiro y, acto seguido, pareció quitarse de encima esos lúgubres pensamientos que lo asolaban y volvió a centrarse en el asunto que estaban tratando—. Deberás mantenernos informados de lo que suceda en el campo de batalla, joven Khadgar, y deberás comunicarnos cuáles son las necesidades y peticiones de Lord Lothar con la mayor rapidez posible. También tendrás que coordinar los esfuerzos del resto de magos que se hallen ahí presentes. Confío en que serás capaz de estar a la altura, ¿verdad? —Khadgar asintió—. Bien. Espero verte en Dalaran lo antes posible, para que podamos hablar sobre otros temas importantes y reflexionar sobre cómo podemos ayudar a la Alianza.

Entonces, la gema situada en la parte superior del báculo del archimago centelleó y su fulgor se reflejó en el pico de su capacete, justo entre sus ojos. Acto seguido, Antonidas se tornó borroso y pareció difuminarse. De repente, desapareció por completo.

—Quiere saber qué ocurrió con Medivh —dijo Khadgar varios segundos después de que el archimago se desvaneciera.

—Por supuesto.

Lothar se volvió y guio al joven hasta la salida de aquella estancia. Después, giró y caminó en dirección al comedor.

—¿Qué debería contarle? —preguntó el joven mago, mientras se colocaba a su lado.

—La verdad —respondió Lothar, encogiéndose de hombros con la esperanza de que ese gesto pareciera despreocupado, a pesar de que tenía el estómago revuelto—. Tienen que saber lo que ocurrió.

Khadgar asintió, aunque no parecía muy contento.

—Se lo contaré —dijo al fin—. Pero eso puede esperar hasta después de almorzar —sonrió de oreja a oreja; un gesto que revelaba cuál era su verdadera edad a pesar del pelo canoso y las arrugas—. Ahora mismo, ni la misma Horda podría alejarme de la comida.

Lothar se carcajeó.

—Espero que no lleguemos a tales extremos.

Unos días más tarde, Lothar y Khadgar regresaron al patio principal. Ya habían comido y bebido bastante como para reponer fuerzas y ahora estaban esperando a que llegara el arzobispo Faol. Unos minutos después, apareció y se acercó a ellos con suma calma.

—Gracias por venir —dijo el arzobispo en cuanto los alcanzó—. No quiero hacerles perder el tiempo, pero creo que esto puede ser de gran ayuda para ustedes y la Alianza. Pero primero —anunció—, he de decirte, Sir Lothar, que la Iglesia ha prometido ayudar a Ventormenta. Reuniremos fondos para que puedan reconstruir su reino, en cuanto la crisis actual haya pasado.

Lothar sonrió, era una de las primeras sonrisas sinceras que Khadgar había visto desde la caída de Ventormenta.

—Gracias, padre —replicó, con una voz ronca por la emoción y la gratitud—. Eso significa mucho para mí y también para el príncipe Varian.

Faol asintió.

—La Luz Sagrada iluminará su hogar de nuevo —le prometió con delicadeza. Entonces, se calló y observó a ambos detenidamente—. La última vez que hablamos —dijo al fin Faol, mientras caminaba de un lado para otro delante de ellos— me contaron que la abadía de Villanorte había sido destruida. Lo cual me consternó y me llevó a preguntarme cómo iban a poder sobrevivir el resto de mis clérigos a esta guerra que se nos aproxima con premura. Sin lugar a dudas, estos orcos son una amenaza incluso para fornidos guerreros como tú... Entonces, ¿cómo va a defenderse de ella un mero sacerdote, por no hablar de su congregación? —sonrió, adoptando una expresión verdaderamente beatífica—. Espoleado por la inquietud, se me ocurrió una idea; fue como si la misma Luz Sagrada me la inspirara. Tenía que haber una manera de cerciorarnos de que esos guerreros luchan por la Luz y con la Luz, de que combinen los dones de esta con sus habilidades marciales y de que sigan comportándose de una manera acorde a las enseñanzas de la Iglesia.

—¿Diste con la solución? —preguntó Lothar.

—Así es —admitió Faol—. Voy a fundar una nueva rama de la Iglesia: los paladines. Ya he seleccionado a los primeros candidatos de esta orden. Algunos fueron caballeros antaño, pero otros solo han sido sacerdotes. Los he elegido tanto por su fe como por su destreza marcial. Serán entrenados no solo en el arte de la guerra sino que también aprenderán a orar y sanar. Cada uno de estos valientes combatientes poseerá un gran poder terrenal y espiritual, sobre todo al estar bendecidos y al bendecir a otros con la fuerza de la Luz Sagrada.

Se volvió y con una seña indicó a alguien que se acercara. Cuatro hombres emergieron de un pasillo cercano y se dirigieron con brío hacia Faol. Cada uno de ellos portaba una reluciente placa con el símbolo de la Iglesia estampado en su pecho, en su escudo y en su yelmo. Cada uno de ellos portaba una espada y Lothar pudo deducir por cómo andaban que esos hombres sabían lo que hacían. No obstante, esas armaduras y armas eran todavía muy nuevas; estaban inmaculadas y no presentaban abolladura alguna. Pese a que poseían los conocimientos necesarios y habían sido bien entrenados, Lothar se preguntaba si alguno de esos hombres había participado alguna vez en un combate real. Aquellos que habían sido guerreros anteriormente seguramente sí, aunque tal vez solo habían combatido contra adversarios humanos, pero los que antes habían sido unos meros sacerdotes probablemente solo habían combatido con sus compañeros durante el adiestramiento. Y esa misma gente iba a tener que enfrentarse a los orcos en breve.

—Permíteme que les presente a Uther, Saidan Dathrohan, Tirion Fordring y Turalyon. —Faol esbozaba una sonrisa radiante, cual padre orgulloso—. Estos van a ser los Caballeros de la Mano de Plata. —Entonces, pasó a presentar a Khadgar y Lothar a esos caballeros—. Este es Lord Anduin Lothar, Campeón de Ventormenta y Comandante de la Alianza. Y este de aquí es su compañero, el mago Khadgar de Dalaran —Faol sonrió—. Los dejaré a los seis solos para que puedan dilucidar ciertos temas.

Acto seguido, se marchó, dejando a Lothar y Khadgar rodeados por esos candidatos a paladines. Algunos de ellos, como el muchacho llamado Turalyon, parecían sobrecogidos. Otros, como Uther y Tirion, parecían bastante más relajados.

Uther tomó la iniciativa y habló en primer lugar, mientras Lothar seguía preguntándose qué les podía decir.

—Milord, el arzobispo nos ha contado que va a tener lugar una batalla de manera inminente, ya que la Horda se aproxima. Estamos a tu servicio y al servicio del pueblo. Utilízanos como te plazca, pues aniquilaremos a nuestros enemigos y los expulsaremos de estas tierras, a las que protegeremos con la Luz Sagrada.

Era un hombre alto y de constitución robusta, de rasgos que resultaban un tanto familiares y ojos severos del color del océano. Lothar podía notar la fe que irradiaba aquel hombre como si fuera algo presente en el plano físico, algo muy parecido a la sensación que transmitía Faol, pero sin la calidez de este.

—¿Fuiste caballero en su día? —inquirió.

—Sí, milord —respondió el candidato a paladín—. Pero desde joven he sido seguidor de la Iglesia y un devoto de la Luz Sagrada. Conocí al arzobispo cuando solo era el obispo Faol, quien fue tan generoso conmigo que se convirtió en mi consejero espiritual y en mi mentor. Me sentí muy honrado cuando me contó sus planes de fundar una nueva orden y me ofreció un lugar en ella. —Uther adoptó un gesto aún más serio—. Sé que necesitaremos la bendición de la Luz para derrotar esas nauseabundas criaturas y proteger nuestras tierras, nuestros hogares y a nuestro pueblo.

Lothar asintió. Podía entender por qué aquel hombre había buscado una respuesta en la fe, o al menos una respuesta parcial. No albergaba ninguna duda de que Uther sería un poderoso aliado en el campo de batalla. Pero había algo en el fervor religioso de aquel hombre que lo inquietaba. Sospechaba que Uther valoraba demasiado el honor y la fe como para ser capaz de utilizar unos medios poco nobles para alcanzar un fin; una actitud inadmisibles en las actuales circunstancias. El propio Lothar había aprendido a través de amargas experiencias que, cuando uno se enfrentaba a los orcos, el honor solo no bastaba. Para sobrevivir al empuje de la Horda, tendrían que emplear todos los medios necesarios.

Él y Khadgar se pasaron la hora siguiente, o quizá más, hablando con los cuatro candidatos a paladines. Lothar se alegró al ver que su joven amigo también los estaba

tanteando. Cuando los guerreros sagrados se marcharon para acudir a los rezos de la tarde, Lothar se volvió hacia el mago de aspecto avejentado.

—¿Y bien? —preguntó—. ¿Qué opinas?

Khadgar adoptó un gesto ceñudo.

—Dudo mucho que vayan a sernos útiles —contestó tras un momento de reflexión.

—¿Oh? ¿Y eso por qué?

—Porque no tienen tiempo para prepararse —le explicó el mago—. Prevemos que la Horda llegará a Lordaeron en cuestión de semanas, o incluso menos, y ninguno de estos hombres ha batallado antes... al menos, no como paladines. Seguro que saben luchar, pero ya contamos con muchos guerreros. Si el arzobispo espera que obren milagros, me temo que se llevará una decepción.

Lothar asintió.

—Estoy de acuerdo —admitió—. Pero Faol tiene fe en ellos y tal vez deberíamos tenerla también nosotros. —En ese instante, esbozó una gran sonrisa—. Si diéramos por sentado que están preparados de algún modo para lo que se nos viene encima, ¿qué opinión tendrías de ellos?

—Uther será muy peligroso para la Horda, esto tenlo por seguro —replicó Khadgar—, pero no creo que sea capaz de comandar a otros hombres que no sean sus compañeros paladines. Es demasiado devoto, demasiado fanático; la mayoría de los soldados no lo aguantarán. —Lothar asintió para indicar a su compañero que podía continuar—. Con Saidan y Tirion pasa más de lo mismo. Saidan fue caballero en su día y Tirion, un guerrero, pero después hallaron la fe. Eso puede hacerles titubear a la hora de emplear ciertas tácticas que no hubieran dudado en emplear cuando eran unos meros combatientes.

Lothar sonrió.

—¿Y Turalyon?

—Es el que menos fe tiene y, por tanto, en quien más confío —reconoció Khadgar con una sonrisa burlona—. Fue preparado para ser sacerdote y es leal a la Iglesia, pero carece de la devoción ciega de los demás. También es capaz de ver más allá del velo de la fe y posee una mayor inteligencia.

—Estoy de acuerdo.

Ese joven también había impresionado a Lothar. Al principio, Turalyon se había mostrado dubitativo a la hora de hablar. Unos minutos después, había quedado muy claro por qué. Había oído hablar de Lothar y sus hazañas en Ventormenta y se sentía un tanto intimidado ante él, lo cual hacía que Lothar se sintiera bastante incómodo a pesar de que no era la primera vez que le sucedía algo así; en su hogar, muchos jóvenes lo habían idolatrado y le habían implorado que los entrenara y los admitiera en su guardia. No obstante, tras superar su nerviosismo inicial, Turalyon había demostrado ser un joven

brillante con una mente ágil y mucho más capaz que sus compañeros de apreciar las sutilezas éticas y los grises morales que imperaban en el mundo. A Lothar le había caído bien de inmediato y el hecho de que Khadgar pensara lo mismo que él le llevó a reafirmarse en su opinión.

—Hablaré con Faol —dijo Lothar al fin—. No cabe duda de que los paladines nos serán muy útiles. Designaré a Uther como nuestro enlace con ellos y con las demás fuerzas que la Iglesia aporte. —Entonces se le ocurrió otra idea—. Aunque también voy a proponer otro candidato más a paladín —añadió—. A Gavinrad. Era uno de mis caballeros en Azeroth, el que más fe tenía de todos nosotros y un buen hombre. Sospecho que sería un buen paladín —sonrió—. Pero Turalyon pasará a ser uno de mis tenientes.

Khadgar hizo un gesto de asentimiento.

—Yo diría que es una buena elección. —Acto seguido negó con la cabeza—. Ahora, espero que la Horda nos conceda el tiempo necesario para poder prepararlos a ellos y al resto de nuestras fuerzas como es debido.

—Nos prepararemos lo mejor posible —replicó Lothar de un modo pragmático, pues ya estaba pensando en cómo iba a disponer de las tropas que los reyes le iban a entregar—. Nos enfrentaremos a los orcos cuando debamos. Poco más podemos hacer.



## CAPÍTULO SEIS

**G**ul'dan estaba furioso.

—¿Por qué no lo han conseguido aún? —exigió saber. Los demás orcos se encogieron de miedo y se alejaron de él. Como habían visto al brujo jefe encolerizado anteriormente, sabían que podría usar sus terribles poderes contra ellos si no lo aplacaban.

—Lo estamos intentando, Gul'dan —respondió Rakmar. Rakmar Sharpfang era el nigromante más viejo de todos los que aún quedaban vivos, si exceptuábamos al propio Gul'dan, y el líder no oficial de los necrólitos, por lo que normalmente le correspondía informar de sus logros (o fracasos) al gran brujo—. Hemos sido capaces de animar los cadáveres, pero no de dotarles de una conciencia. Son poco más que unos cascarones vacíos. Pese a que podemos controlarlos como si fueran unos títeres, se mueven lenta y torpemente. No serán una gran amenaza para nadie.

Gul'dan posó su mirada iracunda sobre los cadáveres que se encontraban tras Rakmar. Quería transformar a esos guerreros humanos asesinados en los campos de Ventormenta en una poderosa fuerza que se sumara a la Horda, tal y como le había prometido a Doomhammer. ¡Pero eso solo sería posible si los inútiles de sus ayudantes lograban convertirlos en algo más que en unos meros despojos!

—¡Den con la manera de lograrlo! —gritó Gul'dan, de cuya boca salieron volando varios perdigones de saliva.

Apretó con fuerza los puños y sintió la tentación de acabar con los necrólitos ahí mismo, pero ¿eso de qué le serviría? Si estaban muertos, no iban a poder ayudarlo...

Fue entonces cuando tuvo una idea. Gul'dan se meció sobre sus talones, asombrado ante su propia genialidad. ¡Por supuesto! ¡Esa era la respuesta!

—Tienes razón, Rakmar —dijo en voz baja, a la vez que alisaba la parte frontal de la túnica—. Lo están intentando. Lo entiendo. Están intentando hacer algo totalmente nuevo y distinto que sería un gran reto para cualquiera. No tengo derecho a enfadarme con ustedes por no haberlo logrado. Por favor, vuelvan al trabajo. Los dejaré en paz para que puedan seguir con sus experimentos.

—E-esto, gracias —tartamudeó Rakmar, con los ojos desorbitados.



Gul'dan se dio cuenta de que a ese orco inferior le había sorprendido su repentino cambio de parecer, así como al resto de brujos que se encontraban tras él. Tuvo que contener la risa y se limitó a asentir y alejarse de ahí. Sí, podían pensar que había recapacitado tras su arrebato, o que incluso otra cosa lo había distraído y se había olvidado de por qué estaba tan enfadado con ellos. Sí, podían pensar lo que quisieran.

Pues pronto ya no importaría.

Mientras caminaba, Gul'dan echó un vistazo a su alrededor. Cho'gall estaba cerca, como siempre; el mago ogro había permanecido agazapado en el interior de un edificio en ruinas que no se hallaba muy lejos; se encontraba lo bastante cerca como para haber podido actuar en caso de que Gul'dan lo hubiera necesitado, pero lo bastante lejos como para que los demás necrólitos no pudieran verlo y no se sintieran inquietos por culpa de su presencia. El brujo jefe le indicó con una seña al ogro bicéfalo que se acercara, este se puso en pie y se aproximó; gracias a sus amplias zancadas, cubrió rápidamente la distancia que los separaba.

—Los necrólitos ya han cumplido su propósito —le dijo Gul'dan a su descomunal lugarteniente—. Ahora, van a cumplir otra función aún más importante —sonrió de oreja a oreja a la vez que se acariciaba impacientemente la barba—. Reúne todos nuestros instrumentos y herramientas. Vamos a hacer un sacrificio.

\* \* \*

—¿Vamos a invocar a nuestros hermanos caídos? —preguntó Rakmar entre susurros.

Tal y como les habían ordenado, él y los demás necrólitos se encontraban alrededor del altar que Gul'dan y Cho'gall habían erigido, pero el jefe brujo se percató de que estaban intentando descubrir con qué propósito los habían convocado ahí. Sí, que conjeturaran cuanto quisieran. Para cuando dieran con la respuesta, ya sería muy tarde.

—Sí —respondió Gul'dan, mientras se concentraba en el encantamiento que estaba a punto de realizar—. Doomhammer masacró a los otros brujos, pero sus almas aún están a nuestro alcance. Las invocaremos y las introduciremos en esos cadáveres humanos. —Una amplia sonrisa se dibujó en su rostro—. Estarán ansiosos por regresar a este mundo y servir a la Horda una vez más.

Rakmar asintió.

—Sí, así lograremos animar esos cuerpos —admitió—, pero ¿obtendrán algún poder? ¿O serán poco más que muertos vivientes? —Gul'dan esbozó un gesto de contrariedad, sorprendido y frustrado porque el necrólito hubiera juntado las piezas tan pronto.

—¡Silencio! —le ordenó, impidiendo así que se le plantearan más preguntas—. ¡Vamos a empezar!

Acto seguido, dio inicio al ritual, invocó su magia y sintió cómo lo investía de poder. No era bastante, pero pronto eso cambiaría. Mientras tanto, se concentró en su tarea y canalizó sus energías en el altar que tenían ante ellos, con el fin de prepararlo para la transformación que estaba a punto de provocar.

Rakmar y los demás necrólitos se sumaron a él, prestándole sus propias magias nigrománticas para consumir ese encantamiento. Debido a esto, estaban distraídos y no se percataron, hasta que fue demasiado tarde, de que Gul'dan ya no se encontraba dónde estaba antes.

—¡Rrargh!

Gul'dan no pudo evitar que ese gruñido se le escapara de los labios, pero eso ya no importaba. Se encontraba colocado justo detrás de Rakmar, con la daga curvada en ristre y, en cuanto el alto orco se volvió, le rebanó totalmente la garganta. La sangre manó a raudales, cubriendo a ambos, mientras Rakmar caía hacía atrás, jadeando y agarrándose la herida. Cayó sobre el altar y profirió un grito ahogado de terror al intentar apartarse de él. Pero ya tenía a Gul'dan encima, quien se sentó a horcajadas sobre el moribundo necrólito y le apartó las manos. Al instante, le hundió la daga en el pecho y la retorció para abrir un buen agujero. Metió la mano en él y, de un fuerte tirón, le arrancó el corazón aún palpitante a Rakmar. Ante la mirada de su antiguo ayudante, Gul'dan lanzó el conjuro que había estado preparando, su magia envolvió al órgano cubierto de sangre y atrapó al espíritu de Rakmar en su interior. Entonces, la magia del altar incrementó su intensidad y remodeló el corazón, encogiéndolo y endureciéndolo, proporcionándole un lustre antinatural. Mientras el necrólito se derrumbaba, pues su cuerpo ahora no era más que un cascarón vacío, Gul'dan le dedicó una sonrisa burlona y sostuvo en alto la reluciente gema.

—No temas, Rakmar —le aseguró al orco muerto—. Esto no va a ser el fin para ti. Al contrario. Vas a lograr concluir tu tarea con éxito, con mi ayuda. Volverás a luchar por la Horda. Y Doomhammer tendrá al fin sus guerreros no-muertos —estalló en carcajadas—. Esto es lo mejor que tenemos los nigromantes... que nunca desperdiciamos nada.

Alzó la vista. Cho'gall había matado ya a varios necrólitos y estaba preservando sus corazones y almas como joyas del mismo modo que el brujo jefe. El resto se limitaban a encogerse de miedo, pues seguían unidos mágicamente al altar y eran incapaces de huir y estaban demasiado aterrados como para luchar. Gul'dan resopló. ¡Qué inútiles eran! Él habría luchado, al menos. Pero así sería todo mucho más fácil. Se rio mientras se ponía en pie y se dirigía hacia el resto de brujos, al mismo tiempo que se lamía la sangre de los colmillos y se aproximaba a ellos. Pronto, estallaría una guerra que satisfaría al comandante más sediento de sangre.

\* \* \*

—¿Y bien? —inquirió Doomhammer en cuanto pisó aquel campo—. ¿Lo has logrado?

A Gul'dan no se le pasó por alto el detalle de que el Jefe de Guerra estaba empleando unas palabras muy similares a las que él mismo había gritado a sus necrólitos solo unos días antes. Pero esta vez, la respuesta iba a ser muy distinta.

—Sí, noble Doomhammer —respondió, señalando con un gesto a los cuerpos tras él.

Orgrim lo empujó con el hombro a un lado y contempló iracundo esas figuras que yacían esparcidas sobre el suelo.

—Son soldados caídos de Ventormenta —rezongó Doomhammer—. ¿Y ahora qué? ¿Acaso me has pedido que venga aquí para que vea que eres capaz de colocar estos cuerpos de un modo muy ordenado? —Entonces, adoptó un gesto de desdén—. ¿Acaso tus poderes sirven para esto, Gul'dan? ¿Para preparar unos cadáveres que deben ser enterrados?

El brujo ansiaba borrar esa sonrisita de suficiencia del rostro de su líder, para mostrarle así a ese arrogante guerrero para qué servían realmente sus poderes. Pero ahora no era el momento adecuado.

—Claro que no —contestó, con un tono de voz bastante cortante como para que Doomhammer entonara los ojos suspicazmente—. ¡Observa! —Hizo un gesto de asentimiento hacia Cho'gall, que se hallaba arrodillado junto al primer cadáver. Acto seguido, el ogro colocó una clava enjorada en sus manos frías y rígidas. Crear esas armas encantadas era lo que más tiempo les había llevado, pero Gul'dan era consciente de que, sin ellas, su nueva fuerza sería mucho menos poderosa, tal y como Rakmar había adivinado. Por suerte, Cho'gall y él habían experimentado con objetos similares en otros tiempos para satisfacer sus propias metas, por lo cual les había bastado con modificar esos antiguos conjuros y adaptar esas armas a su nueva función.

El cadáver se estremeció mientras Orgrim y él lo observaban. Aferró con fuerza la clava, que, de repente, brilló. Esa luz se extendió de la mano al brazo y, poco a poco, fue cubriendo su cuerpo entero con un aura verde. Después, el cadáver abrió los ojos.

Doomhammer se sobresaltó un poco, aunque permaneció en silencio. Esta vez, fueron los labios de Gul'dan los que se curvaron para conformar una sonrisa desdeñosa. Aun así, no podía echarle en cara al Jefe de Guerra que se sobresaltara, pues a él mismo le resultaba todo aquello bastante perturbador, a pesar de que era el creador de esas criaturas.

El cadáver se puso de pie lentamente, sus movimientos eran torpes al principio, pero se volvían más fluidos con cada segundo que pasaba. Posó sus brillantes ojos rojos sobre Gul'dan, y el brujo orco notó que lo reconocía.

—Lo has logrado, Gul'dan —afirmó la criatura, que arrastró esas palabras porque las pronunció con una mandíbula que le resultaba extraña y poco familiar y con unos dientes muy pequeños. Se observó con atención, fijándose sobre todo en sus extremidades y torso, y alzó la mano libre para tocarse la cara—. ¡Has logrado que mi espíritu regrese a este mundo! —se rio, con unas carcajadas ásperas que parecían más propias de un orco que de un humano—. ¡Excelente!

—Bienvenido, Teron Gorefiend —le saludó Gul'dan, quien intentaba contener las carcajadas—. Sí, te he traído de vuelta, para que puedas seguir sirviendo a la Horda.

Doomhammer dio unos cuantos pasos hacia delante y contempló con detenimiento a esa extraña criatura que tenía ante él.

—¿Gorefiend? ¿Uno de los brujos del Consejo de la Sombra? Pero si lo maté yo mismo.

—Todos nos sacrificamos por la Horda —replicó burlonamente Gul'dan, quien se agachó tanto que Orgrim no pudo ver su semblante—. Como el alma de Gorefiend aún no había abandonado este plano... solo he tenido que llamarlo y buscarle un nuevo hogar. Pero ahora, su cuerpo entero está imbuido de magia. Es mucho más poderoso que nunca, así como el resto de brujos que lo acompañan.

Entretanto, Cho'gall había proseguido con su tarea, por lo cual, ahora se estaban alzando otros cadáveres a espaldas de Gorefiend.

—¿Así que esto es lo que me vas a dar? —bramó Doomhammer—. ¿Unos cadáveres que harán las veces de guerreros, alimentados por la magia de tus acólitos muertos? —Orgrim adoptó un gesto de repugnancia.

—Me pediste más guerreros y te los he proporcionado —le recordó Gul'dan bruscamente—. Serán unos duros rivales para cualquier cosa con la que cuenten los humanos. Aunque sus cuerpos no son más que carne humana putrefacta, siguen siendo orcos en espíritu y son leales a la Horda. Además, ¡todavía son capaces de utilizar su magia! ¡Piensa en lo que serán capaces de hacer en batalla!

Doomhammer asintió lentamente, mientras cavilaba claramente al respecto.

—¿Serás mi siervo? —le preguntó a Gorefiend, mostrando así una terrible debilidad, desde el punto de vista de Gul'dan. Los jefes de guerra no preguntan, ordenan. Aunque tal vez con ese tipo de criaturas era mejor no hacer nada que pudiera enfadarlas.

Gorefiend meditó por un momento, al mismo tiempo que estudiaba al Jefe de Guerra con sus ojos relucientes. Al final, asintió.

—Gul'dan tiene razón —dijo por fin, con una voz áspera—. Sigo siendo un orco, a pesar de hallarme en este caparazón. Vivo para servir a la Horda, así que estaré al servicio de ti y nuestro pueblo. —Entonces, esbozó una amplia sonrisa que no era más que un horrible rictus—. Me mataste, sí, pero no te guardo rencor, pues gracias a eso ahora poseo una nueva forma mucho más poderosa. Me siento muy satisfecho con el cambio.

Los demás cadáveres asintieron a sus espaldas.

—¡Bien! —Doomhammer se acercó y le dio una palmadita en el hombro a un sorprendido Gorefiend, pues era un gesto de respeto a un igual y no a un subordinado—. Serán mis Caballeros de la Muerte, la vanguardia de nuestra gran Horda —les anunció a esas criaturas reanimadas—. ¡Juntos aplastaremos a los humanos y conquistaremos sus tierras, juntos haremos de este mundo un lugar más seguro para nuestro pueblo! —A continuación, se giró e hizo, un tanto a regañadientes, un gesto de asentimiento dirigido al jefe brujo—. Has cumplido lo prometido, Gul'dan —admitió Orgrim—. Me has facilitado una poderosa fuerza para combatir a nuestros adversarios. Te doy las gracias por ello.

—De nada, noble Doomhammer —replicó Gul'dan, con la esperanza de que sus palabras sonaran más sinceras de lo que realmente eran—. Estoy dispuesto a hacer cualquier cosa por nuestro pueblo.

*Necio, pensó mientras observaba alejarse a Orgrim, acompañado de los recién despertados Caballeros de la Muerte. Sí, llévatelos y regresa a tu guerra. Yo tengo otros asuntos que atender. Ahora que ya he satisfecho tus deseos, tendré libertad para concentrarme en lo que realmente me importa. Seguiré desempeñando el papel de brujo leal un tiempo más, juró, pero eso no será así siempre. Pronto, conseguiré lo que busco y entonces la Horda podrá caer y me dará igual, crearé una nueva raza que los reemplazará a todos y que solo será leal a mí. ¡Reharemos este mundo a mi imagen y semejanza!*

\* \* \*

Una semana después, Doomhammer se dirigió a la Horda. Se habían congregado ante la fortaleza que Zul'jin le había comentado que se llamaba la Cumbre de Roca Negra, una descomunal estructura construida con la misma lustrosa piedra negra que predominaba en aquel paisaje. Se encontraba en la cima de la Montaña Roca Negra, la más alta de la cordillera de las Estepas Ardientes, la cual recorría todo el continente, dividiéndolo de este a oeste. Zuluhed los había guiado hasta aquí, pues había percibido el poder que anidaba en esas montañas. Tras derrotar al puñado de enanos que moraban ahí, Doomhammer había reclamado aquel lugar para los orcos. Creía que era un buen presagio que este lugar, que había escogido como base para la Horda, tuviera el mismo nombre que su clan.

Allá abajo, estaban congregados los orcos de todos los clanes, esperando ansiosos a oír lo que tenía que decir. Habían conquistado esas tierras por completo y, si bien habían conseguido un territorio donde podían cazar y cultivar con mucha más facilidad que en su mundo natal, no bastaba para poder sustentar a toda esa raza con holgura. Además, estaba la cuestión de que el enemigo querría vengarse; aunque habían expulsado a los humanos de esa parte del continente, no sabían si volverían con refuerzos y tal vez con nuevos aliados. Doomhammer sonrió ampliamente. Sí, él ahora contaba con sus propios aliados.

—¡Pueblo mío! —exclamó, alzando su martillo en lo alto—. ¡Escúchenme! —La multitud se calló y todos volvieron su rostro hacia él—. ¡Hemos conquistado estas tierras, lo cual es estupendo! —Unos vítores estallaron y Orgrim esperó a que se calmaran antes de volver a hablar—. ¡Este mundo está repleto de vida y aquí podremos criar a nuestras familias sanas y fuertes! —Se oyeron más vítores—. ¡Pero cuenta con sus propios defensores! ¡Los humanos son fuertes y talentosos, y luchan con uñas y dientes por conservar lo que era suyo! —Unos murmullos de aceptación recorrieron toda la Horda. Reconocer el poder de un enemigo no era un signo de debilidad y los humanos eran sin duda un poderoso adversario. Muchos orcos habían luchado contra ellos como para saber que estaba en lo cierto.

»¡Debemos continuar nuestra conquista! —le dijo a su gente, al mismo tiempo que señalaba hacia el norte con su martillo—. Más allá de estas tierras, se encuentra otra llamada Lordaeron. En cuanto la contremos, nuestros clanes podrán reclamar esos territorios, asentarse, construir casas y volver a formar familias. Pero primero, ¡debemos arrebatarla a los humanos, que no se van a rendir sin más!

La muchedumbre rugió al unísono, mostrando así su disposición a seguir luchando. Doomhammer los apaciguó al alzar una mano.

—Sé que son muy fuertes —les aseguró—. Sé que son guerreros y que no flaquearán en batalla. Pero los humanos son muchos y esta vez estarán preparados para recibirnos. —Entonces, se inclinó sobre su martillo—. Pero no estarán preparados para nuestros aliados.

A continuación, señaló a alguien situado a sus espaldas y Zul'jin dio un paso adelante. El líder de los trolls del bosque había traído a un centenar de los suyos a esta reunión, que ahora se encontraban desplegados tras él y Orgrim, blandiendo sus hachas, sus pequeñas espadas curvadas y sus aterradoras lanzas de punta ancha.

—Les presento a los trolls del bosque —les anunció Doomhammer a los orcos de allá abajo—. ¡Ahora forman parte de la Horda y pelearán a nuestro lado! ¡Son tan fuertes como un ogro pero tan astutos como un orco y nadie los supera en el arte de la talla de madera! ¡Serán nuestros guías, nuestros exploradores y nuestros guerreros del bosque!

Zul'jin dio otro paso al frente, mientras su larga bufanda ondeaba al viento.

—Hemos jurado lealtad a la Horda —declaró, con una voz que sonó con suma claridad a pesar de la tela que le cubría la boca—. ¡Lucharemos con ustedes y juntos aplastaremos a los humanos, a los elfos y a cualquier otro que se interponga en nuestro camino!

Los orcos lo ovacionaron, así como los trolls del bosque. Zul'jin asintió y retrocedió.

—Pero no son nuestros únicos aliados —señaló Orgrim.

Acto seguido, se volvió y Gorefiend dio un paso al frente, acompañado de los Caballeros de la Muerte. Se habían tapado el rostro y la cabeza con unas gruesas telas para ocultar sus espantosos rasgos, de tal modo que únicamente sus brillantes ojos resultaban visibles. No obstante, la Horda pudo observar lo anchos que eran sus hombros y lo amplios que eran sus pechos. En cuanto Gorefiend alzó su clava, las joyas de esa arma centellearon con un brillo que rivalizaba con la luz del sol.

—Somos los Caballeros de la Muerte —anunció Gorefiend, su extraña voz proyectó esas palabras a través de la multitud como si fuera un viento gélido—. Hemos jurado lealtad a la Horda y a Doomhammer. ¡Lucharemos como uno más de ustedes y expulsaremos a los enemigos de los orcos de este mundo!

Le había pedido a Orgrim que no revelara su verdadera naturaleza a los demás orcos y este se había mostrado de acuerdo. A muchos de ellos no les habría hecho ninguna gracia saber que esos nuevos guerreros eran orcos también, antiguos brujos que habían sido masacrados a los que Gul'dan había metido dentro de unos cadáveres humanos putrefactos.

—Los Caballeros de la Muerte serán nuestra caballería y nuestra vanguardia —les explicó Doomhammer—. Son fuertes y rápidos y dominan una magia tenebrosa que acabará con las defensas de nuestros adversarios —entonces calló por un momento—. Pronto contaremos con otros aliados —apostilló.

Había esperado que esos otros aliados hubieran podido estar también presentes, pero Zuluhed había insistido en que su clan necesitaba más tiempo para acabar con los preparativos. Aun así, con esto era más que suficiente por ahora.

—Marcharemos hacia el norte —le dijo Orgrim a los suyos—. Cruzaremos estas tierras y nos adentraremos en Khaz Modan, el hogar de los enanos. Esas tierras son ricas en metales y combustible. Nos haremos con esos recursos y los utilizaremos para construir una poderosa flota de barcos. Con esas naves, nuestras fuerzas navegarán hacia el norte, hacia Lordaeron, ya que los humanos no esperarán que lleguemos por mar. Desembarcaremos al oeste y retrocederemos, para sorprenderlos por la retaguardia. ¡Los aplastaremos y después gobernaremos esas tierras y todo este mundo como si fuera nuestro!

La Horda volvió a ser un clamor, que fue aumentando de volumen más y más hasta reverberar en las rocas que los rodeaban. Doomhammer notó ese eco bajo los pies, que estremecía esa misma cima, y volvió a mirar a Zuluhed, que se hallaba detrás de él. ¡Los chillidos y gritos de guerra de su gente no deberían haber sido capaces de perturbar de ese modo a la montaña! No obstante, el viejo chamán asintió.

—El volcán se ha pronunciado —afirmó en voz baja Zuluhed, a la vez que daba un paso al frente, para que únicamente Orgrim pudiera escuchar sus palabras—. Los espíritus

que moran en el interior de la montaña se sienten satisfechos —sonrió ampliamente, mostrando sus gastados colmillos—. ¡Nos dan su bendición!

Doomhammer asintió. Las rocas todavía temblaban cuando elevó su martillo de nuevo y lo blandió por encima de su cabeza. La muchedumbre coreó su nombre.

—¡Doomhammer! —gritaron y se oyó un tremendo estruendo a continuación. El cielo se tornó oscuro.

»¡Doomhammer! —gritaron otra vez y el aire se volvió más denso.

»¡Doomhammer! —bramaron por tercera vez y, acto seguido, la montaña situada tras ellos explotó con un gran estrépito, escupiendo lava y rocas. Los gritos de la Horda se incrementaron, pero no por culpa del miedo. Al igual que Zuluhed, lo consideraban una bendición, una demostración de que la misma tierra aprobaba sus actos.

Orgrim permitió que el tumulto continuara por un momento, aceptando todo esto como una muestra de respeto y lealtad por parte de su gente, al mismo tiempo que el fervor de los suyos alcanzaba cotas inimaginables.

—¡Marchemos! —rugió—. ¡Que los humanos tiemblen cuando nos aproximemos!





# CAPÍTULO SIETE

— ¡Cuéntanoslo todo!  
Khadgar asintió, sin molestarse siquiera en mirar a su alrededor, ya que sería en vano. El consejo de gobierno del Kirin Tor había requerido su presencia y sabía que sus líderes solo eran visibles si deseaban serlo.

Había estado en la cámara del consejo en una ocasión anterior, cuando le informaron de que iba a ser el aprendiz de Medivh. Entonces, aquella estancia le había sobrecogido; parecía pender de algún modo del aire, únicamente el suelo era levemente visible mientras el mundo a su alrededor se oscurecía, se iluminaba y era barrido por las tormentas más rápidamente de lo que sucedía jamás en la naturaleza. Los miembros del consejo lo habían intimidado del mismo modo, pues se le habían aparecido como unas figuras encapuchadas y envueltas en capas, cuyas formas, rostros y género permanecían ocultos por medio de esos ropajes y la magia. Lo cual era bastante teatral y muy práctico, ya que los líderes de la comunidad de magos eran elegidos en secreto para evitar que fueran tentados con sobornos, sometidos a chantajes y objetos de otro tipo de presiones. Los miembros del consejo conocían las identidades de los demás, pero nadie fuera de este círculo las sabía. Los disfraces que portaban aseguraban que eso fuera así y también dotaban al consejo de un aire de misterio; además, a muchos de sus miembros les encantaba la confusión que esto provocaba y se cercioraban de que todo el mundo que entrara en esa cámara o saliera de ella acabara desconcertado, sin saber dónde había estado o a quién había visto e incluso, muy a menudo, sobre qué habían dicho y oído. Por aquel entonces, la estratagema había funcionado con Khadgar, pues había abandonado la cámara aturrido e incapaz de recordar exactamente qué había ocurrido durante la audiencia.

Sin embargo, las cosas habían cambiado mucho desde entonces. Aunque solo habían transcurrido unos pocos años, Khadgar había madurado mucho y crecido considerablemente en sabiduría y poder. Su aspecto también había cambiado y se alegró al pensar que, por una vez, algunos de los miembros del consejo se quedarían tan desconcertados ante su visitante como este ante ellos. Al fin y al cabo, era un joven cuando se fue y regresaba como un anciano, más viejo que muchos de ellos a pesar de que había vivido mucho menos.

No obstante, Khadgar no tenía ninguna gana de andarse con jueguecitos. Estaba agotado. Se había teletransportado a Dalaran y, pese a que su magia era bastante poderosa como para llevar a cabo tal proeza, era una distancia enorme. Además, había permanecido levantado hasta altas horas de la noche para discutir ciertos asuntos con Lothar, preparando la primera reunión oficial de estrategia de la próxima semana. Khadgar apreciaba el interés que habían mostrado sus antiguos maestros por lo acaecido últimamente y creía que debían saber lo ocurrido en Azeroth, pero también creía que no hacían falta en esta ocasión tanta teatralidad ni afectación ni aparatosidad.

Por eso, cuando levantó por fin la cabeza, miró directamente a la figura envuelta en una capa que tenía a su izquierda.

—Con mucho gusto, le contaré lo sucedido, príncipe Kael'thas —dijo con suma educación—, pero creo que me resultaría más fácil contarle si pudiera ver a mi público como es debido.

Oyó una exclamación de asombro ahogada que venía de algún lado; sin embargo, la figura de la capa a la que se había dirigido se rio para sus adentros.

—Tienes razón, joven Khadgar —replicó el mago—. A mí también me resultaría difícil hablar con unas figuras tan enigmáticas. —Con un rápido gesto, el príncipe elfo hizo desaparecer su disfraz, revelando así su verdadero aspecto: vestía una ornamentada túnica de color violeta y dorado, tenía el pelo rubio y tan largo que le llegaba a los hombros y poseía un semblante de facciones marcadas donde se atisbaba que permanecía expectante y alerta—. ¿Así está mejor?

—Muchas gracias —contestó Khadgar, quien miró a los demás miembros del consejo—. ¿Y qué me dice el resto? ¿Acaso no voy a poder ver tu cara, Lord Krasus? ¿Ni la tuya, Lord Kel'Thuzad? Lord Antonidas ni se ha molestado en ponerse un disfraz y el príncipe Kael'thas ha sido bastante considerado como para quitarse el suyo. ¿Van a proceder el resto del mismo modo?

Antonidas, que se hallaba sentado ante Khadgar en una silla invisible, se rio a mandíbula batiente.

—Pues claro, joven, por supuesto —respondió—. Este asunto es demasiado serio para que empleemos estos trucos de salón; además, ya no eres un niño al que engañar y asombrar con tales juegos de prestidigitación. Descúbranse, amigos míos, y acabemos con este asunto antes de que la noche se acabe.

Los demás magos obedecieron, aunque algunos lo hicieron refunfuñando. Unos segundos después, Khadgar se halló ante seis personas. Reconoció a Krasus al instante, por su constitución menuda, sus delicadas facciones y su pelo plateado, donde aún tenía algún que otro mechón pelirrojo. También reconoció a Kel'Thuzad, un hombre impresionante y carismático de pelo oscuro, barba frondosa y unos ojos extrañamente vidriosos con los que daba la impresión de no mirar con ellos el mundo que lo rodeaba. A los otros dos, un tipo

rechoncho y una mujer muy alta y escultural, no los conocía, aunque sus rostros le resultaban familiares. Lo más probable era que se hubiera cruzado con ellos por los pasillos de la Ciudadela Violeta cuando había sido estudiante, aunque nunca se habrían dirigido a él directamente pues, por aquel entonces, no era nadie importante para ellos.

Ahora, sin embargo, captaba toda su atención.

—Hemos hecho lo que has pedido —se quejó Kel'Thuzad—. ¡Ahora, dinos qué ha ocurrido!

—¿Qué quieren saber? —preguntó Khadgar al viejo mago.

—¡Todo!

Por su mirada, estaba claro que Kel'Thuzad lo decía en serio. Siempre había tenido reputación de soñador e investigador, siempre andaba buscando información, sobre magia en particular, sobre sus fuentes y su potencial. De todos los miembros del Kirin Tor había sido uno de los más interesados en poder acceder a la biblioteca arcana de Medivh, por lo que Khadgar había dado por supuesto que debía de ser uno de los que más se había enfadado al enterarse de su destrucción. No obstante, no se había tomado la molestia de mencionar que se había llevado los tomos más selectos antes de abandonar esa torre.

—Muy bien.

Acto seguido, se lo contó todo. Aceptó agradecido la silla que el hombre regordete le ofreció para sentarse y les contó todo cuanto había sucedido desde que había marchado de Dalaran, hacía dos años. Les habló de lo extraña que había sido su etapa como aprendiz de Medivh, del voluble carácter del Magus y de sus extrañas desapariciones. Les habló de los primeros encuentros con los orcos. Le habló de los asesinatos del Magus. Les habló sobre cómo Medivh los había traicionado y cómo Lothar y él habían acabado con la vida del mago. Después, siguió hablando sobre la Horda y las batallas que habían tenido lugar, sobre el asedio de Ventormenta, la muerte de Llane, la caída de la ciudad y su subsiguiente huida.

Los magos maestros permanecieron callados durante gran parte de su relato. De vez en cuando, alguno de ellos hacía alguna pregunta, pero en general, se mostraron muy considerados con alguien que era muy inferior a ellos; asimismo, las pocas preguntas que le hicieron fueron breves y al grano. En cuanto acabó de hablar sobre la Alianza y los paladines, Khadgar se recostó para tomar aire y aguardó a la siguiente pregunta de los magos.

—No has mencionado a la Orden de Tirisfal —observó Kel'Thuzad, lo cual provocó que Antonidas tosiera exageradamente—. ¿Qué? —le espetó el mago investigador—. ¡Es algo muy relevante si hablamos de Medivh!

—Lo es —respondió Khadgar—. Disculpenme por el desliz. —Miró a su alrededor, intentando evaluar qué sabía al respecto cada mago basándose solo en su semblante, y optó por ser lo más discreto posible—. Pero sé muy poco sobre los

verdaderos objetivos de la Orden. Sé que Medivh pertenecía a ella y que mencionó un par de veces su existencia, pero no nombró a ningún otro de sus miembros ni me habló sobre sus actividades.

—Por supuesto —dijo la mujer.

Khadgar se percató de que ella y Kel'Thuzad intercambiaron unas miradas plagadas de frustración y decepción. Se dio cuenta de que había tomado la decisión adecuada. No sabían nada sobre la Orden y habían intentado engañarlo para que les revelara sus secretos. Como habían fracasado, no volverían a insistir en el tema.

—Pero me preocupa más qué ocurrió con el propio Medivh —prosiguió diciendo la maga—. ¿Estás seguro de que fue a Sargerass a quien viste dentro de él?

—Sin lugar a dudas —Khadgar se inclinó hacia delante—. Ya había visto a ese titán en una visión y lo reconocí al instante.

—Así que fue Medivh... o Sargerass a través de él... quien abrió esa grieta en la realidad que cruzaron los orcos —concluyó el hombre rechoncho—. ¿Y cómo dices que se llamaba su mundo natal?

—Draenor —contestó Khadgar, estremeciéndose ligeramente. Recordó otra visión que había tenido en la torre de Medivh, en la que salía él muy anciano (o, al menos, con el aspecto que tenía ahora) liderando un pequeño destacamento de guerreros que se iba a enfrentar a una multitud de orcos en un mundo con el cielo de color rojo sangre. Garona le había comentado que ese sitio se parecía a Draenor, lo cual quería decir que estaba destinado a viajar a ese mundo. Y con casi toda seguridad, no sobreviviría a ese viaje. Entonces, se obligó a centrarse en la conversación que estaba teniendo lugar ahora mismo.

—¿Qué sabemos acerca de él? —inquirió Krasus—. Sobre ese mundo. Ya nos has descrito cómo es su cielo, pero ¿no puedes contarnos nada más?

—Yo no he estado allí en persona —respondió Khadgar, mientras pensaba: *Al menos, aún no.*

»Pero una compañera mía, una semiorco, me contó muchas cosas sobre ese mundo y los orcos. —Pudo ver a Garona en su mente, pero pronto apartó ese doloroso recuerdo de su memoria—. En su hogar, los orcos eran considerablemente más pacíficos... tenían sus riñas y disputas pero no luchaban entre ellos. Sus únicos enemigos de verdad eran los ogros, y los orcos son mucho más listos y muchísimo más numerosos que ellos.

—Entonces, ¿qué les pasó? —preguntó Kel'Thuzad.

—Se corrompieron —les explicó Khadgar—. Mi compañera no conocía todos los detalles... ni el cómo ni por qué... pero poco a poco, su piel pasó de ser marrón a tener un color verde y empezaron a practicar una magia distinta a la que habían dominado hasta entonces. Se volvieron más salvajes, más violentos. Sé que se celebró una gran ceremonia en la que intervino un cáliz. Los líderes bebieron de él, así como los guerreros... bueno, la mayoría de ellos. Entonces, su piel cambió y adoptó un color verde muy intenso y sus ojos

se volvieron rojos. Se hicieron más poderosos, más fuertes y feroces, y los dominó la sed de sangre. Mataron a cualquier enemigo que encontraron a su paso y, después, se volvieron unos contra otros. Además, esa magia acabó absorbiendo la fuerza vital al suelo de ese mundo, de tal modo que las cosechas no volvieron a crecer. Estaban a punto de matarse entre ellos o de morir de hambre cuando Medivh se presentó ante Gul'dan, el brujo jefe de la Horda, y le ofreció una puerta de entrada a este mundo. Nuestro mundo. Gul'dan aceptó su propuesta y juntos construyeron el portal. En cada tanda, fueron enviando a unos pocos clanes, hasta ir incrementando gradualmente su número. Después, era una mera cuestión de esperar, de ir haciéndose más fuertes, de conocer el terreno y las defensas del adversario para al final atacar.

—Y ahora se aproximan con todas sus fuerzas —apostilló Kael'thas, con gesto ceñudo.

—Sí.

Khadgar esperó a que hablara alguien más, pero nadie lo hizo. Al final, se revolvió en su silla invisible.

—Si no hay nada más que hablar, nobles caballeros, noble señora, me marcharé ya —dijo—. Ha sido un largo día y estoy muy cansado.

—¿Qué tienes previsto hacer a partir de ahora? —inquirió la mujer justo cuando el avejentado mago se levantaba de su silla.

Khadgar frunció el ceño. Había estado planteándose la misma pregunta desde que había llegado a Lordaeron. Una parte de él quería rogarle al Kirin Tor que lo protegiera. Tal vez podría recuperar su antiguo trabajo de ayudante del bibliotecario. Ahí, no causaría problema alguno y se hallaría a salvo tras las más poderosas defensas mágicas del mundo.

Otra parte de él, sin embargo, odiaba la idea de rehuir del inminente conflicto. Después de todo, ¡se había enfrentado a un demonio! Y había sobrevivido. Si había sido capaz de enfrentarse a algo así, seguro que podría con un ejército de orcos.

Además, la amistad y el respeto todavía contaban para algo, al menos para él.

—Voy a prestar mi apoyo a Lord Lothar —respondió al fin, manteniendo un tono de voz despreocupado deliberadamente—. Le había prometido mi ayuda y se la merece con creces. Tras la guerra, si sobrevivimos...

En ese instante, se encogió de hombros.

—Sigues siendo súbdito de Dalaran —señaló la mujer—. Si te llamamos y te asignamos un cometido, ¿acudirás a nuestra llamada?

Khadgar se quedó pensativo unos segundos.

—No —contestó lentamente—. Eso no podrá ser. Si tras esta guerra sobrevivimos, regresaré a mis estudios, aunque no tengo nada claro si lo haré aquí o en la torre de Medivh o en algún otro lugar.

Los miembros del consejo lo observaron detenidamente y él hizo lo mismo con ellos. Fue Krasus quien rompió el silencio al final.

—Te fuiste de aquí siendo un mero muchacho, un aprendiz bisoño —afirmó, con un tono de voz que a Khadgar le pareció aprobatorio—. Pero has regresado siendo ya todo un maestro y un hombre hecho y derecho.

Khadgar agachó la cabeza para aceptar ese cumplido, pero no dijo nada.

—No te ordenaremos hacer nada —le aseguró Antonidas—. Respetamos tus deseos y tu independencia. Aunque nos gustaría que nos mantuvieras al día, sobre todo en lo que respecta a Medivh, los nigromantes, la Orden y ese portal.

Khadgar asintió.

—Entonces, ¿puedo irme?

Esa pregunta hizo que Antonidas esbozara una tenue sonrisa.

—Sí, puedes irte —respondió el archimago—. Que la Luz te proteja y te dé fuerzas.

—Mantennos informados —agregó el mago rechoncho—. Cuanto antes conozcamos los planes de los orcos, antes podremos enviar tropas a esa zona y proporcionarles también ayuda en el plano mágico, claro está.

Khadgar asintió.

—Por supuesto.

Abandonó la estancia rápidamente. En cuanto las puertas se cerraron, conjuró un orbe de visión. El Kirin Tor solía reunirse en esa sala que, por supuesto, estaba protegida mágicamente tanto de posibles ataques como de miradas curiosas. No obstante, Khadgar había aprendido mucho de Medivh durante el corto tiempo que había sido su aprendiz y había aprendido aún más gracias a los libros de los que se había apropiado tras la muerte del Magus. Además, también se encontraba muy cerca de su objetivo. Se concentró y unos colores se arremolinaron en el interior del orbe, que pasó de ser verde a negro y otra vez a verde. Unos rostros cobraron forma y se oyó un tenue murmullo. Al instante, estaba viendo a los miembros del consejo del Kirin Tor, pero esta vez ataviados con sus túnicas violetas normales. Incluso el voluble mural de la sala había cambiado, las imágenes que se veían en él se fueron ralentizando hasta detenerse, transformándose así en una cámara como cualquier otra que albergaba a seis personas.

—... no sé hasta dónde podemos confiar en él —decía el mago regordete—. No parecía muy deseoso de complacernos.

—Claro que no —replicó Kael'thas al instante—. Dudo mucho que tú fueras una persona más abierta y confiada si hubieras pasado por el calvario que ha pasado él. No obstante, tampoco tenemos que confiar en él. Solo lo necesitamos para que haga de enlace con Lothar, para que medie entre nosotros y ciertas personas. Estoy seguro de que podemos confiar en que no saboteará nuestros esfuerzos, ni se volverá en nuestra contra, ni

retendrá evidencias o información que podamos necesitar. No creo que necesitemos ni queramos nada más de él.

—Ese otro mundo, Draenor... me inquieta —masculló Krasus—. Si los orcos han podido atravesar ese portal, otros también podrían hacerlo... desde cualquiera de ambos lados. Sabemos que cuentan con el apoyo de ogros, pero no sabemos si de alguien o algo más. Eso significa que podría haber otras criaturas aún peores aguardando ansiosas su oportunidad para entrar y devastar este mundo. Además, nada impide que los orcos puedan retirarse a su hogar siempre que lo crean necesario. Luchar contra un enemigo que posee una base inexpugnable resulta mucho más difícil de lo normal, pues puede aparecer de repente, atacar y volver a desaparecer otra vez. Nuestra máxima prioridad debería ser dar con ese portal y destruirlo.

—De acuerdo —dijo Kael'thas—. Hay que destruir el portal. —Los demás asintieron—. Bien, eso ha quedado claro. ¿Qué más debemos tratar?

A continuación, hablaron de cosas más mundanas, como los turnos para limpiar los laboratorios de la Ciudadela Violeta. Khadgar dejó que el orbe de visión se desvaneciera. Había obtenido más información de lo que esperaba. Kael'thas tenía razón; durante los últimos tres años, había pasado un calvario. Por otro lado, no le habría sorprendido que el Kirin Tor se enfureciera ante la falta de respeto que les había mostrado. Pero no habían comentado nada al respecto y parecían haberse creído lo que les había contado sin rechistar, lo cual, ciertamente, era un cambio a mejor.

Ahora, solo le restaba teletransportarse a la capital para dormir, para poder estar al día siguiente lo bastante despierto como para ser útil.

\* \* \*

Una semana después, Lothar se hallaba en el interior de una tienda que hacía las veces de centro de mando, al sur de Lordaeron, no muy lejos de Costasur, el lugar donde Khadgar y él habían desembarcado en su momento. Habían escogido esta zona porque, por su posición céntrica, permitía llegar a cualquier parte del continente con suma rapidez, sobre todo en barco. Mientras las tropas se organizaban, hacían ejercicios y dormían, dentro de la tienda, los reyes de Lordaeron, los cuatro hombres que había escogido como tenientes y él se hallaban reunidos en torno a una mesa y contemplaban el mapa extendido sobre ella. Lothar había designado a Uther como su enlace con la Mano de Plata y la Iglesia; sorprendentemente, los paladines habían progresado mucho, habían perfeccionado sus habilidades de combate y su manejo de la Luz. Khadgar era tanto su contacto con los magos como su consejero más objetivo. Proudmoore comandaba la armada, por supuesto, lo cual nadie había cuestionado siquiera. Y al joven Turalyon, Lothar lo había nombrado su segundo al mando. El joven los había dejado impresionados tanto a él como a Khadgar,

pues les había demostrado que era inteligente, centrado, leal y un trabajador infatigable, a pesar de que todavía trataba a Lothar como si fuera una figura legendaria. Lothar estaba seguro de que el muchacho se acabaría acostumbrando a su presencia y, además, no se le ocurría nadie que pudiera desempeñar mejor el papel de ser su mano derecha. Sin duda alguna, Turalyon seguía sintiendo la presión de tal enorme responsabilidad, por lo que Lothar le había tenido que recordar en dos ocasiones que no diera golpecitos distraídamente al mapa, al menos, no con un cuchillo.

Llevaban una semana discutiendo las mismas cosas; cuál era el camino que iba a escoger la Horda, dónde podría atacar y cómo iban a traer hasta ahí a las tropas de la Alianza, con la mayor celeridad posible, sin destrozar esos campos y cosechas que debían proteger unidos. Justo cuando Greymane estaba insistiendo por décima vez en que las fuerzas de la Alianza deberían posicionarse alrededor de las fronteras de Gilneas en caso de que los orcos aparecieran en un principio por ahí, un explorador irrumpió en la tienda.

—¡Señor, tiene que ver esto! —gritó, a la vez que intentaba frenar el impulso que lo arrastraba hacia delante, hacer una reverencia y saludar—. ¡Ya están aquí!

—¿Quién, soldado? —inquirió Lothar, con un semblante ceñudo.

Estaba intentando descifrar la expresión del explorador, pero le estaba costando, ya que aquel hombre estaba demasiado sonrojado. No obstante, no parecía aterrorizado, lo cual permitió a Lothar respirar hondo mientras intentaba recuperar sus pulsaciones normales, ya que el corazón se le había desbocado. Si el explorador no estaba espantado, no se trataba de la Horda. Sin embargo, una leve sombra de miedo planeaba por su rostro, pero estaba mezclado con respeto e incluso sorpresa. Lothar nunca había visto algo así.

—¡Los elfos, señor! —exclamó el explorador—. ¡Ya están aquí!

—¿Los elfos?

Lothar contempló fijamente a aquel hombre, mientras intentaba procesar esa información. Acto seguido, se volvió y lanzó una mirada iracunda a los reyes ahí reunidos. Tal y como sospechaba, uno de ellos tosió y en su rostro se dibujó una leve expresión de culpabilidad.

—Necesitamos aliados —se justificó el rey Terenas—. Los elfos son una raza muy poderosa. Creí que sería bueno que contactáramos con ellos cuanto antes.

—¿Sin consultármelo? —Lothar estaba furioso—. ¿Qué pasaría si hubieran enviado todo un ejército y, de improviso, anunciaran que asumen el control total de nuestras fuerzas? ¿Y si la Horda llega mientras estamos intentando coordinar y sumar sus tropas a las nuestras? ¡No se pueden esconder este tipo de detalles al líder al mando! ¡Pues eso podría suponer nuestras muertes, o la muerte de muchos de los nuestros!

Terenas asintió con sobriedad.

—Tienes razón, por supuesto —replicó, recordando así una vez más a Lothar por qué le tenía en tan alta estima. La mayoría de los hombres se niegan a aceptar sus fallos y,



casi siempre, los peores en ese aspecto son aquellos que poseen alguna autoridad. Pero Terenas siempre asumía la responsabilidad de sus actos, para bien o para mal—. Debería haberlo consultado contigo primero. Creí que el tiempo corría en nuestra contra, pero eso no es excusa. No volverá a suceder.

Lothar asintió bruscamente.

—Muy bien. Vayamos a ver qué pinta tienen esos elfos.

Salió de la tienda y los demás lo siguieron de cerca.

Lo primero que vio al apartar el faldón de la entrada de la tienda fue a sus propias tropas. Aquel ejército cubría todo el valle y se extendía más allá, por todo ese paisaje. Por un instante, Lothar se sintió orgulloso y confiado. ¿Cómo alguien o algo iba a poder vencer a unas fuerzas tan poderosas? Pero entonces recordó cómo la Horda había arrasado Ventormenta, como un mar esmeralda imparable, y el pesimismo se adueñó de él. Aun así, el ejército de la Alianza era muchísimo más grande que el de Ventormenta. Al menos, sería un obstáculo que a la Horda le costaría sortear.

Mientras contemplaba sus tropas, posó la mirada sobre la orilla y en el mar. Los barcos de Proudmoore se encontraban anclados a lo largo de toda la costa; ahí había desde barcos ligeros y rápidos de exploración a descomunales destructores, todos los cuales conformaban un bosque de mástiles y velas que se divisaba sobre las olas. No obstante, muchos de ellos se habían apartado del puerto, creando así un canal abierto por el que navegaban un grupo de naves que no se parecían en nada a ningún navío que Lothar hubiera visto antes.

—Destructores elfos —susurró Proudmoore—. Son más rápidos que los nuestros y más ligeros... pese a que portan menos armas, compensan esa carencia con su velocidad. Serán un excelente refuerzo para nuestro ejército. —Entonces, el almirante de la armada arrugó el ceño—. Pero son muy pocas. Cuento solo cuatro y ocho navíos más pequeños. Es un solo escuadrón de combate.

—Tal vez vengan más —sugirió Turalyon, situado al otro lado de Lothar.

Proudmoore hizo un gesto de negación con la cabeza.

—No suelen navegar así —replicó—. Deberían haber llegado todos juntos.

—Mejor contar con una decena de naves que con ninguna —comentó Khadgar—. Además, las tropas que transportan tampoco nos vendrán nada mal.

Lothar asintió.

—Deberíamos ir a recibirlos —dijo, y todos asintieron.

Acto seguido, se dispusieron a cruzar el valle todos juntos. Perenolde y Greymane no estaban acostumbrados a realizar tales esfuerzos y en unos minutos estaban jadeando; el resto, sin embargo, se encontraba en forma y avanzaba con brío, de tal modo que llegaron al puerto justo cuando el primer barco se detenía junto al muelle.

Una figura alta y ágil saltó de él y aterrizó con gran ligereza sobre el tosco embarcadero de madera. En su largo pelo rubio se reflejaba la luz del sol y Lothar pudo escuchar cómo al menos uno de sus compañeros lanzaba una exclamación ahogada de asombro. En cuanto esa figura se le acercó, pudo comprobar que se trataba de una mujer realmente hermosa. Sus rasgos esbeltos eran delicados y fuertes al mismo tiempo, al igual que su delgado y grácil cuerpo. Llevaba ropa de color verde bosque y marrón roble, así como una extraña y liviana coraza sobre la camisa y pantalones, una larga capa cuya capucha estaba echada hacia atrás y unos guantes de cuero que le cubrían los brazos hasta el codo al igual que las botas le protegían las piernas hasta las rodillas. Portaba una estrecha espada a un lado de la cintura, una bolsa y un cuerno al otro; además, llevaba colgados a la espalda un arco largo y un carcaj repleto de flechas. Si bien Lothar había visto a muchas mujeres a lo largo de su vida, algunas de ellas tan bellas como esa elfa que se les aproximaba, ninguna de ellas había combinado con tanta perfección fuerza y elegancia. Podía entender perfectamente por qué varios de sus compañeros parecían estar embelesados con ella.

—Milady —gritó Lothar cuando ella todavía se encontraba a unos cuantos pasos—. Bienvenida. Soy Anduin Lothar, comandante de la Alianza de Lordaeron.

Ella asintió, recorrió la distancia que los separaba y se detuvo a solo un palmo de él. A esa distancia, pudo distinguir que sus puntiagudas orejas sobresalían entre su pelo y que tenía los ojos grandes, rasgados y de color verde esmeralda.

—Soy Alleria Windrunner. Los saludo de parte de Anasterian Sunstrider y el Consejo de Lunargenta —dijo con una voz encantadora, melodiosa y sonora. Lothar sospechaba que esa voz debía de resultar agradable incluso cuando estuviera enfadada.

—Gracias. —Anduin se volvió y, con una seña, indicó al resto que se congregaran a su alrededor—. Permíteme que te presente a los reyes de la Alianza, así como a mis tenientes. —Tras hacer las presentaciones de rigor, se centró en cuestiones más apremiantes—. Perdona que sea tan brusco, Lady Alleria —dijo, provocando que ella sonriera porque la había llamado «Lady»—, pero he de preguntártelo... ¿esta es toda la ayuda que tu pueblo puede brindarnos?

—Voy a ser muy franca, Sir Lothar —replicó, mirando a su alrededor para cerciorarse de que nadie más los estaba escuchando. Varios elfos y elfas más habían desembarcado ya y se hallaban congregados en el extremo más alejado del muelle, aguardando claramente a que Alleria les diera permiso para acercarse—. Anasterian y los demás no se sintieron muy inquietos con los informes que nos enviaste. Esa Horda se halla muy lejos de nosotros y, al parecer, su intención es conquistar las tierras humanas y no nuestros bosques. Los miembros del consejo creen que es mejor que este conflicto se resuelva entre las razas jóvenes, mientras nosotros nos limitamos a reforzar nuestras fronteras para impedir que se produzcan más incursiones.

A continuación, la elfa entornó los ojos, mostrando así cuál era su opinión sobre tal decisión.

—Pero aquí están —señaló Khadgar—. Seguro que eso quiere decir algo.

Alleria asintió.

—En su misiva, el rey Terenas —contestó, asintiendo en dirección hacia él— nos informaba de que tú, Lord Lothar, eras el último de la dinastía Arathi. Nuestros ancestros juraron lealtad eterna al rey Thoradin y toda su estirpe. Anasterian sabía que debíamos respetar ese pacto. Por eso ha enviado a este escuadrón de batalla, para cumplir con nuestra obligación.

—¿Y tú por qué estás aquí? —le preguntó Lothar, tras haberse dado cuenta de que únicamente se había referido a los barcos.

—Estoy aquí por voluntad propia —anunció orgullosa, mientras echaba la cabeza hacia atrás, del mismo modo que Anduin había visto hacer a algunos fogosos sementales cuando se les desafiaba—. Soy una forestal que ha decidido venir con su propio destacamento, para ofrecerles su ayuda libremente. —Entonces, observó todo cuanto se hallaba tras Lothar. Sus ojos se movieron inquietos, Anduin sabía que estaba estudiando al ejército desplegado tras él—. Mi intuición me indica que este conflicto es mucho más serio de lo que mis gobernantes creen. Una guerra así podría extenderse por doquier con suma facilidad y, si esa Horda es tan sanguinaria como dices, nuestros bosques serán mancillados en breve con su presencia. —A continuación, se volvió y cruzó su mirada con la de Lothar, quien pudo percibir que, si bien era bella, también era una mujer fuerte curtida en mil batallas—. Debemos detenerlos.

Lothar asintió.

—Estoy de acuerdo. —Entonces, hizo una reverencia—. Bueno, sea bienvenida, milady. Le doy las gracias a su señor por el pequeño apoyo que nos brinda. No obstante, me siento mucho más agradecido por poder contar contigo y tus forestales —Lothar sonrió—. Estábamos discutiendo cuál debería ser nuestro próximo paso y me encantaría escuchar tu opinión al respecto. En cuanto tu gente se haya instalado, me gustaría pedirte que los enviaras en una misión de reconocimiento, con el fin de cerciorarnos de que el enemigo todavía está lejos.

—No nos hace falta descansar —le aseguró Alleria—. Los enviaré de inmediato.

Acto seguido, hizo una seña y el resto de elfos se aproximaron.

Cada uno de ellos iba ataviado de un modo similar a ella y se movían como el mismo sigilo, aunque, a ojos de Lothar, carecían de su singular gracilidad. Alleria habló con ellos, con unas palabras fluidas y melodiosas que le resultaron totalmente extrañas a Anduin. Al cabo de un rato, asintieron y pasaron junto a los reyes haciendo un leve gesto de asentimiento con la cabeza. Al final, abandonaron el puerto corriendo y atravesaron el valle. En unos minutos, habían desaparecido de su vista.

—Peinarán la zona y volverán a informarnos —les explicó Alleria—. Si la Horda se halla ya a solo dos días de marcha de aquí, lo sabremos enseguida.

—Excelente. —Lothar se pasó la mano distraídamente por la frente—. Si eres tan amable de acompañarnos a la tienda donde hemos instalado el centro de mando, te mostraré lo que sabemos hasta ahora y escucharemos tus opiniones al respecto, milady.

La elfa se echó a reír.

—Por supuesto. Pero será mejor que dejes de llamarme «milady» si quieres que te preste atención como es debido. Llámame Alleria, sin más.

Lothar asintió, se volvió y la guio por el puerto hasta abandonarlo. En un momento dado, pudo observar fugazmente a Turalyon y tuvo que reprimir una sonrisa al ver su expresión. Ahora sabía de dónde procedía esa exclamación ahogada que había oído antes.

\* \* \*

Dos días después, Lothar no tenía nada de qué reírse. Los exploradores de Alleria habían regresado, al igual que los de Proudmoore, y ambos traían las mismas noticias. La Horda había tomado Khaz Modan y habían utilizado las minas enanas para construir una armada; unos navíos desgarrados y descomunales hechos de hierro y madera que se desplazaban torpemente por mar, pero que eran capaces de transportar millares de orcos en sus enormes bodegas de carga. Tales barcos habían transportado a la Horda con gran celeridad por el mar, con intención de alcanzar la costa sur de Lordaeron. Sin embargo, no parecía que fueran a llegar hasta el dominio de Greymane. Daba la impresión de que la Horda desembarcaría en la región de Trabalomas, a medio camino entre el lugar donde ahora se encontraban y Gilneas. Si la Alianza reaccionaba con rapidez, podrían estar ahí esperándolos cuando llegasen.

—¡Reúnan a las tropas! —vociferó Lothar—. Dejen aquí todo lo que no sea necesario... ¡ya enviaremos a alguien a recogerlo si sobrevivimos! Ahora mismo, lo único que tenemos que hacer es darnos prisa. ¡Vamos! ¡Vamos! —Entonces, se volvió hacia Khadgar mientras el resto de sus tenientes salían presurosos de la tienda de mando y reunían a las tropas, acompañados de los reyes—. Ha empezado —le dijo al mago avejentado.

Khadgar asintió.

—Creía que tendríamos más tiempo —reconoció.

—Yo también —admitió—. Pero estos orcos se han dejado llevar por la impaciencia en sus ansias de conquista, lo cual podría ser su perdición —suspiró—. Al menos, eso espero.

Contempló fijamente los mapas de Trabalomas por un momento e intentó imaginarse la inminente batalla. Entonces, negó con la cabeza. Tenía muchas cosas que hacer. Además, pronto experimentaría esa batalla en primera persona.



# CAPÍTULO OCHO

—¿E stamos listos?  
Turalyon tragó saliva y asintió.

—Sí, señor.

Lothar asintió y se alejó, con el ceño arrugado, y por un segundo Turalyon temió que hubiera adoptado esa expresión por su culpa. ¿Acaso le había respondido mal? ¿Acaso Lord Lothar esperaba que le hubiera dado más detalles? ¿Acaso se suponía que tenía que haber dicho o hecho algo más?

*Para, se dijo a sí mismo. Te estás dejando llevar por el pánico. ¡Otra vez! Cálmate. Lo estás haciendo bien. Está contrariado porque vamos a entrar en batalla, no porque lo hayas decepcionado.*

Se obligó a no pensar más en ello y revisó una vez más su equipo. Las correas de su armadura estaban en perfectas condiciones y bien atadas, sostenía el escudo con firmeza en el brazo y su martillo de guerra pendía del pomo de la silla de montar. Estaba listo. Más no podía hacer.

Miró a su alrededor y estudió a las demás figuras cercanas. Lothar estaba hablando con Uther. Turalyon envidió su seguridad y serenidad. Aunque parecían un tanto impacientes, también parecían hallarse totalmente serenos, ¿acaso eso era algo que te iba dando la experiencia? Entretanto, Khadgar contemplaba la llanura y debió de percatarse de que Turalyon lo miraba, ya que se giró y le brindó una sonrisa cansada.

—¿Nervioso? —le preguntó el mago.

Turalyon esbozó una amplia sonrisa a pesar de que no quería hacerlo.

—Mucho —admitió.

Lo habían educado para que respetara a los magos, aunque recelando de ellos, pero Khadgar era distinto. Quizá eso se debía a que tenían prácticamente la misma edad, pese a que el mago pareciera ser varias décadas más viejo. O quizá, simplemente, a que Khadgar no parecía sentirse superior a todo aquel que no era mago, no como muchos otros magos. El primer día, después de que el arzobispo Faol los hubiera presentado a todos, había entablado conversación con él con gran facilidad, por lo que a Turalyon le había caído en gracia. También tenía a Lothar en alta estima, pero eso era porque se sentía deslumbrado

por la experiencia y habilidades marciales del Campeón. Si bien Khadgar era probablemente más poderoso, era más accesible, por lo cual se habían hecho amigos rápidamente. Era el único al que Turalyon se atrevía a confesarle sus miedos.

—No te preocupes por eso —le aconsejó Khadgar—. Todo el mundo lo está. El truco consiste en superarlo.

—¿Tú también estás nervioso?

El mago sonrió de oreja a oreja.

—Más bien tremendamente asustado —le confesó—. Siempre que entramos en combate me sucede lo mismo. Fue Lothar quien me dijo, después de una batalla, que uno debe estar asustado. Porque el hombre que no tiene miedo se descuida y acaba resultando herido.

Turalyon asintió.

—Mis instructores decían lo mismo —replicó, negando con la cabeza—. Pero una cosa es decirlo y otra, hacerlo.

Su amigo le dio una palmadita en el hombro.

—Lo harás bien —le aseguró—. En cuanto empiece el combate, estaremos demasiado ocupados como para pensar en ello.

Ambos se volvieron y miraron una vez más a su alrededor. La región de Tralomas se llamaba así por sus ondulantes laderas. El ejército de la Alianza se había extendido a lo largo de la última línea de colinas, de cara hacia Costasur, en Lordaeron, y del Mare Magnum, que se encontraba más allá. Las naves de la Horda se aproximaban ante sus ojos; eran unos navíos colosales y difíciles de manejar, hechos de un metal oscuro y madera ennegrecida, sin velas, pero con una gran cantidad de hileras de remos. Lothar pretendía enfrentarse a la Horda en cuanto esta emergiera del mar, antes de que los orcos tuvieran la oportunidad de afianzar sus posiciones en tierra. La armada de Proudmoore había asaltado a la flota orca durante su travesía y había destruido varias de sus naves, enviando así a miles de orcos al fondo del océano; sin embargo, la Horda era tan numerosa que se habían limitado a eliminar los barcos que se encontraban en la parte exterior de la formación mientras el resto proseguía su viaje indemne. De ese modo, para cuando llegaran a la orilla todavía quedarían muchos navíos contra los que luchar.

—Ya casi han alcanzado la orilla —les informó Alleria, cuya aguda vista de elfa le permitía ver mucho más lejos que los demás. Acto seguido se giró hacia Turalyon—. Será mejor que prepares a tus hombres para el ataque.

Este se limitó a asentir, pues temía que no le brotaran las palabras de la boca. Había visto a muchas mujeres a lo largo de su vida, claro está, y la orden a la que pertenecía no prohibía mantener relaciones ni casarse. No obstante, la forestal elfa hacía palidecer por comparación a toda mujer que hubiera conocido anteriormente, pues parecían débiles y ordinarias comparadas con ella. Era tan segura de sí misma, tan grácil y tan encantadora

que, cada vez que la veía, Turalyon se quedaba sin saliva y, muy a menudo, temblaba y sudaba como un caballo que acabara de correr una dura carrera. A juzgar por cómo le brillaban los ojos y la media sonrisa que esbozaba la elfa cuando se dirigía a él, Turalyon sospechaba que ella lo sabía y disfrutaba de lo mal que lo pasaba.

Ahora, al menos, tenía algo con qué distraerse. Hizo una seña a los líderes de su unidad y, a continuación, con un gesto, les indicó que avanzaran. Ellos, a su vez, dieron la orden a sus heraldos, quienes soplaron sus cuernos de batalla para dar la señal de avanzar. En unos minutos, todas las fuerzas de la Alianza estaban desplazándose, marchando a pie o cabalgando a lomos de sus monturas con paso firme por las colinas, mientras descendían hacia la orilla.

Mientras recortaban la distancia que los separaba de su destino, Turalyon fue capaz de distinguir aún más detalles del enemigo. Vio cómo el primero de los barcos varaba en la playa y cómo unas siluetas envueltas en sombras desembarcaban en tropel por uno de sus costados, para recorrer después con pasos estruendosos esa playa rocosa en dirección a las laderas. Incluso desde ahí, podía apreciar que eran de complexión robusta y poseían unos pechos fuertes y unos brazos largos y vigorosos; asimismo, avanzaban dando grandes zancadas. Blandían diversas armas; hachas, martillos, espadas y lanzas. Y eran innumerables.

—¡Ya están en tierra! —gritó Lothar, al mismo tiempo que desenvainaba su descomunal espada magna con un solo movimiento. La sostuvo en alto, de tal modo que las runas de oro de su hoja reflejaron la luz—. ¡Ataquen! ¡Por Lordaeron!

Espoleó a su caballo y este, de un brinco, salió corriendo y atravesó las filas de la Alianza, mientras el león dorado del escudo de su jinete centelleaba.

—¡Maldita sea! —exclamó Turalyon, quien espoleó a su propio corcel para que cabalgara al galope y saliera corriendo tras su comandante, mientras aferraba con firmeza su martillo y se colocaba el yelmo en su sitio.

Los soldados se apartaron con celeridad y desordenadamente de su camino, mientras otros se apresuraban en darle alcance. De improviso, los dejó atrás y se encontró en el estrecho espacio que separaba ambos ejércitos. No obstante, enseguida arremetió con fuerza contra los orcos, justo cuando Lothar derribaba a varios de ellos con su primer mandoble y unos cuantos avanzaban hacia su montura, dispuestos a derribar al Campeón y despedazarlo.

—¡No! —vociferó Turalyon, quien atacó con su martillo en cuanto estuvo cerca de él, acertando de lleno a un orco en la cabeza.

La criatura cayó al suelo sin pronunciar apenas grito alguno. Al instante, Turalyon noqueó a otro con su escudo, alejando a ese orco el tiempo suficiente como para poder alzar su martillo otra vez y machacar a ese otro monstruo también.



¡Por la Luz, qué feos eran! Pese a que Lothar y Khadgar se los habían descrito, no era lo mismo que tenerlos delante, con esa piel de color verde intenso y esos ojos rojos relucientes. ¡Y esos colmillos! Había visto jabalís con colmillos parecidos, pero nunca en un ser que caminara con dos piernas y portara un arma. Asimismo, pudo comprobar que eran muy fuertes, en cuanto el martillo de guerra de un orco chocó contra el suyo con tanta fuerza que estuvo a punto de clavárselo en el yelmo. Por fortuna, parecían confiar más en la fuerza y la agresividad que en la destreza; fue capaz de desenganchar su martillo del otro y levantarlo de nuevo, de modo que alcanzó al orco con su mango justo en la mejilla, aturdiéndolo el tiempo necesario como para poder golpearlo adecuadamente.

Lothar había acabado con los orcos que se encontraban a su lado con un feroz golpe de espada. Turalyon guió a su caballo hasta colocarse junto a su comandante. De esta manera, pelearon codo con codo, atacando constantemente con su martillo y su espada magna. En ese instante, Uther, que se hallaba justo detrás de ellos, estaba aplastando al enemigo con su poderoso martillo a diestra y siniestra. Un fulgor perfectamente visible, que lo rodeaba a él y a su arma, obligaba a los orcos a volverse y protegerse los ojos. Un clamor surgió de entre las fuerzas de la Alianza en cuanto vieron la soltura con la que el paladín despachaba al enemigo. Lo cual no sorprendió a Turalyon. Había entrenado junto a Uther y sabía que la fe del viejo paladín era increíblemente fuerte, tanto como para llegar a manifestarse de manera visible. Ojalá la suya fuera tan firme.

Sin embargo, ahora no era el momento de pensar en ello, pues más navíos de guerra orcos estaban llegando a la playa, de los que estaban desembarcando millares de esas criaturas. Turalyon se dio cuenta inmediatamente de que si se quedaban ahí los arrasaría.

—¡Señor! —gritó a Lothar—. ¡Debemos retroceder para unirnos al resto de nuestro ejército!

Al principio, creyó que el Campeón no le había oído, pero entonces Lothar atravesó con su espada a otro orco y asintió.

—¡Uther! —exclamó. El paladín se giró—. ¡Volvamos con los demás!

Uther alzó su martillo a modo de saludo y obligó a girar a su caballo al instante. Después, se abrió paso a través de la Horda a golpe de espada. Lothar se encontraba justo detrás de él, mientras que Turalyon cerraba la formación e intentaba mantener a raya a los orcos con su martillo y su escudo. Un orco, que sostenía una descomunal hacha en una mano, intentó agarrarlo con su mano libre, pero al instante cayó al suelo con una flecha atravesándole la garganta. Turalyon se atrevió a echar un vistazo fugaz a su alrededor y divisó una figura esbelta en la colina, que alzó un arco largo a modo de saludo. Desde tanta distancia, solo pudo distinguir el brillo de su rubio pelo.

En varias ocasiones, creyó que iban a ser derrotados, pero Uther, Lothar y él lograron regresar sanos y salvos a la vanguardia de sus fuerzas. No obstante, la Horda les pisaba los talones.

—¡Agrúpanse! —vociferó Lothar—. Alcen las lanzas. ¡Unan los escudos! ¡Repelan su ataque!

Los soldados se apresuraron a obedecer; hasta entonces, habían permanecido preparados para la lucha, pero sin estar en formación, sin conformar una única fuerza; eso no funcionaría ante una Horda que los superaba en número. Ahora, se desplazaban juntos, formando un sólido muro de escudos, del que sobresalían múltiples lanzas, contra el que la Horda se estrelló. En varios sitios, ese muro se vino abajo, pues ahí el avance orco había vencido la resistencia de las tropas adversarias, pero en general, resistió y obligó a los orcos a retroceder mientras se llevaban las manos a unas heridas recién abiertas. Aunque algunos cayeron al suelo y no se volvieron a levantar, sus compañeros rápidamente pasaron por encima de ellos.

Una segunda oleada impactó contra el muro de escudos y logró que más secciones se derrumbaran, pero una vez más, los orcos sufrieron muchas bajas. Turalyon hizo una seña a los líderes de unidad más próximos y se sintió muy satisfecho al comprobar que respondían a sus órdenes con premura. Al instante, un segundo muro de escudos fue cobrando forma tras el primero. Podrían levantar un muro tras otro y si cada uno de ellos provocaba el mayor número posible de bajas, acabarían desgastando a la Horda hasta que fuera lo bastante pequeña como para poder enfrentarse a tales criaturas directamente.

Sin embargo, los orcos no eran tan estúpidos. Tras arremeter por tercera vez con el muro, decidieron detenerse, como si estuvieran esperando algo. Pronto, Turalyon vio de qué se trataba. Varias figuras avanzaron. Cada una de ellas portaba una capucha que le cubría casi toda la cara y sostenía una clava brillante, además, cabalgaban sobre unos extraños caballos tremendamente embardados que poseían unos ojos relucientes. Esas aberraciones cargaron directamente contra el muro de escudos y alzaron sus clavas al aproximarse. Turalyon oyó... no, más bien percibió de algún modo un extraño zumbido. Súbitamente, los soldados que se hallaban delante de esas criaturas cayeron al suelo y se agarraron la cabeza, mientras la sangre les brotaba por la boca, la nariz y los oídos.

—¡Por la Luz! —exclamó Uther, quien se encontraba cerca de Turalyon y se encolerizó al ser testigo de ese horror—. ¡Esos demonios emplean una magia tenebrosa en nuestra contra! —Alzó bien alto su martillo, cuya cabeza brilló con una luz tan plateada como la de la luna—. ¡Manténganse firmes, soldados! —gritó—. ¡La Luz Sagrada los protege!

El fulgor se extendió del martillo hacia los guerreros, a los que inundó con luz. En cuanto las figuras envueltas en capas alzaron sus manos de nuevo, los soldados esbozaron un gesto de dolor, pero no cayeron. Entonces, Uther arremetió contra esos engendros. El

muro de escudos se abrió el tiempo suficiente para que tanto él como los demás paladines (entre los que se encontraba Gavinrad, a quien Faol felizmente había reclutado para la orden) lo cruzasen. Una vez más, los soldados de la Alianza profirieron gritos de júbilo, animados por el sorprendente poder que con gran destreza manejaban los paladines.

La indecisión se adueñó de Turalyon. Como paladín que era, su lugar estaba con ellos, pero como teniente de Lothar, su lugar estaba ahí, supervisando a sus hombres.

Los paladines y las figuras envueltas en capas se enzarzaron en una dura batalla donde la victoria no se decantaba por nadie. Turalyon vio cómo uno de esos extraños invasores agarraba a Gavinrad del brazo. Al instante, unas tinieblas emergieron de la mano de aquel engendro. Pero el aura sagrada de Gavinrad brilló con más intensidad si cabe y alejó a esas tinieblas, provocando que su atacante retrocediera acobardado a la vez que esquivaba el martillo del paladín. Mientras tanto, los orcos seguían machacando el muro de escudos, abriendo agujeros en esa línea defensiva que inmediatamente eran ocupados por otro soldado.

Entonces, algo captó la atención de Turalyon, quien se dio cuenta de que se aproximaban varios engendros nuevos, cuyas figuras colosales sobresalían por encima de los orcos. ¡Ogros! Esas criaturas descomunales avanzaban blandiendo unos bastos garrotes, que eran poco más que árboles arrancados, con los que provocaron que varias secciones del muro de escudos se derrumbaran y que los soldados fueran aplastados a golpes. La Horda atravesó los huecos como un mar embravecido y se infiltró entre los soldados de la Alianza.

—¡Cambio de táctica! —le gritó Turalyon al heraldo más cercano, pues sabía que ese hombre transmitiría sus órdenes soplando su cuerno—. ¡Hay que formar pequeñas unidades de escudos! ¡Deben retirarse a las colinas y reagruparse!

El soldado asintió y alzó el cuerno; a continuación, tocó una corta nota y luego otra. En cuanto lo oyeron, los líderes de las diversas unidades vociferaron sus propias órdenes, reunieron a sus soldados y se retiraron al mismo tiempo que mantenían a los orcos a raya. Si bien la Horda intentó pasarles por encima, no pudo hacerlo porque los soldados de la Alianza se hallaban demasiado juntos y mantenían sus armas alzadas, de modo que herían a cualquier orco que se acercara en demasía. Cada unidad unió también sus escudos, para conformar así un pequeño muro de escudos. No obstante, los orcos lograron derrotar a varias unidades gracias únicamente al empuje de su gran número de tropas; les bastó con chocar contra los guerreros aliados una y otra vez hasta que flaquearon. Aun así, la mayoría de los soldados de la Alianza pudieron repeler su ataque con éxito.

Turalyon cabalgó entre las filas de sus fuerzas situadas al pie de las colinas, con el fin de organizarlas. Levantó otro muro de escudos ahí mismo. En cuanto cada unidad lograba retirarse hasta ese muro, este se abría para dejarla entrar y, acto seguido, se cerraba tras ella. Los nuevos soldados pasaban entonces a reforzar el muro y a ayudar a que otras

unidades se incorporaran a él sanas y salvas. Turalyon encomendó a los arqueros la misión de mantener a los orcos alejados de dicho muro durante todo el tiempo posible, de hostigar a cualquier criatura que se acercara tanto como para derribar a un combatiente aliado. Pese a que estaban causando muchas bajas entre las filas orcas, los barcos de la Horda, que seguían llegando a la playa, aportaban más tropas que engrosaban sus filas continuamente.

—¡No podremos contenerlos mucho más tiempo! —le gritó Turalyon a Khadgar, quien acababa de hacer algo que había provocado que un extraño orco cayera a sus pies. El orco iba ataviado con una túnica en vez de una armadura y portaba un báculo en vez de una espada, por lo que Turalyon dedujo que era un brujo, el equivalente orco a un mago humano—. ¡Tenemos que hacer algo para que no puedan alcanzar las colinas! Si consiguen atravesar nuestras líneas, se dirigirán al norte, avanzarán directamente sobre la capital.

Khadgar asintió.

—Haré lo que pueda —prometió.

El mago avejentado prematuramente se concentró y el cielo se oscureció. En solo unos minutos, el claro día pasó a estar cubierto de unas ominosas nubes negras. La repentina tormenta tenía su foco en Khadgar, cuyo pelo blanco danzaba azotado por el viento. Un relámpago rasgó el cielo y, al mismo tiempo, una chispa danzó entre los dedos extendidos del mago. Entonces, se oyó un tremendo estruendo y de sus manos, no del cielo, brotó un relámpago cuya luz quebró la oscuridad. El poderoso rayo impactó muy cerca del muro de escudos, en medio de un grupo de orcos que salieron volando incinerados. Después, lanzó un segundo relámpago y luego otro. Turalyon aprovechó el ataque mágico para reagrupar a sus hombres, apuntalar el muro de escudos y enviar soldados, con leña y yesca, a prender fuegos a lo largo del camino que iban a seguir los orcos, provocando así un incendio arrasador que impedía a la Horda avanzar hacia el oeste. De ese modo, ya no corrían el riesgo de que rodearan a las fuerzas de la Alianza y era mucho más fácil contenerlos y bloquearlos.

Los orcos enseguida se percataron del cambio de estrategia de sus adversarios. Varias de esas criaturas avanzaron con intención de apagar el incendio, pero los arqueros elfos les dispararon antes de que pudieran. Uno cayó en el fuego, y gritó mientras era consumido por las llamas, lo que hizo que los demás se alejaran.

Sin embargo, los ogros seguían siendo un problema. Uno de ellos atravesó las llamas pesadamente. Pese a que se quemó las piernas, no aminoró su marcha. Turalyon dirigió toda una unidad contra él y también ordenó que las balistas apuntaran hacia él. Pero el ogro acabó con muchos guerreros antes de perecer y otros cuantos más se aproximaban tras él.

—¡Apunta hacia ellos! —le ordenó Turalyon a Khadgar—. ¡Fulmina a esos ogros!

Khadgar lo miró y Turalyon se dio cuenta de que su amigo parecía realmente exhausto.

—Lo intentaré —replicó el mago—. Pero lanzar rayos conlleva... un gran esfuerzo. —Un instante después, un relámpago emergió de sus dedos y alcanzó al ogro líder, matándolo al instante, pero mientras su descomunal y achicharrado cadáver caía, Khadgar negó con la cabeza—. Esto es todo lo que puedo hacer —le advirtió.

Turalyon esperaba que fuera suficiente. Los demás ogros titubearon pues, pese a poseer un cerebro muy pequeño, eran capaces de comprender que se enfrentaban a un grave peligro, por lo cual sus hombres tuvieron tiempo de lanzarles más flechas y atacarlos con balistas. El muro de escudos seguía aguantando, pero la Horda seguía acumulando tropas, por lo que en breve arrollarían a los defensores de esas tierras y, aunque también sufrieran bajas, serían una mera minucia teniendo en cuenta el volumen de sus fuerzas. Como Uther y los demás paladines no habían regresado, Turalyon dio por sentado que seguían manteniendo a raya a esas figuras envueltas en capas.

Mientras seguía preguntándose qué iba a hacer, Lothar apareció a su lado.

—¡Prepara la caballería! —vociferó el Campeón—. ¡Y que suene la señal de cargar!

¿De cargar? ¿Contra qué? Turalyon miró fijamente a su comandante durante un instante y, a continuación, se encogió de hombros. Bueno, ¿por qué no? Sus líneas defensivas no iban a aguantar eternamente. Hizo un gesto al heraldo, quien sopló su cuerno con suma potencia. Acto seguido, los guerreros que se hallaban a lomos de un caballo se congregaron en formación. Turalyon se sumó a ellos y se colocó justo detrás de Lothar, que cabalgaba en cabeza. El muro de escudos se abrió para dejarlos pasar. Entonces, arremetieron contra la vanguardia de la Horda, abriéndose camino entre los orcos. Un minuto después, Lothar les hizo una seña y se dieron la vuelta. Los arqueros los cubrieron mientras se alejaban y despejaban su camino a golpe de espada, hachas y demás armas. Entonces, volvieron a cargar.

Cuando se preparaban para cargar por tercera vez, oyeron el redoble de tambor del ejército de la Horda... ¡y los orcos retrocedieron!

—¡Lo logramos! —exclamó Turalyon—. ¡Se retiran!

Lothar asintió pero no apartó la mirada, sino que observó cómo los orcos se volvían y corrían un corto trecho hasta llegar a un lugar donde se reagruparon. A continuación, esas criaturas se giraron y volvieron a avanzar a paso rápido... en dirección al flanco derecho de las fuerzas aliadas.

—Se dirigen al este —afirmó Lothar en voz baja, pero no hizo ademán alguno de perseguirlos—. A las Tierras del Interior.

—¿No vamos a ir a por ellos? —inquirió Turalyon, quien aún tenía el pulso acelerado por culpa de las cargas y ansiaba salir corriendo tras esos orcos para machacarlos a todos—. ¡Pero si están huyendo!

El campeón negó con la cabeza.

—No —le corrigió—. Les hemos bloqueado el paso y hemos resistido sus avances. No están huyendo. Pretenden rodearnos. —En ese momento, se giró hacia Turalyon y una sonrisa torva y cansada se dibujó en su cara—. Aun así, hemos logrado bastante.

—Pero ¿no deberíamos ir por ellos antes de que encuentren otro sitio desde el cual podemos plantar cara? —insistió Turalyon.

—Sí, deberíamos —admitió Lothar—. Pero mira detrás de ti.

Turalyon se volvió y vio, de inmediato, a qué se refería el viejo guerrero. Ahora que la batalla había concluido, sus tropas flaqueaban. Incluso vio cómo algunos hombres se desplomaban, tanto por culpa de las heridas como por pura fatiga. La batalla había durado varias horas, aunque no le había dado esa sensación hasta entonces. Ahora que todo había acabado, también se sentía muy adolorido. Además, muchas de sus armas habían sido destruidas, sus balistas estaban prácticamente vacías y habían agotado casi toda la leña y la yesca.

—Tenemos que reabastecernos —reconoció Turalyon en voz alta—. Ahora mismo, no estamos en condiciones de perseguirlos.

—No —replicó Lothar, quien hizo girar a su montura en dirección a sus propias líneas—. Pero hemos puesto a prueba sus fuerzas y nuestros hombres han comprobado que son capaces de enfrentarse a la Horda. Lo cual está bien. Además, hemos evitado que alcancen la capital. Lo cual también está muy bien. —Entonces, miró a Turalyon y, al cabo de un rato, asintió—. Sí, has luchado muy bien —añadió en voz baja antes de espolear a su caballo para que regresara con sus tropas y a la tienda de mando que se encontraba tras ellas.

Turalyon observó por un momento cómo se alejaba. Aquel simple halago lo había llenado de orgullo. Mientras obligaba a su propio caballo a dar la vuelta para poder seguir a su comandante, se dio cuenta de que Khadgar había estado en lo cierto. No había tenido tiempo de tener miedo.



## CAPÍTULO NUEVE

—¡Nekros!

Zuluhed, líder y chamán del clan Faucedraco, recorrió el largo pasillo a grandes zancadas y fulminó con la mirada a todo orco que se cruzase en su camino.

—¡Nekros! —bramó de nuevo.

—¡Aquí, estoy aquí! —Nekros Skullcrusher salió cojeando de una caverna cercana, arrastrando estrepitosamente su pata de madera por el áspero suelo de piedra, y se tuvo que agachar para no golpearse la cabeza contra la parte inferior de la puerta—. ¿Qué?

Zuluhed se detuvo junto a su segundo al mando y le lanzó una mirada iracunda.

—¿Cómo va esa arma? —exigió saber Zuluhed, a la vez que se inclinaba aún más hacia él—. ¿Está lista?

Nekros sonrió de oreja a oreja, mostrando sus colmillos amarillentos.

—Ven a verlo por ti mismo.

A continuación, se volvió y se fue cojeando por el mismo lugar que había venido. Zuluhed lo siguió, mascullando algo entre dientes. Odiaba aquel lugar que se llamaba Grim Batol, o al menos ese era el nombre que le habían dado los enanos cuando era una de sus fortalezas. Ahora pertenecía al clan Faucedraco y, a pesar de que sus cámaras eran bastante grandes, despreciaba sus pasillos de techos bajos y sus puertas aún más bajas, que, si bien eran bastante altas para los enanos, apenas permitían pasar a la mayoría de los orcos. Tendrían que haber agrandado las aberturas, pero la piedra era difícil de trabajar y no tenían tiempo para tales frivolidades. La fortaleza era robusta, pues estaba tallada en la misma montaña, y se podía defender muy fácilmente, que era lo más importante.

Nekros lo guio hacia el interior de la fortaleza y, por último, hasta una vasta cámara subterránea. Ahí, encadenado a la pared con unos pesados grilletes de hierro negro, había algo que hizo que Zuluhed contuviera la respiración. En el extremo más alejado de esa estancia, se encontraba una colosal figura, hecha un ovillo; aunque no sabía si había adoptado esa postura por mera comodidad o por desesperación. Las puntas de sus alas rozaban el techo mientras fustigaba con su cola la pared más lejana. En las paredes había

unas antorchas cuya luz se reflejaba en sus escamas, que relucían rojas como la sangre, rojas como una llama.

Un dragón.

Pero no era un dragón cualquiera. Se trataba de Alexstrasza, la más grande de los dragones rojos, la madre de su vuelo, la reina de su gente. Tal vez fuera la criatura más poderosa de este mundo, pues era capaz de destruir a clanes enteros con un solo golpe de sus majestuosas garras y de engullir a ogros enteros de un solo mordisco con sus potentes fauces.

Aun así, habían logrado capturarla.

Bueno, Nekros lo había hecho. El clan entero había estado buscando un dragón durante semanas, les daba igual cuál fuera. Al final, habían divisado a un macho rojo solitario que volaba bajo sobre el bosque mientras intentaba curarse un ala herida. Aunque Zuluhed no quería ni imaginarse qué clase de ser había sido capaz de haber lastimado a esa criatura tan majestuosa, lo cierto era que les había facilitado la tarea. Habían seguido al dragón hasta la guarida de su familia, situada en la cima de una alta montaña alrededor de la cual los dragones revoloteaban como pájaros, danzando en el aire. Habían vigilado esa cima durante días, sin saber muy bien qué iban a hacer a continuación, hasta que Nekros anunció que había conseguido dominar el Alma Demoníaca. Entonces, habían ascendido lentamente y con suma cautela hasta la cumbre, donde descubrieron a Alexstrasza y sus tres consortes. La Reina de los Dragones se percató de su presencia inmediatamente y abrió la boca, por la que lanzó unas llamas que engulleron y mataron a cuatro orcos al instante. Acto seguido, Nekros intervino y la sojuzgó él solo. Ordenó a Alexstrasza y los suyos que lo siguieran hasta aquí y eso fue lo que hicieron. Ese día, el resto del clan Faucedraco cantó sus alabanzas a Nekros, el orco que había intimidado a todo un vuelo de dragón él solo.

No obstante, el mutilado brujo guerrero habría sido incapaz de lograrlo sin la ayuda de Zuluhed, o de la reliquia que habían hallado. A Zuluhed le habría gustado ser capaz de manejar ese objeto por sí mismo; sin embargo, el Alma Demoníaca no había respondido ante él ni ante su magia chamánica. Solo había respondido ante Nekros, por lo cual ese orco con una pata de palo era el único capaz de controlarlo.

Pero podía aceptarlo. Ya que eso significaba que era Nekros quien debía quedarse dentro de esas cuevas mientras Zuluhed luchaba junto al resto de la Horda contra los defensores de esas tierras. Además, ese orco tullido no servía para mucho más; desde el mismo momento en que un humano le había cercenado la pierna por debajo de la rodilla había dejado de ser útil en un campo de batalla. La mayoría de los orcos se habrían suicidado en ese mismo instante, o, al menos, se habían abalanzado sobre otro enemigo y habrían muerto en batalla. Nekros, sin embargo, había sobrevivido, aunque no se sabía si por cobardía o por pura mala suerte.



Zuluhed se alegraba de que Nekros siguiera vivo, puesto que, si bien era él quien había dado con el Alma Demoníaca, había sido incapaz de manejarla. Fue capaz de intuir que había un gran poder encerrado en ese disco incluso antes de desenterrarlo de las profundidades de una pequeña cueva situada en las entrañas de las montañas. Pero ese poder había permanecido encerrado dentro de aquella reluciente reliquia dorada. Sin lugar a dudas, se necesitaba otro tipo de magia distinta a la de los chamanes para acceder a ese poder. Zuluhed había considerado la posibilidad de entregarle ese objeto (al que había bautizado como el Alma Demoníaca, ya que había podido percibir la energía de índole demoníaca que anidaba en su interior, además de otro poder increíble que no había logrado identificar) a Doomhammer, pero enseguida descartó esa idea. Si bien el jefe de Guerra era un poderoso guerrero y un noble orco, no comprendía bien la magia y tampoco tenía mucha experiencia con ella. También había pensado en acudir a Gul'dan, pero Zuluhed no confiaba en el taimado jefe brujo. Recordó que Gul'dan, en su juventud, había sido el aprendiz de Ner'zhul. ¡Ese sí que había sido un gran chamán! Ner'zhul fue un orco sabio y noble al que todos reverenciaban, que había buscado siempre lo mejor no solo para su propio clan sino para todos los orcos. Él les había ofrecido los extraños dones de conocimiento y poder que le habían otorgado unos antiguos espíritus, él los había animado a estrechar los vínculos entre los diferentes clanes y, además, los había consolidado.

Por un tiempo, todo fue perfecto. Pero entonces, todo se torció. Esos espíritus resultaron ser falsos y los espíritus de sus propios ancestros se encolerizaron y dejaron de hablarles. El chamán perdió sus poderes, dejando así indefensos a los clanes ante cualquier ataque mágico. Fue entonces cuando Gul'dan dio un paso al frente. El aprendiz sustituyó al maestro y afirmó que había dado con un nuevo modo de hacer magia, con una nueva fuente de magia. Se ofreció a enseñar este nuevo camino a los demás chamanes. Muchos aceptaron su oferta y se convirtieron en brujos.

Zuluhed, sin embargo, no la aceptó. Nunca había confiado en Gul'dan, pues siempre había creído que solo velaba por sus propios intereses. Además, sus extraños poderes hedían a demonio. Ya tenía bastante con que sus ancestros ya no le hablaran y con que los elementos ya no respondieran a sus llamadas. No se iba a rebajar aún más al aliarse con esos poderes antinaturales que Gul'dan le ofrecía.

Zuluhed no ha sido el único chamán que se había negado a seguir ese camino, por supuesto. No obstante, la mayoría habían aceptado esa oferta. A partir de entonces, habían cambiado, se habían vuelto más grandes y oscuros, como si su cuerpo reflejara la corrupción de su fuero interno. Su mundo también había sufrido mucho, pues la tierra se estaba muriendo poco a poco y los cielos se habían tornado rojos. La Horda se había visto obligada a venir a este extraño mundo que tendrían que conquistar si querían que sus clanes volvieran a conocer la paz algún día.

Nekros fue un aprendiz de chamán muy prometedor y Zuluhed había depositado muchas esperanzas en él. Pero en cuanto Gul'dan le ofreció acceso a otro tipo de magias, Nekros le siguió sin dudar. El joven orco aprendió a ser un excelente brujo, pero sucedió algo que le hizo apartarse de ese camino, dejó todo eso atrás y se convirtió en un guerrero una vez más. Eso había hecho que Zuluhed volviera a tener fe en el joven orco. Nunca le había preguntado qué era lo que le había hecho cambiar, pero sabía que tenía algo que ver con a quién había querido ser leal, con en quién había querido confiar. Había tenido que optar entre Gul'dan y su Consejo de la Sombra, o el clan Faucedraco. Y Nekros había elegido a su clan. Después de eso, Zuluhed había vuelto a confiar en él y a pedirle consejo siempre que se veía obligado a tratar con los brujos. Había entregado el disco a Nekros y el brujo guerrero, a pesar de hallarse mutilado, no le había fallado. Gracias a Nekros, se encontraban hoy aquí, dispuestos a poner en marcha sus planes.

—Bueno —dijo Zuluhed, a la vez que se acercaba a esa enorme bestia—. ¿Hemos...?

Se detuvo, pues Nekros extendió uno de sus gruesos brazos y le bloqueó el paso.

—Espera —le advirtió el orco entrecano, que, acto seguido, sacó el Alma Demoníaca de una bolsa que llevaba colgada a su cinturón y sostuvo el gran disco dorado y carente de rasgos distintivos en alto—. Muéstrate —dijo en voz alta.

Zuluhed fue testigo de cómo un conjunto de pequeñas chispas cobraban forma a lo largo de la cámara, volaban juntas y se unían. Juntas, adoptaron una forma concreta que ganó dimensión, profundidad y detalle, hasta transformarse en un humanoide alto y de complexión fuerte que portaba una extraña armadura que parecía hecha de hueso. Su cabeza tenía forma de calavera pero estaba envuelta en llamas y sus ojos eran unas bolas de fuego negro. La criatura se alzaba amenazante sobre ellos, era tan alta como un orco pero mucho menos burda; además, irradiaba un tremendo poder y parecía hallarse muy vigilante.

—Vamos a entrar —le informó Nekros, mientras sostenía el Alma Demoníaca ante él.

La extraña criatura estalló y volvió a convertirse en una lluvia de chispas que se esparcieron por la estancia. Acto seguido, el orco tullido hizo un gesto para indicarle a su cabecilla que podía seguir avanzando.

Zuluhed le hizo caso, aunque, en un principio, se mostró muy cauteloso pues cabía la posibilidad de que esa criatura no se hubiera ido realmente. Pero fuera lo que fuese... había desaparecido de verdad; Nekros parecía tenerla completamente dominada. Lo cual era estupendo, ya que ambos habían sido testigos de qué podría ocurrirles si se enfrentaban a ella. En otra ocasión, uno de los miembros de su clan había entrado corriendo en esa cámara, ya que quería entregarle un mensaje a Doomhammer, sin esperar a que Nekros diera al guardián la orden de marchar. La criatura había aparecido de la nada y agarrado

con sus enormes y ardientes manos esqueléticas la cabeza de aquel imprudente orco. Al instante, las llamas habían consumido al desventurado mensajero. En unos segundos, dejó de chillar y su cuerpo quedó inerte, mientras su cabeza, convertida en un mero montón de cenizas, se desmoronaba.

Ahora, sin embargo, el líder podía adentrarse en la caverna sin ser molestado por ese ser. Se aproximó a la Reina de los Dragones y se detuvo a una distancia prudencial de ella, a la que no le permitían llegar sus cadenas. La dragona giró su descomunal cabeza triangular para contemplarlo, clavó sus grandes orbes amarillos en él y no pestañeó, mientras Zuluhed la estudiaba a su vez.

—¿Has venido a regodearte, pequeño orco? ¿Acaso no nos has lastimado y atormentado ya bastante a mis niños y a mí? —inquirió Alexstrasza con un tono apremiante. Acto seguido, dio un mordisco al aire sumamente furiosa, pero las cadenas no cedieron, ya que la reliquia les otorgaba un poder que se sumaba a su resistencia natural.

—No he venido a regodearme —respondió Zuluhed, quien todavía se sentía sobrecogido ante su colosal tamaño y poder—, sino a cerciorarme de que todo está dispuesto. ¿Eres consciente de lo que sucederá si te niegas a ayudarnos?

—Sí, pues se me ha dejado tremendamente claro —contestó, con un tono de voz que estaba teñido de ira y pesar.

A continuación, se volvió para posar su mirada sin disimulo en la esquina más lejana de la caverna. Un puñado de objetos pálidos yacían amontonados en ese lugar y, a pesar de que no podía verlos bien desde ahí, Zuluhed sabía que eran delgados como el papel y tenían motas doradas. Eran los restos de un enorme huevo, del tamaño de la cabeza de un gran orco. De un huevo de dragón.

Alexstrasza, tras haber sido capturada, se había negado a cooperar en un principio. Nekros había resuelto ese problema de un modo expeditivo; cogió uno de los huevos aún sin eclosionar, lo sostuvo delante del rostro de la reina cautiva y lo destrozó de un puñetazo, de tal modo que ambos habían quedado salpicados de yema. La dragona profirió unos chillidos ensordecedores y se rebeló. Golpeó a varios orcos que cayeron al suelo; dos de ellos se rompieron varias extremidades. No obstante, las cadenas aguantaron su furia. Poco después, accedió a cooperar a regañadientes. Estaba dispuesta a hacer cualquier cosa para evitar que más de sus hijos no natos perecieran.

—Fracasarán —le aseguró Alexstrasza—. Me han encadenado, pero mis hijos los desafiarán y lograrán ser libres.

—No mientras tengamos esto —replicó Nekros, al mismo tiempo que le mostraba el disco. Frunció el ceño, se concentró y la Reina de los Dragones se retorció de agonía. Después, un tenue siseo se escapó de entre sus cerradas fauces.

—Algún... día... te... mataré —le advirtió, mientras seguía retorciéndose de dolor, con los ojos entornados por culpa del sufrimiento y el odio.

Nekros estalló en carcajadas.

—Tal vez —admitió—. Pero, hasta entonces, tú y los tuyos servirán a la Horda.

Zuluhed hizo un gesto y Nekros asintió. Ambos abandonaron la caverna. La reina dio un mordisco al aire a sus espaldas, lo cual era un gesto de desafío sin sentido después de la demostración de poder que habían hecho esos orcos.

Se adentraron en otro corredor, con Zuluhed en cabeza, hasta que fueron a dar con una segunda cámara aún mayor. Esta iba a dar a una ladera de la montaña desde donde se podía ver a unas feroces siluetas volar, unos destellos de color que destacaban en el oscuro cielo.

—¡Suéltenla! —exigió una de esas figuras voladoras, abatiéndose aún más cerca, con las garras extendidas y las fauces abiertas—. ¡Suelten a nuestra madre!

—¡Jamás! —replicó Nekros, quien sostuvo en alto el Alma Demoníaca.

El dragón que se aproximaba chilló de dolor y se retorció mientras intentaba mantenerse flotando en el aire, a pesar de que temblaba y sufría espasmos. Los demás dragones retrocedieron ligeramente, aunque siguieron dando vueltas allá arriba.

—Tu madre es nuestra prisionera, al igual que sus consortes —gritó Zuluhed, pues sabía que los dragones podían escucharle a pesar de hallarse allá en lo alto—. Y eso seguirá siendo así. Sus hijos y tú serán nuestros siervos, servirán a la Horda, o si no, ella morirá gritando de agonía por culpa del mismo dolor que acabas de sentir. Y cuando ella fallezca, su vuelo perecerá, pues sin Alexstrasza ya no habrá más crías de dragón rojo. Serán los últimos de su estirpe.

Pese a que los dragones rugieron furiosos, Zuluhed sabía que lo obedecerían. Sabía que el vínculo que unía a esa madre con sus hijos era muy fuerte, lo bastante como para obligarlos a obedecer. Mientras Alexstrasza creyera que podría salvar a sus niños, sería su sierva y engendraría una camada tras otra de huevos de dragón. Asimismo, mientras ella y tres de sus consortes siguieran siendo sus prisioneros, sus hijos también serían sus siervos, ya que albergarían la esperanza de poder liberar algún día a su madre.

Una amplia sonrisa cobró forma en el rostro de Zuluhed mientras observaba a los dragones volar por encima de él. Ahora mismo, sus orcos estaban trabajando muy duro, confeccionando correas, riendas y asientos de cuero. Pronto, obligarían a un dragón rojo a entrar en esta cueva y le colocarían unos arreos y una silla de montar. Lo cual no les haría ninguna gracia, claro está; los dragones son unos seres muy independientes, por lo que nadie se había atrevido a utilizarlos como montura hasta entonces. Pero su clan iba a hacerlo.

Esto era lo que le había prometido a Doomhammer. El Jefe de Guerra se había mostrado realmente entusiasmado con este proyecto, pues esta iba a ser su arma secreta. Los humanos contaban con tropas, caballería y barcos, pero no tenían nada para combatir en el cielo. Con los dragones bajo su control guiados por unos jinetes orcos leales, Zuluhed

podría atacar a los humanos desde el aire y alejarse de su alcance antes de que pudieran reaccionar. Además, los dragones eran unos adversarios formidables a nivel físico, gracias a sus garras, fauces y colas, pero sería su abrasador aliento lo que destrozaría de verdad a los humanos. El fuego caería sobre ellos cual lluvia y los destruiría junto a todas sus armas y el resto de su equipo, y no podrían hacer nada por impedirlo. Con los dragones a su lado, la Horda sería invencible.

Y el responsable de todo ello sería él, Zuluhed del clan Faucedraco. Sin las visiones que había tenido, nunca habría hallado el Alma Demoníaca, ni habría intuido de algún modo que esa reliquia estaba relacionada con los dragones, y sin los poderes de esta (y sin la magia de Nekros para acceder a ellos) nunca habrían podido esclavizar a Alexstrasza. No obstante, habían logrado todo esto y pronto los primeros jinetes de dragones surcarían el firmamento y engrosarían las filas de la Horda a la espera de las órdenes de Doomhammer.

Zuluhed sonrió ampliamente. Todo se desarrollaba según el plan.



# CAPÍTULO DIEZ

— ¡Ahí, Thane! ¡Mira ahí!  
Kurdran Wildhammer hizo girar a Sky'ree y posó la mirada en el lugar al que señalaba Farand. ¡Sí, ahí había algo! Detectó movimiento gracias a su aguda vista y, acto seguido, dio un leve golpecito con sus talones a Sky'ree. Su grifo graznó ligeramente, plegó las alas y cayó en picado. El viento los abofeteó a ambos mientras descendían.

Sí, ahora era capaz de distinguir a varias figuras que atravesaban el bosque situado allá abajo. ¿Acaso eran trolls? Sin lugar a dudas, eran tan verdes como esos trolls de bosque que su gente tanto odiaba y su piel se confundía con el follaje; no obstante, caminaban sobre el suelo y no por las ramas de los árboles. Además, caminaban demasiado pesados y de un modo muy poco cuidadoso como para ser trolls, quienes conocían los caminos del bosque casi tan bien como los elfos. No, esas criaturas eran algo distinto. Kurdran pudo ver con claridad a uno de ellos, justo cuando este pasaba por un diminuto claro, y frunció el ceño. Tenía una complexión robusta y era tan grande como un humano; además, poseía unos músculos vigorosos y unas largas piernas. También pudo ver que portaban armas pesadas; unas descomunales hachas, así como martillos y mazas. Fueran lo que fuesen, esas criaturas iban preparadas para la guerra.

Entonces, tiró de las riendas y Sky'ree agitó la cola, alzó su grupa leonina, extendió las alas y se elevó una vez más, alejándose así de los árboles y perdiéndose de nuevo en el cielo. Farand y los demás seguían volando en círculo allá arriba, sus pieles curtidas se confundían con las pieles leonadas de sus monturas. Kurdran se sumó a ellos, con su barba y pelo trenzados meciéndose al viento, mientras disfrutaba de la sensación de volar, aunque fuera en unas circunstancias tan funestas. En la lejanía, pudo distinguir una descomunal escultura tallada en piedra que representaba a un águila descansando, que vigilaba alerta y confiada el mundo, que era su propio hogar y el corazón de sus dominios. Era el Pico Nidal. Sin embargo, al verla, no se sintió invadido por el júbilo y orgullo habitual, ya que parecía hallarse demasiado cerca de aquel lugar donde estaban ocurriendo cosas tremendamente inquietantes.

—Lo has visto, ¿no, Thane? —inquirió Farand—. ¡Te lo dije! ¡Unos monstruos deambulan por nuestro bosque!

—Sí, tenías razón —contestó Kurdran al explorador—. Son unos intrusos monstruosos. Aunque son muchos. Además, nos resultará muy difícil atacarlos mientras permanezcan ocultos bajo los árboles.

—Entonces, ¿vamos a dejar que atraviesen nuestras tierras sin más? —preguntó uno de los otros exploradores.

—Oh, no —respondió Kurdran, quien obsequió con una amplia sonrisa a los demás enanos Martillo Salvaje—. Tendremos que asustarlos para que salgan a campo abierto. Vamos, muchachos, volvamos a casa. Tengo unas cuantas ideas sobre qué hacer. Pero no se preocupen, pronto dejaremos bien claro a esos pieles verdes que no son bienvenidos en las Tierras del Interior.

\* \* \*

—¡Oh, ahí estás! ¡Eh, paladín!

Turalyon alzó la mirada al mismo tiempo que el elfo ralentizaba su paso y se detenía junto a él. No se había percatado de que ese forestal se acercaba, lo cual no le sorprendió. En las últimas semanas, había aprendido rápidamente que los elfos vienen y van como les place y muy sigilosamente. A Alleria, en particular, le encantaba sobresaltarlos; solía hablarle al oído súbitamente cuando él aún ni siquiera se había dado cuenta de que ella había regresado al campamento.

—¿Sí? —replicó, dejando educadamente de limpiar su equipo.

—Los orcos han llegado a las Tierras del Interior —le informó el elfo—. Y se han reunido con los trolls.

Esas últimas palabras las pronunció con auténtica repugnancia. Turalyon se había enterado de que los elfos odiaban a los trolls del bosque y, al parecer, el sentimiento era mutuo. Lo cual tenía su lógica; ambas eran razas cuyo hábitat era el bosque y los que había en ese lugar no eran bastante grandes como para albergar a ambas razas a la vez. Asimismo, eran enemigos desde hace miles de años, desde que los elfos habían expulsado a los trolls de parte de aquellos bosques y habían establecido su reino en esas tierras conquistadas.

—¿Estás seguro de que son aliados y no de que, simplemente, se han enlazado sus caminos? —le preguntó Turalyon, dejando su armadura a un lado. Acto seguido, se acarició distraído el mentón. Si era cierto que los orcos y los trolls se habían unido, eso podría acarrear muchos problemas.

El forestal resopló y replicó:

—¡Claro que estoy seguro! Les oí hablar. Han sellado una especie de pacto. —Por primera vez, el elfo parecía realmente preocupado—. Planean atacar Pico Nidal... y luego asaltar Quel'Thalas.

Ah, eso explicaba su inquietud. Quel'Thalas era el hogar de los elfos y los trolls los odiaban. Si se habían unido a la Horda, era lógico que llevaran a los orcos hacia ese lugar.

—Informaré a Lothar al respecto —le aseguró Turalyon, poniéndose en pie—. Los detendremos antes de que puedan acercarse a su hogar.

El elfo asintió, aunque no pareció muy convencido. A continuación, se volvió y desapareció entre los árboles una vez más a paso ligero. Pero Turalyon no lo vio marchar, pues se dirigía ya hacia la tienda de mando.

Dentro de ella, estaba Lothar, acompañado de Khadgar, Terenas y unos cuantos más.

—Los orcos se dirigen al Pico Nidal —anunció nada más entrar. Todo el mundo se volvió hacia él y Turalyon pudo comprobar que varios de los ahí presentes arquearon una ceja, sorprendidos—. Uno de los forestales me lo acaba de contar —les explicó—. Los orcos se han aliado con los trolls de bosque y planean atacar el Pico Nidal.

Terenas asintió y se giró hacia el omnipresente mapa que cubría toda la mesa de la tienda por entero.

—Tiene sentido —admitió, mientras golpeaba con el dedo el lugar donde el Pico Nidal estaba en el mapa—. Los enanos Martillo Salvaje son bastante fuertes como para plantarles cara, así que no querrán correr el riesgo de que estos puedan atacar su retaguardia. Además, si se han aliado con los trolls del bosque, esta estrategia tiene aún más lógica, pues estos quieren expulsar a los enanos de las Tierras del Interior.

Lothar también contemplaba fijamente el mapa.

—Si los combatimos en el bosque, la lucha será muy dura —comentó—. No podremos desplegarlos como es debido y nos veremos obligados a dejar nuestras balistas atrás. —Se frotó la frente con la mano, pensativo—. Aunque ellos tampoco podrán organizar sus tropas adecuadamente. Podremos atacar a pequeños grupos de orcos, pues no podrán concentrar todo su ejército en un solo lugar.

—Además, los enanos serán unos poderosos aliados —señaló Khadgar—. Si los ayudamos, tal vez acepten ayudarnos a su vez. Serían unos exploradores excelentes y conformarían unas unidades de ataque de vanguardia muy rápidas.

—Ciertamente, ellos y sus grifos nos serían de gran ayuda —admitió Lothar, quien alzó la vista, cruzó su mirada con la de Turalyon y asintió—. Reúnan a las tropas —ordenó—. Nos vamos al bosque a salvar a esos enanos.



\* \* \*

—¡Por los ancestros, son demasiados! ¡Son como una plaga de pulgas, pero más grandes y mejor armadas! —exclamó contrariado Kurdran mientras observaba lo que sucedía allá abajo. Tanto él como una partida de caza entera sobrevolaban la zona, dando vueltas en el cielo para poder observar mejor a esos nuevos pieles verdes. Y lo que veía no era nada bueno.

Las criaturas marchaban muy rápido y se encontraban ya a solo un día de viaje del Pico Nidal. Al principio, solo había divisado una decena, más o menos, pero ahora se había percatado de la presencia de otro grupo no muy lejos de los primeros y de un tercero aún más lejos. Los demás habían informado de que habían avistado prácticamente lo mismo. Esos pieles verdes se hallaban esparcidos en grupos de veinte, aproximadamente, y había más grupos de los que podían contar. Si bien los enanos Martillo Salvaje no temían a nada, si esas criaturas eran solo la mitad de duras de lo que parecían ser por su aspecto, serían capaces de destrozar el Pico Nidal por puro aplastamiento, pues eran muy numerosos.

No iban a quedarse de brazos cruzados. Kurdran echó un vistazo a su alrededor y cada uno de los otros enanos asintió a su vez.

—Bien —les dijo y, acto seguido, se llevó el cuerno a los labios—. ¡Ataquen, enanos Martillo Salvaje!

Sopló el cuerno y luego se lo volvió a colocar a un costado, mientras colocaba a Sky'ree en posición dándole leves golpecitos con las rodillas. El grifo respondió soltando un feroz grito, extendió las alas y se elevó. A continuación, las plegó para iniciar el excitante descenso. Mientras caían en picado, Kurdran liberó su martillo de tormenta de su sujeción y alzó esa descomunal arma.

Pero por el momento su objetivo no eran los pieles verdes, sino que golpeó de lleno en el tronco al árbol más cercano. El impacto provocó que las hojas, las bayas y las ramas temblaran, lo que sobresaltó a los desconcertados pieles verdes. Kurdran golpeó dos árboles más y de ellos cayeron piñas y nueces, que impactaron sobre esas criaturas con fuerza suficiente como para dejarles cardenales. Los pieles verdes se agacharon y alzaron las manos para protegerse los ojos, pero el violento ataque prosiguió y los Martillo Salvaje golpearon un árbol tras otro, provocando así que cayera una lluvia de follaje, frutos y nueces. Si bien los pieles verdes no sabían qué hacer, sí sabían que no les gustaba para nada esta situación, así que reaccionaron tomando la solución más sencilla; como entre los árboles no estaban a salvo, los dejaron atrás, se alejaron corriendo del amenazador follaje y se adentraron en el diminuto claro más cercano.

Lo cual era justo lo que habían estado esperando los Martillo Salvaje.

Kurdran profirió un tremendo grito de guerra y lideró el ataque, con su martillo en ristre. El primer piel verde tuvo tiempo de alzar la mirada y levantar a medias su gran

hacha antes de que Kurdran le lanzara su martillo de tormenta coronado por un relámpago y lo alcanzara justo en la mandíbula. Un trueno bramó al mismo tiempo que esa criatura salía volando por los aires con los huesos de su quijada destrozados.

—¡Eres muy feo como para estar en mi bosque, bastardo! —le gritó mientras el monstruo caía.

El martillo volvió a manos de Kurdran y este volvió a arrojarlo. Un segundo piel verde recibió su impacto. Sky'ree arqueó la espalda, batió las alas y se elevó para colocarse fuera del alcance del enemigo y prepararse para realizar una segunda pasada. El resto de sus compañeros también atacaban al enemigo y, en consecuencia, el bosque se llenó de gritos y chillidos, de maldiciones e insultos cada vez que los grifos pasaban volando a gran velocidad para lanzar sus ataques.

Fueran lo que fuesen, esas criaturas no se asustaban fácilmente. Mientras giraba en el aire, Kurdran pudo ver que los pieles verdes que todavía quedaban en pie tenían sus armas en ristre y estaba dispuestos a contraatacar, pues se habían apiñado unos junto a otros para que los enanos no pudieran arremeter contra ellos con tanta facilidad. Sin embargo, sus rivales contaban con la ventaja de atacar desde el aire. Kurdran agitó su martillo por encima de su cabeza y lo soltó. Su pesada cabeza de piedra golpeó a un piel verde justo en la sien, derribándolo con un estruendoso ruido similar al de una pistola de Forjaz. Al caer, la criatura empujó a un par de sus compañeros, los cuales intentaron apartarse de él para no acabar en el suelo.

—¡Ja! ¡Esto les bajará un poco los humos! —exclamó exultante Kurdran ante esas criaturas, burlándose.

Antes de que pudieran darse cuenta de su error, ya estaba encima de ellos, con su martillo de tormenta de nuevo en la mano. Sin embargo, esta vez, dejó que Sky'ree acabara con esas criaturas. Con sus potentes garras frontales, derribó a uno de ellos, a la vez que con su pico ganchudo destrozaba a otro y con sus alas dejaba aturdido a otro más.

La refriega acabó rápidamente. Fueran lo que fuesen esos pieles verdes, eran lentos y no estaban acostumbrados a enfrentarse a ataques aéreos. Además, Kurdran y los suyos eran unos consumados expertos a la hora de atacar a objetivos en tierra. A pesar de que esas criaturas se las habían ingeniado para lanzar algún golpe que otro y de que algunos de sus enanos tenían algunas heridas que atender, no habían sufrido ninguna baja y todos sus enemigos habían resultado muertos o heridos. Solo unos pocos pieles verdes de ese grupo en particular habían sobrevivido y gracias a que habían huido en dirección a los árboles en busca de protección.

—Esto les enseñará a mirar siempre hacia el cielo —comentó Kurdran y sus enanos se echaron a reír—. Volvamos al Pico, muchachos. Pronto enviaremos a otro grupo para que acabe con otra de sus avanzadillas. Quizá así aprendan que deben dejar en paz el Pico Nidal.

\* \* \*

—Prepárense —susurró Lothar, quien había hecho que su caballo redujera su trote hasta alcanzar una mera velocidad de paseo, pues si hubiera ido más rápido, se habría arriesgado a chocar con los árboles o a ser descabalgado por las ramas más bajas. Entonces, desenvainó su espada magna y la sostuvo ante él, mientras elevaba el escudo con el otro brazo—. Deberían estar cerca.

Turalyon asintió y alzó su martillo de guerra, mientras cabalgaba a la izquierda de su comandante y por detrás de él. Khadgar cabalgaba junto a Turalyon, de modo que los tres formaban el clásico triángulo de caballería. A pesar de que el mago no llevaba arma alguna en las manos, empleaba una magia muy poderosa en batalla que el joven teniente había aprendido a respetar. Turalyon entrecerró los ojos para intentar rasgar el velo de penumbra que cubría los árboles y poder ver a su presa. Cerca de ahí, en algún lugar...

—¡Ahí!

Señaló al frente a la derecha, a un lugar situado más allá de Khadgar. Sus dos compañeros miraron en la dirección que indicaba. Un momento después, Lothar asintió. Al mago le costó un minuto más percatarse de que algo se movía entre los árboles en esa dirección; se trataba de algo que se desplazaba a una altura demasiado baja como para ser un pájaro o demasiado velozmente como para ser una serpiente o un insecto o cualquier otro bicho que infestara esos bosques. No, eso únicamente podía provocarlo algo del tamaño de un hombre que caminaba por el bosque; además, el hecho de que ese movimiento se repitiera en el mismo sitio solo podía significar que el mismo individuo se desplazaba en círculos o que se trataba de un grupo amplio; por otro lado, el hecho de que apenas fueran visibles significa que esos tipos eran del mismo color que su entorno. Todo apuntaba a la misma conclusión: eran orcos.

—Ya los tenemos —reconoció Lothar en voz baja. Acto seguido, miró hacia atrás, a Khadgar—. Házselo saber a los demás —le ordenó. Al instante, el mago avejentado prematuramente asintió y retrocedió con su caballo en silencio—. Entretanto, nosotros seguiremos vigilando —le dijo el Campeón a Turalyon, quien asintió—. Si da la impresión de que se marchan, bueno, tendremos que cerciorarnos de que tienen una razón para volverse y regresar en esta dirección, ¿eh?

—¡Sí, señor! —replicó Turalyon con una amplia sonrisa, quien, a continuación, le dio una palmadita al mango de su martillo de guerra. Estaba listo. Si bien todavía era un manojo de nervios cuando sabía que iba a entrar en batalla, ya no le preocupaba que el miedo pudiera paralizarlo o lo empujara a huir, pues ya se había enfrentado a los orcos y sabía que podría volver a hacerlo.

\* \* \*

—Hemos perdido a Tearlach —le informó Iomhar. Kurdran lo miró sorprendido—. Y a Oengus también —añadió el combatiente Martillo Salvaje—. Y dos más están muy agotados como para seguir luchando.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió Kurdran de modo apremiante.

El otro enano pareció sentirse avergonzado por un instante, pero enseguida adoptó una actitud beligerante.

—¡Qué va a ser! ¡Han sido los pieles verdes! —le espetó—. ¡Nos estaban esperando! En cuanto nos lanzamos en picado sobre ellos, ¡nos arrojaron lanzas! Después, se dispersaron y se ocultaron entre los árboles para evitar ser un blanco fácil. —En ese instante, negó con la cabeza—. Tuviste suerte cuando los atacaste, los pillaste por sorpresa. Pero esos feos bichos han aprendido y muy rápido.

Kurdran asintió.

—Estos pieles verdes no son ningunos estúpidos —admitió—. Y son muchos más de los que creíamos. —Examinó el mapa de las Tierras Interiores que tenía desplegado ante él y los marcadores que había utilizado para señalar dónde se encontraban los pieles verdes. El mapa estaba prácticamente repleto de ellos—. Bueno, tendremos que atacarlos antes de que puedan reaccionar. Di a los muchachos que vengan aquí rápidamente y que se mantengan alejados de las lanzas de los pieles verdes. Ellos tienen que luchar contra la gravedad mientras que nosotros nos valemos de ella, así que contamos con cierta ventaja.

Iomhar asintió, pero antes de que pudiera decir nada más, Beathan irrumpió en su conversación.

—¡Trolls! —gritó, a la vez que se dejaba caer sobre un taburete cercano. No podía mover el brazo izquierdo, que tenía cubierto de sangre por culpa de una profunda herida que había sufrido en el hombro—. ¡Estábamos descendiendo sobre un grupo de pieles verdes cuando una jauría de trolls del bosque se nos ha echado encima! Se cargaron a Moray y Seaghdh con sus primeros golpes y derribaron a Alpin y Latchin de sus grifos. —Señaló su herida—. Me hicieron este feo corte con una de sus hachas, pero menos mal que logré esquivar el segundo hachazo porque si no, me habrían decapitado.

—¡Maldita sea! —gruñó Kurdran—. ¡Se han unido a los trolls! ¡Esos pieles verdes colaboran ahora con otros pieles verdes! ¡Además, esos trolls nos impedirán valemos de los árboles! —Se mesó el bigote, preso de la frustración—. Necesitamos algo para equilibrar la balanza y rápido, muchachos, o se nos echarán encima como hormigas sobre un escarabajo.

Como si fuera la respuesta que esperaba, un tercer enano hizo acto de presencia para informar. Pero este, un explorador llamado Dermid, no estaba herido. Y parecía muy contento en vez de preocupado.

—¡Humanos! —anunció jubilosamente—. ¡Y son muchísimos! Dicen que vienen a ayudarnos a luchar contra los orcos... así es como llaman a los pieles verdes.

—Loados sean los ancestros —masculló Kurdran—. Si pueden mantener a esos orcos entretenidos como para que se olviden de sus nuevas tácticas, podremos atacarlos desde el aire una vez más —sonrió de oreja a oreja al mismo tiempo que alzaba su martillo de tormenta—. Sí, y nos ocuparemos también de cualquier troll que se acerque. Quizá ellos controlen los árboles, pero nosotros regimos el cielo. Nuestros grifos los destrozarán en cuanto se hallen a nuestro alcance. —Se volvió y se dirigió a la puerta mientras llamaba con un silbido a Sky'ree—. ¡Volemos, enanos Martillo Salvaje! —gritó y, al instante, los demás enanos lo vitorearon y se apresuraron a obedecer.

\* \* \*

—¡Ahora!

Lothar espoleó a su montura, atravesó el claro y cargó contra una jauría de orcos. Estos se giraron, claramente sorprendidos, pues habían estado concentrados en vigilar el cielo y muchos de ellos blandían lanzas en vez de sus hachas y martillos habituales. A uno de ellos se le ocurrió arrojar su lanza contra Lothar, pero el Campeón ya se hallaba muy cerca. Con su descomunal espada, destrozó la lanza y el brazo que la sujetaba. Al instante, se volvió y decapitó el orco antes incluso de que su brazo cercenado tocara el suelo.

Turalyon, que estaba justo a su lado, golpeó con su martillo a un orco al que hundió el pecho. Con su segundo golpe, acertó oblicuamente a un orco en el brazo, lo cual fue suficiente como para que la criatura de piel verde soltara su hacha. A continuación, le golpeó en la cabeza y cayó al suelo en silencio.

Pero entonces, Turalyon escuchó un extraño ruido, algo que era una mezcla de tos y carcajada, y alzó la vista. Una figura alta, más alta que un orco y de complexión más esbelta, bajó de un salto de los árboles y se plantó delante de él, con una lanza que sostenía entre sus enormes manos de largos dedos. Tenía los ojos rasgados y una mirada muy dura, así como unas facciones estrechas, y le mostraba una amplia sonrisa mientras hacía ademán de atacarlo con la lanza y le enseñaba unas hileras de dientes puntiagudos. ¡Era un troll!

Turalyon elevó su escudo y logró bloquear el lanzazo, que impactó contra su escudo con fuerza suficiente como para dejarle el brazo bastante debilitado. El joven respondió arremetiendo con fuerza con su martillo, lo cual hizo tambalear al troll, pero no lo detuvo. La criatura se abalanzó una vez más sobre él, con la lanza en ristre, y Turalyon espoleó a su caballo, agarrando con firmeza su escudo con el que alcanzó al troll en la cara y el pecho. El monstruo no esperaba un ataque tan burdo, por lo que recibió el golpe de lleno y retrocedió dando tumbos, mientras sacudía la cabeza como si así intentara superar

el aturdimiento. Turalyon, sin embargo, no le dio tiempo a recuperarse. Le alcanzó en la mandíbula con su martillo y el troll cayó al suelo donde yació destrozado.

Satisfecho consigo mismo, Turalyon alzó la mirada justo a tiempo de ver cómo un segundo troll aparecía en una rama cercana. Tenía los ojos entornados y repletos de odio y la lanza echada hacia atrás, pues se disponía a lanzarla. Turalyon supo de inmediato que el blanco de esa arma era él y que no era bastante fuerte como para bloquearla ni bastante rápido como para esquivarla. Se preparó para lo peor y cerró los ojos, a la espera de oír el silbido de la lanza al rasgar el viento cada vez más intenso.

Pero en vez de eso, oyó un extraño grito muy agudo, mezclado con un rugido grave, y, acto seguido, un estruendoso trueno, tras el cual podía adivinarse un grito de repentino dolor. Turalyon abrió los ojos de nuevo y vio algo asombroso. El troll caía del lugar donde había estado posado y se llevaba las manos a un lado de su cara, que parecía hallarse aplastada. Por encima de ese monstruo, planeaba en el aire una criatura majestuosa, sobre la que había oído hablar pero nunca había visto antes. Aunque tenía la constitución de un león y la misma piel de color pardo rojizo, no poseía una cabeza felina sino un feroz semblante de pájaro, cuyo pico estaba abierto y profería ese chillido que había oído. Sus patas delanteras poseían unas garras letales, pero sus patas traseras contaban con unas gruesas pezuñas como las de un gato; además, poseía una larga cola. Unas enormes alas brotaban de sus costados y unas plumas le cubrían la cabeza y los hombros. Un humano iba montado sobre ese ser.

No. Turalyon pudo comprobar que no era un humano, aunque ya se lo imaginaba, por supuesto. Pese a que había oído hablar de los enanos Martillo Salvaje, nunca había estado delante de uno. Si bien los Martillo Salvaje eran más altos y esbeltos que sus primos Barbabronce, los Martillo Salvaje seguían siendo más bajos y corpulentos que un humano, además, poseían un pecho fuerte y unos brazos nervudos. Blandían martillos de tormenta, como la descomunal arma que regresaba a la mano del enano en esos momentos; sin lugar a dudas, ese martillo era lo que había causado la muerte al troll.

El enano se percató de que Turalyon lo miraba y sonrió de oreja a oreja, a la vez que alzaba el martillo a modo de saludo. Turalyon elevó su propio martillo a su vez y, acto seguido, espoleó a su caballo y arremetió contra otro orco. Ahora que sabía que los enanos patrullaban el cielo, ya no le preocupaba recibir un ataque desde los árboles, lo cual le permitía concentrarse en la Horda. Los orcos, por otro lado, tenían que defenderse de ataques procedentes de todas direcciones menos del suelo, lo que les hizo sentirse confusos y desconcertados. Tal y como esperaba Lothar, el hecho de que hubiera tantos árboles obligaba a los orcos a desplazarse en pequeños grupos en vez de en una sola formación, lo que permitía que los soldados de la Alianza pudieran enfrentarse a cada escuadrón de uno en uno.

\* \* \*

Horas más tarde, Kurdran recibió a los líderes humanos en su casa, donde les dio la bienvenida. Su comandante era un hombre grande, más que la mayoría, que lucía una buena barba, similar a la de los enanos, y una larga coleta, a pesar de que prácticamente estaba calvo en la coronilla. Por su forma de moverse se veía que era un guerrero nato. Kurdran pudo adivinar que ese hombre había participado en innumerables batallas; no obstante, sus ojos azules permanecían muy alerta y la cabeza dorada de león de su escudo y su coraza seguían bastante relucientes. Por otro lado, el humano joven no tenía barba, lo cual era deplorable, y parecía menos seguro; sin embargo, Zoradan le había comentado que le había visto emplear ese enorme martillo con casi tanta destreza como un enano. Pero había algo más en ese muchacho: desprendía una sensación de calma que le recordó a Kurdran a su chamán. Tal vez ese muchacho fuera también un chamán, o quizá estuviera en contacto con los elementos o los espíritus. Ciertamente, el tercer humano, que iba ataviado con una túnica violeta y tenía una barba blanca corta y desaliñada, a pesar de que andaba como un joven, era un mago, de eso no cabía duda. A los humanos los acompañaba una muchacha elfa, muy atractiva, fuerte y ágil, como todos los miembros de esa raza, que vestía de verde, portaba un arco y tenía una mirada risueña. Kurdran rara vez había conocido a gente tan interesante y, bajo cualquier circunstancia, se alegraba de tener esa suerte. Ahora mismo, estaba más que contento de haber coincidido con ellos.

—Saludos, muchachos... ¡y muchacha! —les dijo, a la vez que señalaba las sillas, banquetas y cojines que se hallaban esparcidos por toda la habitación—. ¡Sean bienvenidos! Temíamos que esos pieles verdes... a los que ustedes llaman orcos... invadieran nuestros hogares, ¡eran tantos! Pero su llegada puso fin a su invasión. ¡Juntos, los hemos expulsado de las Tierras del Interior! Estoy en deuda con ustedes.

El gran guerrero se sentó en un taburete situado cerca de la silla de Kurdran, mientras se ajustaba su descomunal espada que llevaba atada a la espalda.

—¿Eres el líder de los Martillo Salvaje? —preguntó.

—Soy Kurdran Wildhammer —respondió Kurdran—. Soy su jefe, así que sí, van donde yo digo.

—Bien —dijo el guerrero asintiendo—. Soy Anduin Lothar, antaño Caballero de Ventormenta y ahora comandante de las fuerzas de la Alianza. —A continuación, le explicó qué era la Horda y el destino que había sufrido Ventormenta—. ¿Se unirán a nosotros?

Kurdran frunció el ceño y se mesó el bigote.

—Afirmas que pretenden conquistar todas estas tierras, ¿no? —Lothar asintió—. Y que llegaron en unos barcos enormes hechos de hierro negro, ¿verdad? —El humano volvió a asentir—. Entonces, han debido de atravesar Khaz Modan —concluyó, a la vez

que negaba con la cabeza—. Hace muchas semanas que no sabemos nada de nuestros parientes de Forjaz. Me preguntaba por qué. Esto lo explica todo.

—Han conquistado las minas y han utilizado su hierro para construir esos barcos —aseveró el mago.

—Sí —admitió Kurdran, mostrando sus dientes—. Los Martillo Salvaje hemos tenido muchas disputas con el clan Barbabronce a lo largo de los años... por eso mi gente abandonó Khaz Modan. Pero seguimos siendo primos, parientes. Y esas nauseabundas criaturas, esa Horda, los han atacado. Y después a nosotros. Solo su oportuna ayuda nos ha librado de sufrir el mismo destino que nuestros primos. —De repente, golpeó con el puño el brazo de la silla—. ¡Sí, nos uniremos a ustedes! ¡Contraatacaremos y combatiremos a esos orcos, hasta que la Horda deje de ser una amenaza para todos! —Se puso en pie y le tendió la mano—. Cuenten con la ayuda de los Martillo Salvaje.

Lothar también se puso en pie y le estrechó la mano con suma solemnidad.

—Gracias —fue lo único que dijo, pero con eso bastaba.

—Al menos, los hemos expulsado de las Tierras del Interior —señaló el joven sin barba—. Su hogar está a salvo.

—Así es —reconoció Kurdran—. Por el momento. Pero ¿adónde irán esos orcos ahora? ¿Se darán la vuelta y regresarán a Tralomas? ¿O subirán hacia la capital? ¿O se dirigirán al norte para unirse al resto de su hedionda raza?

Súbitamente, sus nuevos aliados se pusieron en pie; quizá había dicho algo que no debía.

—¿Qué acabas de decir? —inquirió apremiante la muchacha elfa—. Repite eso del norte.

—¿Que quizás vayan a unirse al resto de los suyos? —respondió un perplejo Kurdran. La elfa asintió rápidamente y el enano se encogió de hombros—. Mis exploradores afirman que aquí solo hemos visto a una fracción de la Horda. El resto se ha dirigido hacia el norte, ha sorteado nuestros bosques y ha continuado su marcha hacia las montañas. —Entonces, examinó detenidamente sus rostros—. ¿No lo sabían?

Si bien el joven sin barba y el mago hicieron un gesto de negación con la cabeza, el viejo guerrero estaba lanzando improperios.

—¡Era una distracción! —exclamó, casi escupiendo esas palabras—. ¡Y nos la hemos tragado!

—¿Una distracción? —replicó Kurdran arrugando el ceño—. ¡Mi hogar ha corrido un grave peligro! ¡Su incursión no ha sido un simple engaño!

Lothar negó con la cabeza.

—No, la amenaza era real —admitió—. Pero quienquiera que comande a esta Horda es muy artero. Sabía que acudiríamos en tu ayuda. Se ha llevado al resto de sus



fuerzas al norte mientras dejaba una pequeña parte aquí para demorarnos. Ahora, nos lleva una gran ventaja.

—¡Se dirigen a Quel'Thalas! —gritó la muchacha elfa—. ¡Tenemos que avisarles!  
Lothar asintió.

—Reúnan a las tropas de inmediato. Debemos partir ya. Si nos desplazamos con rapidez...

La muchacha lo interrumpió.

—¡No llegaremos a tiempo! —insistió—. Tú mismo has dicho que la Horda nos lleva una gran ventaja. ¡Hemos perdido días enteros! Si reunimos a las tropas tardaremos aún más. —Hizo un gesto de negación con la cabeza—. Iré sola.

—No —replicó Lothar en voz baja, pero con un tono severo que no dejó margen a las protestas—. No irás sola —le dijo, ignorando la mirada furibunda que ella le lanzó—. Turalyon, llévate al resto de la caballería y a la mitad de las tropas. Estás al mando. Khadgar, acompáñalo. Quiero que la Alianza ayude a defender Quel'Thalas. —Entonces, se volvió hacia Kurdran, quien estaba impresionado. ¡Sí, ese hombre sabía cómo liderar a sus hombres!—. Todavía habrá algunos orcos por estos bosques —le advirtió— y no podemos arriesgarnos a que nos sorprendan también por la retaguardia. Nos quedaremos hasta que los bosques estén totalmente libres de orcos, después, nos marcharemos y nos sumaremos a los demás.

Kurdran asintió.

—Les agradezco la ayuda —replicó de un modo formal—. En cuanto las Tierras del Interior sean una vez más seguras, mis guerreros y yo los acompañaremos al norte para combatir al resto de la Horda.

—Gracias. —Lothar hizo una reverencia y, a continuación, se volvió hacia la muchacha elfa, el joven sin barba y el mago—. ¿Qué hacen aún aquí? Muévanse... cada segundo que pierden hace que la Horda esté un segundo más cerca de llegar a Quel'Thalas.

Los tres hicieron una reverencia y salieron de la habitación con gran celeridad. Kurdran no los envidiaba, su misión consistía en perseguir un ejército, intentar dejarlo atrás a la desesperada y advertir a los elfos de que este se aproximaba. Aun así, esperaba que llegaran a tiempo.



## CAPÍTULO ONCE

—¡Que sigan avanzando! —bramó Doomhammer, a la vez que se giraba para observar cómo la Horda marchaba tras él—. ¡Tenemos que cruzar estos picos cuanto antes!

—¿Por qué? —Fue Rend Blackhand quien formuló la pregunta.

Tanto él como su hermano Maim odiaban a Orgrim porque este había asesinado a su padre y lo había reemplazado como Jefe de Guerra. Eran de los pocos que osaban cuestionar las órdenes de Doomhammer. Orgrim lo permitía por dos razones: porque sabía que las explicaciones que les diera llegarían al resto de la Horda y porque el clan Diente Negro era muy poderoso y numeroso y, por tanto, muy útil. Además, si bien los hermanos cuestionaban sus actos o decisiones, nunca desobedecían una orden directa, aunque estuvieran en desacuerdo con ella. Como Doomhammer apreciaba ese tipo de lealtad, estaba más que dispuesto a tolerar que lo cuestionasen, pero hasta cierto punto.

—¿Por qué, qué? —replicó Orgrim, quien se hallaba intentando dar con el mejor camino para ascender por un empinado sendero que llevaba a las montañas, por lo que casi toda su atención se hallaba centrada en las piedras que tenía bajo las piernas y las manos.

Los trolls del bosque ya los habían dejado atrás, pues habían escalado esos riscos con la misma facilidad que trepaban a los árboles. Asimismo, habían colocado unas cuerdas para ayudar a los guerreros orcos en su ascenso, pero Doomhammer se negaba a utilizarlas. Necesitaba que sus tropas supieran que aún era el más fuerte de todos ellos y ascender esa montaña sin ayuda era una manera de demostrarlo. Rend no tenía esos reparos y se hallaba caminando junto a Orgrim con una de esas robustas cuerdas atada firmemente alrededor del brazo izquierdo.

—¿Por qué estamos escalando estas montañas? —contestó Rend—. Las podríamos haber rodeado. ¿Por qué seguimos este camino? Es cierto que es más corto, pero también más duro. Escalar estos picos nos va a retrasar.

Doomhammer alcanzó la cima del risco, gruñó y se limpió las manos, que tenía manchadas del polvo de las piedras, frotándoselas con la parte superior de los brazos. Se volvió para mirar a Rend justo cuando este otro líder se unía a él en la cumbre, seguido por

su hermano y los demás líderes de la Horda, quienes sabían perfectamente que más les valía no alcanzar la cima antes que Orgrim.

—Los humanos creen que somos estúpidos —afirmó Doomhammer, cerciorándose de que todos pudieran escucharlo. No le gustaba tener que repetir las cosas—. Se imaginan que somos unas bestias imbéciles, que somos como los ogros. —Varios de los ahí presentes miraron hacia abajo, donde los ogros aún seguían ascendiendo por detrás de los orcos. A pesar de que eran bastante fuertes como para completar el ascenso, eran demasiado torpes como para hacerlo con facilidad—. Y pienso animarlos a que sigan opinando lo mismo. —Esbozó una amplia sonrisa y mostró los colmillos—. ¡Dejen que piensen que somos idiotas! Así nuestra conquista será más fácil, porque nos habrán subestimado.

Se agachó y tomó una piedrecita, que se pasó de una mano a otra mientras seguía hablando.

—Ya los hemos engañado una vez, al dejar atrás a unos cuantos clanes cuando alcanzamos las Tierras del Interior —señaló—. Han estado muy ocupados batallando contra esa parte de la Horda mientras nosotros proseguíamos nuestro camino a las montañas. Y seguirán estando muy ocupados mientras nosotros cruzamos estas cumbres.

—Pero nos dirigimos a Quel'Thalas, ¿verdad? —inquirió Maim, a quien le costó pronunciar ese extraño nombre elfo—. ¿Por qué no hemos ido en barco a algún lugar lo más cerca posible de ese sitio? Si hubiéramos obrado así, habríamos llegado ahí mucho antes de que los humanos pudieran emerger de las Tierras del Interior.

—Porque los elfos nunca hubieran permitido que nuestras naves pasaran por ahí indemnes —respondió Doomhammer—. Zul'jin afirma que son unos arqueros consumados y habríamos acabado atrapados en nuestros barcos mientras una lluvia de flechas arreciaba sobre nosotros. Habríamos sufrido miles de bajas, habríamos perdido a clanes enteros, miles antes de llegar a la orilla para combatirlos.

Varios de los cabecillas murmuraron entre ellos. No se habían planteado esa posibilidad. La Horda todavía no se había acostumbrado a manejar barcos ni a guerrear con ellos, aunque unos pocos, como los Cazatormentas, le habían tomado el ritmo enseguida.

—Pero podríamos haber rodeado estas montañas —observó Rend—. Pues es una ruta más larga aunque menos difícil.

Orgrim esbozó una sonrisa burlona ante esa observación.

—¿Acaso temes los retos?

Varios de los demás cabecillas estallaron en carcajadas y Rend se encolerizó.

—¡Claro que no! —le espetó, alzando un puño al aire, mostrando así que estaba dispuesto a luchar contra cualquiera que afirmase lo contrario—. ¡Estoy a la altura de este desafío y de cualquier reto! Además, a lo largo de todo el ascenso, ¡siempre he estado detrás de ti!

Nadie se atrevió a comentar que se había valido de una cuerda para subir y Doomhammer no. Los Blackhand eran unos guerreros muy respetados y temibles, otra razón más por la que Orgrim les permitía que le hicieran tantas preguntas.

—Entonces, dime, ¿pretendes seguir desafiándome? —preguntó en voz baja Doomhammer, con voz más grave.

Rend depuso su actitud de inmediato y palideció al darse cuenta de lo que había estado a punto de desencadenar. Los Blackhand querían liderar la Horda, pero para eso, tendrían que retar a un combate a Orgrim y derrotarlo. Todos sabían que su líder sería capaz de matar a ambos hermanos aunque ambos lo atacaran a la vez. Una parte de él esperaba que lo intentaran, ya que entonces podría reemplazarlos por un cabecilla Diente Negro más razonable. No obstante, hasta entonces, siempre se habían echado atrás.

—Si las hubiéramos rodeado, tal vez habríamos ido más rápido —dijo, por fin, Doomhammer, al ver que Rend no iba a morder el anzuelo—, pero habríamos resultado mucho más visibles a ojos del enemigo. De este modo, sorprenderemos a los elfos. —Volvió a sonreír abiertamente—. Si los humanos sobreviven a la batalla de las Tierras del Interior y son capaces de rodear las montañas, tal vez lleguen a Quel'Thalas antes que nosotros. Entonces, si los elfos les dejan entrar en su ciudad, podrán unir fuerzas para defenderse de nuestro ataque. —Se echó a reír y aplastó la piedra que tenía en la mano, cuyo polvo se le escapó entre los dedos—. Pero ya no tendrán adónde huir. Los aplastaremos y esas tierras serán nuestras. —Abrió la mano y dejó que cayeran el resto del polvo y los fragmentos de la piedra—. Y si están detrás de nosotros, nos encontrarán establecidos en Quel'Thalas cuando lleguen. Los derrotaremos y los aplastaremos contra las montañas detrás de ellos. —Volvió a limpiarse las manos de manera ostentosa—. De un modo u otro, ganaremos.

Todos los demás orcos murmuraron, algunos incluso sonrieron y se carcajearon. Rend asintió.

—Eres muy sabio —admitió a regañadientes—. Es un buen plan.

Doomhammer asintió para aceptar el cumplido.

—Ahora, debemos continuar —les dijo Doomhammer al resto—. Todavía nos quedan varios picos que ascender. —Acto seguido, se volvió hacia Zuluhed—. ¿Dónde están? —preguntó.

—Ya vienen de camino —contestó el cabecilla del clan Faucedraco, quien sonrió de oreja a oreja al oír los murmullos que se alzaban tras él. Ninguno de los demás orcos sabía nada al respecto, salvo que los Faucedraco planeaban algo con la total aprobación de Orgrim.

—Aún tienen que recorrer una gran distancia, pero son rápidos. Nos darán alcance en breve y el mundo temblará a su llegada.

—Bien. —Doomhammer se giró y posó su mirada sobre una alta figura que se encontraba a poca distancia, cuya larga bufanda era mecida por el viento—. ¿A qué distancia estamos de Quel'Thalas?

—A este ritmo, a cuatro días de viaje —respondió Zul'jin—. Pero podríamos llegar antes.

Los ojos del troll del bosque centellearon al escuchar esas palabras y las manos se le fueron a las hachas que llevaba a la cintura como si tuvieran vida propia.

—No —le ordenó Orgrim, ignorando al troll, que obviamente se sentía decepcionado—. Se quedarán con nosotros y seguirán colocando cuerdas para que las tropas puedan subir. —Entonces, le lanzó una enorme sonrisa al líder troll—. No te preocupes, tendrás la oportunidad de atacar la patria de los elfos. Pero no lo harás sin la Horda a tus espaldas, dispuesta a caer sobre ellos.

Zul'jin meditó un momento sobre ello y, acto seguido, asintió.

—Se van a enfadar —comentó y después se rio—. Emergerán como avispas, dispuestas a picar. Y ustedes se echarán encima cual enjambre de hormigas para devorarlos por entero.

—Sí.

A Doomhammer le gustó la metáfora. Las hormigas eran unas trabajadoras muy laboriosas, además de tenaces y fuertes más allá de lo imaginable. Aunque también podían ser muy desagradables, pues se unían para derrotar a criaturas mucho más grandes. Sí, las hormigas eran una buena comparación. Entonces, indicó con una seña que continuaran la marcha y la Horda ascendió tras él por la montaña, como un ejército de hormigas cuyo único propósito era la conquista.

\* \* \*

Cuatro días después, Orgrim y sus cabecillas se hallaban en la ladera de una colina, que se encontraba entre la cima de la última montaña y los lindes de un gran bosque, desde la cual observaban lo que había allá abajo. Entretanto, el resto de la Horda se iba congregando en masa a sus espaldas. Pese a que los orcos se hallaban agotados de tanto escalar y andar, ahora que su objetivo se hallaba delante de ellos estaban más que dispuestos a olvidar su extenuación. Pero nadie estaba más impaciente que los trolls del bosque.

—¿Atacamos ya? —Zul'jin miró ansioso a Doomhammer.

—Sí, adelante —contestó el Jefe de Guerra—. Destruyan a esos elfos. Que no quede nada ni nadie en pie.

El líder de los trolls del bosque sonrió de oreja a oreja y echó la cabeza hacia atrás para proferir un extraño grito similar a un gorjeo. Súbitamente, otro troll del bosque hizo

acto de presencia, a una cierta distancia de donde se hallaban ambos líderes, tan sigiloso como un fantasma. Un tercero saltó de las piedras que se hallaban por encima de ellos y se colocó junto a él, y luego apareció otro que se colocó junto al último, y después otro y otro... hasta que el pequeño valle situado detrás de la colina quedó repleto de esas criaturas del bosque altas y desgarbadas. Eran muchos más de los que Orgrim recordaba que Zul'jin había traído consigo. Su sorpresa debió de reflejarse en su rostro porque el líder de los trolls del bosque esbozó una amplia sonrisa bajo su omnipresente bufanda.

—He encontrado más por el camino —le explicó, riéndose—. Son la tribu Secacorteza. Se unirán a nuestras fuerzas.

Doomhammer asintió. No tenía miedo a esos trolls en particular, a pesar de que eran más altos que él. En su día, se había enfrentado a enemigos más grandes y fuertes y siempre había salido victorioso de esos encuentros. Además, Zul'jin le había impresionado a lo largo de los meses que habían transcurrido desde que sellaron su alianza. El troll del bosque era listo y también honorable. Había prometido que su gente ayudaría a la Horda y no se había echado atrás. Orgrim estaba dispuesto a arriesgar su vida porque sabía que el troll cumpliría su palabra.

Claro que el hecho de que los trolls de bosque odiaran a esos nobles elfos también contribuía a ello. Todos los trolls se habían mostrado a favor de desviarse al norte, hacia Quel'Thalas, y se habían mostrado impacientes por adentrarse en el bosque elfo para localizar y atacar a los elfos. Doomhammer, sin embargo, había insistido en que debían esperar. Quería que el resto de la Horda se hallara en posición antes de que los trolls atacaran. Zul'jin se las había arreglado para mantener a sus congéneres a raya, a pesar de que estuviera tan ansioso como ellos por atacar.

Pero ahora, la espera había llegado a su fin. Con un aullido, Zul'jin descendió esa colina raudo y veloz. No se frenó cuando alcanzó los lindes del bosque, sino que se subió de un salto a un árbol y brincó de rama en rama con suma facilidad. El resto de su gente lo siguió y se subieron a los árboles saltando, desapareciendo así de la vista, dejando únicamente como señal de su paso el crujir de las hojas y algún que otro gruñido ocasional. Pero Orgrim sabía que se abrirían paso hasta llegar al corazón de aquel colosal bosque y que matarían a cualquier elfo que hallaran en su camino. Pronto, los defensores de ese bosque tendrían noticia de que estaban siendo invadidos por trolls e irían presurosos a encontrarse con ellos.

Eso mantendría a los elfos muy ocupados, tanto que no comprobarían si alguna otra fuerza enemiga amenazaba sus fronteras.

Doomhammer dio la señal y el resto de la Horda anegó la colina; marchó con paso firme por esa estrecha extensión de hierba hasta llegar, por fin, a la primera hilera de árboles.

—¿Ahora, Jefe de Guerra? —preguntó un guerrero orco que se hallaba cerca, con un hacha en ristre.

Orgrim asintió y el guerrero se giró hacia el árbol que estaba junto a él, cuyo tronco era muy grueso y vetusto y suave como la seda; sus hojas frondosas y suntuosas y verdes olían a naturaleza, vida y abundancia. De un fortísimo hachazo, desgajó de su tronco un enorme fragmento de corteza y madera. Luego, volvió a darle otro hachazo, logrando así que el corte fuera aún más grande.

—¡No, no! —Doomhammer le arrebató el hacha al sorprendido guerrero, al que empujó hacia atrás—. No hay que darle en ángulo, sino directamente —le explicó.

Desclavó el hacha, flexionó los músculos y, al instante, golpeó con toda su fuerza, clavando gran parte del hacha en el tronco. Después, con un tirón muy fuerte, arrancó el arma y volvió a golpear en el mismo lugar, agrandando así el tajo. Al tercer impacto, el hacha casi atravesó del tronco por entero, ya solo quedaba una pequeña porción de corteza y madera en pie. Orgrim tiró del hacha, volviéndola hacia arriba, de modo que su cabeza empujó hacia arriba el tronco. El árbol se tambaleó y cayó, destrozando ese trozo que aún quedaba en pie con su propio peso e impulso. La tierra tembló ante el impacto del árbol y las hojas y las bayas volaron por doquier.

—Así sí.

Le lanzó el hacha al guerrero, quien la tomó en el aire, asintió y se dirigió al próximo árbol de esa hilera. Un segundo guerrero ya se estaba acercando al árbol caído con un hacha en la mano, dispuesto a trocear ese enorme tronco en pedazos más pequeños.

Detrás de él, más guerreros se dedicaban a realizar la misma tarea. Como transportar provisiones para un ejército tan colosal como la Horda era imposible, tomaban lo que necesitaba de las tierras que iban conquistando. La madera de esos árboles alimentaría el fuego de las hogueras de la Horda durante semanas. Tal vez incluso meses. Además, el hecho de saber que cada árbol talado dejaría más desprotegidos a los elfos hacía que su labor fuera más grata.

\* \* \*

Doomhammer estaba apoyado sobre su martillo, observando cómo avanzaban los trabajos, cuando, por el rabillo del ojo, vio que algo se movía. Un orco bajito y corpulento, con una barba erizada, se dirigía hacia él, en su rostro marcado había dibujada una expresión que Orgrim no estaba seguro de si le gustaba o no. Gul'dan estaba contento por algo.

—¿Qué ocurre? —inquirió con tono apremiante Doomhammer antes de que el jefe brujo lo hubiera alcanzado.

—Hay una cosa que deberías ver, oh, poderoso Doomhammer —respondió Gul'dan, haciendo una profunda reverencia. Cho'gall se rio entre dientes e imitó burlonamente el gesto a sus espaldas—. Algo que podía ayudar en gran manera a la Horda.

Orgrim asintió, alzó el martillo para colocárselo sobre el hombro y, con una seña, indicó a Gul'dan que fuera por delante. El brujo se giró y guio tanto a Doomhammer como a Cho'gall a un lugar situado a unos cien metros de donde acababan de estar. En ese sitio, había una colosal piedra que abría un hueco entre los árboles. Su áspera superficie estaba grabada con runas e incluso Orgrim, que no tenía ningún don para percibir lo sobrenatural o lo espiritual, pudo notar que ese basto monolito irradiaba un gran poder.

—¿Qué es eso? —exigió saber.

—No lo sé exactamente —contestó Gul'dan, acariciándose la barba—. Pero es muy poderoso. Creo que estas Piedras rúnicas son una barrera mística, hay varias como esta esparcidas uniformemente a lo largo de los lindes del bosque.

—Pues no nos han impedido entrar —señaló Doomhammer.

—No, pero porque solo hemos usado nuestras propias manos, pies y armas —replicó Gul'dan—. Creo que estas Piedras rúnicas impiden el uso de la magia dentro del bosque. Es muy probable que aquí solo funcione la magia de los elfos. He intentado acceder a mis poderes mágicos y no puedo, pero si me desplazo diez pasos hacia las colinas, soy capaz de lanzar conjuros.

Ahora, Orgrim miraba a esa enorme piedra con otros ojos.

—Así que, si nos las llevamos y las colocamos alrededor de nuestros enemigos, estos no podrán lanzar hechizos —reflexionó, mientras se preguntaba cuántos orcos necesitaría para poder mover esos monolitos y cómo los iban a transportar.

—Sí, podemos utilizarlos de ese modo —admitió Gul'dan, cuyo tono de voz parecía transmitir con claridad que él también había pensado lo mismo—. Pero cabe otra posibilidad, Jefe de Guerra. Si me concedes un momento, te lo explicaré.

Doomhammer asintió. Si bien no confiaba para nada en Gul'dan, el brujo había demostrado ser muy útil al crear a los caballeros de la Muerte. Le picaba la curiosidad por saber qué tenía en mente ahora ese achaparrado orco.

—Estas piedras contienen una magia inmensa —le explicó Gul'dan—. Creo que seré capaz de dominar ese poder para satisfacer nuestros propios fines.

—¿Qué quieres decir? —inquirió Orgrim de manera perentoria, pues sabía que siempre debía estar ojo avizor con Gul'dan. No, quería que concretase.

—Puedo utilizarlas para levantar un altar —respondió el brujo—. Un Altar de la Tempestad. Si logro canalizar la energía de esas piedras, podré transformar a ciertos seres. Los haremos más poderosos, más peligrosos, aunque puede que sufran alguna desfiguración que otra.



—Dudo que ningún orco vaya a dejar que experimentes con él por segunda vez — comentó Doomhammer con brusquedad.

Todavía recordaba con gran claridad la noche en que Gul'dan había ofrecido la Copa de la Unidad, el Cáliz del Renacimiento, a todos los líderes de la Horda y a todos los guerreros que creía dignos de beber de ella. Como Orgrim desconfiaba del brujo incluso por aquel entonces, se negó a beber del cáliz cuando Blackhand lo invitó a hacerlo. Se justificó diciendo que ese honor le correspondía a su líder, quien no debía compartir tal poder con él. No obstante, había visto lo que ese líquido elemento le había hecho a sus amigos y compañeros de clan. Sí. Los había hecho más grandes y fuertes. Pero también había hecho que sus ojos adquirieran un fulgor rojo y que su piel verde adoptara un color aún más intenso, todo lo cual era un claro síntoma de corrupción demoníaca, que los había vuelto locos de sed de sangre, ira y hambre. De ese modo, los orcos, que habían sido hasta entonces unos seres nobles, se transformaron en unos animales, en unos asesinos dementes. Algunos orcos se lamentaron luego de su transformación, pero para entonces, ya era demasiado tarde.

Gul'dan sonrió como si supiera en qué estaba pensando su Jefe de Guerra. Y tal vez así fuera. ¿Quién podía imaginarse qué clase de extraños poderes poseía ahora ese brujo? Pero se limitó a replicar lo que Doomhammer había expresado con palabras, no los pensamientos que había tras ellas.

—No voy a utilizar a ningún orco para probar estos altares —le aseguró Gul'dan—. No, emplearé a una criatura que sacará un gran provecho de un incremento de sus fuerzas, pero que apenas notará que su inteligencia ha menguado. —En ese instante, esbozó una amplia sonrisa—. Utilizaré a un ogro.

Orgrim caviló al respecto. No contaban con muchos ogros, pero los pocos que controlaban eran fácilmente diez veces más valiosos en el campo de batalla que cualquier otro soldado. Si lograban hacerlos más fuertes... sí, sin lugar a dudas, merecía la pena correr ese riesgo.

—De acuerdo —dijo al fin—. Puedes erigir uno de esos altares. A ver qué ocurre. Si funciona, te entregaré más ogros, o más criaturas de cualquier otra raza que desees.

Gul'dan hizo una honda reverencia y Doomhammer asintió, aunque, en cuanto se volvió, su mente ya estaba centrada en otros problemas logísticos.



## CAPÍTULO DOCE

— ¡M ás rápido, maldita sea! ¡Más rápido! —exclamó Alleria, quien se dio un puñetazo en el muslo, como si con ese gesto pudiera espolear a las tropas para que aceleraran.

Siguió su moroso ritmo por un momento, aunque enseguida aceleró, pues era incapaz de avanzar tan lentamente durante tanto tiempo. En cuestión de minutos, había dejado atrás esa larga formación de soldados y había alcanzado de nuevo a la caballería. Al instante, miró a su alrededor, en busca del muchacho rubio de pelo corto que se hallaba cerca de la vanguardia. ¡Sí, ahí estaba!

—Tienen que acelerar el paso —le espetó a Turalyon mientras sorteaba a los demás caballos y se colocaba junto a él.

El joven paladín se sobresaltó y ruborizó, pero la elfa no se regodeó en ello como era habitual. ¡No había tiempo para tales necesidades!

—Avanzamos lo más rápido posible —replicó Turalyon con suma calma, aunque ella se dio cuenta de que había mirado hacia atrás para evaluar el ritmo al que avanzaban las tropas—. Sabes que nuestros hombres no pueden rivalizar con tu velocidad. Además, un ejército siempre se desplaza más lentamente que sus componentes por separado.

—Entonces, iré yo sola, como debería haber hecho desde el principio —afirmó, a la vez que se tensaba para dejar atrás todos esos caballos a gran velocidad y adentrarse aún más en ese bosque.

—¡No!

Había algo en el tono de voz con que pronunció esa palabra que hizo que Alleria se detuviera y maldijera en voz baja. ¡¿Por qué no podía desobedecerle?! Ese muchacho no tenía el mismo carisma que Lothar y ella estaba cooperando con el ejército de la Alianza por voluntad propia, no porque se lo hubieran ordenado. Aun así, cuando él le daba órdenes, era incapaz de desobedecerlas. Lo cual implicaba que era incapaz de discutir con él y salirse con la suya.

—¡Deja que me vaya! —insistió—. ¡Tengo que avisarles!

El corazón le dio un vuelco de nuevo al pensar en sus hermanas, sus amigos y su raza entera, a quienes la Horda iba a pillar desprevenidos.

—Les avisaremos —le aseguró Turalyon. La elfa percibió una gran seguridad en su tono de voz—. Y les ayudaremos a plantar cara a la Horda. Pero si vas sola y te capturan, y te matan... eso no será bueno para nadie.

Daba la impresión de que había intentado decir algo más, por lo que Alleria sintió una súbita oleada de... alegría, tal vez... en su pecho, pero no tenía tiempo de reflexionar al respecto.

—¡Soy una elfa y una forestal! —Replicó con vehemencia—. ¡Puedo desaparecer entre los árboles! ¡Nadie podrá encontrarme!

—¿Ni siquiera un troll del bosque? —inquirió el mago, que cabalgaba al otro lado de Turalyon. Al instante, Alleria se volvió hacia él y le lanzó una mirada iracunda, pero este prosiguió—. Sabemos que colaboran con la Horda. Y sabemos que se desenvuelven en los bosques casi tan bien como ustedes.

—Sí, casi tan bien —reconoció—. Pero yo soy mejor que ellos.

—Nadie lo va a negar —admitió Khadgar de un modo muy diplomático, aunque la elfa pudo intuir que bajo su semblante sereno se asomaba una sonrisa—. Pero no sabemos cuántas de esas criaturas merodean por ahí, entre nosotros y tu hogar. Además, por muy superior que seas, una decena de ellos podrían contigo.

Alleria volvió a lanzar una maldición. El mago tenía razón, por supuesto. Y ella lo sabía. No obstante, eso no impedía que siguiera deseando huir a todo correr, sin importarle los posibles obstáculos que podría hallar en el camino. Había visto a la Horda en acción y sabía que eran capaces de hacer. Sabía que era un gran peligro. ¡Y sabía que se estaba dirigiendo ahora mismo a su hogar! ¡Y su gente ignoraba que tal peligro se aproximaba!

—¡Haz que avancen! —le espetó a Turalyon y, acto seguido, salió corriendo para explorar el sendero.

Aunque le hubiera gustado toparse con algunos orcos o trolls, era consciente de que se encontraba demasiado lejos como para poder verlos. La Horda les llevaba una importante ventaja en esos momentos y, si esos soldados humanos no eran capaces de abandonar ese paso de tortuga, ¡la distancia que los separaba no dejaría de incrementarse!

\* \* \*

—Está preocupada —afirmó Khadgar en voz baja mientras ambos observaban cómo Alleria desaparecía de su vista.

—Lo sé —replicó Turalyon—. Y no se lo puedo echar en cara. Yo también estaría preocupado si la Horda se dirigiera a mi hogar. Lo estuve cuando creíamos que marcharían hacia la capital, que es lo más parecido a un hogar que he tenido a lo largo de la última década o quizá más —suspiró—. Además, solo cuenta con el apoyo de la mitad del ejército de la Alianza. Y solo conmigo para comandarlo.

—Deja de menospreciarte —le aconsejó su amigo—. Eres un buen comandante y un noble paladín, un miembro de la Mano de Plata, la orden de los mejores caballeros de Lordaeron. Esa elfa tiene suerte de poder contar contigo.

Turalyon sonrió a su amigo, pues se sentía muy agradecido de que lo reconfortara. Aunque ojalá pudiera creer lo que decía. Oh, sí, sabía que era un guerrero decente en combate... había sido adiestrado adecuadamente y en su primera confrontación con la Horda había sido capaz de demostrar que podía aplicar esos conocimientos adquiridos en una lucha de verdad. Pero ¿era un líder? Antes de esa guerra, nunca había tenido que liderar nada, ni siquiera tuvo que dirigir una sesión de oración. ¿Qué sabía él sobre cómo ser un líder?

En verdad, de niño, era bastante atrevido, a menudo; era el que ideaba el juego al que sus amigos y él iban a jugar o comandaba alguno de esos ejércitos de pega con los que jugaban a la guerra. Sin embargo, en cuanto se hizo sacerdote, todo eso cambió. Había aceptado órdenes de sus superiores y después, cuando entró al servicio de Faol, había seguido las instrucciones del arzobispo. Tras unirse a las filas de los primeros paladines que estaban siendo adiestrados, pasó a hallarse bajo la gula de Uther, al igual que todos ellos... Uther tenía una tremenda personalidad y nadie lo cuestionaba. También era el mayor de todos y el que tenía una relación más estrecha con el arzobispo.

A Turalyon le había sorprendido que Lothar no escogiera a Uther como teniente, aunque tal vez había pensado que la gran fe que profesaba el viejo paladín podría impedir que interactuara como era debido con gente menos devota. Turalyon se había sentido muy honrado e impresionado cuando le habían concedido ese rango y todavía seguía preguntándose qué había hecho para merecerlo. Si es que se lo merecía.

Lothar opinaba que así era. El Campeón de Ventormenta tenía suficiente experiencia y conocimiento como para saberlo. Era un guerrero increíble y un líder asombroso, alguien al que los hombres seguían sin pestañear, esa clase de individuo que exigía respeto y obediencia a cualquier persona con la que se topara. Los guerreros de la Alianza lo llamaban ya «El León de Azeroth», por cómo había centelleado el león dorado de su escudo cuando atravesó las filas de los orcos en Trabalomas. Turalyon se preguntaba si alguna vez llegaría a tener una mínima fracción de su carisma.

También se preguntaba si alguna vez sería tan devoto como Uther. Si algún día poseería solo una mera fracción de su devoción, de su fe o de los poderes que le habían sido otorgados.

Turalyon creía en la Luz Sagrada, por supuesto. Creía desde que era un niño y el hecho de haber sido sacerdote lo había acercado más a esa gloriosa presencia. No obstante, nunca la había percibido directamente ni sentido todo su poder, solo había atisbado algún que otro leve destello de su energía o sido testigo de las consecuencias de sus efectos sobre

otro. Después de ver a la Horda y de combatirla en batalla, consideraba que su fe se hallaba más débil que nunca.

La Luz Sagrada, al fin y al cabo, se encontraba en todo ser vivo, en todo corazón, en toda alma. Estaba en todas partes, pues es la energía que une a todos los seres conscientes como si fueran uno solo. La Horda, sin embargo, era algo terrible y monstruoso. Hacía cosas que ningún ser racional haría; cosas depravadas y horribles. Sí, su redención era imposible. ¿Cómo tales criaturas podían formar parte de la Luz Sagrada? ¿Cómo era posible que su brillante luz anidara en unas tinieblas absolutas? Y si era así, ¿acaso eso indicaba que su pureza y amor podían ser vencidos, que su poder no era absoluto? Y si no era así, si la Horda no formaba parte de la Luz Sagrada, entonces esta no era un poder universal, tal y como le habían enseñado a Turalyon. Eso suponía que no era una fuerza omnipresente y todopoderosa, eso suponía un cambio en el modo en que debían relacionarse los seres de la creación, ¿no?

No lo sabía. Y ese era el problema. La duda había sacudido severamente los cimientos de su fe. Había intentado rezar desde su encuentro con la Horda, pero sus plegarias habían sido meras palabras huecas. No ponía el corazón en ello. Y sin ese compromiso, esas palabras no significaban nada, no servían para nada. Turalyon sabía que los demás paladines eran capaces de bendecir a los soldados, que podían percibir el mal, que incluso podían curar heridas graves con solo tocarlas. Pero él era incapaz. No estaba seguro de que alguna vez hubiera poseído tales talentos, aunque, sin lugar a dudas, ahora no los poseía. Se preguntaba si alguna vez los tendría.

—Te has vuelto a quedar callado. —Khadgar se inclinó hacia él y le dio una palmadita de ánimo—. Estás tan ensimismado que, al final, te vas a caer de tu montura.

Le hizo ese comentario con un tono de voz amigable, teñido de una leve preocupación. Turalyon hizo todo lo posible por sonreír ante esa pequeña broma.

—Estoy bien —le aseguró al mago prematuramente avejentado—. Simplemente, me preguntaba qué voy a hacer.

—¿Qué quieres decir? —Khadgar miró a su alrededor y acabó echando un vistazo hacia atrás, a las tropas que marchaban detrás de ellos—. Lo estás haciendo muy bien. Haz que los hombres sigan avanzando tan rápido como sea posible. Debemos albergar la esperanza de que daremos alcance a la Horda antes de que puedan causar muchos estragos.

—Lo sé. —Turalyon arrugó el ceño—. Ojalá hubiera alguna forma de adelantarlos y de llegar a Quel'Thalas antes que ellos. Quizá Alleria tenía razón... tal vez debería haberla dejado que se adelantara. Pero si la capturan, si algo le ocurriera... —esas últimas palabras las dijo con un hilo de voz. Khadgar sonrió abiertamente y Turalyon lo miró furioso—. ¿Qué?

—Oh, nada —contestó su amigo entre carcajadas—. Si mostraras tanta preocupación por cada soldado, deberíamos rendirnos ya, pues no estarías dispuesto a enviar a ninguno de ellos a batallar, ya que temerías que resultaran heridos.

Turalyon intentó abofetear al mago, que esquivó el golpe sin dejar de reír. Continuaron cabalgando y el ejército siguió avanzando tras ellos.

\* \* \*

—Ya casi estamos —le aseguró Turalyon a Alleria, que daba vueltas alrededor de la montura del joven como si este se hallara quieto.

—¡Lo sé! —le espetó, sin apenas alzar la mirada—. Este es mi hogar, ¿recuerdas? ¡Sé qué distancia nos separa mucho mejor que tú!

Turalyon profirió un suspiro. Habían sido dos semanas muy largas. Liderar al ejército había resultado ser una tarea muy exigente, aunque, prácticamente, había desempeñado las mismas labores en marchas anteriores. La diferencia estribaba en que antes Lothar había sido el responsable de adoptar las decisiones finales. Esta vez todo dependía de Turalyon, lo cual había sido una pesada losa que le había impedido conciliar el sueño casi todas las noches. Además, había tenido que soportar a Alleria. Todos los elfos se habían sentido muy inquietos a lo largo de todo el camino, pues les preocupaba mucho qué podría estar sucediendo en Quel'Thalas. Pero habían mantenido la boca cerrada, ya que sabían que, si expresaban verbalmente sus preocupaciones, lo único que lograrían sería incrementar el estrés de ese ejército y, probablemente, demorarlo aún más. Alleria, sin embargo, no había obrado así. Había cuestionado todas sus decisiones durante todo el camino; por qué iban por ese valle y no el otro, por qué encendían hogueras en vez de comer comida cruda y dormir al raso, por qué se detenían al atardecer y no seguían avanzando de noche. El hecho de haber tenido que asumir el mando ya había puesto bastante nervioso a Turalyon, pero las constantes objeciones de Alleria habían hecho que la experiencia fuera diez veces aún peor. Se sentía como si se hallara bajo un escrutinio constante, como si cada decisión que tomara fuera a contrariarla todavía más.

—Pronto llegaremos a las faldas de las montañas —le recordó a la elfa—. En cuanto lleguemos, deberíamos poder ver desde ahí las fronteras de Quel'Thalas. Entonces, sabremos hasta dónde ha llegado la Horda. Tal vez se haya demorado en las montañas y todavía no haya llegado.

Lothar había hecho todo lo posible para adelantar a la Horda, ya que había persuadido a los enanos Martillo Salvaje de que enviaran a uno de los suyos a Alterac. Ese enano había entregado unas órdenes al almirante Proudmoore, quien tenía varios navíos posicionados cerca del lago Darrowmere.

Tras recibir esas instrucciones, Proudmoore había enviado esas naves río abajo, donde se habían reunido con Turalyon y su ejército, justo debajo de Stromgarde, quienes se subieron a bordo. Después, habían navegado río arriba y dejado atrás las montañas, en vez de cruzarlas como había hecho la Horda. Esto les había ahorrado mucho tiempo. Turalyon esperaba que con eso bastara. Si bien él hubiera preferido navegar directamente hasta Quel'Thalas, Alleria le había asegurado que eso sería imposible, ya que su raza jamás dejaría que unos barcos humanos surcaran esa parte del río. Se habían visto obligados a desembarcar cerca de Stratholme y, a partir de ahí, siguieron avanzando a pie.

—En cuanto vea el bosque, me adelantaré —le advirtió Alleria—. No intentes detenerme.

—No quiero detenerte —replicó Turalyon, quien se sintió satisfecho al ver que una sonrisa se dibujaba momentáneamente en el semblante de la elfa, seguida por una expresión de sorpresa—. Quiero que tú y tus forestales localicen a sus hermanos y les adviertan del peligro que corren —le recordó—. Solo quería evitar que te topases con toda la Horda de camino hacia aquí. Pero ahora estamos bastante cerca como para que, si la Horda llega aquí primero, seamos capaces de distraerlos. Eso te dará tiempo para cruzar el bosque y avisar a los tuyos para que se organicen. Entonces, podrán atacarlos por la retaguardia mientras nosotros arremetemos contra ellos por su vanguardia. De ese modo, la Horda quedará atrapada entre ambas fuerzas.

Alleria asintió. Alzó la mirada hacia él, callada por una vez, y, a continuación, colocó una mano sobre la pierna del joven. Para Turalyon fue como si esa mano irradiara el calor de un pequeño sol, ya que hizo que le bullera la sangre y que le cosquillearan las extremidades.

—Gracias —dijo la elfa en voz baja.

Él asintió, incapaz de hablar.

De improviso, uno de sus forestales rompió la magia de ese momento al acercarse raudo y veloz hacia ellos.

—El final de estas colinas se encuentra justo ahí delante —les informó rápidamente—. ¡Puedo ver los árboles que hay más allá!

Alleria elevó la vista hacia Turalyon, quien asintió, satisfecho porque por una vez le pedía permiso para hacer algo. La elfa se giró y se alejó corriendo, acompañada del otro forestal. Pero no llegó muy lejos. Ambos elfos se hallaban todavía a la vista cuando se detuvieron, como si les hubiera caído un rayo encima, y se quedaron mirando fijamente algo. Entonces, profirió un lamento. Turalyon jamás había oído un gemido plagado de tanta tristeza como ese.

—¡Por la Luz!

Espoleó a su caballo para que cabalgara a todo galope y corrió a su lado. Súbitamente, se quedó estupefacto y tiró de las riendas de su caballo para que se detuviera,

al ver qué era lo que había contrariado tanto a ambos elfos. En efecto, ya no había más colinas y el majestuoso bosque de Quel'Thalas, el hogar de los nobles elfos, se extendía ante ellos. Sus árboles se mecían gentilmente, como si danzaran al compás de una música silenciosa, y sus pesadas ramas proyectaban unas profundas sombras sobre la tierra, unas sombras que, de algún modo, parecían serenas en vez de ominosas. Era una escena muy hermosa, repleta de calma y de una majestuosidad silenciosa.

Pero se veía quebrada por las gruesas nubes de humo gris que se alzaban en diversos puntos; uno de ellos estaba situado en el linde del bosque, justo delante de ellos, aunque un poco hacia el oeste. Turalyon entrecerró los ojos y pudo distinguir unas siluetas oscuras congregadas alrededor de los árboles, así como unos grandes huecos en el follaje. También pudo distinguir unas grandes llamas que daban buena cuenta de unos objetos gruesos en esos espacios vacíos. Entonces, le llegó el olor a madera quemada, de un modo tan exagerado que le pareció que se ahogaba.

Después de todo, la Horda había llegado primero.

Y estaba quemando Quel'Thalas.

—¡Tenemos que detenerlos! —gritó Alleria, que se giró hacia Turalyon—. ¡Debemos detenerlos!

—Lo haremos —replicó el joven, que examinó la situación detenidamente por segunda vez, para cerciorarse de que lo que estaba viendo era verdad y, acto seguido, se volvió hacia el heraldo que estaba justo detrás de él—. Informa a los líderes de las unidades de que vamos a cabalgar hacia el norte a través de las colinas —le ordenó— hasta que nos hallemos a la misma altura que los orcos. Después cargaremos y los pillaremos por sorpresa. Advierte a los hombres que deben reunir toda el agua que puedan y diles que envíen varias unidades a apagar esos fuegos. No queremos que este bosque se queme con nosotros dentro.

El heraldo asintió, saludó y obligó a su caballo a darse la vuelta. A continuación, se alejó para transmitir las nuevas órdenes. Entretanto, Turalyon ya se estaba volviendo hacia Khadgar.

—¿Puedes hacer algo para detener esos incendios? —le preguntó. Su amigo esbozó una amplia sonrisa.

—¿Bastará con una tormenta?

—Mientras tus relámpagos no caigan sobre más árboles, sí. —Turalyon se volvió hacia la elfa—. Alleria. —Ella no respondió, seguía contemplando el humo, lívida—. ¡Alleria! —Ese grito la despertó de su ensimismamiento y, acto seguido, se giró hacia él—. Reúne a tus forestales y vete. ¡Vete! Sin duda alguna, tus hermanos ya están luchando contra la Horda en algún lugar del interior de ese bosque. Encuéntranlos y háganles saber que estamos aquí. Tenemos que coordinar nuestros ataques, sino la Horda aplastará a los tuyos entre esos árboles y luego arrasará a los que estemos fuera del bosque. —Ella lo miró



fijamente y asintió, a pesar de que todavía estaba aturdida—. ¡Vamos! —le espetó. No le gustaba hablarle de un modo tan duro, pero sabía que, en esas circunstancias, no había otra manera—. ¿O acaso no van a ser capaz de llegar hasta esos árboles sanos y salvos? ¿Tan lentos son?

Esas últimas palabras provocaron que la elfa le lanzara una dura mirada, tal y como esperaba que hiciese. Alleria gruñó, pero se acabó girando. Tras impartir unas breves y rápidas órdenes a los demás elfos y colocarse bien el arco que llevaba colgado a la espalda, partió. Descendió la colina más rápida que una flecha en dirección al bosque. Los demás forestales la flanquearon y, enseguida, llegaron a los árboles y desaparecieron entre sus sombras.

—Que la Luz Sagrada los proteja —susurró Turalyon mientras los observaba marchar.

—Que nos proteja a todos —apostilló Khadgar con un tono sombrío—. Porque lo vamos a necesitar.



## CAPÍTULO TRECE

— **S**ilencio. No hagan ningún ruido —advirtió Zul’jin a sus hermanos. Se habían abierto paso con celeridad por entre los árboles, para adentrarse en el corazón de Quel’Thalas, y ahora su agudo olfato le avisaba que los elfos se hallaban en algún lugar cercano. Por consiguiente, aminoró el paso y posó los pies con sumo cuidado sobre cada rama que pisaba, al mismo tiempo que aferraba con fuerza las hachas, para evitar que repiquetearan cuando se movía. No quería que los elfos supieran que estaban ahí. Aún no.

A su alrededor, los demás trolls Amani se movían con el mismo sigilo, con las armas en ristre. La mayoría de ellos sonreía de oreja a oreja, mostrando así sus dientes triangulares, y Zul’jin comprendía totalmente su actitud. Se regocijaban porque se encontraban en la patria de los elfos, preparándose para atacarlos en el único lugar donde estos daban por sentado que se hallaban a salvo.

Los elfos los habían hostigado durante demasiado tiempo. Habían soñado con recuperar esos bosques desde que esos intrusos de piel pálida y orejas puntiagudas habían aparecido por esos lares, hacía ya miles de años, para robarle sus territorios al vasto Imperio Amani. ¡A pesar de que no podían rivalizar con ningún troll en velocidad, sigilo y destreza! Sin embargo, los elfos contaban con varias cosas a su favor y la más importante de todas ellas era su maldita magia. Los trolls nunca antes se habían enfrentado a ese tipo de magia, por lo que eran incapaces de contrarrestar los ataques místicos de los elfos o de derribar sus defensas arcanas.

Por fortuna, los trolls los sobrepasaban ampliamente en número y pudieron derrotar a los odiosos elfos por pura matemática.

Entonces, los elfos se aliaron con los humanos.

Juntas, esas dos pálidas razas habían hecho añicos el Imperio Amani. Habían devastado incontables fortalezas troll y masacrado a millares de sus ancestros. Zul’jin gruñó al pensar en ello; por suerte, su gruesa bufanda ahogó ese ruido. Antes de esa guerra, su pueblo había sido muy numeroso y poderoso y había controlado gran parte de aquellas tierras. Después del conflicto, se desperdigaron y se convirtieron en una mera sombra de lo

que habían sido: nunca habían vuelto a ser tantos como para poder reclamar su legado perdido.

Hasta ahora.

La Horda les había prometido venganza. Y Zul'jin les creyó. El líder orco, Doomhammer, era honorable, como lo es todo líder fuerte que está seguro de su propio poder. Jamás engañaría a Zul'jin. Además, había jurado que les ayudaría a restaurar el Imperio Amani.

El líder troll ya había dado los primeros pasos en ese sentido. Desde aquellas terribles guerras de antaño, era el primer troll del bosque que había logrado unir a las tribus. Uno a uno, había ido retando a los demás líderes de las tribus y los había vencido, ya fuera en combate, en una carrera o en algún otro desafío. Todos se habían inclinado ante él y le habían prometido que ellos y sus tribus le serían leales. De este modo, los trolls del bosque habían vuelto a ser un solo pueblo una vez más. Con ayuda de la Horda, borrarían de la faz de la tierra tanto a los elfos como a los humanos y gobernarían los bosques de nuevo. Como los orcos no habían mostrado ningún interés por los árboles, Zul'jin sospechaba que ocuparían los valles y las llanuras del mundo. Y no pensaba oponerse a ello, puesto que lo único que deseaba eran los bosques.

No obstante, primero tenían que arrebatárselos a los elfos. Lo cual sería todo un placer.

Incluso ahora, su nariz se movía con vida propia, le advertía de que estaban cerca. Zul'jin se detuvo, alzó una mano para indicarles a los demás que se pararan y, acto seguido, intuyó más que escuchó cómo sus hermanos también se paraban. Bajó la mirada, para observar entre las hojas; con su aguda vista atravesó el velo de la penumbra con facilidad y aguardó.

¡Ahí estaban! Detectó un leve y fugaz movimiento allá abajo. Algo cruzó su campo de visión allá abajo, en el suelo del bosque. Fuera lo que fuese, iba vestido con ropa marrón y verde que lo camuflaban entre los árboles; no obstante, Zul'jin pudo atisbar que debajo de esos ropajes había alguien con una piel de un color pálido. No hizo ningún ruido al pisar, caminó sobre las hojas y la maleza como si fueran unas piedras suaves y lisas.

¡Era un elfo!

Otro más apareció tras el primero y, a continuación, otro más y otro. En breve, toda una partida de caza, unos diez en total. En ningún momento, miraron para arriba. Se sentían tan seguros en su propio bosque que a los elfos no se les ocurrió mostrar cierta cautela.

Zul'jin esbozó una amplia sonrisa. Iba a ser mucho más fácil de lo que había imaginado.

Hizo una seña a los suyos al mismo tiempo que volvía a guardar sus hachas en sus fundas y se dejó caer silenciosamente sobre una rama inferior. De ahí saltó a otra y de esa,

a otra más. Ahora se encontraba a menos de seis metros de esos elfos y podía verlos con suma claridad, con esas capas que arrastraban tras de sí. Si bien llevaban esos malditos arcos y flechas que los de su raza solían portar a la espalda, no sostenían ningún arma en la mano. No sospechaban que algo los acechaba allá arriba.

Zul'jin desenfundó sus hachas al mismo tiempo que descendía de los árboles. Con gran facilidad, aterrizó en el suelo de un salto, justo entre dos elfos, a los que destrozó antes de que pudieran reaccionar. Con el primer golpe le acertó en la garganta al que tenía de frente, mientras que, con el segundo, le aplastó el cráneo al que tenía al otro lado. Ambos levantaron un montón de hojas al caer.

Los demás elfos se giraron, gritaron sorprendidos e intentaron coger sus armas. Pero entonces, los hermanos de Zul'jin cayeron sobre ellos, con sus hachas, dagas y garrotes en ristre. Los elfos esquivaron los golpes como pudieron, desesperados por conseguir un espacio suficiente como para poder desenvainar sus espadas o tensar sus arcos, pero los trolls no les dieron ninguna oportunidad. Si bien los elfos eran rápidos, los trolls eran más altos y fuertes y capturaron a los forestales antes de que pudieran escaparse.

Sin embargo, un elfo logró huir. Se alejó un par de pasos rápidamente, giró hacia un lado y se valió de un árbol para cubrir su huida. Zul'jin esperaba que el elfo tomara su arco, pero en vez de eso, tomó un largo cuerno que pendía de su cinturón. El forestal se lo llevó a los labios y lo sopló con una fuerza inusitada... pero aquel bramido cesó de inmediato en cuanto uno de los trolls le atravesó el estómago al elfo. Mientras el forestal se desmoronaba, el sonido que emitía el cuerno se transformó en un tenue resuello y la sangre manó de su boca y su tripa.

La refriega había acabado. Zul'jin se agachó y le cortó una oreja al primer elfo que había matado; después, la metió en una bolsa que llevaba a la cintura. Más tarde, secaría esa oreja y la añadiría al resto que llevaba en su collar, pues esa era su forma de mostrar su destreza en combate. Pero ahora, tenía otros asuntos más urgentes que atender.

—Vamos —les ordenó a los suyos, quienes se reían y divertían mientras les cortaban las orejas, el pelo y otras partes del cuerpo a los elfos caídos. Algunos se habían apropiado de las largas y esbeltas espadas de los elfos como trofeos, ya que, si bien tales armas eran muy hermosas, no eran bastante robustas para que un troll las blandiera—. Van a venir más elfos —les advirtió—. Vuelvan a los árboles. Haremos que nos persigan, para mantenerlos ocupados —sonrió ampliamente y sus hermanos respondieron adoptando cada uno su propia expresión feroz—. Después, los mataremos a todos.

Rápidamente, los trolls del bosque saltaron y se agarraron a las ramas inferiores con sus manos de dedos largos. De ese modo, se encaramaron a los árboles y se hallaron al amparo de sus hojas. Saltaron de rama en rama y dejaron atrás los cadáveres ensangrentados. Mantuvieron los ojos bien abiertos mientras olisqueaban el aire en busca de algún indicio que anunciara la llegada de más elfos.

Zul'jin no estaba preocupado, pues sabía que pronto aparecerían otros elfos. Pero los estarían esperando. Había pasado mucho tiempo desde la anterior vez en que había derramado sangre elfa y esta breve batalla había intensificado su sed de sangre. Sus hermanos sentían lo mismo, por lo cual muchos de ellos daban mordiscos al aire y abrían y cerraban las manos presas de la impaciencia, ansiosos por luchar de nuevo contra los pieles pálidas, contra los elfos. Pronto, se dijo Zul'jin a sí mismo en voz baja. Pronto iban a tener la oportunidad de matar a tantos elfos como quisieran. El bosque se teñiría de rojo con su sangre y los elfos serían testigos de la caída de su imperio, tal y como les había ocurrido a los trolls hace mucho tiempo. Y él sería el responsable de todo ello. Acabaría sosteniendo en alto la cabeza del rey de los elfos, para que pudiera ver cómo su propio pueblo perecía, y, acto seguido, la devoraría.

Sí, ansiaba que eso sucediera cuanto antes.

\* \* \*

—¿Está lista? —preguntó impaciente Gul'dan.

A poca distancia de él, Cho'gall hizo un gesto de negación con sus dos cabezas. El descomunal ogro gruñó al empujar con su colosal hombro el último fragmento de Piedra rúnica para que avanzara otros treinta centímetros más a través de ese claro cubierto de frondosa hierba.

—Ahora, sí —gritó, a la vez que se enderezaba y se frotaba el hombro con una mano.

Gul'dan asintió. Desenterrar una sola de esas Piedras rúnicas, hacer añicos el monolito para dividirlo en varios trozos aún gigantescos y llevar cinco de ellos a ese claro les había llevado varias horas. Luego, habían tenido que emplear más horas todavía para colocar las piedras de manera adecuada y para confeccionar un círculo y un pentagrama en medio de ellas. Por suerte, Doomhammer les había prestado a varios ogros normales para realizar esas tareas. Cho'gall era capaz de comunicarse con sus primos de una sola cabeza, que eran más estúpidos que él, con mucha más facilidad que cualquier orco. Pese a que los fragmentos de Piedra rúnica eran grandes y densos, dos ogros eran más que capaces de levantarlos cuando se habrían necesitado decenas de orcos solo para mover cada piedra. Gul'dan se preguntó distraídamente cómo era posible que los elfos hubieran colocado en su día esas piedras en el sitio donde los orcos las habían hallado sin romperlas. Lo más probable era que hubieran empleado magia. O quizá utilizaron esclavos. Los trolls del bosque eran casi tan fuertes como los ogros y mucho más listos, por lo que habrían sido capaces de realizar esa tarea siguiendo unas instrucciones mucho más detalladas.

Al menos, las piedras ya estaban en su sitio. Gul'dan hizo un gesto y, acto seguido, tres brujos orcos se colocaron junto a tres de los fragmentos de Piedra rúnica. Menos mal

que Doomhammer no había acabado con todos ellos, porque si no ese conjuro jamás habría podido funcionar. En realidad, Gul'dan creía que podía funcionar, pero no las tenía todas consigo. Aun así, si fracasaba, estaba bastante seguro de que sobreviviría al conjuro y saldría ileso.

Asintió en dirección a Cho'gall, quien llamó a gritos a los ogros congregados a un lado a cierta distancia. Tras unos momentos en que se empujaron entre ellos y gruñeron, uno de ellos se separó del grupo. Cho'gall vociferó una orden. El ogro se encogió de hombros y obedeció. Se colocó encorvado en el espacio que había entre las piedras. Se quedó en el centro del pentagrama y aguardó inmóvil. Una cosa buena que tienen los ogros es que son capaces de quedarse muy quietos cuando es necesario. De hecho, cuando nadie les da órdenes o no están buscando comida, los ogros son capaces de permanecer quietos durante horas, tan inmóviles como unas estatuas. Gul'dan solía preguntarse si, tal vez, habían evolucionado a partir de las rocas. Eso explicaría que tuvieran una piel tan dura, así como su gran estupidez.

Entonces, el jefe brujo volvió a centrarse en la tarea que tenía entre manos y alzó las manos, para invocar las tenebrosas energías que sus amos demoníacos le habían otorgado en su día en Draenor. La energía chisporroteó a su alrededor y la dirigió hacia el fragmento de Piedra rúnica que tenía justo ante él. Cho'gall, que había ocupado el último puesto vacante, y los demás brujos sumaron su magia al encantamiento, proporcionando sus propias energías a cada uno de los fragmentos. En cuanto los cinco trozos de piedra estuvieron tan cargados de poder que prácticamente se estremecían por culpa de las energías acumuladas, Gul'dan recitó un breve sortilegio y se concentró. Al instante, más energía brotó de la punta de sus dedos y trazó un arco hacia su fragmento de Piedra Rúnica, pero esta vez, esta energía atravesó rápidamente su piedra para pasar al otro trozo que se hallaba más cerca a su izquierda. Aunque no se detuvo ahí. Pasó la siguiente piedra y luego a otra y a otra, hasta que volvió por fin a la suya, uniendo así a las cinco en un despliegue de magia crepitante. El mismo aire pareció oscurecerse encima del altar y se percibía que se hallaba repleto de energía, al igual que el cielo antes de una colosal tempestad. El ogro seguía inmóvil, aunque Gul'dan creyó atisbar un destello de miedo en sus ojos. Oh, bueno, Cho'gall había escogido a uno listo.

Ahora que las piedras estaban cargadas de magia, Gul'dan dirigió esa energía hacia el centro, hacia la imponente figura que se encontraba ahí. Unos rayos de energía tenebrosa emergieron de su piedra y acertaron al ogro de pleno en el pecho, al que rodearon con un aura oscura resplandeciente. Los demás fragmentos de Piedra rúnica sumaron su energía al encantamiento y el ogro prácticamente desapareció dentro de ese tenebroso fulgor que inundó el espacio que había entre las piedras. Dentro de esa esfera que se acababa de formar, la energía fue en aumento, alimentándose a sí misma de algún modo. Ya solo podían distinguir vagamente la silueta del ogro. Gul'dan notó que le temblaban los brazos

por culpa de la fatiga, ya que estaba aportando mucha magia al hechizo, pero la emoción lo embargaba de tal modo que seguía lanzando energía mientras se estremecía.

Unos minutos después, ese fulgor sombrío se fue disipando. Poco a poco, menguó y pudieron observar con más detalle a la figura que se hallaba en su centro. Si bien el ogro seguía siendo más alto que todo ellos salvo Cho'gall, había algo en esa criatura que había cambiado. Gul'dan esperó impaciente a que el resplandor se disipara lo suficiente como para poder ver bien qué había dentro de esa esfera. De repente, la esfera desapareció completamente y el jefe brujo pudo contemplar por primera vez de verdad a esa criatura que su Altar de la Tempestad había creado.

Sin duda alguna, seguía siendo un ogro, pero era más grande que antes y ya no poseía las mismas proporciones. Sus brazos no eran tan largos como antes ni sus piernas tan arqueadas y tenía un porte distinto, parecía más alerta.

Y por supuesto, tenía dos cabezas.

En Draenor, había realmente muy pocos ogros bicéfalos. Eran más grandes y fuertes que sus primos y poseían una mayor coordinación. Eran venerados y Cho'gall era el primero que habían visto desde hacía muchas generaciones. Y lo que era aún más raro, había demostrado tener bastante inteligencia como para llegar a ser un mago. Gul'dan había encontrado al ogro de dos cabezas cuando este era todavía joven y lo había adiestrado con sumo cuidado. Cho'gall demostró que era un ayudante muy valioso y un brujo muy poderoso; además, seguía siendo leal a Gul'dan. Pero ahora, al parecer, Cho'gall ya no era tan único.

El nuevo ogro bicéfalo se giró y miró fijamente a Gul'dan, pues intuyó que era quien estaba al mando.

—¿Qué soy? —inquirió con tono apremiante. Con una cabeza preguntaba mientras que con la otra examinaba su entorno. También tenía un dominio del lenguaje muy superior al de un ogro.

—Eres un ogro —respondió Gul'dan—. Tal vez un ogro mago.

—Un ogro mago. ¿Eso qué quiere decir? —le preguntó la otra cabeza del nuevo ogro bicéfalo.

Gul'dan le tuvo que explicar qué era un mago, un brujo y un chamán, así como que existían también otras clases de estudiosos de la magia.

—¿Soy como ellos? —inquirió el ogro de dos cabezas.

—Es posible. —Gul'dan entornó los ojos—. Hagamos una prueba sencilla. —Se agachó, tomó una sola hoja del suelo y se la dio a la criatura bicéfala—. Tómala. —El ogro la tomó con sorprendente destreza, mostrando así que su pericia había aumentado también—. Ahora concéntrate y piensa en el fuego, en el calor y las llamas —le ordenó Gul'dan.

Las dos caras del ogro fruncieron sus respectivos ceños mientras examinaba la hoja. Acto seguido, asintió levemente, primero con una cabeza y luego con la otra.

—Bien —dijo Gul'dan en voz baja, ya que no quería desconcentrar a esa criatura—. Ahora haz que esa llama cobre vida y reclame esa hoja. Deja que el fuego la atraviese, que tu piel sienta su calor hasta casi quemarte los dedos.

Entonces, observó cómo una chispa aparecía cerca de la parte central de la hoja, una chispa que rápidamente creció hasta transformarse en una diminuta llama que se extendió con voracidad. La hoja se arrugó, se tornó negra y quebradiza en cuestión de segundos a medida que el fuego la consumía. La brisa se llevó sus cenizas y el orco alzó la vista. Las miradas brillantes de ambas testas se cruzaron con la de Gul'dan.

—Entonces, soy ogro mago, ¿no?

Parecía satisfecho. Una de las cabezas sonrió de oreja a oreja. La otra a duras penas; parecía más bien desconcertada.

—Sí —reconoció Gul'dan, quien también se sentía satisfecho—. Eres uno de los nuestros.

—¿Qué quieres decir con eso de «uno de los nuestros»? —preguntó la criatura a continuación, a la vez que su cabeza menos exuberante arrugaba el ceño—. ¿Qué voy a hacer con este don?

Gul'dan le explicó qué era la Horda. También le contó que necesitaban conquistar esas tierras y le habló de las demás razas a las que se habían enfrentado a lo largo de su invasión. El ogro mago escuchó con gran atención, sin perderse ni un solo detalle.

—Tú me has creado —dijo al fin el ogro. Pese a que no era una pregunta, Gul'dan asintió—. Entonces, soy una criatura tuya —afirmó—. Te serviré. Tu causa será mi causa. Dime qué debo hacer.

Gul'dan se regocijó para sus adentros. Había logrado exactamente lo que pretendía. Al haber dado forma al ogro bicéfalo con su propia magia, se había formado un estrecho vínculo entre ambos. ¡Esa criatura le era totalmente leal! Sin embargo, procuró no mostrar alegría alguna, sino que se limitó a indicar con un gesto a Cho'gall que se aproximara.

—Este es Cho'gall —le explicó Gul'dan—. Él, al igual que tú, es un ayudante de confianza y un ogro mago. Él te explicará qué estamos haciendo aquí. Y te dará un nombre propio.

El nuevo ogro agachó ambas cabezas.

—Gracias, amo —dijo con su cabeza más taciturna.

A continuación, la criatura se fue con Cho'gall. Gul'dan sabía que su ayudante le encomendaría al nuevo ogro mago la tarea de suministrar de nuevo energía al Altar. Cada vez que lo usaran, crearían otro nuevo ogro bicéfalo. No obstante, sabía que no podía esperar que la mayoría de ellos fueran magos... pues eso habría sido demasiado esperar. Pero si solo uno de cada diez llegaba a poseer la inteligencia necesaria, sería capaz de



erigir un segundo Altar al que también cargaría de energía. Gul'dan se rio para sí. Si Doomhammer no lo detenía, transformaría a todos los ogros de la Horda. ¿Por qué no iba a hacerlo? Orgrim solo sabía que el jefe brujo le iba a proporcionar unos guerreros más grandes y fuertes. El Jefe de Guerra nunca sospecharía que esas nuevas criaturas eran, en realidad, leales totalmente a Gul'dan y no a él, ya que este se cercioraría de que sus nuevos siervos no revelasen antes de tiempo a quién servían de verdad. Solo lo harían cuando hubiera llegado el momento adecuado. Entonces, Doomhammer descubriría que había surgido una nueva facción en el seno de la Horda, una que no podría destruir ni desechar fácilmente.

Gul'dan se volvió a reír y se marchó. Cho'gall se ocuparía del resto. Tenía otras tareas que supervisar, gracias a las cuales, más adelante, podría llegar a reclamar ese poder que le estaba aguardando en otro lugar.



# CAPÍTULO CATORCE

— **P**or Lunargenta, ¿dónde están?  
Alleria corría a través del bosque, con la espada en la mano, y las hojas y ramas la azotaban cuando se cruzaba con ellas como un rayo. Los demás forestales se habían desplegado en abanico para cubrir más terreno y Alleria esperaba que no se hubieran topado con ningún orco o troll. Quería a esos miserables intrusos pieles verdes para ella sola.

No era la primera vez desde que había visto los fuegos que deseaba no haber abandonado nunca su hogar. ¿Por qué había decidido que la Alianza necesitaba su ayuda? ¿Acaso Anasterian Sunstrider y los demás miembros del consejo, al ser más viejos y sabios que ella, no estaban más preparados para decidir mejor qué clase de ayuda debían brindar a las razas jóvenes? Aunque, por otro lado, Anasterian se había mostrado convencido de que la Horda nunca sería una amenaza para Quel'Thalas. Por eso había considerado que la Alianza no era un asunto de su incumbencia, porque creía que estaban a salvo de cualquier cosa que ocurriera en el mundo exterior.

Estaba claro que se había equivocado.

Aun así, si Alleria lo hubiera escuchado y aceptado su decisión, habría estado ahí, en la ciudad, y no navegando río abajo ni marchando sobre esas colinas. Habría estado ahí cuando los orcos y los trolls llegaron, ahí con su familia y su pueblo cuando la terrible Horda atravesó las fronteras de su tierra.

Pero, ¿acaso eso hubiera supuesto alguna diferencia? No lo sabía. Tal vez no. ¿Qué podría haber hecho una sola forestal más para poder detener a un enemigo que ni siquiera sabía que se aproximaba? No obstante, si se hubiera quedado, al menos no se sentiría ahora como si los hubiera abandonado a su suerte en su hora de mayor necesidad.

Ese pensamiento la espoleó y corrió todavía más. Saltó por encima de un bajo matorral y se adentró en un diminuto claro situado entre dos conjuntos de árboles...

... y de improvviso, se halló mirando fijamente a la punta de una flecha que le apuntaba a la garganta.

La figura que sostenía el arco era casi tan alta como ella y portaba un atuendo similar, aunque no estaba tan manchado por los rigores del viaje. Una melena larga, que

parecía brillar como el marfil bajo el sol, sobresalía de la capucha de su capa. Alleria sabía perfectamente a quién pertenecía ese reluciente pelo de color plateado, jamás habría podido confundirla con otra elfa.

—¿Vereesa?

La elfa que tenía delante bajó el arco. Al instante, presa de la sorpresa y el alivio, se le desorbitaron sus ojos azules y arrojó el arco al suelo.

—¿Alleria? —Al instante, su hermana menor la abrazó muy fuerte—. ¿Has vuelto a casa?

—Por supuesto. —Alleria le devolvió el abrazo a Vereesa y le dio unas palmaditas en la cabeza, un gesto tan familiar que lo hizo sin pensar—. ¿Estás bien? —le preguntó un minuto después—. ¿Dónde está Sylvanas? ¿Están a salvo nuestros padres?

—Están bien —contestó Vereesa, a la vez que dejaba de abrazarla y se agachaba para recoger su arma—. Sylvanas está cerca de la ribera del río. Ha ido ahí con una partida de caza. Nuestros padres deberían haber llegado ya a Lunargenta. Han ido a consultar con los ancianos. —Entonces, se detuvo para colocar la flecha en la cuerda del arco—. Alleria, ¿dónde te habías metido? ¿Qué está ocurriendo? ¿Se han desatado varios incendios por todo Quel'Thalas! Y algunos forestales que han sido enviados a descubrir qué sucede... no han regresado.

A Alleria se le revolvió el estómago al enterarse de tales noticias. Si estaban desapareciendo forestales, eso quería decir que la Horda ya había penetrado hasta el corazón del bosque.

—Nos están invadiendo, hermanita —le dijo a Vereesa sin más rodeos, a la vez que alzaba su espada, se giraba para colocarse de espaldas a su hermana y movía inquieta las orejas—. Y ahora, calla.

—¿Que me calle? Pero ¿por qué...?

Vereesa dejó de protestar en cuanto una alta figura emergió de un salto de entre los árboles. Esa criatura arremetió contra ellas, con un hacha de larga hoja y corto mango en una mano, pero Alleria estaba lista para enfrentarse a ella, pues la había escuchado moverse entre las ramas antes de descender al suelo. Alzó la espada para detener el golpe, se giró hacia un lado y esquivó con suma elegancia su segundo ataque con una larga daga curvada. Trazó un arco con su espada y decapitó a ese monstruo, cuya cabeza cayó hacia delante mientras las armas se le caían de unos dedos ahora inertes.

—¡Deprisa! —exclamó Alleria, quien se agachó rápidamente para, acto seguido, enderezarse de nuevo—. ¡Tenemos que largarnos! ¡Ya!

Vereesa, que se había quedado con los ojos desorbitados ante ese repentino derramamiento de sangre, huyó a gran velocidad tanto para cumplir la orden de su hermana como para alejarse de ese violento escenario. Aún era joven; era la más pequeña de tres

hermanas y nunca antes había sido testigo de un combate de verdad. Alleria esperaba que eso ocurriera lo más tarde posible, pero ya no era momento para preocuparse por eso.

Mientras corrían por el bosque, Alleria tuvo la sensación de que allá arriba, en alguna parte, alguien se estaba riendo. Sí, estaba segura de oír unas risas de... ¡trolls! Esas criaturas las perseguían saltando de rama en rama. Sin lugar a dudas, planeaban abalanzarse sobre ella y Vereesa y matarlas a ambas antes de que pudieran dar con alguna ayuda. Pero los trolls no conocían ese bosque y Alleria sí.

Continuó corriendo, seguida de Vereesa y sus perseguidores invisibles, girando y saltando aquí y allá, cruzando arroyos y claros, atravesando rauda y veloz varias arboledas, agachándose para esquivar las ramas de los árboles y las enredaderas. Vereesa fue capaz de seguir su ritmo sin soltar su arco en ningún momento. Sin embargo, esas carcajadas todavía las seguían muy de cerca.

Entonces, Alleria vio un destello plateado delante de ella. ¡El río! Aceleró aún más su carrera y Vereesa aguantó el tirón. Al instante abandonaron el cobijo de los árboles y se adentraron en el claro que había junto al río. Súbitamente, notó que algo impactaba contra el suelo a sus espaldas; se trataba de un troll que había saltado de los árboles hacia el suelo. En breve, unos cuantos más hicieron lo mismo. Sabían que tenían que atraparlas antes de que pudieran meterse en el río y alejarse de ellos flotando o nadando, ya que a los trolls no les gusta el agua.

—Ha sido una buena persecución, paliducha —gruñó una de las criaturas que estaban detrás de ella—. Pero ahora, ¡vas a morir!

Intentaron agarrarla y arañarla con sus largas garras que le rozaron el pelo, pero Alleria se retorció y las evitó. Se volvió, con la espada en ristre, dispuesta a luchar todo cuanto pudiera...

... y entonces, vio que el troll se quedaba paralizado y caía hacia atrás. De su cuello, sobresalía una larga saeta.

Varias saetas similares se clavaron en los demás trolls, derribándolos antes de que pudieran retirarse a los árboles para protegerse. Alleria se volvió hacia el río y miró a su alrededor; vio que había varios forestales en la ribera más lejana, cuyos arcos aún temblaban porque habían sido utilizados recientemente. Una de ellas vestía una larga capa verde y una túnica más ornamentada que las del resto. Tenía una melena larga y rubia, similar a la de Alleria, aunque algo más oscura, y unos ojos con la misma forma que los de ella y Vereesa, aunque más grises que verdes o azules. Los demás forestales se colocaron alrededor de ella mientras sonreía y sostenía en alto su arco a modo de saludo.

—¡Bienvenida a casa, Alleria! —gritó Sylvanas—. ¿Qué clase de problema has traído contigo?

A pesar de hallarse al otro lado del río, esa elfa transmitía una gran energía y vitalidad, era como si fuera capaz de hacer que las respuestas a sus preguntas aparecieran por arte de magia.

Alleria sonrió ante el saludo de su hermana, de Sylvanas (la General Forestal de todo Quel'Thalas, quien se mostraba tan poderosa como siempre), y, acto seguido, negó con la cabeza.

—Yo no les he traído ningún peligro, Sylvanas —respondió con total sinceridad—. Aunque me hubiera gustado dar esquinazo antes a esas criaturas. No obstante, lo que realmente traigo es, tal vez, la salvación para todos nosotros. —Miró hacia atrás, a los trolls muertos que yacían detrás de ella, y a Vereesa, que se encontraba muy pálida y se tambaleaba ligeramente mientras procuraba apartar la vista de esos cadáveres—. He de hablar con el Consejo.

—No sé si te harán caso —le advirtió Sylvanas—. Están tan ocupados con esos fuegos que dudo mucho que quieran atender otros asuntos ahora mismo. Y lo mismo se puede decir de mí. Según parece, esos monstruos están apareciendo por todo el bosque al azar. —Lanzó una mirada severa a esos trolls muertos—. Otro asunto más del que me debo ocupar.

Alleria esbozó un gesto de contrariedad y miró al suelo.

—Me escucharán —prometió—. No les dejaré otra opción.

\* \* \*

—¿Qué significa esto? —inquirió de manera apremiante Anasterian Sunstrider.

Alleria había entrado sin ser anunciada ni invitada justo cuando él y el Consejo de Lunargenta estaban debatiendo sobre ciertos asuntos con un tono de voz bajo y serio. Aunque varios monarcas elfos se levantaron de sus asientos, sorprendidos por su presencia ahí, Alleria los ignoró. Se centró únicamente en Anasterian.

El rey elfo era muy, pero muy anciano, incluso para ser un elfo. Su pelo se había tornado blanco hacía mucho tiempo y su piel era tan fina como un pergamino y estaba surcada por tantas arrugas como vetas tiene un trozo de madera vieja. Su cuerpo esbelto de antaño era un mero recuerdo, ahora solo era una figura frágil; no obstante, sus ojos azules seguían siendo muy penetrantes y su voz, pese a ser también muy débil, seguía siendo muy autoritaria. Alleria, instintivamente, retrocedió ante su ira y se encogió de miedo, pero entonces recordó por qué estaba ahí y se enderezó.

—Soy Alleria Windrunner —anunció, aunque sabía que la mayoría de los miembros del consejo la habían reconocido—. He viajado más allá de nuestras fronteras y he luchado junto a los humanos en su guerra. He regresado porque he de informarles de unas noticias pésimas, no solo para ellos sino para nosotros también. —Adoptó un gesto

ceñudo y observó detenidamente a los hombres y mujeres que tenía ante ella—. He comprobado que la amenaza de la Horda, de la que nos advirtieron los humanos, es real. Es una fuerza muy vasta y poderosa. Gran parte de su ejército está conformado por orcos, pero cuentan también con otras criaturas, como los trolls del bosque.

Esas palabras suscitaron gritos ahogados de asombro y murmullos iracundos a modo de reacción. A pesar de que ninguno de los demás nobles elfos sabía qué era un orco (ella misma tampoco lo había sabido hasta que luchó contra ellos en Trabalomas), todos conocían perfectamente a los trolls. Algunos de los ahí presentes, entre los que se encontraba Anasterian, habían luchado incluso en las Guerras Trolls hace mucho tiempo, unos cuatro mil años después de la fundación de Quel'Thalas.

—Afirmas que esa Horda también está compuesta por trolls —señaló un señor elfo en voz alta—, pero ¿eso en qué medida nos afecta? Deja que los trolls sigan a esas extrañas criaturas de las que nos has hablado, con suerte, quizá se alejen aún más de aquí. ¡Tal vez los humanos nos hagan un favor y los maten a todos!

Varios elfos estallaron en carcajadas y asintieron.

—No lo entienden —replicó Alleria furiosa—. ¡La Horda no es un problema lejano que podamos ignorar y del que podamos reírnos! ¡Pretenden conquistar todo Lordaeron, de costa a costa! ¡Y eso incluye Quel'Thalas!

—¡Que vengan! —exclamó burlón otro señor elfo, un mago que Alleria creía que se llamaba Dar'Khan—. Nuestras tierras se encuentran muy bien defendidas... si atraviesan la zona de las Piedras rúnicas, ninguno sobrevivirá.

—¿Ah, no? —le espetó Alleria—. ¿Estás seguro? Los trolls ya se han adentrado en nuestros bosques. Ya atraviesan nuestras tierras y asesinan a nuestra gente. Y los orcos no deben de estar ya muy lejos. Pese a que son menos fuertes que los trolls uno por uno, son tan numerosos como una plaga de langostas, son tantos que podrían cubrir estas tierras por entero.

»Y ya están aquí —añadió.

—¿Aquí? —replicó jocosamente Anasterian—. ¡Eso es imposible!

Alleria movió el brazo a modo de respuesta y lanzó el objeto que había llevado consigo desde que ella y Vereesa habían salido corriendo. La cabeza del troll voló por los aires, el aire acarició su pelo corto y oscuro y el sol se reflejó en uno de sus colmillos. Aterrizó justo delante de los pies de Anasterian.

—Este nos atacó a Vereesa y a mí en un lugar situado a menos de una hora corriendo del cruce del río —le explicó Alleria—. Después, unos cuantos más nos siguieron hasta ahí. Sus cadáveres yacen ahora en la ribera más lejana, salvo que Sylvanas y su grupo los hayan quitado de ahí. —Entonces, se percató de que ninguno de los señores elfos se reía ya—. Ya están aquí —volvió a insistir—. Los trolls se encuentran en nuestros

bosques y asesinan a los nuestros. ¡Son los orcos quienes están prendiendo fuego a los lindes del Bosque Canción Eterna!

Aunque tuvo que admitir para sí que no sabía cómo podían estar provocando esos incendios que tanto Vereesa como Sylvanas habían mencionado.

—¡Esto es indignante! —exclamó Anasterian, cuya furia no iba dirigida a ella.

El rey elfo le dio una patada a la cabeza del troll, que se alejó rodando hasta detenerse bajo la silla de otro señor elfo. Su semblante se tornó ceñudo y su mirada, severa. Cuando se volvió hacia Alleria, esta pudo contemplar esa energía y determinación que lo habían convertido en un gran rey durante tantos años. Cualquier indicio de fragilidad había desaparecido bajo el alud de la actual crisis.

—¿Cómo osan invadir nuestro hogar? —preguntó retóricamente un Anasterian dominado por la cólera—. ¡¿Cómo osan?! —Alzó la mirada y su rostro adoptó un gesto tremendamente furibundo—. ¡Les vamos a enseñar qué ocurre cuando alguien invade nuestro territorio! Reúnan a nuestros guerreros —ordenó a los demás señores elfos—. Llamen a los forestales. Vamos a atacar a esos trolls y los vamos a expulsar de nuestro bosque con tanta violencia que jamás se atreverán a realizar otra invasión.

Alleria se sintió muy satisfecha al ver al rey tan decidido; ciertamente, comulgaba con sus sentimientos. No obstante, hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Los trolls son solo una parte del problema —les recordó a Anasterian y los demás—. La Horda cuenta con una cantidad inimaginable de efectivos y los orcos son fuertes, duros y decididos. —Esbozó una amplia sonrisa—. Por fortuna, no he venido sola.

\* \* \*

Turalyon estaba batallando contra un par de orcos. Aunque acababa de derribar a uno de ellos con su martillo, había recibido un duro golpe en el escudo propinado por el otro. Un tercer orco se abalanzó de un salto sobre él y estuvo a punto de hacerle caer de su caballo. Como esa criatura se hallaba demasiado cerca como para que pudiera atizarla con su arma, Turalyon le dio un cabezazo, de modo que acertó al orco con su pesado yelmo justo entre la frente y el caballete de la nariz, dejándolo aturdido. Turalyon se deshizo del orco, al que tiró de un empujón de su caballo, y, acto seguido, se dirigió por su tercer adversario. Aprovechó la oportunidad para propinarles a ambos dos golpes tremendos. Ninguno de los dos se volvería a levantar.

Se secó la lluvia que mojaba la parte frontal de su yelmo y se tomó un segundo para alzar la vista hacia esas densas nubes grises que pendían del cielo. No daba la impresión de que la tormenta fuera a amainar, aunque se suponía que eso les venía bien. Así, al menos, los incendios se habían apagado y era muy poco probable que se reanudaran. Si ese tiempo tan malo y húmedo ayudaba a evitar que la patria elfa se

quemara hasta sus cimientos, tendría que soportar esa lluvia y seguir luchando. A un lado de él, a cierta distancia, vio fugazmente a Khadgar, que estaba atacando al enemigo con su espada y su báculo. Si bien el mago había agotado su magia al invocar esa vasta tormenta, que cubría toda la parte frontal de Quel'Thalas, estaba demostrando que incluso usando armas mundanas era un combatiente formidable, por lo cual Turalyon sabía que no debía perder el tiempo preocupándose por su amigo. Además, ya tenía bastantes adversarios de los que ocuparse.

Turalyon se estaba girando para enfrentarse a un par de orcos situados en su flanco izquierdo cuando, de repente, uno de los dos se puso rígido, se retorció y se derrumbó; una flecha le atravesaba la garganta. Turalyon reconoció el emplumado de esta y sonrió abiertamente. Un instante después, una joven muy ágil corrió hacia él, con la capucha de su capa de viaje echada hacia atrás a pesar del aguacero y las puntas de sus largas orejas puntiagudas sobresaliendo de la melena rubia que enmarcaba su atractivo rostro. De alguna manera, la lluvia parecía ignorarla, caía a su alrededor y no sobre ella. Turalyon no estaba seguro si eso era debido a la magia elfa o al gran poder de su belleza natural.

—Por lo que veo, he llegado justo a tiempo —comentó Alleria en cuanto le dio alcance, al mismo tiempo que se giraba como si nada y lanzaba una flecha que alcanzó a otro orco en la garganta—. ¿Qué harías si no estuviera yo cerca para salvarte?

—Me las apañaría —respondió Turalyon, quien se hallaba tan inmerso en la batalla que no tenía tiempo de ruborizarse ante ella. Detuvo un ataque y derribó al orco en cuestión para, al instante, volverse para encarar a su siguiente adversario—. ¿Diste con ellos?

—Sí —le confirmó—. Y se han mostrado de acuerdo. Ahora mismo, están movilizando a todos sus guerreros y forestales. Podrían llegar aquí en diez minutos si quisieras.

Turalyon asintió a la vez que utilizaba el largo mango de su martillo para bloquear un hacha que arremetía contra él. Acto seguido, tomó el martillo desde más arriba para que la cabeza de este impactara contra la testa del orco que lo había atacado.

—Este es un lugar tan bueno como cualquier otro para que nos presten su ayuda —contestó—. Mientras luchemos contra la Horda aquí y la mantengamos ocupada, no irá a ningún otro lado.

Alleria hizo un gesto de asentimiento.

—Entonces, iré corriendo a informarles. Resistan hasta que lleguen.

Su tono de voz sonó un tanto extraño y Turalyon se arriesgó a lanzarle una mirada fugaz. ¡Por la Luz! ¿Estaba llorando? Ciertamente, parecía muy triste. Sin lugar a dudas, la invasión de su patria le estaba afectando sobremanera.

—Resistiremos —le aseguró él sombríamente—. Debemos hacerlo.



Entonces, Alleria desapareció una vez más. Turalyon esperaba que volviera con los suyos antes de que el resto de la Horda superara su débil línea defensiva. En esos instantes, varias oleadas de orcos estaban superando sus flancos. Turalyon era consciente de que sus fuerzas no tenían nada que hacer ante todo aquel ejército orco, sobre todo en campo abierto, donde los orcos podrían rodearlos y aplastarlos con sus innumerables tropas. Necesitaban refuerzos ya. Esperaba que los elfos fueran tan capaces y estuvieran tan preparados como le había dicho Alleria.

\* \* \*

Ter'lij, uno de los subordinados de Zul'jin, sonrió de oreja a oreja.

Él y su grupo habían olido algo muy desagradable que debía de hallarse cerca. Habían seguido esa peste hasta su origen, hasta un lugar donde habían escuchado un sonido melodioso, unos solitarios y rítmicos golpes sordos que procedían de allá abajo. Se trataba de un único elfo. A Ter'lij le habían encomendado la misión de vigilar ese sendero, que llevaba a la ciudad elfa, y de impedir que ningún elfo lo cruzara. Por tanto, ese elfo solitario no iba a ir mucho más lejos.

Ter'lij descendió sigilosamente por el follaje hasta poder ver a su presa. El elfo se movía tan rápido como cabía esperar de alguien de esa raza y, probablemente, otras criaturas habrían considerado que lo hacía con sumo sigilo, pero para Ter'lij, se movía de manera tan estruendosa como el trueno que oía bramar cerca de los lindes del bosque y, además, podía darle alcance con suma facilidad. El elfo portaba una larga capa marrón, llevaba la capucha levantada y se apoyaba en un largo bastón. Debía de ser un anciano. Mejor aún.

Ter'lij se relamió los labios presa de la impaciencia e indicó con una seña al resto de su grupo que lo siguieran hasta allá abajo. Entonces, abandonó de un salto el amparo de los árboles, con una espada curvada en una mano, y esbozó una amplia sonrisa ante su víctima. Pero se llevó una tremenda sorpresa en cuanto el elfo apartó su capa y se enderezo esbozando también una sonrisa. Alzó el bastón, que resultó tener una larga hoja en su punta, y lo movió con aire amenazador de lado a lado. Su armadura centelleó bajo las sombras de los árboles.

—¿Acaso creías que no somos capaces de oírlos cuando se desplazan por los árboles? —inquirió el elfo de manera burlona, cuyas estrechas facciones se tensaron al fruncir el ceño—. ¿Acaso creías que no somos conscientes de que están mancillando nuestro bosque? No son bienvenidos aquí, criatura, y no vamos a permitir que salgan de aquí con vida.

Ter'lij recobró la compostura y se echó a reír.

—Eres muy listo, paliducho —reconoció—. Has engañado a Ter'lij con un buen truco. Pero estás solo y solo tienes un bastoncito mientras que nosotros somos muchos.

El resto de su grupo aterrizó a sus espaldas y, acto seguido, se desplegaron, dispuestos a rodear al arrogante elfo.

El elfo, sin embargo, sonrió aún más ampliamente y de un modo desagradable.

—¿Eso es lo que crees, patán? —replicó en tono de mofa—. Se enorgullecen de conocer muy bien los bosques, pero comparados con nosotros, están ciegos y sordos en este entorno.

Súbitamente, un segundo elfo salió de detrás de un árbol cercano. Y luego un tercero. Y un cuarto. El semblante de Ter'lij se tornó ceñudo. Cada vez eran más y más. Al final, su grupo se vio rodeado y superado en número. Todos esos elfos portaban las mismas lanzas largas y unos escudos altos y oblongos. Esto no era lo que esperaba.

No obstante, Ter'lij era un cazador y un guerrero muy curtido que no se amedrentaba fácilmente.

—¡Mejor aún! —exclamó al fin, a la vez que se enderezaba cuan largo era—. ¡Vamos a disfrutar de una lucha de verdad en vez de acabar con un elfo desarmado! ¡Me encanta!

Al instante, se abalanzó sobre el líder elfo, con su espada en alto...

... y murió en pleno salto, ya que la lanza del comandante elfo se le clavó en el pecho, le atravesó el corazón y se le salió por la espalda. El elfo se apartó a un lado y dejó que el cadáver de Ter'lij se deslizara por su arma hasta desengancharse. Entonces, giró sobre sí mismo y trazó un letal arco con su lanza, de tal modo que le arrancó la mano a un troll que avanzaba hacia él.

La batalla acabó rápidamente. El líder elfo le propinó una patada a uno de los cuerpos que yacían en el suelo y asintió al comprobar que no se movía. Se había enfrentado a trolls del bosque en otras ocasiones, pero nunca en Quel'Thalas. Si bien era cierto que, si se los comparaba con las demás razas, esas criaturas eran unos grandes cazadores en cualquier bosque, comparados con un elfo eran muy torpes. Sylvanas había ordenado a un gran número de patrullas, entre las cuales se encontraba la suya, que entraran en el bosque para matar, o al menos ahuyentar, a todos los trolls que pudieran hallar. Este era el segundo grupo que encontraban. En esos instantes, se preguntó cuántos habría aún en ese bosque.

Justo cuando estaba abriendo la boca para ordenar a sus hombres que formaran, una figura esbelta irrumpió en aquel claro, con su melena rubia ondeando al viento. El líder elfo la había oído aproximarse segundos antes de que apareciera ante sus ojos; sin duda alguna, esa elfa había optado por la velocidad por encima de su habitual sigilo.

—¡Halduron! —exclamó mientras se aproximaba, para detenerse a solo unos pasos de él—. Me alegro de verte. He hablado con el comandante de la Alianza y también con

Sylvanas, quien necesita a todas nuestras fuerzas en el linde sudoeste del bosque. Ahí es donde se ha congregado la Horda. El líder humano no podrá contenerlos él solo por mucho tiempo.

Halduron Brightwing asintió.

—Informaré a Lor'themar, ya que su grupo también se encuentra cerca de aquí, e iremos en ayuda de nuestros amigos —le aseguró—. Ahora, su lucha también es la nuestra. No vamos a permitir que caigan ante esas nauseabundas criaturas. —Entonces, calló y la observó por un instante—. ¿Estás bien, Alleria? Te veo bastante sonrojada.

Alleria negó con la cabeza, aunque frunció levemente el ceño.

—Estoy bien —contestó—. ¡Ahora, marchen! ¡Lleven a nuestros guerreros a la batalla! Mientras tanto, yo regresaré con mi hermana y la Alianza para informarles de que la ayuda ya va en camino.

Al instante, se dio la vuelta y, rauda y veloz, desapareció una vez más entre los árboles.

Halduron la observó marchar y, acto seguido, hizo un gesto de negación con la cabeza. Hacía mucho tiempo que conocía a Alleria Windrunner y sabía perfectamente que algo le preocupaba o inquietaba. No obstante, ese día todos tenían muchas preocupaciones que afrontar, ya que esas extrañas criaturas deambulaban por sus sagrados bosques. Aunque no por mucho tiempo. Halduron hizo una seña a sus forestales, desenganchó su lanza, que se hallaba clavada aún en un troll, la limpió con ese mismo cadáver y a continuación se giró. Ya habría tiempo más tarde de limpiar de escoria el bosque. Primero, tenían que enfrentarse a los enemigos que todavía seguían vivos.

\* \* \*

Turalyon tenía la sensación de que habían pasado solo unos minutos desde que Alleria se había marchado cuando esta apareció de nuevo. Irrumpió en medio de la batalla y se acercó a él hasta colocarse a su lado. Ahora, llevaba su arco colgado a la espalda y su espada en la mano, con la que atravesó a un orco que había intentado dar una cuchillada a su caballo en los cuartos traseros.

—Llegarán enseguida —le aseguró Alleria, con los ojos brillantes.

Turalyon asintió y se sintió tremendamente aliviado, aunque no estaba seguro de si eso se debía a que sabía que llegaban refuerzos o al hecho de que ella se encontrara sana y salva. Arrugó el ceño porque no estaba acostumbrado a tener tales pensamientos e intentó dejarlos arrinconados por ahora. Más le valía preocuparse de sus tropas y él mismo si querían sobrevivir.

Por fin había dejado de llover, aunque las nubes seguían cubriendo el cielo, proyectando una enorme sombra sobre el campo de batalla. Por eso, cuando Turalyon se

percató de una silueta oscura se alzaba amenazante a un lado, pensó, en un principio, que se trataba simplemente de la sombra deformada de algún guerrero orco. Sin embargo, esa sombra siguió creciendo y adquirió solidez. Se quedó mirándola fijamente y un orco estuvo a punto de ensartarlo al aprovecharse de su distracción.

—¡Mantén la concentración! —le advirtió Khadgar, quien, a lomos de su montura, se colocó junto a él y le propinó una patada al orco antes de que pudiera atacar de nuevo—. ¿Qué estás mirando tan absorto?

—Eso —respondió Turalyon, quien señaló algo con su martillo antes de centrar su atención de nuevo en el fragor de la batalla que se libraba a su alrededor.

Ahora fue Khadgar quien se quedó mirando fijamente esa cosa. El joven mago envejecido prematuramente profirió una serie de maldiciones en cuanto comprobó que una descomunal figura había emergido de entre los árboles para sumarse a la batalla en el extremo más alejado de esta. Tenía el doble de tamaño que un orco normal y su piel era del color del cuero envejecido. Sostenía en su mano un colosal martillo que un orco normal probablemente tendría que haber sostenido con ambas manos, pero que ese coloso sostenía con una sola; además, iba ataviado con una armadura muy extraña. El semblante de Turalyon se tensó en cuanto se arriesgó a echar un breve vistazo a ese gigante, pues se percató de que esa armadura era de fabricación humana; la coraza, las grebas y los brazales estaban unidos por unas gruesas cadenas que cubrían casi todo el cuerpo de esa gigantesca criatura.

Sin embargo, no portaba un yelmo en ninguna de sus dos cabezas, las cuales contemplaban con odio a los hombres y orcos que se arremolinaban ante él. Al instante, aplastó a dos hombres con un solo golpe de su martillo. A continuación, arremetió hacia un lado, atizando a cuatro soldados más que salieron volando por los aires y aterrizaron a varios metros de distancia.

—¿Qué demonios es esa cosa? —preguntó Turalyon con un tono apremiante, al mismo tiempo que le destrozaba la cara a un orco que cargaba contra él. Este salió despedido hacia atrás y chocó contra otro orco, que se tambaleó ante la fuerza del impacto.

—Es un ogro —contestó Khadgar—. Un ogro bicéfalo.

Turalyon iba a decirle a su amigo que no era la primera vez que veía un ogro y que ya se había dado cuenta de que tenía dos cabezas, cuando el extraño ogro levantó su mano libre y apuntó con ella hacia un grupo de soldados de la Alianza. Turalyon parpadeó, ya que creía que sus ojos le estaban jugando una mala pasada. ¿De verdad acababa de ver cómo brotaba fuego de la mano extendida de esa criatura en dirección a los soldados? Volvió a mirar. Sí, esos soldados se hallaban ahora envueltos en llamas. Habían soltado las armas y se daban golpes en las zonas de sus armaduras y ropas donde el fuego había prendido. Algunos de ellos se estaban quitando las capas, que se estaban quemando, y otros rodaban por el suelo, sobre la hierba, en un intento por apagar esas llamas que les

estaban haciendo sentir una tremenda agonía. ¿Cómo había hecho algo así aquel extraño ogro?

—¡Maldita sea! —Obviamente, Khadgar también había sido testigo de ese extraordinario hecho, como parecían indicar sus cada vez más ofensivos juramentos—. ¡Es un ogro mago!

—¿Un qué?

—Un mago —le espetó Khadgar—. ¡Un maldito ogro mago!

—Ah.

Turalyon despachó a otro enemigo y, una vez más, observó detenidamente al monstruoso ogro, mientras intentaba asimilar la situación. Era la criatura más grande y más fuerte que jamás había visto y, encima, era capaz de lanzar conjuros mágicos. Estupendo. ¿Cómo iban a poder matar a una bestia así? Le iba a preguntar eso mismo a Khadgar cuando se le quedaron atravesadas las palabras en la garganta. De improviso, el ogro mago cayó hacia delante; el pelo de la parte posterior de su cabeza se hallaba en punta por culpa de las últimas gotas de lluvia. En un principio, Turalyon creyó que se estaba agachando para hacerle algo a los cadáveres que tenía delante, tal vez para devorarlos con sus dos bocas, pero la criatura no volvió a levantarse. Entonces, se dio cuenta de que lo que creía que era pelo era algo mucho más sólido. Eran saetas; no, eran muy grandes para ser flechas. ¡Eran lanzas!

—¡Sí! —exclamó jubilosa Alleria, alzando su arco a modo de saludo—. ¡Han llegado los míos!

Por lo que pudo ver Turalyon, tenía razón. Del bosque emergió una hilera tras otra de elfos. Vestían unas armaduras mucho más completas que las de Alleria y sus forestales y portaban un equipo mucho más pesado, así como escudos y lanzas. Resultaba obvio que esas armas que había derribado al ogro eran suyas. En toda su vida, Turalyon jamás se había alegrado tanto de ver a alguien.

—¡Llegan justo a tiempo! —le dijo a Alleria, a la que tuvo que gritar para que pudiera oírle por encima del caos del combate—. ¿Puedes comunicarte con ellos?

La elfa asintió.

—Para cazar, nos comunicamos con señas, que pueden ser vistas a grandes distancias.

—Bien —Turalyon asintió y derribó a otro orco, que cayó al suelo; mientras ponía en orden sus pensamientos—. Tenemos que aplastar a la Horda entre ambos. Diles que avancen hacia nosotros, pero que deben desplegarse a lo ancho y reforzar los flancos. Nosotros haremos lo mismo. No quiero que los orcos se nos cuelen por los flancos, porque si lo hacen, podrían rodearnos.

Alleria asintió e hizo varias señas en dirección al bosque. Acto seguido, Turalyon vio cómo uno de los elfos de la vanguardia asentía y se volvía hacia sus compañeros.

Khadgar, que había estado bastante cerca como para escuchar su conversación, ya se estaba volviendo hacía un líder de unidad próximo, al que vociferó una serie de órdenes de las que debía informar también a otros.

Ambos ejércitos iniciaron su despliegue. Las fuerzas de la Alianza retrocedieron ligeramente con el fin de tener más espacio para maniobrar. La Horda, claramente, tomó esto como una señal de debilidad, ya que los orcos lanzaron varios vítores. La mayoría de ellos todavía no habían visto a los elfos, que se hallaban todavía parcialmente escondidos bajo los árboles. Lo cual les venía muy bien, pues Turalyon quería pillarlos por sorpresa en la medida que fuera posible, para que tuvieran menos posibilidades de huir. Hizo retroceder a sus hombres y ordenó a varias unidades que mantuvieran a los orcos a raya mientras los demás abrían cierta distancia entre ellos y el enemigo. Después, envió a un tercio de sus tropas a cada flanco y les dijo que avanzaran. El resto se quedaron con él. Pudo ver que en la Horda cundía el desconcierto en cuanto se dio la vuelta y lideró la carga contra el mismo corazón de las fuerzas orcas.

En el extremo más alejado, los elfos se habían colocado de una forma similar. Mientras la Horda se preparaba para recibir el ataque de Turalyon, los elfos avanzaron, arremetieron con sus lanzas contra la hilera más retrasada de la vanguardia orca. Si bien muchos cayeron sin proferir grito alguno, unos cuantos lanzaron gritos ahogados o suspiros o gruñidos que hicieron que los demás se volvieran para ver qué era lo que había perturbado a sus camaradas. En cuanto los orcos se dieron cuenta de que estaban siendo acorralados por ambos frentes, se escuchó un grito desolador.

Varios guerreros orcos se giraron e intentaron huir corriendo al percatarse de que se hallaban atrapados en medio de dos ejércitos. Pero entonces, los flancos tanto de las fuerzas humanas como elfas se volvieron hacia dentro, bloqueando así su vía de escape. Los orcos se vieron obligados a quedarse y luchar, la mayoría lo hicieron felices y contentos, pues se dejaron llevar por la ira y la sed de sangre. Sin embargo, al estar rodeados de enemigos por doquier, de arcos y lanzas elfas, de espadas, hachas y martillos humanos, los orcos sufrieron innumerables bajas.

El fuego de la esperanza volvió a arder en el corazón de Turalyon. ¡Estaban ganando! Pese a que la Horda seguía superando en número a sus soldados y a los guerreros elfos, los orcos continuaban atrapados entre ambas fuerzas y luchaban de manera desordenada e indisciplinada. Cada orco luchaba por su vida o ayudado por un puñado de compañeros, que, con casi toda seguridad, eran miembros de su mismo clan, lo cual los hacía muy vulnerables a las tácticas militares de humanos y elfos. Sobre todo, a medida que sus propios hombres y los elfos iban aprendiendo a colaborar de un modo más eficaz; por ejemplo: los arqueros elfos primero lanzaban flechas de fuego sobre un grupo de orcos para menguar sus filas y desatar el caos en su seno, para que después los humanos arremetieran contra ellos, seguidos por los lanceros elfos, cuya misión era matar a los

orcos, bloquearles el paso y evitar que se reagruparan y contraatacaran. Turalyon podía ver ya que se abrían algunos huecos en la Horda, unos huecos que ocupaban los elfos y la Alianza y se expandían hasta dejar pequeños reductos de orcos entre ellos.

Entonces, escuchó un tremendo rugido. Miró hacia el este y vio algo que le revolvió el estómago. Otro monstruoso ogro de dos cabezas se sumaba a la batalla, golpeando a diestro y siniestro con un gigantesco garrote que, en realidad, era un tronco de árbol al que habían podado todas las ramas. A esa mala bestia le seguía otra justo detrás, con un garrote similar en sus gigantescas manos, y a esa le seguía otra y a esa, otra a su vez. ¿De dónde salían todas esas criaturas?

Los ogros bicéfalos arremetieron contra las tropas aliadas y, con cada uno de sus golpes, se llevaron por delante unidades enteras. Al instante, Turalyon ordenó a sus hombres que se retiraran y que dejaran que los elfos se ocuparan de esta nueva amenaza. Al primer ogro lo habían derrotado porque lo habían pillado por sorpresa, pero estos estaban preparados. Usaban sus garrotes para protegerse de las lluvias de flechas y las salvas de lanzas, así como para atizar a los elfos, de tal modo que esos esbeltos guerreros acababan volando por los aires. La Horda fue reagrupándose alrededor de esas descomunales figuras al mismo tiempo que más orcos llegaban en tropel por detrás de ellas, engrosando sus filas en gran número y volviendo rápidamente las tornas de la batalla a su favor.

—¡Tenemos que hacer algo ya! —gritó Turalyon a Khadgar, que se encontraba junto a él de nuevo—. ¡Si no, nos harán retroceder hasta las montañas o hacia el oeste, hacia el río, y nos quedaremos atrapados y sin ninguna vía de escape!

Khadgar iba a replicarle, pero Alleria le interrumpió.

—Escuchen—vociferó, mientras agitaba las orejas.

Turalyon negó con la cabeza.

—No oigo nada salvo el fragor de la batalla —replicó—. ¿De qué se trata?

La elfa sonrió ampliamente.

—De ayuda —respondió—. De una ayuda que viene del cielo.

\* \* \*

—¡Ahí están! ¡Ya los veo!

—Sí, yo también los veo, muchacho —le espetó Kurdran Wildhammer, quien estaba enojado con el joven jinete de grifo que volaba a su lado porque había divisado la batalla antes que él—. Vuelen en círculo, muchachos, y ataquen a esas bestias inmundas situadas en el centro. Tengan cuidado con sus garrotes.

El líder Wildhammer atizó con los talones a Sky'ree y, acto seguido, la grifo descendió hacia el campo de batalla gritando. Uno de esos extraños monstruos de dos

cabezas alzó la mirada y rugió a modo de respuesta nada más verlos. Pero Kurdran caía en picado a tal velocidad que no iba a poder esquivarlo, ya que había guerreros orcos por todas partes que impedían al gigante moverse con cierta libertad. Mientras descendía, Kurdran alzó su martillo de tormenta y se le tensaron los músculos, presa de la anticipación. Pese a que la bestia volvió a rugir e intentó sacudirle con su descomunal garrote, Sky'ree esquivó el golpe y pasó volando tan cerca de esa criatura que la punta de una de sus alas rozó uno de sus rostros. Kurdran aprovechó la circunstancia para lanzarle el martillo con todas sus fuerzas. El firmamento reverberó con el bramido del trueno y un relámpago impactó contra esa bestia justo cuando el enano le lanzaba el martillo, sumando así su energía al martillazo. La criatura trastabilló hacia atrás, con una cabeza aplastada y la otra ennegrecida y, acto seguido, cayó al suelo. Aplastó a tres orcos al caer y su garrote machacó a unos cuantos más.

—¡Sí! —gritó jubiloso Kurdran, mientras tomaba el martillo que había regresado a sus manos y le daba un golpecito con las rodillas a Sky'ree para que volviera a prepararse para lanzar otro ataque—. ¡Sí, se lo merecen, guapa! ¡Da igual lo grandes que sean, los Martillo Salvaje somos capaces de hacerles morder el polvo!

Alzó su martillo y lanzó un fuerte grito al ascender hacia el cielo. Su grifo esquivó con facilidad el torpe golpe que otra de esas malas bestias lanzó de arriba abajo.

—¿Qué están esperando? —preguntó vociferando a sus guerreros, quienes esbozaron una amplia sonrisa desde sus monturas voladoras—. ¡Ya les he mostrado cómo se hace! ¡Así que, ahora, bajen ahí y asegúrense de que el resto de esos gigantes besen el suelo!

Le saludaron jocosamente, ya que sabían que sus pullas tenían un buen fin, y obligaron a girar en redondo a sus grifos para poder iniciar sus ataques.

Kurdran sonrió de oreja a oreja. Miró hacia abajo y divisó al mago, a la elfa y al comandante con los que se había reunido en el Pico Nidal.

—¡Eh, los de abajo! —gritó, alzando el martillo, que blandió por encima de la cabeza.

La elfa elevó su arco a modo de saludo y el comandante y el mago asintieron.

—¡Su Lord Lothar nos envía! —exclamó Kurdran, a pesar de que no estaba muy seguro de sí podrían escucharle desde allá abajo—. ¡Y justo a tiempo, por lo visto!

Entonces, bajó el martillo, lo aferró con ambas manos una vez más e hizo virar a Sky'ree hacia la siguiente colosal criatura de dos cabezas. Varios de ellos ya habían caído y la Horda se estaba disgregando pues se daba cuenta de que sus protectores podían ser ahora un peligro para ella. Por otro lado, los humanos y los elfos se estaban aprovechando de ese caos para masacrar, a diestro y siniestro, a los orcos dominados por el pánico.

En ese instante, algo hizo cambiar la dirección del viento. Kurdran miró hacia arriba. Sobre él, hacia el sur, pudo ver una oscura silueta iba perdiendo altura. En un



principio, pensó que podía tratarse de uno de sus guerreros, que venía a traerle alguna noticia u orden, pero entonces, se dio cuenta de que no volaba como un grifo. Además, parecía venir de un lugar situado más al este, más allá de las Tierras del Interior, quizá más al sur. Pero ¿qué era?

Kurdran abandonó su ataque e hizo que Sky'ree retrocediera y ascendiera, para situarse lejos del alcance de esas malas bestias. Acto seguido, trazó lentamente círculos en el cielo, mientras observaba a esa sombra aproximarse. ¿Acaso era un pájaro? De ser así, volaba más alto que la mayoría y su contorno era muy extraño. ¿Acaso era un nuevo tipo de ataque? Se echó a reír. ¡Pero si no era más grande que un águila! ¿Acaso la Horda enviaba ahora a águilas tras ellos, dirigidas por gnomos sentados a horcajadas en sus espaldas? *Ningún ave rapaz es una amenaza para mi bella grifo*, pensó, mientras daba unas palmaditas afectuosas a Sky'ree en el cuello y recibía un melodioso graznido como respuesta.

Ahora, la silueta se hallaba más cerca y su tamaño iba en aumento cada vez más. Y más. Y aún más.

—¡Por el Pico Nidal! —masculló Kurdran, sobrecogido por su tamaño.

¿Qué era esa cosa capaz de flotar por el aire a pesar de ser tan enorme? Ya era casi tan grande como Sky'ree y albergaba la sospecha de que todavía se encontraba muy por encima de ellos. Ahora, podía distinguir con más claridad su forma; era larga y esbelta, poseía una larga cola y un cuello tremendo, así como unas gigantescas alas extendidas que aleteaba de vez en cuando. ¡Esa cosa estaba planeando! Debía de hallarse muy arriba para poder aprovechar los vientos de esa forma. Kurdran sintió que un escalofrío le recorría la espalda y volvió a evaluar su posible tamaño. Solo conocía una criatura capaz de surcar el aire con ese tamaño y era incapaz de concebir qué interés podría tener una de ellas en ese conflicto.

Entonces, la última nube se disipó y el sol los iluminó. La luz se reflejó sobre la reluciente piel roja de esa criatura, que adoptó un intenso color carmesí. En ese instante, Kurdran supo que había estado en lo cierto.

Era un dragón.

—¡Un dragón! —gritó.

Si bien la mayoría de sus guerreros seguían batallando contra esas bestias bicéfalas y no lo oyeron, el joven Murkhad alzó la vista y miró hacia el lugar que señalaba Kurdran. Al instante, el muy necio propinó una patada a su grifo para que ascendiera rápidamente; su montura agitó frenéticamente las alas para ganar altitud con celeridad.

—¿Qué estás haciendo, idiota? —vociferó Kurdran.

Puede que Murkhad no le oyera, pero lo que es seguro es que no le contestó. El joven Wildhammer obligó a su montura a torcer hacia el dragón, que ahora caía en picado

a gran velocidad, y alzó su martillo de tormenta. Tras proferir un fiero grito, Murkhad cargó directamente contra ese lagarto que caía del cielo a una velocidad inusitada...

... y se desvaneció en silencio en cuanto el dragón abrió la boca, revelando unos grandes dientes triangulares del tamaño de un enano grande y una lengua bífida del color de la sangre, para engullir al desventurado enano y su grifo de un solo bocado.

Murkhad nunca vio que la tristeza teñía los enormes ojos dorados del dragón de un modo muy evidente, ni a la corpulenta figura de piel verde que se hallaba sentada en la espalda del dragón y sostenía unas largas riendas de cuero en una de sus manos.

\* \* \*

—¡Por la Luz!

Turalyon había lanzado un grito de júbilo, al igual que los demás, cuando los Martillo Salvaje llegaron, así como cuando Kurdran había derribado al primer ogro de dos cabezas. Pero después, había alzado la vista tras escuchar un tenue grito proferido por el líder de los Martillo Salvaje, justo a tiempo para ver cómo el ardiente dragón descendía sobre uno de los jinetes de grifo y se lo tragaba como si fuera una mera salchicha.

Ahora, ese dragón descendía sobre ellos. Y había unos cuantos más detrás de él, que caían del cielo cual manchas carmesíes.

Al respirar, de sus fosas nasales salía humo y de sus bocas brotaban unas chispas más brillantes incluso que el reflejo de la luz del sol en sus garras, alas y colas. Tanto el humo como las chispas fueron en aumento mientras Turalyon observaba esa escena sin poder apartar la mirada.

De repente, se dio cuenta de qué era lo que iba a suceder.

—¡Retrocedan! —gritó, a la vez que golpeaba a Khadgar en el brazo con su escudo para captar la atención del mago—. ¡Que todo el mundo retroceda! —Agitó su martillo por encima de la cabeza, con la esperanza de poder atraer la atención de su propia gente y de los elfos—. ¡Retírense! ¡Aléjense todos del bosque! ¡Ya!

—¿Que nos alejemos del bosque? —le espetó Alleria, elevando la vista hacia él. Turalyon ni siquiera se había percatado de que ella seguía a su lado, lo cual era un claro indicativo de lo atónito que se había quedado—. ¿Por qué? ¡Pero si estamos ganando!

Turalyon hizo ademán de responder, pero enseguida se dio cuenta de que probablemente no tenían tiempo para explicaciones.

—¡Háganlo! —le gritó, al ver el gesto de sorpresa que tenía la elfa en su rostro—. Dile a tu gente que se retire a las colinas. ¡Deprisa!

Hubo algo en su tono de voz o en su semblante que la convenció. Tras asentir, alzó su arco e intentó avisar así al resto de guerreros elfos. Turalyon se alejó de ahí y tomó del brazo al primer oficial de la Alianza que vio para volver a impartir las mismas órdenes. El

oficial asintió y, acto seguido, gritó y empujó a sus tropas, obligándolas así a darse la vuelta, mientras vociferaba a los demás oficiales que hicieran lo mismo.

Turalyon no podía hacer ya nada más. Hizo que su caballo se girara y lo espoleó para que corriera al galope hacia las colinas. Entonces, oyó un sonido muy extraño, similar al soplo una repentina ráfaga de viento o a una exhalación estruendosa hecha por un hombre gigantesco, y miró hacia atrás.

El primer dragón se había abatido sobre ellos, con las alas desplegadas y la boca abierta de par en par. De sus fauces brotaron unas llamas, unas enormes olas de fuego que se extendieron por todo el linde frontal del bosque. El calor era tan intenso que acabó con toda la humedad que había en el ambiente de inmediato y el bosque pareció perder su consistencia, como un espejismo en el desierto bajo la ardiente mirada del sol. Los árboles se ennegrecieron al instante y se desmenuzaron convertidos en cenizas, a pesar de haber estado mojados por la lluvia solo unos minutos antes. Un denso humo negro se elevó de ellos, un humo que amenazaba con tapar el sol una vez más. Las llamas no se apagaron; en algunos lugares, habían alcanzado a los árboles situados más atrás, aunque no con suficiente intensidad como para destruirlos totalmente, pero sí como para prenderles fuego. Ahora, las llamas se extendían, bailando de árbol en árbol. Era un espectáculo casi hipnótico. Turalyon se obligó a darse la vuelta para ver adónde se dirigía su caballo. Pronto, alcanzó las faldas de las montañas e hizo que su montura se girara para poder observar esa horrible devastación.

—¡Haz algo! —exclamó Alleria, que se colocó una vez más a su lado, mientras él permanecía a lomos de su caballo y entrecerraba los ojos para protegerse de tanta luz y calor. Entonces, la elfa le propinó varios puñetazos en la pierna—. ¡Haz algo!

—No puedo hacer nada —replicó Turalyon, al que se le rompió el corazón al percatarse de que la voz de Alleria estaba teñida de una terrible pena y desesperación—. ¡Ojalá pudiera!

—Entonces, haz algo tú —exigió la forestal elfa, volviéndose hacia Khadgar, quien, en esos instantes, se acercaba con su caballo hacia ellos—. ¡Utiliza tu magia! ¡Apaga esas llamas!

Pero el mago de aspecto envejecido negó con la cabeza presa de una honda tristeza.

—Este incendio es demasiado grande como para que yo pueda detenerlo —le explicó con suma calma—. Y he agotado todas mis energías al invocar antes esa tormenta.

Esas últimas palabras las pronunció con una cierta amargura y Turalyon se compadeció de su amigo. No era culpa de Khadgar que hubiera agotado sus fuerzas al apagar la primera oleada de incendios, pues nadie podría haberse imaginado que luego iban a tener que enfrentarse a otros mucho peores.

—Tengo que ir a Lunargenta —dijo Alleria, aunque más para sí que para que la oyeran ambos—. Mis padres están ahí y nuestros ancianos también. ¡Tengo que ayudarlos!

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Turalyon, con un tono de voz más duro de lo que pretendía, aunque, al menos, consiguió así que ella emergiera de la bruma de su hondo penar y alzara la mirada hacia él—. ¿Acaso sabes cómo combatir esas llamas?

El comandante de la Alianza señaló al bosque, donde los dragones se abatían hacia el suelo y giraban en el aire como si se tratara de unos murciélagos jugando mientras lanzaban llamas en cada pasada. Hasta donde alcanzaba la vista, Quel'Thalas estaba ardiendo. El humo parecía haberse convertido en un sólido muro gris, que pendía sobre la patria elfa, cuya sombra los alcanzaba a ellos incluso en las faldas de las montañas y proyectaba unas sombras tenebrosas tras ellos, a través de las montañas. Turalyon estaba seguro de que, desde la capital, tenían que estar viendo el incendio.

Alleria hizo un gesto de negación con la cabeza y él pudo ver que unas lágrimas le recorrían las mejillas.

—Pero he de hacer algo —gimoteó. Su encantadora voz se tornó ronca por culpa de la ira y el dolor—. ¡Mi hogar está siendo destruido!

—Lo sé. Y lo entiendo. —Turalyon se inclinó, la agarró del hombro y le dio un apretón afectuoso—. Pero si fueras ahora ahí, solo lograrías matarte. Aunque pudieras llegar al río, ahora debe de estar hirviendo por culpa de todo ese calor. Morirías y no ayudarías a nadie.

Ella alzó la vista hacia él.

—Mi familia, los ancianos... ¿estarán bien?

Turalyon pudo percibir una tremenda desesperación en su voz. La forestal quería, tal vez necesitara incluso, creer que sobrevivirían.

—Son unos magos muy poderosos —señaló Khadgar—. Y aunque nunca la he visto, tengo entendido que la Fuente del Sol es una fuente de inmenso poder. Protegerán la ciudad y evitarán que sufra algún daño. Ni siquiera esos dragones podrán rozarles un solo pelo.

Pese a que pronunció esas palabras con mucha seguridad, Turalyon vio cómo su amigo alzaba de un modo casi imperceptible una ceja, como si quisiera añadir «o, al menos, eso espero».

Alleria asintió, aunque no cabía duda de que seguía todavía conmocionada.

—Gracias —dijo en voz baja—. Tienes razón. Si muero, no lograré nada. —Turalyon sospechaba que intentaba convencerse a sí misma de que eso era verdad. A continuación, la elfa lanzó una mirada repleta de furia a esos dragones que revoloteaban y surcaban el aire—. Pero su muerte servirá para mucho. Y la de la Horda entera. Sobre todo, la de los orcos. —Entornó sus ojos verdes y Turalyon vio en ellos algo que no había visto hasta entonces: odio—. Han traído el caos y la destrucción a nuestro hogar —escupió—. Les veré sufrir por ello.

—Todos lo haremos —replicó Turalyon, quien alzó la vista al ver que otro elfo caminaba hacia ellos.

Iba ataviado con todo el equipo necesario para batallar, su armadura era hermosa y grácil, así como muy funcional, y estaba cubierta de sangre y entrañas. Llevaba colgada a la cintura una tizona y su capa de color verde intenso ondeaba al viento. Se había quitado su yelmo ornamentado con patrones de hojas y sus ojos marrones oscuros centelleaban bajo su pelo lustroso del color del maíz. Su expresión era un reflejo de la de Alleria.

—Este es Lor'themar Theron —dijo Alleria para presentarlo—, uno de nuestros mejores forestales. —A continuación, se volvió y sonrió brevemente al ver que una segunda elfa se aproximaba, la cual era alta y portaba una capa similar a la de Alleria; además, se parecía mucho a esta, salvo por el pelo, que era más oscuro—. Y esta es mi hermana, Sylvanas Windrunner, General Forestal y comandante de nuestras fuerzas. Sylvanas, Lord Theron, este es Sir Turalyon de la Mano de Plata, segundo al mando de las fuerzas de la Alianza. Y este es el mago Khadgar de Dalaran.

Turalyon asintió y Theron hizo el mismo gesto, como muestra de respeto entre iguales.

—La mayoría de mis guerreros han escapado a ese infierno —les comentó Theron con cierta brusquedad—. Sin embargo, no hemos podido atravesar esas llamas. De modo que nosotros no podemos entrar mientras que nuestras familias no pueden salir. No obstante, ahora ya sabemos cómo el fuego ha podido extenderse por el bosque tan rápidamente y desde tantas direcciones al mismo tiempo. —En ese instante, aferró con más fuerza si cabe la empuñadura de su espada—. Pero no podemos darle vueltas a lo que ya no tiene remedio —afirmó; esas palabras iban dirigidas a Alleria, aunque quizá también a él mismo—. Estamos aquí y seguimos vivos, por lo que debemos hacer todo lo posible por socorrer a los nuestros lo antes posible. Y eso implica acabar con las fuerzas que los amenazan.

—Tiempo atrás, tu comandante, Anduin Lothar, nos pidió que formáramos parte de esta Alianza —aseveró Sylvanas, mirando a Turalyon—. Mis líderes decidieron no responder a esa petición y se limitaron a prestarles un apoyo simbólico. —Su mirada se posó fugazmente en Alleria y algo muy parecido a una sonrisa cobró forma en su semblante—. Aunque algunos de nuestros forestales decidieron colaborar con su causa por su cuenta. —Acto seguido, volvió a adoptar un gesto sombrío—. Pero nuestros ancianos se dieron cuenta de su error en cuanto los trolls y orcos invadieron nuestras tierras. Ya que si Quel'Thalas no está a salvo de una invasión, ya nada más lo está. Me ordenaron que reuniera a nuestros guerreros y marchara en su busca, con el fin de prestar toda la ayuda posible. —Hizo una reverencia—. Nos sentiríamos muy orgullosos de formar parte de su Alianza, Sir Turalyon, y espero que, a partir de ahora, nuestros actos compensen la tardanza con que hemos decidido implicarnos en este conflicto.

Turalyon asintió y deseó una vez más que Lothar estuviera ahí. El Campeón habría sabido cómo manejar esa situación adecuadamente. Pero no estaba ahí, así que Turalyon estaba obligado a solventar la situación lo mejor posible.

—Les doy las gracias tanto a ti como a tu gente —le contestó por fin a Sylvanas—. Les damos la bienvenida en la Alianza a ti y a todo tu pueblo. Juntos, expulsaremos a la Horda de este continente, de sus tierras y las nuestras, para que podamos vivir en paz después y cooperando unos con otros una vez más.

Si planeaba decir algo más, no pudo hacerlo, pues fue interrumpido por un graznido y un repentino batir de alas. Turalyon se agachó, al igual que Khadgar, y Theron hizo ademán de coger la espada, pero la criatura que descendía del cielo era mucho más pequeña que un dragón y estaba cubierta de plumas y pelaje en vez de escamas.

—Lo siento, muchacho —dijo Kurdran Wildhammer mientras aterrizaba con Sky'ree a cierta distancia de ellos, provocando así que los caballos se estremecieran y pisotearan el suelo consternados—. Lo hemos intentado, pero esos dragones son, simplemente, demasiado grandes y poderosos como para que un puñado de nosotros pueda hacerles frente. Si nos dan un poco de tiempo, daremos con la manera de combatirlos en el cielo y derrotarlos, pero ahora mismo llevan todas las de ganar.

Turalyon asintió.

—Les agradezco el esfuerzo que han hecho —le respondió al líder enano—. Gracias por la ayuda que nos han prestado antes. Han salvado muchas vidas.

Entonces, echó un vistazo a su alrededor. Khadgar, Alleria, Sylvanas, Lor'themar Theron y Kurdran Wildhammer eran buena gente y unos buenos tenientes. Súbitamente, ya no se sintió tan solo ni tan cohibido. Con ellos a su lado, tal vez podría llegar a ser un buen líder, al menos hasta que Lothar regresara.

—Tenemos que sacar a nuestra gente de aquí —aseveró un momento después—. Más adelante, regresaremos para liberar Quel'Thalas del yugo de la Horda, pero ahora mismo, tenemos que reagruparnos y esperar. Sospecho que la Horda no va a permanecer aquí mucho tiempo. Tienen otra meta en mente.

Pero ¿cuál?, se preguntó. Habían tomado el bosque y habían expulsado a los elfos de su hogar. Habían atacado el Pico Nidal y habían arrasado Khaz Modan. ¿Cuál iba a ser su próximo objetivo?

Intentó ponerse en el lugar de los orcos para poder dar con una respuesta. Si fuera ellos y dirigiera su campaña, ¿adónde iría? ¿Cuál era la mayor amenaza que aún quedaba por eliminar?

De repente, la respuesta le vino a la mente. La mayor amenaza para ella era el mismo corazón de la Alianza. El lugar donde todo había empezado. Miró a Khadgar, quien asintió, pues, obviamente, estaba pensando lo mismo.

—¡La capital!

Tenía sentido. Desde Lunargenta, que se hallaba en el extremo norte de Quel'Thalas, los orcos podrían cruzar las montañas y adentrarse directamente en Lordaeron. Emergerían no muy lejos del lago Lordamere y la capital. A la capital le quedaban muy pocos defensores, ya que el rey Terenas había enviado a casi todos sus hombres al ejército de la Alianza. Por fortuna, si querían cruzar las montañas, tendrían que cruzar primero Alterac y, pese a que Perenolde no había demostrado ser el miembro más leal de la Alianza, sin lugar a dudas, reuniría a su ejército para defenderse de una invasión a sus propias tierras. Sin embargo, los orcos podrían tomar Alterac por el mero empuje de sus incontables tropas y, acto seguido, podrían invadir en tropel las montañas para atacar la capital.

—Una vez conquistado Lordaeron, podrían expandirse por el resto del continente —señaló Alleria—. Y si dejan una parte de sus fuerzas aquí, tendrán dos bases principales y podrían anegar todas estas tierras con orcos en cuestión de solo semanas.

Turalyon asintió.

—Ya sabemos qué planean —afirmó, pues estaba muy seguro de que estaban en lo cierto—. Lo cual quiere decir que debemos dar con la manera de detenerlos. —En ese instante, posó la mirada sobre los intensos incendios que brillaban a lo lejos—. Pero no será aquí. Cerciórense de que todos los hombres regresen a estas colinas. Luego nos reuniremos y debatiremos sobre este asunto en más profundidad.

A continuación, hizo que su caballo diera la vuelta y se alejó a medio galope del bosque, confiando en que sus tenientes se ocuparían de hacer efectivas sus órdenes. No quiso mirar hacia atrás, pues no quería volver a contemplar esos majestuosos bosques que ardían a sus espaldas.



## CAPÍTULO QUINCE

— ¡Vámonos! —gritó Doomhammer—. ¡Tomen su equipo y muévanse!

Observó a los guerreros por un momento, mientras sus cabecillas vociferaban, los empujaban y golpeaban para que se pusieran en marcha y, a continuación, se giró hacia Gul'dan, quien esperaba pacientemente cerca de él.

—¿Qué? —inquirió apremiante.

—Mi clan y yo nos quedaremos aquí un tiempo —replicó Gul'dan—. Tengo otros planes para el Altar de la Tempestad, unos planes que ayudarán a la Horda en su conquista.

Orgrim frunció el ceño. Seguía sin confiar en ese brujo canijo y feo. Pero tenía que admitir que los ogros de dos cabezas habían demostrado ser inmensamente útiles en la batalla para conquistar Quel'Thalas. Si bien era cierto que esos malditos enanos habían acabado con varias de esas criaturas, también era cierto que sin los ogros quizá no hubieran atravesado las líneas de la Alianza y no hubieran podido reagruparse. Por todo esto, al final, asintió.

—Haz lo que tengas que hacer —le dijo a Gul'dan—. Pero no tardes mucho. Necesitaremos toda la ayuda posible si queremos conquistar Lordaeron con rapidez.

—No me demoraré —le aseguró el brujo, sonriendo de oreja a oreja—. Tienes razón... debemos actuar con celeridad.

La forma en que pronunció esas palabras inquietó a Doomhammer, pero justo entonces, apareció Zuluhed corriendo. Acto seguido, Orgrim dejó de contemplar al jefe brujo con su penetrante mirada y se dispuso a escuchar el último informe sobre cómo transcurría la batalla en el bosque.

—No podemos atravesar sus defensas —le informó el cabecilla del clan Faucedraco, quien parecía más furioso que pesaroso—. Ni siquiera los dragones son capaces —insistió, sacudiendo la cabeza de lado a lado—. Pese a que lanzan su lluvia de fuego sobre la ciudad, las llamas ni la tocan y una barrera invisible que no pueden romper repele los ataques de sus garras.

—Eso es cosa de la Fuente del Sol —comentó Gul'dan, a la vez que se volvía para tomar parte en la conversación—. Esa fuente de magia otorga un inmenso poder a los elfos.



A Doomhammer no le sorprendió para nada que el brujo conociera ese dato.

—¿Hay alguna manera de destruirla, drenarla o aprovecharla para nuestros fines? —preguntó.

Gul'dan negó con la cabeza.

—Lo he intentado —admitió—. Puedo percibir su poder, pero es de un tipo con el que no estoy familiarizado, por lo que no puedo manejarla. —Entonces, se rascó su hirsuta barba—. Sospecho que únicamente los elfos tienen acceso a su poder, ya que esa magia está ligada a ellos y a estas tierras.

—¿No puedes usar los Altares para quebrar sus defensas? —fue la siguiente pregunta de Orgrim.

Gul'dan volvió a esbozar una gran sonrisa.

—Esa es una de las cosas que estoy intentando —respondió—. Pero aún no sé si funcionará; no obstante, los Altares han sido tallados con las Piedras rúnicas de los elfos, las cuales, originariamente, recibieron su magia de la Fuente del Sol. Quizá sea capaz de valerme de ese vínculo para enviar mi propia magia a la fuente original de ese poder con el fin de destruirla o arrebatarla.

Estaba muy claro cuál de las opciones prefería el brujo. A Doomhammer no le hacia ninguna gracia que pudiera llegar a tener tanto poder en sus manos. No obstante, eso sería mejor que dejarlo en manos de esos extraños, letales y silenciosos elfos.

—Haz lo que puedas —volvió a decirle a Gul'dan—. Aunque, ahora, entrar en esa ciudad es un objetivo secundario. Si bien no podemos entrar, ellos tampoco pueden salir. —Acto seguido, se volvió hacia Zuluhed, que seguía esperando—. Lo mismo se puede decir de los dragones. Quizá los necesitemos, sobre todo si la Alianza cuenta con más guerreros de los que esperamos en la capital. Si dentro de unos días, aún no han logrado quebrar la barrera, desistan y envíen a los dragones con el resto de la Horda. —En ese instante, miró a Gul'dan, quien ya se hallaba bastante lejos como para no poder oírle—. Y asegúrate de que tanto él como sus brujos los acompañan.

Zuluhed sonrió de oreja a oreja.

—Me lo llevaré a rastras si hace falta. E incluso ordenaré a algún dragón que se lo trague y lo transporte en su estómago si es necesario —prometió.

Orgrim asintió. Después, se alejó del líder Faucedraco para que este hablara con sus jinetes de dragones. Se marchó para comprobar si sus guerreros Roca Negra estaban preparados para partir hacia su próximo objetivo.

\* \* \*

La Horda tardó dos horas más en ponerse en marcha. Gul'dan y Cho'gall observaron cómo una oleada tras otra de guerreros orcos se alejaban de Quel'Thalas,

caminando pesadamente sobre los restos calcinados de los árboles que habían caído ante las llamas de los dragones. Un tercio del bosque había ardido por entero. Toda esa extensión estaba repleta de hollín, cenizas y alguna que otra hoja que se había chamuscado pero no se había quemado del todo. Esos guerreros habían acampado ahí, ya que se sentían más cómodos al aire libre que bajo los árboles que aún seguían en pie, a pesar de que el suelo se encontraba lleno de trozos de corteza, hojas y frutos secos. Por otro lado, ahora, se elevaban hacia el cielo unas nubes de hollín, que levantaban con sus pisadas las múltiples tropas que cruzaban las faldas de las montañas y se dirigían a otras cumbres situadas en la distancia. Doomhammer encabezaba la marcha, dando grandes zancadas con las que cubría una gran distancia, mientras su arma rebotaba ligeramente contra su espalda y piernas al andar. En ningún momento miró a su alrededor, pues estaba muy seguro de que no corría peligro alguno.

Gul'dan aguardó a que el último orco que cerraba la marcha desapareciera de su vista. Acto seguido, se volvió hacia Cho'gall.

—¿Estamos listos?

Las dos cabezas del cabecilla del Martillo Crepuscular sonrieron abiertamente.

—Sí, lo estamos —respondió.

—Bien. Dile a tus guerreros que partiremos de inmediato. Tenemos un largo camino que recorrer hasta Costasur. —En ese instante, se frotó la barba—. Zuluhed está muy ocupado con esa ciudad elfa y ni siquiera se dará cuenta de que nos hemos ido hasta que sea demasiado tarde.

—¿Y si envía a sus dragones a buscarnos? —inquirió Cho'gall. Normalmente despreciaba el peligro, pero su valor flaqueó al imaginarse a esas descomunales criaturas abatiéndose sobre ellos.

—No lo hará —le aseguró Gul'dan al ogro—. No se atreverá a hacer algo así sin que Doomhammer se lo ordene. Eso implica que tendría que enviar primero un mensajero que alcanzara al resto de la Horda y luego debería aguardar a recibir la respuesta. Para entonces, ya estaremos muy lejos de su alcance y Orgrim no se podrá permitir el lujo de prescindir de algunas de sus tropas para enviarlas en nuestra busca, no si quiere tomar esa ciudad humana.

Entonces, estalló en carcajadas. Llevaba semanas pensando en cómo librarse de la estrecha vigilancia de Doomhammer para poder llevar a cabo sus propios planes y, al final, ¡había sido el propio Jefe de Guerra quien le había servido la solución perfecta en bandeja! Si bien había esperado que Orgrim insistiera en que lo acompañara junto al resto de la Horda en esa marcha hacia la capital, la dura resistencia que habían planteado los elfos le había dado la excusa perfecta para quedarse atrás.

—Voy a darles las nuevas órdenes a mis guerreros —le anunció Cho'gall y, a continuación, se alejó vociferando órdenes.

Gul'dan asintió y se fue a preparar su propio equipo. Ansiaba iniciar esa nueva marcha, ya que cada paso lo alejaría más y más de Doomhammer y su implacable vigilancia y lo acercaría a su destino.

\* \* \*

Orgrim descendió por el estrecho sendero que atravesaba la cumbre de la montaña y se dirigió al pequeño valle situado allá abajo. Pese a que era de noche y el resto de la Horda estaba durmiendo, tenía asuntos muy urgentes que atender. Se desplazaba con sumo sigilo mientras buscaba a tientas entre esas piedras desgastadas un lugar firme donde poder pisar. Con una mano sostenía el martillo para que no le golpeará la espalda ni chocara contra esas paredes rocosas y con la otra palpaba lo que tenía por delante a lo largo de ese camino. En el cielo, brillaba una media luna que iluminaba bastante su trayecto. Además, podía oír el zumbido de algún insecto cercano. Pero aparte de eso, reinaba el silencio en las montañas.

Prácticamente, había alcanzado el valle cuando oyó diversos ruidos, provocados por alguien (o algo) de más o menos el tamaño de un orco que se desplazaba torpemente hacia el valle desde el extremo más alejado. Doomhammer se agachó y se escondió a un lado del sendero. Tomó el martillo que llevaba al hombro y lo sostuvo ante sí. Echó un vistazo con suma cautela y aguardó mientras esos ruidos iban en aumento. Entonces, vio que algo se movía a un lado del camino y observó cómo una figura envuelta en una capa ascendía por la última pendiente y se adentraba en el valle.

Más que un valle era un recoveco que quizás tuviera unos seis metros de ancho y cuatro y medio de largo. No obstante, ahí había rocas por todas partes, lo cual convertía ese lugar en un refugio perfecto y un escondite decente. Presumiblemente, esa era la razón por la que lo habían escogido.

Mientras Orgrim la observaba inmóvil, esa figura se apoyó sobre una roca para recuperar el aliento: acto seguido, se enderezó y echó un vistazo a su alrededor.

—¿Hola? —dijo en voz baja el hombre de la capa.

—Estoy aquí —contestó Doomhammer, quien se puso en pie, se abrió paso entre las rocas para abandonar el sendero y se adentró en el valle.

El extraño se enderezó aún más y lanzó un grito ahogado de asombro cuando el orco se aproximó. Orgrim pudo ver que aquel hombre llevaba una tizona a la cintura, una obra de arte inmaculada, y dedujo al instante que ese extraño nunca la había utilizado. *¿Por qué constantemente me veo obligado a tratar con cobardes, alfeñiques e intrigantes?*, se preguntó. *¿Por qué no trato más con guerreros, que son mucho más directos a la hora de expresar lo que quieren y más francos sobre los métodos que pretenden aplicar?*

Se había dado cuenta de que el hombre que había liderado los ejércitos de la Alianza en Quel'Thalas no era el mismo que los había liderado en Trabalomas, pero ambos lo habían impresionado. Seguro que eran guerreros, que seguían un código de honor y respetaban la fuerza y la honradez. Aunque claro, unos hombres tan nobles jamás habrían pedido reunirse de este modo.

—¿E-eres Lord Doomhammer? —tartamudeó aquel hombre, que retrocedió levemente y de un modo cobarde ante él—. ¿Hablas la lengua común?

—Soy Orgrim Doomhammer, cabecilla del clan Roca Negra y Jefe de Guerra de la Horda. Sí, domino perfectamente tu idioma —le confirmó Orgrim—. ¿Eres tú quién me envió ese mensaje, humano?

—Sí, lo soy —respondió aquel hombre, que se echó la capucha hacia delante como si quiera cerciorarse de que aún le ocultaba la cara. Doomhammer pudo comprobar que la capa estaba confeccionada con una tela excelente y poseía unos bordados exquisitos en los dobladillos—. Pensé que sería mejor que nos encontráramos antes de que ocurriera algo... desagradable —hablaba lentamente, como si se dirigiera a un niño.

—Muy bien.

Orgrim miró a su alrededor, para cerciorarse de que ese humano no había venido acompañado de algún asesino, pero no olió ni oyó a nadie más. Tuvo que dar por sentado que ese humano realmente había venido solo, tal y como había afirmado en su extraño mensaje, y asumir el riesgo de que tal vez lo estuviera engañando.

—No esperaba que un humano quisiera contactar conmigo —admitió Doomhammer entre susurros, a la vez que se agachaba para poder examinar a ese hombre con más detenimiento—. Sobre todo, de este modo. ¿Así es como suelen comunicarse los humanos? ¿Mediante aves entrenadas para enviar mensajes?

—Sí, es uno de nuestros métodos —contestó aquel hombre—. Sabía que ninguno de los míos sería capaz de acercarse suficiente a ti como para entregarte un mensaje; además, no sabía de qué otra manera podría contactar contigo, así que envié a ese pájaro. ¿Lo has matado?

Orgrim asintió y fue incapaz de evitar que una amplia sonrisa se dibujara en su cara. El hombre se sobresaltó y empezó a sudar a mares.

—No nos dimos cuenta de que era un mensajero hasta que nos percatamos de que llevaba un pergamino atado a la pata. Para entonces, era ya muy tarde. Espero que no quisieras que te lo devolviéramos.

Su interlocutor agitó una esbelta mano enguantada en el aire, como si quisiera quitarle hierro al asunto. Pese a que le temblaba la mano, su voz sonó bastante firme.

—Solo era un pájaro —replicó—. Estoy más interesado en tratar de evitar un número mayor de muertes que podríamos lamentar.

Doomhammer asintió.

—Eso decía tu mensaje. Bueno, dime, ¿qué quieres de mí?

—Ciertas garantías —respondió.

—¿De qué tipo?

—Quiero que me des tu palabra, como guerrero y líder, de que mantendrás controlados a tus guerreros —contestó aquel hombre—. No quiero que haya ningún asesinato, combate o saqueo ni que se cometa ninguna otra atrocidad en estas montañas. Dejen nuestras ciudades y aldeas intactas y no den caza ni acosen a nuestra gente.

Orgrim meditó al respecto mientras acariciaba distraídamente la cabeza de su martillo con una sola mano.

—¿Y nosotros qué ganamos a cambio?

El hombre sonrió; era una sonrisa gélida que, sin duda, pretendía ser amistosa pero que parecía únicamente taimada y artera.

—Tendrán vía libre —contestó lentamente, dejando que las tres palabras pendieran en la quietud del aire nocturno.

—¿Eh? —Doomhammer ladeó la cabeza, para indicarle al hombre que continuara.

—Tus guerreros y tú quieren cruzar estas montañas para conquistar Lordaeron — señaló aquel hombre—. Pero estos picos son muy traicioneros y, en ellos, aquellos que los conocen bien son capaces de combatir ejércitos mucho mayores. Tu Horda probablemente logrará vencer toda resistencia y cruzará las montañas, pero sufrirá muchas bajas, por lo que se encontrará muy debilitada cuando pretenda batallar contra los defensores de Lordaeron. —Volvió a sonreír y se apoyó de nuevo sobre la roca; no cabía duda de que se sentía muy satisfecho con su interpretación de la situación y su plan para utilizarla a su favor—. Puedo cerciorarme de que los defensores de esta región no se acerquen a tu ejército —le aseguró—. Te mostraré incluso qué senderos deben seguir para avanzar más rápido. Tu Horda podrá cruzar estas montañas rápidamente y sin hallar oposición.

Orgrim reflexionó sobre ello.

—En resumen, si dejamos tus tierras en paz —dijo en voz alta—, nos despejarás el camino, ¿verdad?

El hombre asintió.

—Correcto.

Doomhammer se enderezó y se acercó al hombre hasta que se halló a solo medio metro de él. A esa distancia, era capaz de distinguir algunos de los rasgos de aquel hombre que llevaba el rostro tapado por una capucha. Eran unas facciones estrechas, elegantes y calculadoras a pesar de que se hallaban dominadas por el miedo. Aquel hombre le recordaba a Gul'dan en cierto modo, pues era listo y siempre pensaba en su propio beneficio, aunque probablemente era demasiado cobarde como para traicionar a alguien más poderoso que él.

—Muy bien —dijo el orco al fin—. Acepto la propuesta. Muéstrame el camino más corto para cruzar estas montañas y yo haré que mis guerreros las atraviesen lo más rápido posible y no se paren para practicar el saqueo y el pillaje. En cuanto conquistemos estas tierras, proclamaré que estas montañas se encuentran bajo mi protección y que nadie podrá violar este territorio. Tú y los tuyos estarán a salvo.

—Excelente. —Ese hombre envuelto en una capa sonrió y dio una palmada como un niño—. Sabía que serías razonable. —Acto seguido, sacó un pergamino enrollado que llevaba atado al cinturón y se lo entregó a Orgrim—. Aquí tienes un mapa de esta zona —le explicó—. He señalado este valle para que puedas orientarte mejor.

Doomhammer desenrolló el mapa y lo examinó.

—Sí, es muy claro —dijo un momento después.

—Bien. —El hombre se le quedó mirando por un segundo—. Bueno, debo regresar con los míos —afirmó.

Orgrim asintió, pero no dijo nada más. Un instante después, el hombre se volvió y se alejó a paso ligero, se agachó entre unas rocas y fue bajando con sumo cuidado el risco que había más allá de ese valle. Por un momento, Doomhammer contempló la posibilidad de seguirlo. Ya tenía el mapa, que era lo que necesitaba; además, con un solo y rápido golpe habría podido acabar con la vida de ese hombre. Pero eso habría sido deshonroso. Una de las cosas que más odiaba de su propio pueblo, tras la transformación que habían sufrido, era su falta de honor. Tiempo atrás, en Draenor, habían sido una raza noble. Sin embargo, los traicioneros actos de Gul'dan lo habían cambiado todo, pues los habían transformado en unos meros salvajes sedientos de sangre. Orgrim estaba decidido a restaurar el orgullo y la pureza de su raza, y eso significaba que debían seguir un estricto código de conducta. Como ese hombre habría tratado con él de buena fe, no iba a traicionarlo. Doomhammer iba a seguir el sendero que el hombre le había marcado y si finalmente resultaba ser un camino rápido y las tropas humanas no les bloqueaban el paso, cumpliría con su parte del acuerdo.

Orgrim enrolló el pergamino, moviendo de lado a lado la cabeza. Lo colocó en su cinturón y volvió al sendero que le había llevado hasta ese valle. En cuanto regresara con los suyos, reuniría a sus lugartenientes y les mostraría la ruta que iban a tomar.

\* \* \*

—¿Nos ha llamado, majestad?

El general Hath, el comandante de las fuerzas de Alterac, se encontraba en el umbral de la puerta entreabierta de la sala de mapas. Perenolde pudo ver que los demás comandantes del ejército se hallaban tras el robusto general.

—Sí. Pasen, general, oficiales —dijo Perenolde, intentando que su voz transmitiera serenidad mientras les indicaba con una seña que entrasen—. He recibido una nueva información sobre la Horda y sus movimientos que deseo compartir con ustedes.

Se percató de que Hath y unos cuantos más intercambiaron unas miradas de manera fugaz, pero no dijeron nada mientras lo seguían hasta el impresionante mapa-tapiz que cubría la pared más lejana y mostraba toda Alterac de punta a punta; con todas sus ciudades y fortalezas destacadas en hilo de plata y el castillo, en hilo de oro.

—Me he enterado por fuentes extremadamente fiables de que la Horda se dirige directamente hacia nosotros —les explicó Perenolde. Varios oficiales profirieron un grito ahogado—. Al parecer, planea invadir Lordaeron y ha decidido cruzar las montañas para aproximarse a la capital por el norte.

—¿A qué distancia se encuentran? —inquirió apremiante el coronel Kavdan—. ¿Cuántos son? ¿Con qué clase de armas cuentan?

Mientras hacía estas preguntas, varios oficiales murmuraban a sus espaldas.

Perenolde alzó una mano y los oficiales se callaron de inmediato.

—No sé a qué distancia se encuentran esos orcos —respondió—. Aunque sospecho que a un día, tal vez dos, como mucho. No tengo ni idea de cuántos son, pero por lo que señalan todos los informes, son un ejército formidable, de eso no cabe duda. —Entonces, esbozó una tenue sonrisa—. Sin embargo, eso ya no nos concierne.

El general Hath se enderezó cuán largo era.

—¿Cómo que no nos concierne, majestad? —preguntó inquieto, mientras resoplaba de tal modo que su frondoso bigote gris se agitó—. Formamos parte de la Alianza y hemos jurado que combatiríamos contra la Horda.

—La situación ha cambiado —le informó Perenolde, quien era consciente de que estaba sudando a mares y de que sus oficiales se habían percatado de ello—. He reconsiderado nuestras opciones y he decidido que nuestra manera de enfocar este conflicto debe cambiar. De manera inmediata y efectiva, Alterac ha dejado de formar parte de la Alianza —respiró hondo—. Créanme, esto es lo mejor para todos.

Todos los oficiales parecían muy sorprendidos.

—¿Qué quieres decir, majestad? —inquirió Kavdan.

—He sellado un pacto de no agresión con la Horda —contestó Perenolde—. Si no les impedimos avanzar por las montañas, ellos, a cambio, dejarán Alterac en paz, no sufrirá daño alguno.

Esa respuesta pareció inquietar a sus oficiales e incluso le dio la impresión de que algunos de ellos estaban furiosos o incluso se sentían asqueados.

—¿Pretende que conspiremos con los orcos, majestad? —inquirió en voz baja Hath, en cuyo tono de voz se pudo apreciar un fuerte desprecio.

—¡Sí, vamos a conspirar con ellos! —le espetó Perenolde, perdiendo totalmente la compostura—. ¡Porque así voy a asegurar nuestra supervivencia! —Dejó que la ira y el terror que sentía tiñeran sus palabras—. ¿Acaso saben a qué nos enfrentamos? ¡La Horda, la Horda entera, planea atravesar estas montañas! ¡Nuestro hogar! ¿Acaso saben cuántos orcos la forman? ¡Millares! ¡Decenas de millares! —Hath asintió a regañadientes, así como unos cuantos oficiales más—. ¿Acaso saben cómo son esos orcos? He visto a uno de ellos, a no mucha más distancia de la que me hallo ahora de ustedes. ¡Son enormes! ¡Son casi tan altos como los trolls y el doble de anchos! Poseen unos músculos descomunales, así como colmillos y unos dientes muy afilados... además, el orco con el que me reuní portaba un martillo que se necesitarían tres hombres para levantarlo, ¡pero él lo blandía como si fuera un juguete para niños! ¡Ningún hombre puede hacer frente a algo así! Nos van a matar a todos, ¿acaso no lo entienden? ¡Ya han destruido Ventormenta y Alterac será la próxima en caer!

—Pero la Alianza... —se atrevió a decir Hath, pero la risa amarga de Perenolde le interrumpió.

—¿La Alianza qué? —replicó con brusquedad—. ¿Dónde está ahora? ¡Aquí no, como pueden ver! Formamos la Alianza, precisamente, para proteger nuestros reinos de este tipo de ataques, pero aquí estamos, con la Horda soplándonos en el cuello y sin que la valiosa Alianza haga acto de presencia. Nos han abandonado a nuestra suerte, ¿no lo ven? —En ese instante, se dio cuenta de que estaba alzando la voz de un modo que bordeaba la histeria, así que intentó controlarse—. Ahora cada reino debe sacarse las castañas del fuego —les dijo con la mayor calma posible—. Tengo que anteponer los intereses de Alterac por encima del resto. Los demás reyes harían lo mismo.

—Ya, pero esas bestias... —acertó a decir otro oficial llamado Trend.

—... son monstruosas y letales, sí, lo sé —le interrumpió Perenolde—. Pero son capaces de razonar. Me reuní con su líder. ¡Y hablaba la lengua común! Me escuchó y accedió a dejar nuestro reino en paz si no le obstaculizábamos el paso.

—¿Podemos... podemos confiar en ellos? —preguntó un oficial de menor graduación llamado Verand.

Perenolde profirió un leve suspiro al comprobar que unos cuantos oficiales asentían. Si se estaban preguntando eso mismo era porque ya habían aceptado que ese acuerdo era necesario... ahora solo les preocupaba si los orcos iban a cumplir o no su parte.

—No nos queda más remedio —respondió lentamente—. Pueden aplastarnos sin pensárselo dos veces. Si nos traicionan, estamos acabados. Pero si cumplen su palabra... y creo que lo harán... Alterac sobrevivirá. Da igual el precio a pagar por ello.

—Esto me sigue sin gustar —insistió Hath de un modo testarudo—. Dimos nuestra palabra a las demás naciones.



Sin embargo, el general parecía dubitativo, Perenolde sabía que estaba reevaluando la situación y que se había dado cuenta de que tal vez ese plan fuera su única oportunidad de sobrevivir.

—No les tiene por qué gustar —replicó Perenolde sin contemplaciones—. Solo tienen que obedecer. Yo soy el rey y he tomado una decisión. Me han jurado lealtad y, por tanto, deben cumplir mis órdenes.

Pese a que sabía que eso no les detendría si realmente no estaban de acuerdo con él, esperaba que hubiera logrado convencerlos, al menos tanto como para que su lealtad los empujara a seguir el camino correcto.

Hath lo observó detenidamente por un momento.

—Si esa es tu voluntad, majestad —dijo al fin—. Obedeceré.

Los demás también asintieron.

Perenolde sonrió.

—Bien. Y en lo que a la Alianza respecta, yo asumiré todas las consecuencias personalmente. —Acto seguido, se volvió hacia el mapa—. La Horda cruzará por aquí, aquí y aquí —dijo, señalando los desfiladeros del sur en el mapa. Se enfadó al comprobar que le temblaba la mano—. Debemos dejar sin vigilancia esos desfiladeros y la Horda los cruzará sin que tengamos que enfrentarnos a un solo orco.

Hath estudió el emplazamiento de esos desfiladeros.

—Su plan debe de consistir en atacar Lordaeron desde el norte —caviló, trazando una línea en el borde del tapiz que acababa en el lugar donde se hallaría la capital si el mapa continuara—. Yo no habría optado por esa estrategia, pero claro, tampoco cuento con su gran número de tropas... ni tengo su arrogancia. —Se volvió hacia Perenolde, con semblante dubitativo—. Los hombres quizá se opongan, majestad —aseveró con suma frialdad—. Pueden pensar que estamos traicionando a la Alianza, o incluso haciendo algo peor. —Por el tono en que pronunció esas palabras, dejó poco espacio a las dudas: él compartía esa opinión—. Si se produce una revuelta, no podremos detenerlos.

Perenolde reflexionó al respecto.

—Muy bien —dijo un momento después—. Diles a los soldados que la Horda solo planea utilizar los tres desfiladeros situados más al norte. Si alguien te pregunta cómo has obtenido esta información, hazle entender que algunos de nuestros exploradores y espías han sacrificado sus vidas para poder descubrir ese plan —asintió, satisfecho de su propia astucia—. Eso debería mantener a todo el mundo ocupado y lejos de todo peligro.

Hath asintió con brusquedad.

—Apostaré a nuestros hombres en esos destinos de inmediato, majestad —le prometió con cierta sequedad.

—Muy bien. —Perenolde obsequió al general con la sonrisa más afectuosa que fue capaz de esbozar, para demostrarle que le había perdonado por sus objeciones—. Ahora,

será mejor que se pongan en marcha. No quiero arriesgarme a que, cuando los orcos lleguen, nuestras tropas aún no estén en posición.

Los oficiales lo saludaron y abandonaron la sala de mapas ordenadamente... todos salvo Hath.

—¿Qué sucede, general? —inquirió Perenolde, quien ya no tenía que disimular su hastío.

—Ha llegado un mensajero, milord —contestó el general—. De la Alianza. Llegó cuando estabas... descansando. —Hath lanzó una severa mirada a la capa que yacía tirada sobre una silla en una esquina. Por su expresión, cabía deducir que sabía que Perenolde había salido del castillo y por qué—. Te espera fuera, milord.

—Tráelo aquí inmediatamente —replicó Perenolde, quien se acercó a grandes zancadas a la silla para recoger la capa—. ¿Has hablado con él?

—Solo para cerciorarme de quién lo enviaba —le aseguró Hath—. Supuse que querías oír las nuevas que trae cuanto antes.

El general ya se encontraba en la puerta de la sala de mapas cuando pronunció estas palabras. Entonces, hizo una seña a alguien que esperaba fuera. Se trataba de un joven vestido de cuero, cuya ropa estaba manchada por las vicisitudes del viaje, y que miraba al suelo nervioso.

—Majestad —acertó a decir el joven, que alzó brevemente la vista y la apartó al instante—. Te traigo saludos y un mensaje de Lord Anduin Lothar, Comandante de la Alianza.

Perenolde se aproximó al joven, arrastrando su capa tras de sí.

—Gracias, general, puede retirarse —le dijo a Hath, quien pareció sentirse aliviado y abandonó obedientemente la estancia, cerrando la puerta al salir—. Y ahora, joven —prosiguió hablando Perenolde al mismo tiempo que se volvía hacia el mensajero—, dime, ¿en qué consiste ese mensaje que traes?

—Lord Lothar dice que debe llevar sus tropas a Lordaeron —respondió el joven sumamente nervioso—. Es muy probable que la Horda ataque la capital y sus fuerzas deben ayudar a defenderla.

—Ya veo —Perenolde asintió, a la vez que se frotaba la barbilla y apoyaba la mano libre en el hombro del muchacho—. ¿Espera que regreses para informarle de nuestros avances en dicha cuestión? —inquirió.

El mensajero asintió.

—Ya veo —repitió Perenolde—. Es una pena.

Se giró hacia el muchacho y lo acercó hacia sí con gran fuerza. Entonces le clavó la daga que sostenía en la otra mano. La hoja sorteó las costillas por debajo y le perforó el corazón. El joven sufrió varias convulsiones y la sangre manó de su boca. Acto seguido, se

desplomó. Perenolde lo cogió antes de que se estrellase contra el suelo y lo tumbó con sumo cuidado.

—Habría sido mejor que te hubiera dado ese mensaje por escrito —le susurró Perenolde al cadáver, mientras limpiaba la daga con el propio cuerpo. A continuación, la envainó.

Después, arrastró el cadáver por la sala y lo llevó hasta una cámara oculta situada en una esquina. Lo tiró ahí dentro y escuchó varios golpes sordos, ya que rebotó por las paredes al caer. En ese instante, se le ocurrió quitarse la capa, que ahora estaba tan cubierta de sangre que no había manera de limpiarla y la tiró ahí dentro también. Una pena... le gustaban mucho sus bordados.

Un minuto después, Perenolde cerró la cortina que tapaba la entrada a la cámara oculta y cruzó la sala. Si Hath estaba esperando fuera, le diría al general que el mensajero se había tenido que ir de manera tan urgente que le había permitido usar su salida privada. Si no estaba esperando, la próxima vez que se encontraran, le diría a Hath que el joven había regresado con la Alianza. Y que su mensaje simplemente consistía en que se les pedía que se resistieran valientemente al avance de la Horda. Perenolde sonrió. Podía garantizar a la Alianza que ninguna fuerza orca atravesaría sus defensas. Ahora bien, los senderos de las montañas que no protegían sus fuerzas eran una cuestión aparte.

\* \* \*

Bradok aferró con fuerza las riendas, pero no por culpa del miedo. Se había olvidado de él la primera vez que su dragón había batido sus alas y lo había llevado a lo más alto del cielo. Surcar las nubes era algo realmente asombroso. Bradok, que siempre se había contentado con ser un guerrero obediente, había descubierto de repente la verdadera felicidad. Había nacido para eso, para surcar el firmamento, mientras su colosal dragón rojo batía las alas y el viento le acariciaba la cresta del pelo. Aún recordaba la gran emoción que lo había embargado al ver cómo su dragón escupía fuego, al ver cómo esa repentina ola de calor incineraba los árboles nada más tocarlos.

Entonces, miró hacia abajo y vio una extensión de color plateado en medio de los marrones y verdes de ese fértil y exuberante mundo. Sabía que eso era el mar, el mismo mar que había cruzado tras saquear ese otro reino hace mucho.

Bradok le propinó un golpecito con los talones a su dragón y urgió a su montura a descender en picado a gran velocidad, lo cual le resultó tremendamente estimulante. El mar fue aumentando de tamaño ante sus ojos y se extendió prácticamente hasta el horizonte. Ahora, podía distinguir las oscuras formas que se hallaban repartidas allá donde el mar se encontraba con la orilla. Esos debían de ser sus barcos, los que habían traído a la Horda

desde el otro lado del continente a este. Bradok los odiaba. Tampoco le hacía mucha gracia el agua. Sin embargo, el aire era algo maravilloso.

Tiró de las riendas para que el dragón abandonara su descenso en picado y planeara por encima de los navíos. Pudo ver cómo esos pobres orcos, que estaban sentados en esas bancadas que se extendían a lo largo de esas naves, batían con fuerza esos largos remos que hacían que se moviera el barco. Un ogro se encontraba cerca de la parte central de cada nave, marcando el tiempo con un tambor descomunal. Los orcos remaban al compás de ese ritmo y, gracias a sus firmes paladas, los oscuros barcos avanzaban por el mar.

Bradok se detuvo abruptamente y obligó a girar al dragón en el aire para poder echar un segundo vistazo. Sí, la primera vez no le habían engañado sus ojos. Los barcos se alejaban de la orilla y regresaban al mar, a pesar de que se suponía que debían permanecer a la espera, sin hacer nada, hasta que la Horda los necesitara de nuevo. Entonces, ¿por qué se habían puesto de nuevo en marcha?

Echó un vistazo a su alrededor y divisó una figura familiar en el navío que encabezaba la marcha. Se trataba de Gul'dan, el brujo. Bradok lo había temido en su día, al igual que la mayoría de los orcos, pero ya no le amedrentaba. Ahora que era un jinete de dragón, ¿qué tenía que temer?

Hizo que el dragón virara y descendiera sobre el barco en cabeza. Gul'dan se volvió hacia él mientras se aproximaba.

—¿Para qué te llevas estos barcos? —gritó Bradok, a la vez que agitaba su brazo libre en el aire y su dragón sobrevolaba el barco mientras avanzaba a su mismo ritmo. El brujo parecía desconcertado y alzó ambas manos, presa de la confusión. Bradok se acercó aún más con su dragón—. ¡Tienes que ordenar a los barcos que den la vuelta! ¡La Horda está en Lordaeron, no al otro lado de este mar! —volvió a gritar. Aun así, Gul'dan le indicó con un gesto que no podía oírle. Esta vez, Bradok se las ingenió para colocar su dragón justo encima del barco, de tal modo que se encontraba a solo tres metros del brujo—. He dicho que...

Súbitamente, Gul'dan estiró un brazo y un rayo verde brotó de él en dirección hacia el pecho de Bradok, quien sintió una oleada de intenso dolor y notó que los pulmones le fallaban y su corazón flaqueaba. En cuanto ambos órganos dejaron de funcionar, expiró. El mundo se tornó oscuro al instante y cayó de su silla. No se desplomó sobre el barco por poco, sino que cayó como un peso muerto sobre las olas. Su último pensamiento fue que, al menos, había tenido la oportunidad de volar.

Gul'dan esbozó una sonrisa burlona al ver cómo el cuerpo del jinete de dragón desaparecía bajo el agua. Le había hecho falta que el muy necio se acercara para poder lanzar un rápido ataque mágico que no permitiera a su adversario reaccionar y tomarse la revancha. También le había preocupado mucho qué iba a hacer el dragón una vez su jinete estuviera muerto. Así que observó con recelo cómo esa colosal bestia roja se encabritaba y

echaba la cabeza hacia atrás para proferir un feroz grito. Después, batió las alas con fuerza y se elevó hacia el cielo como un rayo. Gul'dan no le quitó la vista de encima hasta estar seguro de que el dragón no estaba trazando un círculo en el aire para atacar. Luego, volvió a contemplar el mar que se hallaba más allá de la proa del barco.

No se percató de que una segunda figura surcaba el cielo allá en lo alto. Torgus había adelantado a Bradok antes de que su amigo divisara los barcos y lo había visto todo. Ahora mismo, había obligado a dar la vuelta a su dragón y se dirigía a Quel'Thalas a máxima velocidad. Torgus estaba seguro de que Zuluhed querría saber lo que acababa de suceder y sospechaba que le iba a ordenar que fuera volando a informar al resto de la Horda, tal vez incluso al mismísimo Doomhammer.

\* \* \*

Los desfiladeros se encontraban totalmente desiertos, tal y como lo habían prometido. Orgrim encabezó la marcha, seguido por sus guerreros, que los cruzaron a paso ligero. Había confiado en que el extraño de la capa mantendría su palabra y se alegraba de haber estado en lo cierto; no obstante, esa ruta seguía siendo muy peligrosa. En esos desfiladeros de piedra tan estrechos, podrían bloquearles el paso con solo un puñado de guerreros y, en cuanto los cadáveres se amontonasen, quedarían tan atascados que no habría manera de cruzarlos. Por esas razones, espoleaba a sus tropas para que se dieran prisa, pues sabía que una vez hubiera dejado muy atrás esa fría región montañosa ya podría relajarse.

Les costó dos días enteros cruzar esas montañas cubiertas de nieve y descender a las faldas situadas en el extremo más alejado. En todo ese tiempo, los orcos no vieron a ni un solo humano. Algunos guerreros se quejaron incluso por no haber tenido la oportunidad de asesinar a ninguno durante ese viaje, pero sus cabecillas los calmaron al asegurarles de que pronto tendrían la oportunidad de matar a todos los que quisieran.

Al segundo día, la vanguardia de la Horda descendió en tropel por las montañas. Doomhammer, que encabezaba la marcha como siempre, se detuvo a contemplar el paisaje que tenía ante él. Más allá de las faldas de las montañas, se extendía un enorme lago, cuyas aguas brillaban con un color verde plateado bajo la luz del alba. En el extremo más alejado del lago, se alzaban más montañas, que se extendían de norte a sur conformando un leve ángulo. Las montañas que los orcos acababan de cruzar eran muy similares, salvo que se inclinaban hacia el este a medida que se alzaban. Estos nuevos picos estaban inclinados hacia el oeste y, juntas, ambas cordilleras formaban una gigantesca V, cuyo centro ocupaba el lago. Además, en la orilla norte del lago se alzaba una majestuosa ciudad amurallada.

—La capital.

Orgrim la contempló con detenimiento por un momento. Después, alzó su martillo con ambas manos y lanzó un grito de guerra. Los guerreros de la Horda respondieron a ese grito y, en breve, las colinas que los rodeaban reverberaron con los ecos de su ira, júbilo y sed de sangre. Doomhammer estalló en carcajadas. La gente de la capital ya debía de saber que él y los suyos se encontraban ahí, pero tras ese grito debían de estar temblando. La Horda se les iba a echar encima antes de que pudieran recuperarse del susto.

—¡A la capital! —exclamó Orgrim, alzando de nuevo el martillo—. ¡Vamos a aplastarla y así acabaremos con la oposición! ¡Adelante, guerreros! ¡Iniciemos el combate ahora que nuestro grito de guerra todavía resuena en sus oídos!

Doomhammer descendió raudo y veloz por esas laderas y alcanzó la llanura, que se elevaba ligeramente a medida que el líder orco avanzaba y se centraba en esa colosal ciudad amurallada que era su objetivo.



## CAPÍTULO DIECISÉIS

— ¡Milord! ¡Milord, los orcos se acercan!

El rey Terenas alzó la mirada, sobresaltado, en cuanto Morev, el comandante de la guardia, irrumpió en la sala del trono.

—¿Qué? —Se puso en pie, ignoró los gritos de pánico de los nobles y plebeyos congregados ahí para tener una audiencia con él e indicó con una seña al comandante que se acercara—. ¿Los orcos? ¿Aquí?

—Sí, milord —contestó Morev. El comandante era un veterano curtido en mil batallas, un guerrero al que Terenas conocía desde joven, por lo cual se quedó estupefacto al verlo tan pálido y tembloroso—. Han debido de cruzar las montañas... ahora mismo, mientras hablamos, ¡están ocupando el extremo más alejado del lago!

Terenas rozó al comandante al pasar junto a él y abandonó la sala del trono a grandes zancadas. Recorrió rápidamente el pasillo y subió por un corto tramo de escaleras que daba al balcón más próximo, que era el de la sala donde solía dibujar su esposa. Lianne se encontraba ahí dentro con su hija, Calia, y sus damas de compañía. Alzó la vista, sorprendida, cuando su marido entró y pasó a su lado, seguido de Morev.

Terenas abrió el balcón, salió... y se detuvo atónito. Normalmente, desde ahí, podía disfrutar de una impresionante vista de las montañas y el lago. Si bien todo eso seguía igual, la extensión verde que solía ver entre el agua y la roca era ahora negra y parecía agitarse ante sus ojos, como si esa tierra estuviera siendo revuelta desde el subsuelo. Sí, en efecto, la Horda había llegado.

—¿Cómo ha podido ocurrir algo así? —preguntó con apremio a Morev, quien también había salido al balcón y contemplaba esa escena boquiabierto—. Han debido de cruzar Alterac... ¿Por qué Perenolde no los ha detenido?

—Supongo que sus fuerzas se han visto superadas, milord —respondió Morev con cierto desdén; a pesar de hallarse dominado por el terror, no tenía ningún problema en mostrar que no tenía en gran estima al rey y los soldados de Alterac—. Los desfiladeros de esas montañas son tan estrechos que unas tropas competentes podrían haber contenido a la Horda, pero eso les habrá resultado imposible si han seguido unas órdenes dadas por un incompetente.

Terenas frunció el ceño y negó con la cabeza. Pensaba lo mismo que Morev sobre Perenolde; nunca le había caído en gracia, ya que siempre le había dado la impresión de ser un intrigante y un ególatra. No obstante, Hath, el general de Perenolde, era un comandante muy competente y un guerrero de gran valía. Lo normal era que hubiera diseñado una sólida defensa... a menos que Perenolde le hubiera dado otro tipo de órdenes, pues, por muy necias que fueran, tendría que obedecerlas.

—Envía varias palomas mensajeras a Alterac —decidió al fin—. Y al ejército de la Alianza también. Hazles saber cuál es nuestra situación. Ya descubriremos qué ha sucedido más adelante. —Terenas obvió señalar que, para que eso fuera posible, tendrían que sobrevivir a la inminente batalla—. Pero lo primero es lo primero. Reúne a los guardias, haz sonar la alarma y ordena que todo el mundo entre en la ciudad. No tenemos mucho tiempo.

Acto seguido, clavó su mirada en el lago y en las tinieblas que ya se estaban apoderando de la ribera más lejana, así como de sus aguas. No, no tenían mucho tiempo.

\* \* \*

Soltaron varias palomas que volarían hasta los demás líderes de la Alianza y hasta la última localización conocida del ejército aliado, en las Tierras del Interior. Una de esas palomas voló directamente a Stromgarde. Enseguida, le soltaron de la pata el mensaje que traía y se lo llevaron a Thoras Trollbane, el arisco dueño y señor de Stromgarde.

—¿Qué? —gritó Trollbane en cuanto lo leyó. Al instante, tiró la pesada jarra de madera de la que había estado bebiendo cerveza contra la pared más lejana, de modo que acabó hecha añicos y dejando astillas de madera por doquier, así como una mancha de cerveza que llegaba hasta el suelo—. ¡Ese idiota! ¿Qué ha hecho? ¿Acaso les ha dejado pasar?

Trollbane despreciaba a Perenolde... no solo porque eran vecinos y, por tanto, rivales que siempre tenían disputas sobre la delimitación de sus fronteras, sino porque ese tipo le desagradaba a nivel personal. Era demasiado escurridizo, demasiado artero. ¡Pero incluso un idiota arrogante y ostentoso como Perenolde debería haber sido capaz de bloquear el paso a ese ejército invasor! Tal vez no habría podido detenerlo completamente (ya que si la Horda era tan inmensa como Lothar había afirmado, y como subsiguientes informes habían confirmado, al final habría logrado abrirse paso de un modo u otro), pero al menos podría haber demorado a esos orcos bastante y haberles causado un buen número de bajas, y también podría haber advertido a Lordaeron para que pudiera preparar sus defensas adecuadamente. Ahora que los orcos se encontraban ya en las llanuras, junto al lago, Terenas no tendría tiempo para hacer nada, salvo cerrar las puertas y prepararse para el primer asalto.



Trollbane se puso en pie y recorrió de un lado a otro la habitación, mientras todavía sostenía el mensaje en su puño sin darse cuenta. Quería acudir en ayuda de su amigo, pero no estaba seguro de que eso fuera lo mejor que podía hacer. Terenas era un gran estratega y sus guardias se hallaban entre los mejores de esas tierras; además, las puertas y los muros de la capital eran fuertes y gruesos. Estaba seguro de que podrían resistir la primera oleada. El principal peligro al que se enfrentaban era que toda la Horda descendiera de las montañas y se llevara por delante la capital por el mero empuje de sus innumerables efectivos.

—¡Maldito sea! —Trollbane le propinó un puñetazo al brazo de su pesada silla en cuanto pasó junto a ella—. ¡Perenolde debería haber contenido a esos orcos! ¡Al menos, debería habernos avisado! ¡Ni siquiera él sería tan incompetente!

Se detuvo justo cuando iba a dar otro paso, ya que un pensamiento acababa de cobrar forma en su mente. Perenolde nunca había apoyado de un modo entusiasta a la Alianza. Tanto él como Greymane habían sido los únicos en mostrarse reticentes, recordó Trollbane. Repasó mentalmente lo acaecido en las reuniones que se habían celebrado en la capital, donde habían participado Lothar, Terenas y los demás. Sí. Greymane había desdeñado la idea; básicamente, porque alardeaba de que Gilneas era capaz de aplastar a cualquiera que fuera tan necio como para intentar invadirla. A Perenolde, sin embargo, no le gustaba la idea de tener que participar en una guerra. Trollbane siempre había creído que, en el fondo, su vecino era un cobarde, que no era más que un matón, pues siempre estaba dispuesto a luchar cuando llevaba las de ganar, pero odiaba participar en un combate si corría algún riesgo. Además, Perenolde fue quien había sugerido que intentaran negociar primero.

—¡Ese necio! ¡Ese maldito idiota traidor!

Trollbane le dio una patada tan fuerte a su silla que rodó por el suelo de granito. Lo había hecho, ¿verdad? ¡Había negociado con la Horda! Trollbane sabía que tenía razón. A Perenolde no le importaban los demás, solo se preocupaba de su propio pellejo. Habría sellado un pacto incluso con algunos demonios si así pudiera asegurar su supervivencia y el dominio de sus tierras. Y eso era exactamente lo que había hecho. Ahora todo tenía sentido. Ya sabía por qué la Horda había logrado atravesar las montañas sin que nadie diera la voz de alarma. Ya sabía por qué Perenolde no había respondido a los mensajes de nadie ni había avisado a nadie. Porque había dejado pasar a los orcos. Presumiblemente, porque le habían prometido un trato misericorde o que conservaría su autonomía tras la guerra.

—¡Rargh! —exclamó.

Como se le quedaban cortas las palabras para expresar su furia, Trollbane cogió el hacha que estaba colgada en la columna situada junto a su silla y golpeó con ella la mesa que tenía delante, haciéndola trizas de un solo golpe

—¡Lo mataré! —bramó.

Sus guerreros y nobles retrocedieron aterrorizados y alarmados. Esa reacción fue lo que le hizo recordar a Trollbane que no estaba solo. Y que esa venganza personal tendría que esperar. La guerra era lo primero.

—Reúnan a las tropas —les ordenó a sus sobresaltados guardias—. Nos vamos a Alterac.

—Pero milord —replicó el capitán de la guardia—, ¡la mitad de nuestras tropas ya están con el ejército principal de la Alianza!

Trollbane adoptó un gesto ceñudo.

—Bueno, qué le vamos a hacer. Traíganme a todos los hombres que puedan encontrar.

—¿Vamos a prestarles ayuda, señor? —preguntó uno de los nobles.

—En cierto modo, sí —respondió Trollbane, alzando de nuevo el hacha mientras le sonreía de oreja a oreja a aquel hombre—. En cierto modo, sí.

\* \* \*

Anduin Lothar levantó el visor de su yelmo, echó un vistazo a su alrededor y se limpió la suciedad y el sudor de los ojos con el dorso de la mano, al mismo tiempo que frotaba distraídamente su espada sobre el cadáver de un orco, con el fin de limpiar la sangre y las entrañas que la cubrían por entero.

—¿Es el último, milord? —inquirió uno de los soldados.

—No lo sé, hijo —contestó Lothar con total sinceridad, mientras recorría con la mirada esos árboles—. Eso espero, pero no contaría con ello.

—¿Cuántas de esas aberraciones deambulan por aquí? —preguntó de modo apremiante otro soldado, que estaba extrayendo su hacha de un orco que tenía a sus pies.

Ese pequeño claro se encontraba repleto de cadáveres, y no todos ellos eran orcos. Había sido una refriega muy desagradable; además, las ramas de los árboles de ese lugar estaban demasiado cerca del suelo como para que los Martillo Salvaje hubieran podido atacar con sus grifos, por lo que Lothar y sus hombres se las habían tenido que arreglar solos. Habían ganado, pero solo porque aquel reducido grupo de orcos se había apartado bastante, al parecer, del resto de las fuerzas orcas.

—Demasiadas —respondió distraído Lothar, y, acto seguido, sonrió abiertamente a sus hombres—. Pero ahora, son menos, ¿eh?

Sus soldados le devolvieron la sonrisa y Lothar se sintió muy orgulloso de ellos. Algunos de esos hombres procedían de Lordaeron, otros de Stromgarde, un par de ellos de Gilneas e incluso Alterac y unos pocos habían venido con él desde Ventormenta. Sin embargo, a lo largo de las últimas semanas, sus diferencias por razón de su procedencia

habían quedado apartadas a un lado. Ahora eran soldados de la Alianza y luchaban juntos como hermanos. Sí, estaba muy orgulloso de ello. Si el resto del ejército se compenetraba tan bien como este pequeño grupo, aún había esperanza para todos ellos, tanto en esta guerra como en la paz que esperaba que llegara después.

Entonces, por el rabillo del ojo, se percató de que algo se movía.

—Prepárense —les advirtió, al mismo tiempo que se bajaba el visor, se agazapaba con suma cautela y alzaba la punta de la espada hacia el lugar de donde procedía aquel movimiento.

No obstante, la figura que irrumpió a través de los árboles no era un orco sino un humano, uno de sus propios soldados.

—¡Señor! —exclamó jadeando aquel hombre, que se hallaba sin duda extenuado. No obstante, no parecía herido y llevaba su espada aún en la cintura—. ¡Traigo un mensaje, señor!

En ese instante, Lothar se dio cuenta de que ese hombre sostenía un trozo de pergamino en una mano que tenía tendida.

—Gracias —dijo, tomando el mensaje.

Un soldado le ofreció un odre con agua al mensajero, quien agradecido lo aceptó. Mientras tanto, Lothar estaba muy ocupado leyendo las palabras escritas en ese diminuto trozo de pergamino. La tensión se adueñó de los guerreros que se hallaban a su alrededor en cuanto se percataron de que apretaba con fuerza los dientes bajo el yelmo.

—¿Qué sucede, señor? —se atrevió a preguntar uno de ellos al fin, justo cuando Lothar alzaba la mirada y hacía una bola con ese pergamino, utilizando el índice y el pulgar, para luego deshacerse de él como si se tratara de un molesto insecto—. ¿Hay algún problema?

Lothar asintió, mientras intentaba digerir aún la información que acababa de recibir.

—La Horda se ha abierto paso hasta Lordaeron —les explicó en voz baja, provocando con esas palabras que varios soldados profirieran gritos ahogados—. Es muy probable que ahora mismo estén atacando la capital

—¿Qué podemos hacer? —preguntó apremiante uno de esos hombres (que procedía de Lordaeron, por lo que Lothar pudo recordar)—. ¡Debemos partir de inmediato!

Lothar hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Nos separa mucha distancia —le dijo al soldado con hondo pesar—. Nunca llegaríamos a tiempo —suspiró—. No. Tenemos que acabar con nuestra labor aquí, debemos cerciorarnos de que los orcos que se quedaron en las Tierras del Interior están muertos o han sido expulsados. No podemos permitir que la Horda se afiance aquí, desde donde podrían dirigirse hacia el norte o el sur, hacia cualquier lugar del continente.

Sus hombres asintieron, aunque no parecían muy contentos ante la perspectiva de tener que seguir deambulando por esos bosques en busca de orcos extraviados mientras sus amigos y familias se enfrentaban solos al resto de la Horda. Lothar no podía echárselo en cara.

—Turalyon y el resto del ejército de la Alianza ya van de camino hacia allí —les aseguró, lo cual hizo que la esperanza renaciera en el corazón de varios de aquellos guerreros—. Acudirán en ayuda de la capital. —En ese instante, aferró con fuerza su espada—. Y en cuanto hayamos concluido nuestra tarea, marcharemos hacia la capital y eliminaremos a todos los orcos que hayan huido de su ataque.

Los hombres lanzaron varios gritos de júbilo tras oír esas palabras. Lothar sonrió, a pesar de que la procesión iba por dentro. Sabía que iban a reaccionar así si les aseguraba que, después de todo, podrían ayudar a la Alianza, que se iba a alzar victoriosa, si les prometía que lo único que iban a tener que hacer cuando llegaran era un poco de «limpieza». Ojalá, al final, fuera todo así de fácil.

—Ya basta de distracciones —les advirtió a sus hombres tras dejarles disfrutar del momento—. Cerciorémonos de que no queda ningún grupo de orcos más por aquí. Luego, regresaremos al Pico Nidal para reagruparnos.

Los soldados asintieron obedientemente, alzaron sus armas y formaron de un modo un tanto desordenado. Lothar encabezó la marcha. Juntos, volvieron a adentrarse en los árboles, acompañados del mensajero.

\* \* \*

—¡Ya vienen!

El rey Terenas bajó la mirada y esbozó un gesto de contrariedad. La Horda orca había cruzado el lago (unos arqueros de vista muy aguda le habían asegurado que los orcos habían construido unos bastos puentes, pero desde ahí daba la impresión de que simplemente cruzaban en tropel el agua como si fueran hormigas) y se estaba aproximando rápidamente a los muros de la ciudad. Todavía le sorprendía lo numeroso que era ese ejército. Por lo que podía apreciar desde ahí arriba en las murallas, eran también unas bestias descomunales, ya que eran tan grandes como un hombre muy alto y mucho más anchos; además, poseían unos músculos potentes y unas enormes y monstruosas cabezas. Al menos, no vio ninguna arma de asedio, aparte de un grueso tronco que, sin lugar a dudas, pretendían usar como ariete. No obstante, le dio la sensación de que los orcos iban armados con enormes martillos y hachas, así como gruesas espadas. Y estaba seguro de que portaban consigo cuerdas y rezones.

Bueno, los muros de la ciudad seguían siendo tan robustos como siempre. Ningún enemigo había logrado jamás superar sus defensas, y Terenas estaba dispuesto a que eso siguiera siendo así.

Sin embargo, no habían podido prepararse del todo, claro está. No les había costado mucho reunir a la gente en el interior de la ciudad, pues la mayoría de ellos vivía entre sus muros. Reunir al ganado había resultado mucho más complicado, por lo cual algunos animales habían quedado abandonados a su suerte, al igual que todas las posesiones de esa gente, salvo las más pequeñas y valiosas. Los guardias habían hecho todo lo posible por asegurarse de que todos estaban dentro antes de cerrar y sellar las puertas; no obstante, casi todo el mundo había huido con poco más que lo puesto y alguna que otra herramienta u otra posesión que encima habían tenido que entregar. Seguramente, la Horda destruiría sus hogares. Terenas sabía que, tras la batalla, el proceso de reconstrucción sería muy largo. Aunque claro, para eso, primero tenían que rechazar el ataque de los orcos y expulsarlos de ahí.

Contempló las murallas, donde sus guardias y soldados aguardaban prestos para combatir. ¡Contaba con tan pocos hombres para defender unas murallas tan enormes! La mayoría de sus soldados habían marchado con Lothar y el resto de la Alianza. Terenas no se arrepentía de haber tomado esa decisión. Lothar había necesitado todos los soldados disponibles para conformar un ejército con el que poder detener a la Horda. Aunque claro, no esperaba que la Horda fuera a atacarlos aquí y mucho menos que las fuerzas aliadas no les hubieran bloqueado el camino o no estuvieran, ahora mismo, persiguiendo a los orcos por su retaguardia, ayudando así a defender la ciudad. No obstante, si la Alianza acababa ganando esa guerra, la caída de la capital sería un pequeño precio que pagar por la victoria.

Eso no quería decir que estuviera dispuesto a entregar al enemigo la ciudad. Terenas miró de nuevo hacia abajo y consideró que los orcos ya estaban muy cerca. Desde ahí, podía distinguir sus colmillos, así como las borlas, los huesos y las medallas que llevaban en los brazos o en la cabeza o colgados al cuello gran parte de ellos; obviamente, eran trofeos ganados en batallas previas. Bueno, acabarían descubriendo que esta nueva batalla iba a ser mucho más difícil que las anteriores. Al final, pasara lo que pasase, la Horda recordaría ese combate.

—¡Tiren el aceite hirviendo! —gritó Terenas y, más adelante, Morev y los demás asintieron.

Volcaron los enormes calderos sobre las murallas, dejando así que el aceite hirviendo cayera a chorros. Los orcos que lideraban la carga prácticamente habían alcanzado las murallas por aquel entonces, de modo que el aceite les cayó encima y los empapó por entero. Muchos de ellos gritaron de agonía mientras ese líquido les quemaba. Toda la primera línea de la vanguardia se desmoronó, retorciéndose de dolor. Unos cuantos lograron alejarse tambaleando, pero la mayoría no volvió a levantarse.

—¡Preparen más aceite! —ordenó Terenas.

Sus sirvientes se apresuraron a obedecerle y utilizaron unos palos robustos para levantar los pesados calderos; a continuación, se los llevaron. Rellenar esos calderos les iba a llevar un tiempo; además, tenían que calentar más aceite en ellos y subirlos luego de nuevo a las murallas. No obstante, no creía que la Horda se fuera a ir a ninguna parte. No iba a ser una refriega rápida o un conflicto breve; probablemente, iba a acabar siendo un largo asedio. Aunque gracias a la Luz Sagrada, tenían suficientes provisiones de comida y agua para varias semanas. Pero el aceite se acabaría en un par de tandas más; por suerte, solo era el primer movimiento de su estrategia defensiva. Terenas contaba con otros trucos bajo la manga que iba a mostrar a esos indisciplinados orcos que habían osado atacar su hogar.

\* \* \*

Thoras Trollbane atravesó esas montañas como si fuera uno de los robustos carneros de esa región, con la misma facilidad que estos. Con sus pesadas botas tachonadas fue hallando el terreno firme necesario para poder escalar esa superficie de granito gris. Sus hombres lo seguían; todos ellos eran avezados montañeros y curtidos guerreros. Como Stromgarde era un reino montañoso, sus niños aprendían a trepar por las paredes de las rocas y escalar los picos de las montañas.

Delante de él, se encontraba el primer desfiladero de Alterac. Trollbane pudo distinguir unas figuras que se desplazaban por la nieve que no dejaba de caer; unas figuras de complexión fuerte que avanzaban sin cesar, pero de un modo torpe. Sin lugar a dudas, los orcos de la Horda no estaban acostumbrados a esas altitudes ni a esos picos. Los desfiladeros habían sido tallados con sumo cuidado en esa cordillera para ese tipo de gente, para permitir el comercio y la comunicación tanto con Alterac como con otros reinos vecinos de Stromgarde. Sin embargo, Trollbane y su gente no necesitaban esas facilidades. Preferían escalar las alturas por donde les placiera, en vez de verse atrapados en una larga rampa como la que tenían delante. Los desfiladeros podían ser bloqueados con suma facilidad... y en ellos también se podían tender emboscadas muy fácilmente.

Trollbane hizo una seña a sus hombres y se agachó, con su hacha en ristre. Aún no, aún no... ¡Ahora! Dio un salto y aterrizó limpiamente en el desfiladero entre dos orcos a los que pilló por sorpresa. Atacó rápidamente con su hacha. Decapitó a uno de ellos y alcanzó al otro en la garganta en un golpe del revés. Ambos cayeron al suelo. Los orcos situados a ambos lados de los caídos trastabillaron y gruñeron mientras alzaban sus armas. Entonces, cuatro guerreros de Trollbane aterrizaron de un salto en el desfiladero; dos a la derecha de su líder y los otros dos a la izquierda. Acto seguido, despedazaron a los siguientes orcos de la hilera. Después, más y más hombres suyos se abalanzaron sobre los

orcos que se encontraban por detrás de los que ya estaban cayendo. En cuestión de minutos, dos decenas de orcos yacían muertos y el desfiladero se encontraba obstruido por un gran número de cadáveres.

Trollbane y sus hombres se llevaron a rastras a los orcos muertos, que ya se estaban quedando rígidos por culpa del frío, e hicieron un montón que llegaba hasta la parte superior del desfiladero. A continuación, apostó a diez de sus hombres ahí para custodiar ese obstáculo que habían improvisado y se llevó al resto de sus guerreros consigo.

—Bien —les dijo Trollbane mientras se abrían paso hacia el norte—. Ya nos hemos ocupado del primero.

El siguiente desfiladero se encontraba a menos de una hora de ascenso.

Nada más llegar, comprobaron que ese desfiladero también estaba repleto de orcos a los que atacaron del mismo modo. Trollbane pudo comprobar que los orcos eran unos temibles guerreros, grandes, fuertes y muy duros, pero carecían de experiencia a la hora de batallar en las montañas o con tanto frío, ni tampoco estaban acostumbrados a que sus adversarios saltaran sobre ellos. Tomaron el segundo desfiladero con la misma facilidad que el primero y lo mismo ocurrió con el tercero. El cuarto resultó un poco más difícil, ya que era el más ancho de todos; cuatro hombres podían caminar ahí en paralelo, o tres orcos, por lo que Trollbane y sus soldados tuvieron que saltar en grupos de cuatro. No obstante, consiguieron bloquearlo también en poco tiempo, aunque tuvieron que colocar unas cuantas rocas para asegurarse de que el paso quedaba bloqueado.

El quinto estaba totalmente despejado; al menos, no había ningún orco. Trollbane se encontró con unos cuantos guerreros que estaban apostados ahí, pero eran humanos y vestían el uniforme naranja de Alterac, aunque estaban apostados tanto en el desfiladero como por encima de él.

—¡Alto! —gritó uno de los soldados de Alterac al divisarlos al mismo tiempo que señalaba con su lanza hacia ellos—. ¡¿Quiénes son y qué hacen aquí?!

Varios de sus compañeros corrieron de inmediato hacia él para prestarle apoyo.

—Soy Thoras Trollbane, rey de Stromgarde —contestó Trollbane de un modo cortante, quien lanzó una mirada teñida de odio a los soldados, a pesar de que sabía que se limitaban a cumplir órdenes—. ¿Dónde está Perenolde?

—El rey está en su castillo —respondió el mismo soldado de una manera altanera—. Y ustedes están invadiendo nuestras tierras.

—¿Y qué sucede con los orcos? —preguntó Trollbane—. ¿Son invasores o son sus invitados?

—Los orcos no pasarán por aquí —afirmó otro soldado—. ¡Defenderemos este desfiladero con nuestras vidas!

—Bien —replicó Trollbane—, la cuestión es que no se encuentran en este desfiladero, sino en los cuatro situados más al sur.

Esa noticia sobresaltó a los soldados.

—Nos han ordenado que vigilemos este en concreto —aseveró uno de ellos, que parecía hallarse confuso—. Nos dijeron que los orcos intentarían pasar por aquí.

—Pues no es así —le espetó Trollbane—. Por suerte, mis hombres ya han bloqueado los demás desfiladeros, pero muchas de esas bestias ya los han cruzado en dirección a Lordaeron. —Uno de los soldados, que era mayor que los demás, un veterano sin duda, palideció al entender lo que implicaban esas palabras. Fue a él a quien dirigió Trollbane su siguiente pregunta—. ¿Dónde está Hath?

—El general Hath se encuentra en el siguiente desfiladero, con el grueso de nuestras fuerzas —contestó el soldado, quien por un momento permaneció pensativo—. Puedo llevarte hasta él.

Si bien Trollbane conocía el camino, también sabía que sería más fácil que lograra hablar con Hath si llegaba acompañado por un escolta. Así que asintió e hizo una seña a sus hombres para que los siguieran tanto a él como al soldado de Alterac.

Alcanzar el siguiente desfiladero les llevó otra hora más. Este era el sendero más ancho que cruzaba Alterac, era tan amplio que dos carros enteros podían pasar por él a la vez sin rozar las paredes, por lo cual era lógico que apostaran a la mayoría de los soldados ahí para vigilarlo. Siempre que los orcos fueran al norte en vez de al sur. Entonces, Trollbane divisó a Hath, que estaba hablando con varios oficiales de inferior grado, pero decidió esperar a que el soldado que lo había traído hasta ahí saludara al fornido general.

—¡General Hath, señor! —exclamó aquel hombre—. ¡Unos caballeros procedentes de Stromgarde desean verle!

Hath alzó la vista y frunció el ceño al ver a Trollbane.

—Gracias, sargento —replicó mientras se acercaba a ellos y devolvía el saludo de despedida al veterano, que ya se marchaba—. Majestad —dijo con tono muy solemne, a la vez que agachaba la cabeza ante Trollbane.

—General. —Trollbane siempre había congeniado con Hath. Aquel hombre era un soldado muy fiable, un gran estratega y un tipo decente. Siempre le había desagradado tener que luchar contra él y esperaba que esta vez no fuera necesario—. Los orcos están cruzando los desfiladeros del sur en tropel —afirmó sin rodeos—. Los hemos bloqueado.

Hath palideció.

—¿Por nuestros desfiladeros del sur? ¿Estás seguro? —Trollbane asintió y el general agitó la mano en señal de contrariedad—. Sí, claro que lo estás. Pero ¿por qué? El rey me dijo en persona que cruzarían por el norte, no por el sur. Por eso nos ha apostado aquí, para vigilar estos desfiladeros.

Trollbane miró a su alrededor. Ninguno de los soldados de Alterac se encontraba bastante cerca como para escucharle hablar en voz baja.



—Eres un gran soldado y un buen comandante, Hath —le susurró—, pero siempre has sido un mentiroso pésimo. Sabías que iban a cruzar por el sur, ¿verdad?

El general de Alterac suspiró y asintió.

—Perenolde llegó a algún tipo de trato con la Horda —admitió—. Les dejaría pasar a cambio de protección.

Trollbane asintió. Eso era justo lo que había sospechado.

—¿Cómo has podido transigir con esto? —inquirió con un tono apremiante.

La tensión se apoderó de Hath.

—¡Nos enfrentábamos a nuestra aniquilación! —replicó bruscamente—. ¡Nos habrían aplastado a todos y habrían masacrado a nuestro pueblo! ¡Nadie nos iba a ayudar! —En ese momento, hizo un gesto de negación con la cabeza—. Perenolde optó por proteger Alterac por encima de todo. Quizá lo que ha hecho no sea muy decente, pero ¡ha salvado muchas vidas!

—¿Y qué pasa con las vidas de los habitantes de Lordaeron? —le preguntó en voz muy baja—. Morirán porque has permitido que la Horda cruce las montañas sin ninguna traba.

Hath lo fulminó con la mirada.

—¡Son soldados! ¡Asumen el riesgo! ¡La Horda habría asesinado a nuestras familias, a nuestros hijos! ¡No es lo mismo!

Trollbane asintió, ya que sentía cierta compasión por aquel hombre maduro.

—No, no lo es —reconoció—. Y tu lealtad a tu pueblo es admirable. Pero si la Horda conquista Lordaeron, controlará todo el continente. ¿Qué te hace pensar que estarán a salvo?

Hath profirió un suspiro.

—No lo sé. El líder orco le dio su palabra a Perenolde, pero no sé hasta qué punto se puede confiar en esa criatura —negó con la cabeza—. Le dije a Perenolde que deberíamos ser leales a las demás naciones de la Alianza, pero no quiso hacerme caso. Le he jurado lealtad y debo obedecerle. Además, pensé que podría tener razón, que esta estratagema podría ser nuestra única oportunidad de sobrevivir. —Acto seguido, adoptó una expresión ceñuda—. Pero la supervivencia de la raza es más importante que la de un solo reino. Y si no tenemos honor, no tenemos nada. —Alzó la barbilla y una expresión severa se dibujó en su semblante—. Bueno, restauraré nuestro honor perdido —afirmó. Entonces, se giró y gritó a sus hombres—. ¡Cabo! ¡Reúne a los hombres! ¡Que todo el mundo se dirija a los desfiladeros del sur raudo y veloz! ¡Vamos a ayudar a nuestros amigos de Stromgarde a defender esos desfiladeros y a repeler el avance de la Horda orca!

—Pero señor... —se atrevió a objetar un soldado, pero Hath lo obligó a callarse con sus gritos.

—¡No me cuestione, soldado! —exclamó. El oficial lo saludó al instante y lo obedeció de inmediato. Entonces, Hath se volvió hacia Trollbane—. Está en el castillo —dijo secamente el general, al cual no le hizo falta explicar a quién se refería—. Su guardia personal seguirá ahí, pero solo son una veintena de hombres. Podría sacarlo de ahí.

Trollbane hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Ahora no tenemos tiempo de preocuparnos por él —señaló—. Además, si yo voy ahí a por él, se podría considerar que estoy realizando una invasión. Y si vas tú, te considerarán un traidor. —Frunció el ceño—. Dejemos que la Alianza ajuste cuentas con Perenolde más adelante. Por ahora, lo único que importa es bloquear el paso a la Horda.

El general asintió.

—Gracias.

Acto seguido, se dio la vuelta y se sumó a sus oficiales que estaban reuniendo a los hombres.

\* \* \*

—¡Maldita sea, llegamos muy tarde! —exclamó Turalyon, quien detuvo su montura y contempló con detenimiento el valle que se extendía ante él allá bajo.

Tanto él como Khadgar y el resto de caballería habían cabalgado lo más rápido posible, mientras las tropas marchaban tras ellos. Les había parecido que la mejor manera de cruzar hacia el oeste era a través de las laderas de Vega del Amparo para luego emerger al norte de la capital, de tal modo que pudieran alcanzar la ciudad desde la amplia llanura situada detrás de ella, donde se encontraban sus puertas principales. Ahora, sin embargo, no tenía tan claro que ese tiempo de más que habían empleado para lograr esa mejor posición estratégica hubiese merecido la pena.

Turalyon también había esperado que pudiera llegar a contar con la ayuda de las tropas de Thoras Trollbane, pero Stromgarde se hallaba demasiado lejos de su camino. Pese a que Turalyon incluso había considerado la posibilidad de desviarse de su ruta, en cuanto recibió la noticia de que la Horda había atravesado las montañas antes que ellos, se había sentido espoleado a seguir avanzando sin apartarse de su camino. ¡Tenían que llegar a la capital a tiempo!

Ahora, sin embargo, miraba hacia abajo desde la parte posterior de esa cordillera, para contemplar el valle que iba a dar a Lordaeron y el lago y pudo comprobar que había fracasado miserablemente. La Horda ya estaba ahí, se extendía por el valle y alrededor de esa orgullosa ciudad como un ramillete de hojas alrededor de un árbol en otoño.

—No han atravesado los muros —señaló Alleria, quien se encontraba a su lado. Ella y los demás elfos, tanto los guerreros como los forestales, no habían tenido ningún problema a la hora de seguir a pie el ritmo impuesto por los caballos. Tanto ella como

Lor'themar Theron se habían adelantado al resto de la formación junto a Turalyon para comprobar qué panorama les aguardaba por delante—. Aún no es tarde para prestarles nuestra ayuda.

—Tienes razón —admitió Turalyon, quien intentó olvidarse de su honda decepción para centrarse en evaluar la situación de un modo más desapasionado—. Esta batalla aún no está perdida. Gracias a nuestra ayuda, la capital no caerá. —En ese instante, se acarició la barbilla—. Quizá incluso podamos aprovechar nuestra posición estratégica —comentó en voz baja, mientras meditaba al respecto con más detenimiento—. La Horda todavía no sabe que estamos aquí, así que podríamos atraparlos entre nuestras fuerzas y las de la ciudad. —Frunció el ceño—. Aunque deberíamos conseguir que Terenas sepa que estamos aquí, para poder coordinar nuestros ataques y para que no se sienta como si le hubiéramos abandonado a su suerte.

Theron asintió, al mismo tiempo que observaba esa masa de orcos que pululaba allá abajo, en la lontananza.

—Es un buen plan —reconoció—. Pero dime, ¿cómo vamos a alcanzar la ciudad? Nadie podrá atravesar esa masa de guerreros indemne, ni siquiera un elfo.

Alleria asintió.

—Si nos halláramos en un bosque, yo podría hacerlo —admitió—, pero aquí, en una llanura abierta, no hay ningún sitio donde poder ocultarse. Intentar algo así sería un suicidio.

Khadgar, que se hallaba sentado a lomos de su caballo al otro lado de Turalyon, les mostró a los tres una amplia sonrisa.

—Yo puedo atravesar ese ejército orco —les aseguró, a la vez que se reía de las expresiones dibujadas en sus semblantes—. Aunque ahora falta un poco de ayuda —añadió, mientras lanzaba una mirada fugaz a una figura tatuada que acababa de posarse sobre unas rocas situadas junto a ellos.

\* \* \*

—¡Señor!

Terenas alzó la mirada y vio a un soldado que gritaba y señalaba a un lugar situado más allá de las murallas. Pensó que los orcos se estaban congregando en masa para realizar otro ataque y miró en esa dirección, siguiendo las indicaciones de aquel hombre; no obstante, el soldado parecía apuntar hacia arriba en vez de hacia abajo. Terenas se quedó boquiabierto al divisar una oscura figura que volaba hacia ellos.

—Que se preparen los arqueros —gritó, con la mirada clavada en esa silueta—, pero que no disparen hasta que yo dé la orden.

Era todo muy extraño. ¿Para qué iba alguien a enviar a un solo tipo volando, cuando allá abajo había millares y millares de orcos arremetiendo contra los muros? ¿Acaso se trataba de un explorador? ¿O de un espía? ¿O de algo totalmente distinto?

Los arqueros ocuparon su posición, con sus arcos largos preparados y tensados, y aguardaron pacientemente. La silueta se acercó aún más. Terenas pudo comprobar que se trataba de un grifo, aunque era una bestia mucho más salvaje y hermosa de lo que creía por lo que había visto en los blasones donde solía aparecer representada. Sus plumas relucían con colores dorados, violetas y rojos bajo el sol. Mientras se aproximaba, giró su feroz cabeza, como un pájaro, para observar todo cuanto había a su alrededor con sus ojos dorados.

Una figura se encontraba sentada sobre su espalda, sosteniendo unas riendas como si estuviera montando un caballo.

No parecía lo bastante grande como para ser un orco. Además, ese individuo iba bastante vestido, mucho más que esos guerreros de piel verde de abajo. Terenas lo observó detenidamente y profirió un suspiro de alivio en cuanto atisbo fugazmente que vestía de violeta. No portaba una armadura, sino que llevaba una túnica, y eso solo podía significar una cosa.

—¡Bajen las armas! —vociferó a sus arqueros—. ¡Es un mago de Dalaran!

El grifo cayó en picado hacia ellos, batiendo sus poderosas alas, y, de repente, se detuvo. Se quedó planeando por encima de sus cabezas, trazando círculos en el aire, mientras los arqueros se daban la vuelta y volvían a centrarse en vigilar a los orcos de abajo. Sin lugar a dudas, el jinete estaba buscando un lugar donde aterrizar. Al final, se posó en la esquina de una torre cercana, que contaba con un círculo muy ancho que señalaba dónde colocar un caldero, una balista o una almenara. Terenas se dirigió a grandes zancadas a ese lugar, seguido de cerca por Morev, y llegó a la torre justo cuando el grifo tocaba tierra y plegaba las alas.

—Bueno, me alegra comprobar que no se me ha olvidado cómo volar en un grifo —comentó el jinete, al mismo tiempo que pasaba una pierna por encima de la silla para bajarse de su montura.

»Gracias —le oyó Terenas susurrar al grifo, que graznó a modo de respuesta.

Acto seguido, el mago, cuya corta barba blanca era ahora visible, se volvió y Terenas lo reconoció.

—¡Khadgar! —exclamó, estrechando la mano del mago con fuerza—. Pero ¿qué haces aquí, montado en esa criatura?

—Le traigo buenas noticias —respondió el mago de aspecto avejentado, con una amplia sonrisa dibujada en su rostro. Aunque parecía cansado, por lo demás parecía estar bien—. Turalyon y su ejército se encuentran justo al otro lado del valle del norte —le informó a Terenas, al mismo tiempo que aceptaba agradecido el odre de vino que le ofrecía

Morev, al cual dio un rápido trago—. Atacaremos a la Horda por la retaguardia y así los alejaremos de ustedes.

—¡Excelente! —Terenas dio una palmada; por primera vez en muchos días, parecía contento—. Ahora que el ejército de la Alianza ya ha llegado, ¡podremos atacarlos desde dos frentes y machacar a los orcos entre los dos!

—Ese es el plan de Turalyon —admitió el mago alegremente—. Kurdran me ha prestado su grifo para que pudiera llegar hasta aquí y coordinar el ataque. Me alegro de que aún recuerde las lecciones que Medivh me dio sobre cómo montar una de estas criaturas.

—Vamos —le dijo Terenas—. Mis sirvientes se ocuparán del grifo... le darán de beber y seguro que le buscarán algo de comer. Pero ahora, hablemos de lo que Sir Turalyon cree que deberíamos hacer a continuación y sobre cómo vamos a hacer que esos hediondos orcos se arrepientan del día en que osaron levantarse en armas contra nuestra ciudad.

\* \* \*

—¡Ataquen! —exclamó Turalyon, quien lideraba el ataque, sosteniendo el martillo ante sí como si fuera una lanza, mientras espoleaba a su caballo para que saliera del agua, cruzara la ribera y se dirigiera hacia el colosal ejército orco ahí congregado.

Muchos de esos orcos seguían concentrados en las murallas de la ciudad, a las que todavía no habían hecho ninguna mella a pesar de su gran ferocidad, por lo que solo unos pocos oyeron el ruido de los cascos de su caballo y se giraron para mirar. Si bien uno de ellos abrió la boca para avisar a los demás, Turalyon le acertó con su martillo de lleno en la mandíbula, haciéndosela añicos; además, lo golpeó tan fuerte que le rompió el cuello. El orco se desmoronó y el caballo de Turalyon lo pisoteó.

Tras él, cabalgaba el resto de la caballería; detrás avanzaban los soldados de a pie, que ya habían cruzado la llanura norte de la ciudad. Ahora, arremetían contra la Horda, que se volvió para plantarles cara.

Fue entonces cuando dispararon las balistas de la ciudad. Al instante, una lluvia de piedras y flechas arreció sobre las espaldas de los orcos.

Turalyon guio a los miembros de la caballería hasta la vanguardia de la Horda, la cual atravesaron. Acto seguido, se dieron la vuelta y volvieron a cargar. Entonces, los defensores de la ciudad lanzaron su segunda oleada de ataques.

Los orcos se arremolinaban aquí y allá, sin saber muy bien qué hacer. Cuando intentaban arremeter contra la ciudad, los soldados de la Alianza los atacaban por detrás. Y cuando se volvían, eran los soldados de la guardia de la ciudad quienes los atacaban. Como aún no habían logrado atravesar las murallas de la capital, no podían correr a refugiarse en la ciudad; además, tampoco podían retroceder hasta el lago de la llanura y las montañas

pues se lo impedían los soldados aliados. Daba igual adónde fueran, pues solo les aguardaba la muerte.

Por desgracia, si algo le sobraba a la Horda eran tropas. Súbitamente, una hilera de colosales guerreros orcos avanzó, con sus armas en ristre, obligando a Turalyon y a sus jinetes a batirse en retirada. Los arqueros elfos lanzaron una salva de flechas que cayó sobre esos orcos, muchos de los cuales cayeron; sin embargo, de inmediato, otro guerrero sustituía a su compañero caído. Los orcos se abalanzaron sobre el ejército de la Alianza de un modo suicida, obligándoles a retroceder si no querían acabar aplastados bajo los pesados cadáveres orcos. Poco a poco, Turalyon y sus hombres fueron retrocediendo hacia el lago. En cuanto lograron alejarlos bastante, la mitad del resto de los soldados de la Horda centró de nuevo su atención en la capital. Arremetieron contra sus murallas, de tal modo que la ciudad agotó rápidamente sus provisiones de aceite, piedras y gravillas, así como de otros objetos que tiraban a sus atacantes.

Las balistas no servían para atacar a alguien que ya estaba junto a las murallas, salvo que quisieran hacer más daño que los invasores a las defensas de la ciudad. Por tanto, los orcos tenían vía libre para escalar las murallas y derribar con un ariete las puertas. Por ahora, las puertas resistían, pero estaban sufriendo un daño tremendo. Algunos guerreros orcos habían logrado encaramarse ya a las murallas, con unas grandes sonrisas dibujadas en sus labios. En cuanto llegaban arriba del todo, a la mayoría los detenían, golpeaban y mataban; sin embargo, unos cuantos lograron alcanzar su meta y atacaron a los guardias apostados en las murallas, provocando así que se desorganizaran y dejaran huecos en las defensas. Pese a que todos los orcos de la primera oleada que logró llegar hasta arriba del todo murieron, muchos más venían tras ellos. Sus cadáveres se amontonaban y proporcionaban a los orcos que venían por detrás cierta protección mientras escalaban las murallas, pues les permitían tener una superficie sólida sobre la que ascender y preparar sus armas para atacar a los guardias.

—¡Esto no está funcionando! —le gritó Khadgar a Turalyon mientras retrocedían a lomos de sus caballos por un vasto puente que los orcos habían construido para atravesar el lago—. ¡No contamos con suficientes efectivos como para poder derrotarlos con esta estrategia! ¡Tenemos que cambiar de táctica!

—¡Estoy abierto a cualquier sugerencia! —replicó Turalyon, al mismo tiempo que destrozaba con su martillo a un orco que arremetía contra él—. ¿No puedes utilizar tu magia para combatirlos?

—Sí, pero no servirá de mucho —contestó Khadgar, a la vez que atravesaba con su espada a un orco que se había acercado demasiado—. Puedo matarlos con mis hechizos, pero solo a unos pocos cada vez. También podría invocar una tormenta, pero eso tampoco serviría de nada; además, me quedaría tan agotado que ya no podría lanzar más hechizos.

Turalyon asintió.

—¡Todos nuestros hombres deben cruzar el lago y defender este puente! —le dijo a su amigo, mientras blandía de nuevo su martillo y utilizaba su escudo para empujar a un orco al agua que fluía a sus pies—. Después, esperaremos a que dejen de prestarnos atención y los volveremos a atacar en cuanto nos den la espalda.

Khadgar se limitó a asentir, pues estaba demasiado ocupado defendiéndose como para poder hablar. Esperaba que el nuevo plan funcionara. Porque si no, a la Horda le bastaría con quemar ese puente y seguir arremetiendo contra las puertas de la ciudad hasta que cedieran. En cuanto las puertas cayeran, entrarían en la ciudad y ya sería imposible detenerlos. En Ventormenta, Khadgar había sido testigo de cómo los orcos tomaban una ciudad. Y no quería volver a serlo.

\* \* \*

—¡Las puertas están cediendo!

Terenas negó con la cabeza como si así pudiera hacer que ese grito desapareciera. Además, estaba demasiado ocupado como para comprobarlo por sí mismo. Un orco, que había logrado encaramarse a la parte superior de la muralla a poca distancia de donde el rey se hallaba observando la batalla que se libraba allá abajo, avanzaba ahora hacia él. Sonreía tan abiertamente que le estaba mostrando sus afilados colmillos al mismo tiempo que trazaba lentos arcos en el aire con su pesado martillo de guerra. Terenas recogió una espada caída en el suelo a regañadientes, pues era consciente de que no era un guerrero.

Entonces, alguien apareció a su lado. Comprobó, aliviado, que se trataba de Morev. El comandante de la guardia portaba una larga lanza con la que obligó al orco a retroceder.

—Debería ir a ver cómo están las puertas, milord —le sugirió con total serenidad, mientras amenazaba de nuevo al orco con ensartarlo—. Yo me ocuparé de esto.

Terenas pudo ver que varios guardias más se aproximaban hacia el orco por el otro lado, dos de ellos iban también armados con lanzas.

Tras aceptar que ya no lo necesitaban ahí, Terenas dejó recomfortado la espada en el suelo y se alejó de ese lugar. Tuvo que agacharse para recorrer un corto tramo de escaleras que atravesaba la muralla y fue a parar cerca de la pequeña armería de la guardia. Acto seguido, se dirigió a una estrecha pasarela que se extendía a lo largo de la muralla y que iba a dar a una corta escalera. Subió a saltos esos peldaños y volvió a la parte superior de las murallas, aunque esta vez se encontraba sobre las puertas principales.

Notó los terribles golpes antes de llegar a la parte de arriba del todo. Las piedras se estremecían y le rechinaban los dientes. Al mirar hacia abajo, pudo comprobar que estaban golpeando las puertas principales con un grueso tronco. Incluso desde ahí arriba, Terenas podía ver que se estremecían cada vez que recibían un impacto.

—Apuntálenlas —le ordenó a un joven teniente que se hallaba cerca—. Reúne a unos cuantos hombres y apuntalen las puertas principales.

—¿Con qué, milord? —inquirió el joven oficial.

—Con cualquier cosa que encuentren —respondió el rey.

Entonces, posó la mirada sobre un lugar situado más allá de las murallas, sobre esa masa formada por incontables orcos que luchaban contra él y su ciudad. En la lejanía, divisó un puente donde relucía algo metálico. De inmediato, fue consciente de que Turalyon y su ejército se habían retirado hasta ahí para poder planear su próximo movimiento. Terenas esperaba que concibieran una buena estrategia.





# CAPÍTULO DIECISIETE

— ¡Y a son nuestros! —gritó un orco.

Doomhammer sonrió de oreja a oreja. ¡Tenían la victoria al alcance de la mano! No obstante, por mucho que enviara a más y más guerreros a derribar las murallas de la ciudad, estas no caían y se mantenían firmes. Sin embargo, las puertas sí estaban cediendo ante las constantes embestidas del ariete. En cuanto cayeran, sus guerreros entrarían en la capital como una marea imparable para aplastar a los defensores de la ciudad que aún quedaran en pie y saquearla. Entonces, utilizarían la capital y el bosque elfo como bases para poder expandirse por el resto del continente con gran rapidez y empujarían a los humanos hasta las costas y, por último, al mar. Una vez hecho esto, estas tierras pertenecerían a la Horda y, por fin, podrían poner punto final a la guerra e iniciar una nueva vida.

*Qué pena que los ogros no estén aquí,* pensó Orgrim una vez más, mientras observaba, apoyado sobre su martillo, cómo sus seguidores arremetían una vez más contra las robustas puertas de hierro y madera de la ciudad. Los ogros habrían sido capaces de trepar por esas murallas y tal vez hubieran logrado abrir a garrotazos algunos agujeros en esa gruesa piedra. En ese instante, se preguntó por qué Gul'dan, Cho'gall y sus respectivos clanes no habían llegado aún. Aunque era consciente de que él y sus tropas habían cruzado con gran rapidez las montañas, el resto de sus subalternos ya deberían haber llegado.

— ¡Doomhammer!

Orgrim alzó la mirada y vio que uno de sus guerreros señalaba al cielo. ¿Más grifos?, se preguntó esbozando un gesto de contrariedad. Esas criaturas con plumas habían demostrado ser letales en los bosques de las Tierras del Interior, así como en Quel'Thalas. Por aquí, hasta ahora, solo había visto a un puñado de esas bestias; una de ellas había aterrizado en el castillo y se había ido cierto tiempo después, pero no había participado en la batalla. Aun así, no bajaba la guardia. Los enanos Martillo Salvaje eran fornidos y robustos; sus monturas, muy rápidas; y sus martillos de tormenta, casi tan letales como los martillos de guerra de su propia gente. No eran un enemigo al que se pudiera subestimar, a pesar de su corta estatura, y se debía estar preparado por si aparecían más.

Entonces, una silueta oscura cobró forma entre las nubes y se hizo más y más grande, aunque era demasiado grande y sinuosa como para ser un grifo. Doomhammer oyó los vítores que lanzaron muchos de sus guerreros en cuanto esa sombra los cubrió. ¡Era un dragón! ¡Qué gran noticia! Con sus llamas, esa descomunal bestia podría reducir las puertas de la ciudad a cenizas y freír los defensores de las murallas. ¡La capital ya era suya!

El dragón aterrizó lejos del lago. Un gigantesco orco desmontó de la silla que llevaba esa bestia a la espalda en cuanto esta se posó en tierra, Orgrim se acercó hacia él, al mismo tiempo que colocaba el martillo en las sujeciones que llevaba a la espalda.

—¿Dónde está Doomhammer? —preguntó apremiante el jinete del dragón—. ¡Debo hablar con él!

—Aquí estoy —contestó Orgrim, mientras sus guerreros se apartaban para dejarlo pasar—. ¿Qué ocurre?

El jinete se giró hacia él y Doomhammer se dio cuenta de que conocía a ese guerrero. Era uno de los subalternos favoritos de Zuluhed, un poderoso guerrero, que, según los informes, había sido uno de los primeros en atreverse a montar a los dragones cuando todavía estaban sin amaestrar. Torgus, sí, ese era su nombre.

—Traigo un mensaje de Zuluhed —anunció Torgus, con una extraña expresión dibujada en su ancho rostro.

Orgrim vio en esa expresión una mezcla de ira y confusión, y quizá también algo de vergüenza e incluso miedo.

—Soy todo oídos —replicó Doomhammer, quien se acercó hasta colocarse dentro del círculo que conformaba la cola de dragón, que yacía enrollada sobre el campo de batalla. Los orcos que se hallaban cerca se percataron de lo que sucedía y retrocedieron para concederles cierta privacidad.

—Gul'dan... —dijo Torgus. Pese a que era un orco enorme, tan alto como el mismo Orgrim, no era capaz de mirarlo a la cara—. Gul'dan ha huido.

—¿Qué? —Ahora Doomhammer comprendía el miedo que había visto en el semblante del jinete de dragón. Le hirvió la sangre de rabia y aferró con tanta fuerza su martillo que su mango de madera crujió a modo de protesta—. ¿Cuándo? ¿Cómo?

—Poco después de que te marcharas —respondió Torgus—. Cho'gall se ha ido con él. Los clanes Martillo Crepuscular y Cazatormentas se han unido. Se han subido a los barcos y han partido hacia el Mare Magnum en dirección sur. —En ese momento, alzó la mirada. La ira se impuso al miedo en su semblante—. Un miembro de mi clan los divisó y bajó volando con su montura para preguntarles por qué habían partido. Gul'dan lo mató con su nauseabunda magia. ¡Lo vi con mis propios ojos! Pese a que quería perseguirlo, sabía que debía informar a Zuluhed primero. Ha sido él quien me ha ordenado venir aquí de inmediato.

Orgrim asintió.

—Has hecho bien —le aseguró al jinete del dragón—. Si Gul'dan ha sido capaz de matar a tu compañero de clan, seguramente no habría dudado en matarte a ti también y entonces no habríamos tenido conocimiento de su traición —gruñó y mostró sus dientes de un modo amenazante—. ¡Maldito sea! ¡Sabía que no se podía confiar en él! ¡Y, encima, se ha llevado los barcos!

—Podemos perseguirlo por el aire —sugirió Torgus—. Zuluhed me dijo que el resto de jinetes de dragón estarían preparados para actuar. Podríamos reducir sus barcos a cenizas, así como a todo orco que se halle a bordo.

Doomhammer frunció el ceño.

—Sí, pero para eso, tendrían que acercarse mucho a esos barcos. Gul'dan es un mago muy poderoso y Cho'gall también. —Entonces, golpeó el suelo con su martillo—. ¡Sabía que esos Altares que levantó iban a acabar siendo un problema! ¡Y pensar que he dejado transformar a ogros en unos nuevos y formidables guerreros que han pasado a engrosar las filas de su propio ejército!

Orgrim se mordió con fuerza el labio inferior, castigándose así por su estupidez. Le había embargado tanta emoción al saber que podría contar con nuevas armas para combatir contra los humanos que había ignorado lo que le había advertido su instinto: que ese brujo siempre actuaba en beneficio propio.

Torgus seguía aguardando sus órdenes. Entonces, otro orco se aproximó corriendo y ambos se giraron hacia él. Se trataba de Tharbek, el joven segundo al mando del clan Roca Negra que lideraba Doomhammer, quien se detuvo a una distancia prudencial de la cola del dragón, que este agitaba presa de la inquietud y el enojo.

—¿Sí?

—Tenemos un problema —respondió Tharbek sin rodeos—. No llegan refuerzos de las montañas.

—¿Qué? —Orgrim se volvió y clavó la mirada en algo situado más allá de aquel dragón, en las Montañas de Alterac. En ese instante, y sin ningún género de dudas, pudo apreciar que se había detenido el tenebroso flujo de orcos que hasta entonces había estado cruzando sin parar los desfiladeros del sur—. ¿Qué ha ocurrido?

Tharbek negó con la cabeza.

—No lo sé —respondió—. Pero según parece, ya no podemos atravesar los desfiladeros. He enviado a unos cuantos guerreros a esa zona para comprobar qué sucede, pero ninguno ha regresado.

Por su expresión, no cabía duda de que ya tendrían que haber vuelto.

—¡Maldición! —Doomhammer apretó los dientes con fuerza—. ¡Ese humano nos ha traicionado! ¡Sabía que no debía confiar en alguien capaz de vender a su propia raza!

Aun así, había creído que el hombre de la capa sería demasiado cobarde como para volverse contra ellos. O bien la Alianza se había hecho con el control de ese reino, o bien lo habían amenazado con algo mucho peor que el sometimiento a la Horda... o tal vez habían descubierto que los había traicionado y lo habían apartado de ese puesto de poder que le permitía controlar esos desfiladeros. Sí, lo último era más probable. Le había dado la impresión de que ese humano se había mostrado demasiado ansioso por negociar como para echarse ahora atrás; sobre todo, cuando todavía había guerreros de la Horda cerca de su reino. Lo habían pillado con las manos en la masa y lo habían depuesto; otros controlaban ahora esa región montañosa.

Pero eso ya no importaba demasiado, pues las consecuencias seguían siendo las mismas.

—¿Cuántos orcos han quedado atrapados ahí arriba? —exigió saber.

Tharbek se encogió de hombros.

—Eso es imposible de saber —contestó—. Pero al menos, la mitad del clan, si no más. —Eché un vistazo a su alrededor—. Aunque aún contamos con muchos guerreros aquí —afirmó—. Y en cuanto Gul'dan y los demás lleguen, tendremos muchos más.

Orgrim se rio amargamente, mientras la confusión de adueñaba de su mente.

—¡Los demás! ¡Los demás no van a venir! —Tharbek se sorprendió al escuchar esas palabras—. Gul'dan nos ha traicionado —le explicó a su segundo al mando, aunque le costó mucho decirlo—. Se ha llevado los barcos y dos clanes enteros. Ha partido hacia el Mare Magnum.

—Pero ¿por qué? —preguntó un Tharbek francamente desconcertado—. Si perdemos esta guerra, nos quedaremos todos sin un hogar, incluido él.

Doomhammer hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Esta guerra nunca fue una prioridad para él. —Regresó mentalmente a su encuentro con el brujo en Ventormenta y se acordó de lo que Gul'dan le había dicho entonces—. Ha descubierto algo, algo muy poderoso —recordó vagamente—. Algo que le otorgará tanto poder que ya no necesitará a la Horda.

—¿Qué vamos a hacer? —inquirió Tharbek, quien posó la mirada sobre la ciudad y la observó con otros ojos—. Quizá ya no contemos con guerreros suficientes como para poder tomarla —afirmó.

Si bien Orgrim se negó a mirar, sabía que su segundo al mando tenía razón. Las defensas de esa ciudad habían demostrado ser mucho más sólidas de lo esperado y sus defensores, mucho más fieros. El ataque que habían recibido por la retaguardia por parte de las fuerzas de la Alianza los había pillado por sorpresa y había menguado tremendamente sus filas. Además, ahora ya no podían esperar que llegaran más refuerzos por ningún lado.

No obstante, ese no era el único problema que lo acuciaba. La traición de Gul'dan era un duro golpe, pero lo más preocupante es que se había llevado a muchos orcos consigo, que estaban anteponiendo sus propios fines por encima de los objetivos de la Horda, que anteponían sus propios deseos egoístas por encima de las necesidades de su propio pueblo. Eso era, precisamente, lo que había llevado a Doomhammer a asesinar a Blackhand y asumir el control de la Horda, lo que le había llevado a jurar que iba a poner punto y final a la corrupción para restaurar el honor de su pueblo. No podía permitir que esta nueva traición quedara impune. Daba igual el precio que la Horda, o él, tuvieran que pagar por ello.

—¡Rend! ¡Maim! —vociferó Orgrim.

Los hermanos Blackhand oyeron su llamada y se aproximaron raudos y veloces, ya que, quizá por su tono de voz, se habían dado cuenta de que el Jefe de Guerra no iba a tolerar ninguna demora.

—Lleven al clan Diente Negro al sur —les ordenó Doomhammer, mientras hacía un esfuerzo por recordar los mapas que sus exploradores habían trazado con la ayuda de los trolls—. Deben sortear este lago para luego cruzar las Tierras del Interior. Después, marcharán hasta el mar. Gul'dan ha huido, pero no ha podido llevarse todos los barcos, pues solo contaba con el apoyo de dos clanes. El resto de nuestros navíos deben de seguir ahí, a la espera. —En ese momento, esbozó un gesto de contrariedad y mostró sus colmillos—. Persigan a esos traidores y destrúyanlos, que no quede ni uno vivo. Que sus cadáveres se hundan en las profundidades del mar.

—Pero... ¡la ciudad! —protestó Rend—. ¡La guerra!

—¡El honor de nuestro pueblo está en juego! —exclamó Orgrim, a la vez que alzaba su martillo y adoptaba una posición de ataque. Acto seguido, le lanzó un gruñido al otro cabecilla, al que retó con la mirada a desafiar sus órdenes—. ¡No podemos permitir que sus actos queden sin castigo! —vociferó, lanzando una mirada iracunda a los hermanos Blackhand—. Consideren esto como una oportunidad de recuperar su honor. —A continuación, respiró hondo e intentó serenarse—. Yo partiré con mi clan hacia el sur un poco más tarde. Retrocederé lentamente para impedir que la Alianza los siga y desataré el caos por todas las tierras que cruce. Mantendremos la ruta hasta esta ciudad totalmente abierta. En cuanto hayan cumplido su misión, regresaremos —afirmó, a pesar de que albergaba serias dudas al respecto, ya que su segundo ataque no iba a poder contar con el factor sorpresa que facilitó el primero.

Los Blackhand asintieron, aunque no parecían hallarse muy contentos.

—Cumpliremos tus órdenes —aseveró Maim.

Acto seguido, su hermano y él se alejaron para impartir órdenes a sus guerreros.

Doomhammer se volvió hacia Torgus, quien seguía cerca de él, a la espera de instrucciones.

—Dile a Zuluhed que debe enviar a todos los dragones al Mare Magnum —le dijo al jinete de dragón—. Vuela lo más rápido posible. Vas a tener la oportunidad de vengar la muerte de tu compañero de clan.

Torgus asintió y sonrió ampliamente con solo pensar en que iba a poder cobrarse venganza. Entonces, se dirigió hacia su dragón. Orgrim retrocedió para dejar a esa criatura descomunal el espacio necesario para que pudiera extender sus colosales alas y volar de nuevo. Doomhammer los observó alejarse y volvió a apretar los dientes, mientras le temblaban las manos por culpa de la ira y la indignación. ¡Había estado tan cerca de lograrlo! ¡Solo habría necesitado un día más para que la ciudad fuera suya! Pero ahora, esa oportunidad se había esfumado. Tenía muy pocas posibilidades de ganar esa guerra. Además, el honor estaba por encima de todo lo demás.

Orgrim se giró furioso hacia el Caballero de la Muerte Teron Gorefiend, que se hallaba cerca.

—¿Y tú qué vas a hacer, cadáver putrefacto? —inquirió colérico a esa criatura—. Tú antes seguías a Gul'dan, quien ahora nos ha traicionado. ¿Correrás ahora a unirme a él?

El guerrero no-muerto lo miró fijamente por un momento con sus relucientes ojos y, acto seguido, negó con la cabeza.

—Gul'dan ha dado la espalda a nuestro pueblo —respondió—. Pero nosotros no lo haremos. La Horda lo es todo para nosotros y seremos leales a ella... y a ti mientras sigas liderándola.

Doomhammer asintió bruscamente, sorprendido por la respuesta de esa aberración.

—Entonces, vayan a proteger a los nuestros mientras se retiran de la ciudad —le ordenó.

Gorefiend obedeció y se alejó en dirección hacia el resto de caballeros de la Muerte y sus corceles no-muertos. Tharbek también se marchó. Orgrim se quedó solo.

—¡Gul'dan! —gritó, alzando su martillo para blandirlo hacia el cielo—. ¡Morirás por esto! ¡Me aseguraré de que sufras por haber traicionado a nuestra raza y por haber puesto en peligro nuestra supervivencia!

El firmamento, sin embargo, no respondió. No obstante, Doomhammer se sintió un poco mejor tras haberse desahogado con ese juramento. Bajó su martillo y centró su atención en la guerra. Se obligó a pensar en cuál era la mejor manera de llevar a sus guerreros hasta el sur y en cómo llevar al resto de la Horda hasta el mar.

\* \* \*

Gul'dan se apoyó en la proa, se inclinó hacia delante y olisqueó el aire marino. Cerró los ojos y expandió sus sentidos místicos, para sondear con la mente los alrededores en busca del peculiar rastro que dejaba la magia. Lo notó de inmediato; era una sensación

tan fuerte que le recordó lo que se siente al paladear el sabor metálico de la sangre fresca, era tan intensa que sintió un cosquilleo en la piel y el crepitar de la energía arcana en el pelo.

—¡Paren! —gritó mirando hacia atrás.

Los miembros de su clan, que se hallaban a sus espaldas, dejaron de remar. El barco se detuvo al instante y permaneció inmóvil sobre las aguas. Gul'dan sonrió.

—Es aquí —anunció.

—Pero... pero si aquí no hay nada —afirmó uno de los orcos, un miembro de su propio clan, del clan Cazatormentas, llamado Drak'thul.

Gul'dan se volvió y abrió, por fin, los ojos, para lanzar una mirada furibunda al joven brujo orco.

—¿Ah, no? —replicó con una amplia sonrisa—. Entonces, te encadenaremos y te enviaremos al fondo del mar para explorar el lecho marino en nuestro nombre. ¿O acaso prefieres quedarte aquí sentado y confiar en que sé qué estoy haciendo?

Si bien Drak'thul retrocedió y tartamudeó una disculpa, Gul'dan le ignoró, pues tenía su mirada clavada en el navío que se encontraba junto al suyo, cerca de cuya proa se encontraba Cho'gall.

—Informa a los demás —le ordenó Gul'dan a su lugarteniente—. Actuaremos de inmediato. Quizás Doomhammer se haya enterado ya de que hemos partido, así que no quiero correr el riesgo de que aparezca por aquí y nos interrumpa antes de que hayamos alcanzado nuestra meta.

El ogro de dos cabezas asintió y se volvió para transmitir las instrucciones a gritos al barco siguiente, que, a su vez, transmitió el mensaje al navío que se encontraba a su lado. Acto seguido, lanzaron unas cuerdas para que los magos ogros y los nigromantes orcos subieran a bordo del barco de Gul'dan. Algunos utilizaron las cuerdas para subir a pulso y otros como guía mientras cruzaban a nado, dependiendo de su fuerza y habilidad y de lo a gusto que se sintieran en el agua.

—El lugar que buscamos es un antiguo templo que se encuentra justo debajo de nosotros —les explicó Gul'dan a todos sus brujos en cuanto estos se hallaron reunidos ante él en cubierta—. Podríamos intentar llegar a él buceando, pero ignoro cuán profundas son estas aguas. Además, ahí abajo todo está muy oscuro, es muy frío y no es de mi agrado. —En ese momento, sonrió de oreja a oreja—. Así que vamos a alzar el lecho marino para que ese templo ascienda hasta nosotros.

—¿Es eso posible? —preguntó uno de los nuevos ogros magos.

—Sí —contestó Gul'dan—. No hace tanto tiempo, en nuestro mundo natal, los orcos elevamos otra gran masa de tierra, un volcán en el Valle Sombraluna. En esa ocasión, yo guie al Consejo de la Sombra y lo mismo haré ahora con ustedes.

Entonces, calló y aguardó a que le plantearan más preguntas u objeciones, pero nadie dijo nada. Gul'dan asintió complacido. Sus nuevos subordinados no eran solo más fuertes que los antiguos sino más obedientes, dos características que apreciaba en sumo grado.

—¿Cuándo empezamos? —inquirió, por fin, Cho'gall.

—Ahora mismo —respondió Gul'dan—. ¿Para qué esperar?

Se dio la vuelta y se acercó a la baranda del barco. A continuación, sus ayudantes se colocaron a ambos lados de él. Entonces, cerró los ojos y extendió su conciencia para contactar con ese poder que percibía que se hallaba allá abajo, en las profundidades. Le resultó muy fácil dar con él y, en cuanto lo tuvo agarrado con firmeza, Gul'dan tiró, atrayendo mágicamente toda esa energía, así como su fuente, hacia él. Las tinieblas cubrieron el cielo y el mar se embraveció.

—Lo tengo —masculló a sus ayudantes entre dientes—. Únanse a mi magia y podrán percibirlo por ustedes mismos. Vuelquen sus propias energías en el hechizo que ya he creado y elévenlo conmigo. ¡Ya!

Notó que sus fuerzas aumentaban al sumar los demás, primero Cho'gall y luego el resto, sus poderes a los suyos. El cielo se tiñó de un color rojo oscuro y el trueno bramó mientras llovía a mares y unas fuertes olas sacudían el barco. Ese enorme peso del que tiraba se aligeró y pudo subirlo con mucha más facilidad. Pese a que seguía teniendo que hacer un arduo esfuerzo, ahora era una tarea soportable y no atroz. Con cada tirón, esa presencia mágica era más intensa y su dominio sobre ella más firme, al igual que su control sobre la tierra que la rodeaba. Aunque la naturaleza por entero se resistía a sus esfuerzos, se mantuvieron firmes.

Permanecieron ahí horas y horas, inmóviles a los ojos de los guerreros ahí reunidos, pese a hallarse inmersos en una frenética actividad mágica para luchar contra unas fuerzas titánicas. El mar los empapó de arriba abajo. El trueno los ensordeció. El relámpago los cegó. Los barcos sufrían la ira de los elementos y los guerreros se aferraban a los remos para no moverse de sus asientos. Varios miraron brevemente hacia Gul'dan y los demás brujos para pedirles instrucciones, pero ninguno de ellos se movió lo más mínimo ni siquiera cuando el barco sufrió varios alarmantes bandazos.

Súbitamente, una columna de fuego y humo emergió de esas aguas turbulentas a corta distancia del barco líder, llenando el aire de fuego, cenizas y vapor. A través de ese aire caliente y repleto de partículas en suspensión, pudieron ver que algo sobresalía del agua, como el pico de un pollito al romper su cascarón. Ese algo resultó ser una roca que fue aumentando de tamaño ante la mirada atónita de los guerreros, que estaban demasiado aturdidos como para hacer otra cosa que no fuera parpadear y quedarse boquiabiertos, y que se alzó rápidamente entre las olas. El agua y la lava caían de esa pequeña roca que se transformó primero en un peñasco y luego en una pequeña meseta, y que pasó a ser



después una ancha cornisa que acabó convirtiéndose en una pequeña llanura rocosa. También emergieron otras rocas de ese mar tumultuoso, que, al principio, parecían hallarse cerca del primero, pero que, al final, resultaron formar parte de un todo. A medida que el mar se retiraba de esa formación rocosa, los orcos pudieron comprobar que se trataba de toda una isla que abandonaba el seno del mar y que escupía llamas, tierra y vapor. Después, emergió otra segunda isla de menor tamaño, que crujió al irrumpir en la superficie, y luego una tercera y una cuarta.

Al final, el turbulento cielo dejó de tener un color carmesí y pasó a teñirse de un gris plomizo. Las olas menguaron y su altura decayó; ya solo eran tan altas como el mástil de un barco. Entonces, Gul'dan abrió los ojos. Se tambaleó un poco y tuvo que agarrarse a la baranda para no caerse, al igual que muchos de sus brujos. Posó la mirada sobre ese nuevo archipiélago, que todavía desprendía vapor por culpa del calor que había generado su rápido ascenso, que todavía gruñía y gemía mientras se adaptaba a su nueva configuración, y sonrió.

—Pronto —susurró, mientras contemplaba esas islas y las sondeaba con su mente, para percibir el emplazamiento de lo que buscaba—. Pronto caminaré por ustedes en busca de ese templo y del gran premio que se halla en él.

\* \* \*

—¡Ya los veo! —gritó un guerrero—. ¡Ahí están, junto a esas islas!

Rend Blackhand, uno de los dos cabecillas del clan Diente Negro, miró hacia el lugar al que señalaba el otro orco, cerca de ese sitio donde habían visto agitarse demencialmente al mar y al cielo mientras se aproximaban. Al final, divisó esa delgada tira de tierra y, al oeste, junto a ella, unas siluetas tenebrosas.

—Bien —dijo, a la vez que asentía y apoyaba ambas manos en el mango de su hacha—. Acelera el ritmo —le ordenó al encargado del tambor—. Quiero darles alcance antes de que tengan la oportunidad de refugiarse en algún escondite.

Entonces, vio que, en una de las otras naves, su hermano Maim estaba hablando con su propio tamborilero, a quien, sin lugar a dudas, le estaba dando unas instrucciones similares.

—¿Qué haremos si nos atacan con su magia? —le preguntó uno de sus jóvenes guerreros.

Los demás asintieron. Ese era su mayor temor; les preocupaba más sufrir un ataque mágico que ser capturados por la Alianza o devorados por un dragón. Rend no se lo podía reprochar. A él tampoco le hacía mucha gracia la idea de tener que batallar contra Gul'dan y sus compinches. Sin embargo, Doomhammer le había dado una orden y el prestigio del

apellido Blackhand estaba en juego. Rend pretendía cumplir esa misión... o moriría intentándolo.

—Su magia es muy potente —admitió—. El mismo Gul'dan podría matar con suma facilidad a tres o cuatro de nosotros en solo unos minutos. Pero necesita esos minutos. Y necesita tener contacto físico con sus víctimas, o hallarse cerca, o tener algo que pertenezca a su objetivo. —Entonces, sonrió de oreja a oreja—. ¿Alguno de ustedes le ha dejado al jefe brujo un odre con agua, o unos guanteletes, o una piedra de afilar? —Ese comentario provocó que algunos se rieran entre dientes, tal y como esperaba—. Así que manténganse alejados de los brujos hasta que lancemos el ataque, no dejen que se les acerquen y abaláncense sobre ellos antes de que puedan lanzar ningún conjuro. —Tamborileó con los dedos sobre su hacha para dar más énfasis a sus palabras—. A pesar de sus poderes, siguen siendo unos meros orcos que pueden sangrar y morir. Tampoco va a ser esto muy distinto a cuando cazábamos un ogro en nuestro hogar; cada uno de ellos puede ser más fuerte que uno, o incluso dos, de nosotros, pero podemos agotarlos poco a poco y atacarlos en grupos para evitar que puedan contraatacar.

Sus guerreros asintieron. Habían entendido el concepto y, ahora que consideraban la magia solo como un arma más, ya no era tan aterradora.

—Ya casi estamos —anunció el timonel.

Rend miró hacia atrás, hacia algo situado más allá de su barco. Ahora, la isla se alzaba imponente a un lado y Rend pudo saber, al compararla con el tamaño de los barcos, que este nuevo pedazo de tierra era mucho más grande que la mayoría de las islas que había visto hasta entonces en ese mundo. Esas naves pasaron de ser unas meras motas en el horizonte a unos barcos con todas las de la ley y pudo distinguir con claridad a unos orcos que desembarcaban en tropel de ellos para adentrarse en esas tierras húmedas y oscuras. Rend tuvo que reprimir un gruñido que había ido cobrando forma en su garganta y dio la orden:

—¡Prepárense para desembarcar! En cuanto estemos en tierra, vayan por esos brujos. Mátenlos a todos... a cualquiera que se interponga en nuestro camino.

\* \* \*

—No estamos solos —señaló Cho'gall a Gul'dan.

Su barco había alcanzado la orilla de aquella nueva isla, que continuaba estremeciéndose, desprendiendo vapor y expulsando, de vez en cuando, fuego y lava.

Gul'dan miró hacia el lugar al que señalaba su asistente y divisó una flota de barcos que se aproximaba hacia ellos desde el extremo más alejado de la isla. De su isla. Por el modo en que se movía el barco que lideraba la formación, el brujo pudo saber que

avanzaba propulsado por remeros y no velas, lo cual solía ser indicativo de una cosa: de que esa nave la tripulaban orcos. Las tropas de Doomhammer habían dado con ellos.

—Maldito sea —masculló Gul'dan—. ¿Por qué siempre tendrá que tomar sus decisiones tan rápido? Si hubieran tardado un solo día más ya habríamos acabado con lo que tenemos que hacer aquí antes de que hubieran llegado —suspiró—. Bueno, ya no tiene remedio. Ordena a los guerreros que se preparen para la batalla. Tendrán que mantenerlos a raya mientras yo entro en el templo para buscar la tumba.

Las dos cabezas de Cho'gall esbozaron una gran sonrisa.

—Será un placer.

El descomunal ogro bicéfalo era tan fanático como el resto de su clan, por lo que creía firmemente en que había que desatar el fin del mundo y, preferiblemente, de un modo violento y sangriento. Todos los orcos del clan del Martillo Crepuscular compartían esas mismas creencias y estaban dispuestos a luchar contra quienquiera que hiciera falta si así eran capaces de empujar un poco más al mundo hacia el abismo final. Además, el hecho de que la sangre de demonio que la mayoría de ellos había bebido en Draenor hubiera multiplicado su innata sed de sangre por cien hacía que ansiaran alcanzar ese objetivo con aún más ahínco.

—No pasarán —le prometió el ogro, quien desenvainó la larga espada curvada que llevaba a la cintura.

Gul'dan asintió.

—Bien.

Acto seguido, se volvió y avanzó con sumo cuidado por la isla, ya que, a cada paso que daba, se alzaba una nube de vapor. Drak'thul, los demás nigromantes y los ogros magos lo siguieron rápidamente.

\* \* \*

—¡Ataquen! —gritó Rend, mientras corría junto a sus guerreros, con el hacha aferrada con ambas manos—. ¡Maten a los traidores!

—¡Muerte a los traidores! —exclamó Maim, que estaba a su lado.

—¡Batallen! —bramó Cho'gall, con esa espada similar a una guadaña alzada de tal modo que su larga y afilada hoja reflejaba la luz del sol del crepúsculo—. Que esta tierra quede bañada con su sangre —añadió la otra cabeza—, ¡que sus muertes marquen el inicio del fin de los tiempos!

Ambas fuerzas colisionaron de un modo estruendoso en la rocosa orilla salpicada de lava al arremeter un orco contra otro. Las armas centellearon; las hachas, los martillos, las espadas y las lanzas se alzaron, cayeron, cortaron y despedazaron en una demostración salvaje de energía, pasión y violencia. La sangre lo salpicó todo, tiñendo con una niebla

roja esa atmósfera tan cargada y de un color oscuro los árboles cercanos. El suelo, que seguía siendo muy irregular e inestable, se tornó resbaladizo, por lo cual muchos guerreros perdieron el equilibrio y fueron muertos mientras intentaban ponerse de nuevo en pie.

La batalla era feroz. Los guerreros de Cho'gall luchaban salvajemente y sin preocuparse por sobrevivir o no, ya que su única meta era infligir el máximo daño y sufrimiento posible. Los soldados de Doomhammer luchaban para vengarse y hacer justicia, para saldar cuentas con ese traidor de Gul'dan, quien había provocado que perdieran la batalla de la capital. Ambos bandos creían firmemente en sus objetivos y ninguno estaba dispuesto a rendirse.

La única diferencia entre ambas facciones era su número de tropas. Gul'dan solo había traído a dos clanes hasta ese lugar: al clan Cazatormentas, del cual era cabecilla, y el clan del Martillo Crepuscular, cuyo cabecilla era Cho'gall. Los Cazatormentas eran el clan orco más pequeño que había y todos sus miembros eran brujos, por lo cual todos ellos estaban ahora con Gul'dan. En consecuencia, los orcos del Martillo Crepuscular eran los únicos que estaban bloqueando el avance de las fuerzas de Doomhammer. Rend y Maim Blackhand habían traído hasta ese lugar al grueso del clan Diente Negro, uno de los más numerosos de la Horda. Los guerreros del Martillo Crepuscular sabían que los superaban en número. A medida que la batalla avanzaba, ambos bandos fueron sufriendo muchas bajas y la diferencia numérica empezó a notarse.

Sin embargo, esos orcos guerreros tan fanáticos se negaron a rendirse y lucharon hasta el último aliento. Se llevaron por delante a muchos soldados de Doomhammer (el mismo Cho'gall, por ejemplo, mientras caía malherido al suelo, le cortó el brazo derecho a uno de los orcos Diente Negro más fuertes, a pesar de que este le acababa de clavar sus dos hachas en el pecho y, además, le clavó la punta posterior de su hacha de guerra a otro Diente Negro en el ojo), pero al final, esa abrasadora orilla quedó repleta de cadáveres y solo las tropas que los Blackhand habían llevado hasta ahí siguieron en pie.

—Y, ahora, vamos por Gul'dan —dijo Rend, mientras limpiaba su hacha sobre el pecho de un orco caído, cuyo cadáver tenía un tajo enorme en el tórax del cual aún manaba sangre—. Ese brujo tiene que responder por muchas cosas.

\* \* \*

Gul'dan se encontraba en la base de un templo antiguo, cuyas paredes exteriores apenas eran visibles bajo siglos de musgo, hongos, corales y percebes. Pudo distinguir algunas características en su arquitectura que le recordaban a los edificios que había vislumbrado en Quel'Thalas tanto en grandeza como en estilo. Los elfos habían construido ese edificio que estaba seguro de que, en su día, había sido muy hermoso y suntuoso. Ahora, sin embargo, sus muros estaban desgastados por el paso del tiempo y la estructura

parecía más una formación natural de tierra recubierta de algas y conchas que algo que hubiera sido construido deliberadamente. Pero su aspecto no le importaba. Lo que realmente le emocionaba era esa energía pulsante que podía percibir mentalmente, ya que ese poder tiraba de él con tanta fuerza que, prácticamente, podía ver su aura trémula rodeando el edificio.

—Adentro —le dijo a Drak'thul y a todos los demás—. Tenemos que entrar.

Había dudado entre si debían acompañarlo más allá de las escaleras frontales del templo o no. Sabía que la Tumba de Sargerass se hallaba ahí dentro y que, dentro de esta, se encontraba el Ojo de Sargerass, el cual poseía un inmenso poder que podía rivalizar con el de un dios. Pero ¿sería capaz de hacerse con ese poder él solo, o se vería obligado a compartirlo con el resto del Consejo de la Sombra? Al final, había decidido que, como no sabía qué más podría albergar ese templo en su interior, sería mejor que entrara acompañado de sus siervos y ayudantes. Además, si acababa siendo necesario, siempre podría matarlos cuando llegaran a la tumba propiamente dicha.

Gul'dan entró con suma cautela y creó un orbe de luz verde para poder ver mejor todo cuando le rodeaba. Los pasillos y las estancias que vio ahí dentro estaban tan alterados como el exterior del edificio; los suelos se encontraban cubiertos de arena, tierra y algas; los muros estaban cubiertos de algas y conchas de diversas clases y tamaños. Incluso las puertas habían sufrido los estragos del tiempo; sus contornos se habían ido suavizando, redondeando y deformando por culpa de los moluscos y demás criaturas que se habían ido aferrando a ellas durante todos esos años.

—Deprisa, necios —les espetó, preso de la impaciencia, a sus compañeros de clan—. ¡Desplieguense y busquen el pasillo principal! ¡Debemos llegar a la Cámara del Ojo antes de que los guardianes de la tumba se despierten!

—¿Los guardianes? —preguntó dubitativo uno de los brujos, Urluk Cloud-killer—. ¡No dijiste nada acerca de unos guardianes!

—¡Malditos cobardes! —exclamó Gul'dan, a la vez que le cruzaba la cara a Urluk, que entonces se encogió de miedo—. ¡Les he dicho que se den prisa!

Al instante, los brujos obedecieron espoleados por la ira de su líder, que se impuso, al menos momentáneamente, a su miedo a ese extraño lugar y a los horres que tal vez contuviera. Tras registrar todo el edificio, dieron con un ancho pasillo central que decidieron seguir.

Sin embargo, cuanto más se aventuraban en el interior de aquel lugar, menos eran los estragos que el paso del tiempo había causado en él. Ahora, Gul'dan podía apreciar las excelentes tallas de las columnas y los pilares y los delicados grabados de las paredes, así como los hermosos mosaicos que cubrían el suelo y el techo. Si bien la sal del mar había borrado las pinturas hacía largo tiempo, por supuesto, todavía quedaban suficientes elementos decorativos que permitían apreciar lo hermoso que había sido en su día ese

edificio, un templo realmente suntuoso y vistoso que habría impresionado a cualquiera por muy hastiado que estuviera de la vida y el mundo.

Gul'dan, sin embargo, ignoró toda esta belleza. Solo estaba interesado en una cosa: en esa magia que lo aguardaba en la cripta situada en las entrañas del templo. Cuando por fin llegaron a la puerta de la cripta, se detuvo para saborear el momento.

—Y, ahora, Sargerass —susurró—, voy a reclamar para mí todo cuanto quede de tu poder... ¡y doblegaré a este infame mundo!

Con solo percibir esa energía, sus sentidos se encontraban alterados y su mente se estremecía de impaciencia. La esfera de luz verde, que no había sido más grande que su mano cuando la conjuró, doblaba ahora en tamaño a su cabeza y el brillo de ese trémulo fuego verde se había vuelto tan intenso que no podía mirarlo directamente y desprendía tanto calor que tenía que mantenerlo en el centro del pasillo para que no derritiera las paredes. ¡Y eso que solo se hallaban en las proximidades de la fuente de ese poder! ¿Qué sería capaz de hacer cuando entrara en contacto con esa fuente y absorbiera todo su poder?

Mientras se hallaba sumido en esos pensamientos, Gul'dan indicó con una seña a los demás que retrocedieran. Sus compañeros de clan se retiraron obedientemente al rincón más alejado de esa estancia. Acto seguido, su cabecilla estiró el brazo y agarró el pesado pomo de la descomunal puerta de hierro negro de la cripta. Era uno de los pocos lugares de todo el templo que carecía de ornamento alguno. Su tremenda sencillez la dotaba de una grandiosidad de la que carecían las estatuas y tallas. Eso indicaba, sin duda alguna, que ese era un lugar demasiado importante para mancillarlo con tales fruslerías. Como estaba ansioso por ver qué había ahí dentro, Gul'dan tiró del pomo con todas sus fuerzas. Notó que estaba un tanto atascado tras tantos siglos sin haber sido usado y también sintió un cosquilleo que indicaba que le estaba afectando algún hechizo. No era algo dañino, sino más bien un mecanismo de activación de un conjuro que un encantamiento propiamente dicho, ya que, tras él, podía percibir otro sortilegio mucho más potente. El primer conjuro lo atravesó y lo abandonó, pero el otro que se encontraba ligado a él no se activó, tal y como Sargerass le había asegurado. Aegwynn había protegido con hechizos esa cripta para que ningún humano, elfo, enano o gnomo entrara en ella; es decir, ninguna raza oriunda de ese mundo podía entrar ahí. Pero como él era un orco de Draenor (de un mundo cuya existencia jamás tuvo conocimiento Aegwynn), el encantamiento no le afectaba, por lo que pudo seguir tirando del pomo hasta el final, lo que provocó que sonara un fuerte clic. Entonces, de un fortísimo tirón, abrió la puerta de par en par.

Tras el umbral, había una oscuridad que ni siquiera la luz de Gul'dan fue capaz de penetrar. Unas tinieblas tan gélidas que, en ese instante, se le entumecieron los dedos de frío y su aliento se transformó en hielo. Lentamente, esas tinieblas cobraron forma y se fusionaron para crear unas pequeñas siluetas, unas siluetas que se escabullían, arrastraban y retorcían, que contaban con unos ojos que poseían una oscuridad aún más profunda que

el resto de su ser, pues eran tan tenebrosos que con solo mirarlos uno se hacía daño a la vista. Esas siluetas oscuras sonrieron al aproximarse a la puerta de la cripta y abandonar su prisión eterna. Se abalanzaron sobre Gul'dan y sus brujos.

Eran demonios. Y no se parecían en nada a ninguno que hubiera visto hasta entonces. Gul'dan pensaba que se había enfrentado a criaturas terribles en el pasado, pero estos demonios hacían que esos otros parecieran meras sombras inofensivas que podían ser disipadas con suma facilidad.

*¡No!*, gritó Gul'dan mentalmente, ya que era incapaz de lograr que su boca diera forma a las palabras para poder pronunciarlas en voz alta. *¡Esto no es lo que se supone que debía ocurrir! ¡Sargerass me lo prometió!* Intentó recurrir a su magia, alzar las manos, correr... hacer algo, lo que fuera. Sin embargo, el mero hecho de ver a esos seres delante de él lo había dejado paralizado en cuerpo y alma. De ese modo, él, que se había creído un gran maestro de las artes arcanas, no pudo hacer nada, salvo limitarse a mirar y estremecerse mientras se arrastraban hacia él dispuestos a acariciarle la cara con sus tenebrosas garras.

En cuanto notó la primera caricia, Gul'dan superó la parálisis. Huyó raudo y veloz y cayó al suelo al intentar huir lo más rápido posible de ese lugar de pesadilla. Drak'thul y los demás, que hasta hace unos segundos habían estado justo detrás de él, ya no se encontraban ahí; debían de haber huido. Unos gritos reverberaron por toda la cripta en cuanto Gul'dan atravesó un pasillo tras otro corriendo. Le quemaba la cara allá donde esas garras le habían tocado, pero no se dio cuenta de que había sufrido un profundo corte hasta que se llevó una mano a la mejilla.

—¡Maldito seas, Sargerass! —juró, mientras avanzaba dando tumbos entre las columnas y los pilares, entre las salas y los recovecos— ¡No me vas a derrotar así! ¡Soy Gul'dan! ¡Soy la encarnación de las tinieblas! Esto no puede acabar... así.

Se paró para tomar aire y poder escuchar si algo lo seguía. No oyó nada. Los gritos habían cesado. *Malditos deficientes mentales*, pensó, mientras se acordaba de los Cazatormentas que lo habían seguido hasta ahí.

—¡Seguramente, ya deben de estar todos muertos! —exclamó. Como le dolía la mejilla, se llevó la mano a la herida y apretó, para impedir que siguiera manando sangre de ese corte. Se sentía un tanto mareado y cierta debilidad en las extremidades—. Aun así, debo seguir —se dijo a sí mismo con un tono sombrío—. Mi poder debería bastar para...

Gul'dan dejó de hablar y escuchó con atención. ¿Qué era ese ruido? Era algo tenue y repetitivo que le puso los pelos de punta y transmitía una sensación de crueldad y... ¿diversión?

—Esa risa... ¿Eres tú, Sargerass? —inquirió apremiante—. ¿Pretendes burlarte de mí? ¡Ya veremos quién ríe al último, demonio, cuando me haga con tu abrasador Ojo!

Dobló una esquina y se adentró en una amplia habitación, cuyas paredes carecían, sorprendentemente, de todo adorno. Inspirado por algo a lo que no podía dar nombre, Gul'dan se acercó a la pared más cercana y escribió en ella, garabateó una descripción de la cripta y sus guardianes con su propia sangre. Le fallaron las fuerzas varias veces, le pesaba tanto la mano que no podía levantarla.

«Los guardianes me han tendido... una emboscada», escribió apretando con fuerza. «Me muero». Como sabía que eso era inevitable, hizo todo lo posible por acabar de redactar su relato antes de que la muerte se lo llevara. Mientras tanto, a sus espaldas, podía oír ya los mismos arañazos impacientes y secos que había oído dentro de la cripta. Venían a por él.

«Si mis siervos no me hubieran abandonado», escribió, a pesar de que apenas era capaz de enfocar la vista y de que tenía tan contraída la garganta que no podía pronunciar palabra alguna. Entonces, se dio cuenta de que todo eso no era culpa de sus esbirros, sino suya. Todo ese tiempo, había creído que era él quien controlaba la situación cuando, en realidad, no había sido más que un siervo, un peón, un esclavo. Su misma existencia había sido una farsa, una mera broma, que pronto terminaría.

*He sido un necio*, pensó. Dejó de escribir y se volvió para huir corriendo, a pesar de que ya sabía que era demasiado tarde.

Entonces, Gul'dan notó que le clavaban unas garras muy profundamente y reunió las pocas fuerzas que aún le quedaban para proferir un grito.

\* \* \*

Rend extendió un brazo para impedir a Maim que siguiera avanzando.

—No —dijo en voz baja, mientras la sangre aún manaba de la herida que se había hecho al rozarse con el cinturón de un guerrero caído.

—Tenemos que ir por Gul'dan —insistió Maim, pese a que se tambaleaba por culpa de las heridas que había recibido. De hecho, llevaba unos vendajes improvisados sobre una pierna y un hombro que ya estaban empapados de sangre.

—Ya no hace falta —le aseguró su hermano—. Esas... criaturas nos han hecho el favor de completar nuestra misión.

Algo muy extraño había emergido del edificio que tenían ante ellos, algo con muchas extremidades, articulaciones y dientes. Otras aberraciones similares lo habían seguido y, juntos, habían atacado a los orcos sin parar, destrozándolos como si fueran unos animales locos de hambre que acababan de dar con una presa. Aunque varios orcos se habían quedado paralizados de miedo al ver a esas criaturas tan aterradoras, otros les habían plantado cara y habían dado buena cuenta de la última de todas ellas; no obstante,



esa aberración logró matar a una decena de orcos antes de dejar de morder y golpear definitivamente, antes de morir por las múltiples heridas que le habían infligido.

Esas criaturas habían salido de ese mismo edificio. De todos esos guerreros, solo Rend era capaz de percibir levemente la magia. Y este pudo notar que había algo mágico dentro de esa extraña estructura antigua que tenían delante. Algo inmensamente poderoso, un mal más allá de lo imaginable. Algo que estaba dominado por un intenso odio hacia todo ser vivo. Esas aberraciones que acababan de ver eran solo una mera muestra de una ínfima fracción de su poder.

De improviso, algo hizo que perdieran el equilibrio. Se oyó un ruido ensordecedor procedente de la entrada del edificio y un grave estruendo que recordaba a unas carcajadas procedentes de algún lugar situado en las entrañas de esa construcción. Una gran cantidad de aire, fétida y nauseabunda, salió despedida de esa estructura, así como algo más, algo que hizo que se le pusieran los pelos de punta a Rend. A pesar de que no vio nada, estaba seguro de que había sentido cómo una maldad muy pura abandonaba ese extraño lugar, que había explotado al salir y se había disuelto bajo la luz del sol. No obstante, el estruendo se prolongó y el suelo empezó a temblar. Súbitamente, aparecieron unas grietas en las rocas que pisaban. La isla entera se estaba haciendo pedazos.

—Gul'dan ya no es una amenaza —afirmó Rend al mismo tiempo que se ponía de nuevo en pie.

De algún modo, sabía que lo que acababa de decir era verdad. Daba igual lo que Gul'dan había esperado hallar en ese lugar, pues solo había hallado su propia muerte. Rend esperaba que hubiera sido una muerte lenta y dolorosa. Estaba bastante seguro de que así había sido.

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —preguntó Maim mientras se alejaban de ahí, dejando el templo atrás.

—Vamos a volver con Doomhammer —contestó Rend—. Aún tenemos una guerra que luchar. Y ahora, al menos, ya no nos tendremos que preocupar de que algún traidor frustré nuestros esfuerzos desde dentro. Así que no creo que nuestro líder tenga nada que reprocharnos, y si lo tiene, que lo haga si se atreve.

Juntos, ambos hermanos se dirigieron a la orilla, donde los aguardaban sus barcos.



# CAPÍTULO DIECIOCHO

—¿E stamos listos?  
—Sí, señor.

Daelin Proudmoore asintió, pero no apartó la mirada de lo que había más allá de la baranda de estribor.

—Bien. Da la señal para que todos ocupen sus puestos. Atacaremos en cuanto nos hallemos a la distancia adecuada.

—Sí, señor.

El intendente le saludó, se acercó a la gigantesca campana de cobre que pendía cerca del timón y la hizo sonar dos veces muy seguidas. De inmediato, Proudmoore oyó unas pisadas presurosas, el roce de unas cuerdas y los tropezones de algunos hombres que cayeron al suelo mientras todos se dirigían raudos y veloces a ocupar sus puestos de combate en el buque insignia. Sonrió. Le gustaba el orden y la precisión, y eso lo sabía su tripulación. Había escogido personalmente a todos y cada uno de sus tripulantes. Jamás había navegado con un grupo tan excelente. Aunque nunca reconocería eso en público, sus hombres lo sabían.

Proudmoore volvió a centrar su atención en el mar y observó detenidamente las olas y el cielo. Alzó su catalejo de cobre y miró a través de él, en busca de esas pequeñas siluetas oscuras que ya había divisado con anterioridad. Sí, ahí estaban. Ahora, eran bastante más grandes y podía distinguirlas mucho mejor, incluso podía contar cuántas eran, en vez de ver solo una silueta irregular, tal y como le había sucedido antes. Estaba seguro de que el vigía podía verlas incluso mejor que él desde la cofa y de que, dentro de diez minutos, quedaría claro que esas siluetas tenían la inconfundible forma de unos barcos.

De unos barcos orcos.

De la flota de la Horda, para ser más preciso.

Proudmoore exteriorizó la inquietud que lo dominaba por dentro con un único gesto: propinando un puñetazo a esa baranda de robusta madera. ¡Por fin! Había soñado con tener esta oportunidad desde que la guerra había comenzado. Cuando Sir Turalyon le informó de que la Horda se dirigía a Costasur, había estado a punto de dar un bote de

alegría, asimismo, había tenido que hacer un gran esfuerzo para disimular su entusiasmo cuando los vigías le habían confirmado que las naves orcas surcaban el Mare Magnum.

Los vigías también le habían informado de que los orcos viajaban en dos grupos separados. El primero había partido inmediatamente y el segundo lo había hecho más tarde, aunque se había apresurado para dar alcance al primero. No estaba claro si se habían dejado llevar por las prisas y no habían sido capaces de coordinar mejor a ambos grupos, o si el segundo grupo estaba persiguiendo al primero. ¿Acaso alguna facción de esos orcos se había rebelado? Proudmoore lo ignoraba y no le importaba. Le daba igual adónde habían ido y qué habían estado haciendo. Lo único que le importaba era que los navíos orcos regresaban de ese destino y surcaban de nuevo el Mare Magnum, de vuelta a Lordaeron.

Por tanto, se encontraban a su alcance.

Ahora podía observar esos barcos sin necesidad de utilizar su catalejo. Avanzaban con gran celeridad a pesar de carecer de velas; había tenido la oportunidad de examinar de cerca algunos barcos orcos y se había maravillado ante la gran cantidad de bancadas de remeros que disponían, ya que debían de alcanzar una gran velocidad cuando un gran número de orcos de constitución robusta remaban al unísono. Claro que lo que ganaban en velocidad lo perdían en maniobrabilidad. Sus propios barcos podían navegar en círculos, literalmente, alrededor de los navíos orcos. Pero no tenía ninguna intención de alardear inútilmente. Las batallas navales eran un asunto muy serio; además, Proudmoore pretendía hundir esa flota orca de la manera más rápida y eficiente posible.

En esos momentos, los aguardaba tras la isla de Catacresta, justo al noreste de su amada Kul Tiras. Aguardaba ahí, con toda su flota a sus espaldas, con sus cañones preparados, a que los orcos se cruzaran en su camino.

Y eso fue justo lo que hicieron.

—¡Fuego! —gritó Proudmoore en cuanto el décimo barco orco pasó junto a su posición.

No daba la impresión de que los orcos los hubieran divisado aguardando en silencio entre esas dos islas, con las velas arriadas y las luces tapadas. La primera andanada de cañonazos pilló a su objetivo completamente por sorpresa y destruyó casi toda la parte central de ese barco, lo cual provocó que se acabara partiendo en dos y se hundiera inmediatamente.

—¡Icen las velas! ¡Adelante a toda vela! —esa fue su siguiente orden.

El barco avanzó entre las aguas mientras izaban las velas y el viento las hinchaba. Y mientras la sección de artillería estaba recargando los cañones, otros marineros permanecían a la espera de instrucciones con sus ballestas en ristre y unos pequeños barriles de pólvora preparados.

—Apunten a la siguiente nave de la hilera —les ordenó Proudmoore.

Los tripulantes asintieron y lanzaron los barriles al siguiente barco orco. Acto seguido, dispararon una salva de flechas, que habían sido envueltas con unos trapos impregnados de aceite a los que habían prendido fuego. Uno de los barriles explotó, provocando un gran incendio en cubierta, y, a continuación, otro más. En breve, el navío ardía por los cuatro costados, ya que el fuego engulló enseguida sus tablas de madera recubiertas de brea. Entonces, el barco de Proudmoore dejó atrás esa hilera de navíos orcos y se dio la vuelta para poder atacarlos desde lejos.

Todo iba tan bien como Proudmoore había esperado. Los orcos no eran marineros y sabían muy poco acerca de navegación y combates navales. No obstante, eran unos guerreros temibles en el combate cuerpo a cuerpo y, por tanto, muy peligrosos en caso de abordaje, por lo cual había dado instrucciones a sus capitanes de que se mantuvieran siempre a una distancia prudencial para evitar ser abordados. Varios de sus navíos, que lo habían seguido cuando había atravesado la formación de la flota enemiga, atacaban ahora a los orcos desde la lejanía, mientras que un segundo grupo, que se había quedado en Catacresta, los atacaban desde ahí. Un tercer grupo, que había pasado junto a los orcos y se había alejado de ellos, estaba ahora dando la vuelta para bloquear el paso a las naves orcas que habían sobrevivido a la primera batalla y un cuarto se había dirigido hacia el sur para completar el círculo. Pronto, la flota orca se hallaría completamente rodeada y sería atacada por todas partes. El enemigo había perdido ya tres barcos y Proudmoore todavía no había sufrido ni una sola baja. Se permitió el lujo de esbozar una sonrisa, algo que rara vez hacía. En breve, el mar quedaría libre de orcos una vez más.

Entonces, el vigía vociferó:

—¡Almirante! Algo se dirige hacia nosotros... ¡y viene por el aire!

Proudmoore alzó la mirada y vio que ese marinero, que miraba fijamente hacia el norte, estaba pálido y temblaba. Apuntó con su catalejo en esa dirección y, al instante, divisó lo que debía de haber impulsado al vigía a gritar. Unas motitas oscuras se dirigían hacia ellos tras haber abandonado el abrigo de las nubes. Pese a que se hallaban muy lejos como para poder distinguirlos con claridad, podía adivinar que eran varias y que se aproximaban a gran velocidad. No sabía qué eran esas cosas capaces de volar con las que contaba la Horda, pero su intuición le indicó que esa batalla aún no había acabado de ninguna manera.

\* \* \*

Derek Proudmoore, que se encontraba al lado del timonel, alzó la vista.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó al vigía, pero el marinero se había refugiado en la cofa y parecía temblar tanto que era incapaz de responder.

Como temía que hubiera sufrido alguna especie de ataque, Derek se agarró a las jarcias más próximas y se subió hasta el mástil central. Una vez ahí, se agarró las jarcias principales y subió por ellas hasta el palo principal, desde donde fue caminando hasta la cofa.

—¿Gerard? —inquirió, con la mirada clavada en el marinero que yacía hecho un ovillo ahí dentro—. ¿Te encuentras bien?

Gerard alzó la vista hacia él, con lágrimas en los ojos, y se limitó a negar a con la cabeza y a acurrucarse aún más.

—¿Qué ocurre?

Derek se metió dentro de la cofa y se agachó junto al marinero. Conocía a Gerard desde hacía años y confiaba en él sin reservas. Pero ahora que se hallaba allá arriba pudo comprobar que Gerard no estaba para nada enfermo, sino aterrorizado, tan asustado que era incapaz de hablar. El mero hecho de pensar que existía algo capaz de atemorizar de ese modo a un valiente marinero curtido en mil batallas hizo que un escalofrío le recorriera la espalda.

—¿Has visto algo? —le preguntó con suma delicadeza.

Gerard asintió y apretó los ojos con fuerza, como si así quisiera borrar esa cosa, fuera lo que fuese, de su memoria.

—¿Dónde? —insistió.

Por un segundo, el vigía negó con la cabeza, pero al final, señaló con una mano temblorosa hacia el norte.

—Descansa —le susurró Derek, quien, acto seguido, se puso en pie y se giró para ver qué era eso que había espantado tanto a su amigo y compañero de tripulación.

En cuanto lo divisó, estuvo a punto de desmayarse.

Ahí, entre las nubes, había un dragón que descendía en picado, cuyas escamas brillaban con un color rojo sangre bajo la luz del alba. Detrás de él, pudo ver a un segundo dragón y a un tercero y luego a varios más, hasta que, al final, pudo divisar a una decena de esas colosales criaturas que volaban formando una bandada y batían sus alas coriáceas con fuerza para mantenerlas en el aire y llevarlas hasta su objetivo.

La flota.

Derek apenas se percató de que los grandes ojos dorados del dragón líder estaban teñidos claramente de angustia, ni de que una figura de piel verde se encontraba encaramada sobre su lomo, ya que estaba demasiado ocupado calculando el impacto que esos monstruos podrían tener en la batalla. Cada uno de ellos era más grande que cualquier barco que no fuera un destructor y, además, eran capaces de volar y considerablemente más rápidos y ágiles. Probablemente, serían capaces de atravesar sus cascos con facilidad con esas gigantescas garras, o de destrozar los mástiles como si fueran unas meras ramitas. Tenía que advertir al resto de la flota... ¡tenía que avisar a su padre!

Derek se volvió y se inclinó sobre la cofa para darle nuevas instrucciones a gritos a su timonel. Entonces, captó que algo se movía por el rabillo del ojo y volvió a alzar la mirada. El dragón líder estaba ya muy cerca, tanto como para que Derek pudiera ver que el orco que iba montado a su espalda sonreía de oreja a oreja. Al instante, la gigantesca criatura abrió sus enormes fauces. Derek vio una larga lengua bífida rodeada de unos afilados dientes triangulares casi tan altos como él mismo. Acto seguido, divisó un fulgor en las profundidades de las fauces del dragón. Ese brillo avanzó presuroso y se expandió. De repente, el mundo entero ardió a su alrededor. Ni siquiera tuvo tiempo para gritar antes de que las llamas lo consumieran. Su cadáver se deshizo en cenizas al caer.

Con una sola arremetida, los dragones destruyeron la Tercera Flota entera, los seis barcos que la conformaban. Todos cuantos iban a bordo de esas naves perecieron. A continuación, los jinetes de dragón obligaron a sus monturas a darse la vuelta y se dirigieron hacia la Primera Flota y los demás barcos que se interponían entre los orcos y su libertad.

\* \* \*

—¡Malditos sean! ¡Malditos sean todos ellos!

El almirante Proudmoore se aferró con tanta fuerza a la baranda que creyó que o bien acababa fracturándose los dedos o bien le acababa arrancando unos cuantos fragmentos de madera. Observó cómo se hundían bajo las olas los últimos restos del destructor de la Tercera Flota, que ardían cual meros rescoldos sobre el mar. Era consciente de que era imposible que Derek o cualquier otro tripulante hubieran sobrevivido.

Pero ya se dejaría arrastrar por la pena más adelante, si lograba sobrevivir hasta entonces. Proudmoore arrinconó todo pensamiento sobre su hijo mayor en un recoveco de su mente y se concentró en las implicaciones tácticas de lo que acababa de suceder. Los orcos ahora, una vez más, tenían vía libre hacia el norte. Sus naves podían avanzar mientras los dragones hostigaban a la flota de la Alianza y la obligaban a dejar pasar a sus enemigos. Si eso sucedía, los orcos podrían desembarcar otra vez en Trabalomas o en Costasur y podrían sumarse al resto de la Horda. Si eso ocurría, Proudmoore fracasaría.

Y eso era totalmente inaceptable.

—¡Da la vuelta! —ordenó, sobresaltando así a su timonel, que obedeció al instante—. ¡Quiero que la mitad de nuestras naves se dirijan al norte y vuelvan a bloquearles el paso! ¡El resto se quedarán dónde están y continuarán atacando!

El marinero asintió.

—Pero... los dragones —acertó a decir, a pesar de que ya estaba haciendo girar ese gran timón para que el barco diera la vuelta.

—No son más que un enemigo como cualquier otro —replicó Proudmoore con brusquedad—. Los combatiremos como haríamos con cualquier navío enemigo.

Sus hombres asintieron y cumplieron sus órdenes de inmediato. Arriaron las velas al mismo tiempo que la nave giraba y se colocaba a sotavento. Recargaron los cañones y los apuntaron hacia arriba, tras colocar bloques de madera y otros objetos bajo ellos para elevarlos. Volvieron a colocar flechas en las ballestas y prepararon barriles de pólvora. En cuanto el primer dragón se abatió sobre ellos, Proudmoore desenvainó su espada y la alzó. Acto seguido, la bajó bruscamente.

—¡Ataquen!

Era un plan valiente... pero fracasó miserablemente. El dragón esquivó todos los cañonazos y los proyectiles acabaron en el fondo del mar. Con sus alas, apartó los barriles de pólvora que le lanzaron y, simplemente, se limitó a ignorar las flechas llameantes de las ballestas, que rebotaron estruendosamente en sus escamas sin infligir daño alguno. No obstante, la ferocidad del ataque obligó a retroceder a la criatura, lo cual concedió cierto tiempo a Proudmoore para que pudiera concebir otra estrategia.

Por fortuna, no hizo falta.

Mientras cavilaba sobre si debía utilizar cuerdas y cadenas para intentar atar con ellas a esos dragones o para, al menos, hacerlos tropezar, varias figuras nuevas cayeron de las nubes. Estas eran mucho más pequeñas que los dragones, aunque tal vez fueran el doble de grandes que un hombre normal; poseían unas alas cubiertas de plumas, unas largas colas copetudas y unos picos orgullosos. A lomos de cada una de esas criaturas volaba un enano cubierto de tatuajes y ataviado con una armadura muy extraña decorada con plumas, que blandía un descomunal martillo.

—¡Ataquen, enanos Martillo Salvaje! —exclamó Kurdran Wildhammer, quien se puso de pie sobre su silla y lanzó su martillo de tormenta, que fue a impactar contra el pecho del jinete de dragón más cercano.

El sorprendido orco no tuvo tiempo de reaccionar. Se cayó de su silla, con el pecho aplastado, y soltó tanto su arma como las riendas al abandonarlo la vida. Su cadáver desapareció bajo las olas. Su dragón rugió de sorpresa y rabia. Su bramido pudo oírse por encima del estruendo del trueno que se iba disipando, aunque pronto se transformó en chillidos de dolor, ya que Sky'ree le clavó sus afiladas garras profundamente en un costado, atravesando con facilidad las escamas, de las que manó una sangre oscura. El grifo de Iomhar (otro enano que se encontraba al lado de Kurdran) le arrancó una larga porción del ala izquierda al dragón con su pico y sus garras, lo que provocó que el dragón se escorara de un modo dramático. Entonces, Farand lanzó su martillo desde la lejanía y le acertó en la cabeza al dragón. El golpe retumbó con gran fuerza. La vista de la gigantesca criatura se tornó borrosa y cayó. Una ola enorme se alzó en cuanto impactó contra esas aguas, de las cuales ya no emergió.

Kurdran sobrevoló el barco más grande que divisó.

—¡Hemos venido a ayudar! —le gritó al hombre esbelto que se encontraba en el puente. Este asintió y le saludó con la espada que sostenía en la mano—. Nosotros nos ocuparemos de esas bestias —le aseguró Kurdran—. Ustedes ocúpense de esos barcos.

El almirante Proudmoore volvió a asentir y esbozó una desagradable y tensa sonrisa.

—Oh, te aseguro que nos ocuparemos de ellos como es debido —le dijo al enano. Acto seguido, se volvió hacia su timonel—. Sigue avanzando —le ordenó—. Les bloquearemos el camino, tal y como habíamos planeado, y, a continuación, estrecharemos el cerco. ¡No quiero que ni un solo barco orco se escape!

Los Martillo Salvaje atacaron a los dragones con furia, mataron a varios y obligaron a retroceder a los demás. El resto de las naves de Proudmoore rodearon a la flota orca y los atacaron por todas partes simultáneamente con sus cañones, utilizando pólvora y fuego a raudales. El almirante perdió otro barco que se acercó demasiado a un navío orco que ya se hundía. Los orcos abordaron la nave de la Alianza y asesinaron a casi toda la tripulación antes de que el moribundo capitán pudiera lanzar un barril de pólvora a la bodega, que, al estallar, abrió un gran agujero en el barco. Asimismo, habían perdido la Tercera Flota entera y unas cuantas naves desperdigadas aquí y allá a manos de los dragones. Pero los orcos habían perdido mucho más. No obstante, un puñado de sus barcos logró huir, aunque el resto cayó ante la furia de Proudmoore. Algunos orcos supervivientes salvaron la vida al mantenerse a flote nadando o aferrados a tablas de madera y palos hechos añicos, pero el resto se ahogó o murió quemado o atravesado por una flecha. Una infinidad de cadáveres se mecían sobre las olas.

Cuando el último barco de la flota orca desapareció de la vista, el resto de los jinetes de dragón decidieron que ya no podían hacer nada más en ese lugar. Hicieron girar sus monturas en el aire y volaron al este, hacia Khaz Modan, mientras los Martillo Salvaje los perseguían profiriendo fuertes gritos y chillidos de júbilo. Proudmoore observó detenidamente las naves de su flota que habían sobrevivido, cansado pero victorioso... aunque habían pagado un alto precio por su triunfo.

—¡Señor! —exclamó uno de los marineros, que se encontraba apoyado sobre la baranda mientras señalaba algo que había en el agua.

—¿De qué se trata? —le espetó Proudmoore, a la vez que se colocaba a su lado.

La ira dio paso a la esperanza en cuanto vio lo que el marinero había visto: se trataba de alguien que flotaba en el mar, que escupía agua y se aferraba a una tabla de madera destrozada. De alguien humano.

—¡Láncenle una cuerda! —ordenó Proudmoore. Los marineros se apresuraron a obedecerlo—. ¡Y busquen más supervivientes entre estas aguas!



No tenía nada claro cómo era posible que un miembro de la Tercera Flota hubiera acabado tan lejos del lugar donde esos barcos se habían hundido, pero al menos, uno de ellos había sobrevivido. Eso significaba que podría haber más supervivientes.

No pudo evitar que en su corazón renaciera un leve destello de esperanza al pensar que Derek podría ser uno de ellos.

Esa esperanza, sin embargo, se transformó en confusión y luego en furia cuando aquel hombre fue izado por fin a bordo. En vez de la túnica verde de Kul Tiras, ese individuo medio ahogado portaba un empapado uniforme de Alterac. Solo había una explicación que justificara la presencia de los hombres de Perenolde con la flota orca en el Mare Magnum.

—¿Qué hacías a bordo de un barco orco? —inquirió de manera apremiante Proudmoore, al mismo tiempo que apoyaba una rodilla sobre el pecho de aquel tipo. El hombre jadeó y palideció, ya que estaba muy débil y casi sin aliento—. ¡Habla!

—Lord Perenolde... nos envió —acertó a decir a duras penas aquel hombre—. Los... guiamos hasta sus... barcos. Nos dijo... que... debíamos prestarles... toda la ayuda... que fuera necesaria.

—¡Traidor! —Proudmoore cogió su daga y la colocó sobre la garganta de aquel hombre—. ¡Has conspirado con la Horda! ¡Debería arrancarte las entrañas como a un pez y lanzarlas al mar!

Apretó ligeramente y pudo ver cómo una delgada línea roja se dibujaba en la piel de aquel tipo, pues el afilado filo de su daga cortaba esa carne con facilidad. Pero entonces, se echó hacia atrás y se puso de nuevo en pie.

—No, esa sería una muerte demasiado buena para ti —señaló Proudmoore, a la vez que envainaba la daga—. Además, vivo me servirás como prueba de la traición de Perenolde. —Acto seguido, se volvió hacia uno de los marineros que se encontraba más cerca—. Átalo y mételo en el calabozo —le ordenó bruscamente—. Y comprueben si hay más supervivientes. Cuantas más evidencias reunamos, antes veremos a Perenolde ahorcado.

—¡Sí, señor!

Los hombres saludaron y se apresuraron a cumplir las órdenes. Tardaron una hora en rastrear esas aguas por entero. Dieron con tres hombres más; todos ellos confirmaron lo que había contado el primero. También hallaron a infinidad de orcos entre las olas, pero dejaron que se ahogaran.

—Pon rumbo a Costasur —le dijo Proudmoore a su timonel después de que el último traidor de Alterac fuera subido a bordo—. Nos uniremos una vez más al ejército de la Alianza e informaremos de que hemos tenido éxito en nuestra misión y de que Alterac nos ha traicionado. Mantengan los ojos bien abiertos, ya que algunos de esas naves orcas han escapado de nuestro ataque.

Entonces, se alejó en dirección a su camarote, donde, por fin, podría sumirse en su hondo penar. Después, escribiría una carta a su esposa para informarla del trágico destino de su hijo mayor.



# CAPÍTULO DIECINUEVE

—**N**o van a venir.  
El joven Tharbak se volvió, desconcertado, ante las palabras que su líder acababa de pronunciar súbitamente.

—¿Qué quieres decir? —preguntó.

Doomhammer esbozó un gesto de contrariedad.

—El resto de la Horda no va a venir.

Tharbak miró a su alrededor.

—Claro, los has enviado al Mare Magnum —replicó con sumo cuidado, pues no quería provocar la ira de su superior—. Tardarán muchos días en regresar.

—¡Pero si vuelan a lomos de dragones, estúpido! —Orgrim le propinó rápidamente un fuerte puñetazo a Tharbak en el pómulo, que hizo que el joven orco retrocediera tambaleándose—. ¡Los jinetes de dragón deberían haber llegado hace días para informarnos del avance de las tropas! ¡Algo ha ocurrido! ¡La flota ha desaparecido y, con ella, el grueso de nuestras fuerzas!

Tharbak asintió mientras se acariciaba el pómulo con gesto taciturno, pero no dijo nada. No tenía por qué. Doomhammer sabía perfectamente qué estaba pensando su segundo al mando: si no hubiera enviado a los demás clanes a perseguir a Gul'dan, no tendrían ahora este problema.

Orgrim apretó los dientes con fuerza. ¿Por qué nadie de los suyos, aparte de él mismo, era incapaz de entender las razones que habían justificado su decisión? En los últimos días, desde que había dado orden de retirarse de la capital, todos los orcos le habían mirado del mismo modo. Las puertas de la ciudad habían mostrado entonces algunas diminutas grietas y se estaban doblando ante cada embestida al ariete. Los guardias de la ciudad habían agotado hacía tiempo sus reservas de aceite hirviendo y ya solo les arrojaban agua hirviendo. Habían empujado a las fuerzas de la Alianza hasta el lago, en cuyo puente habían quedado atascadas. ¡Tenían la victoria a su alcance! Habría bastado un solo día más, tal vez dos, para que la ciudad hubiera caído. Pero entonces, había enviado a su ejército muy lejos de ahí, debilitando tanto a sus fuerzas que no habían podido proseguir batallando.

Además, la Alianza no había tardado mucho en aprovechar esa repentina ventaja. Los humanos habían atravesado en tropel el puente justo después de que los Blackhand se hubieran ido de ahí con su clan. Se habían abierto paso violentamente a través del puñado de orcos que aún defendían esa posición y se habían dirigido al campo de batalla. De ese modo, los orcos se habían visto atrapados entre la caballería y los soldados a pie, por un lado, y los guardias atrincherados en la ciudad, por otro. Y, además, no contaban con recibir ningún refuerzo en breve. Al resto de la Horda le costaría regresar días o incluso semanas, tal y como había señalado Tharbek, y eso dando por sentado que fueran capaces de derrotar a Gul'dan y sus brujos y ogros, así como a cualquier otra cosa que este hubiera conjurado para ayudarlo en su plan traicionero. Asimismo, había tenido que dar por supuesto que los guerreros orcos que habían quedado atrapados en esas montañas o tras ellas ya estaban muertos, que los habían matado los humanos que habían reconquistado los desfiladeros y les habían cerrado ese acceso. Los orcos que, en esos momentos, se hallaban ante la ciudad eran las únicas fuerzas con las que podía contar para realizar el asalto.

Así que había tenido que ordenar que se retirasen. Había esperado que por el camino se fueran encontrando con alguno de los otros clanes; además, los dragones, al menos, deberían haber llegado hace ya mucho tiempo. Sin duda alguna, algo había ido mal, muy mal. Y le echaba la culpa a Gul'dan de todo. Aunque ese brujo no hubiera matado a los guerreros de la Horda él mismo, su traición había obligado a Doomhammer a dividir sus fuerzas.

Se había visto obligado a hacerlo. Había jurado personalmente a los espíritus ancestrales que no permitiría que su raza continuara decayendo. Que lucharía contra esa corrupción, contra esa sed de sangre, esa tendencia a recurrir siempre a la violencia, con todas las armas que tuviera a su alcance. Ganar la guerra no significaba nada. Su propia supervivencia no importaba. Sin honor, eran meros animales, incluso menos que bestias porque tenían potencial para ser mucho más y tenían un pasado muy noble que habían denigrado a cambio de sangre, guerra y odio. Si hubiera permitido que Gul'dan escapara impune, habría sido culpable de tolerar ese comportamiento egoísta e incluso de haberlo promovido, y habría sido responsable en parte de la degradación aún mayor de toda su raza.

Al menos, de este modo, Orgrim podría afirmar que había hecho todo lo posible. Había mantenido su palabra y su honor y, de esta manera, había restaurado el buen nombre de la Horda. Quizá perdieran la guerra con los humanos, pero lo harían con orgullo, de pie y con armas en sus manos, y no dando alaridos ni lloriqueando.

Además, la guerra todavía no había acabado. Aunque estaba guiando a sus guerreros hacia el sur, los estaba llevando hacia el este en vez del oeste. Khaz Modan los aguardaba ahí, entre Lordaeron y Azeroth. Era el hogar de los enanos y ya habían atravesado esa región para llegar a esas tierras. Pese a que los enanos habían demostrado

ser unos oponentes formidables, sus fortalezas de las montañas habían caído ante el poder de la Horda, todas salvo la ciudad de Forjaz, que había resistido sus envites. Doomhammer había dejado ahí a Kilrogg Deadeye y su clan Foso Sangrante para supervisar las operaciones en las minas que, al final, habían llevado a la construcción de su flota. Si pudiera llevar a sus guerreros de vuelta a ese lugar y unirse a las fuerzas de Kilrogg, contarían con un ejército importante de nuevo, capaz de enfrentarse y destruir a las tropas de la Alianza que los perseguían. Sí, las batallas serían mucho más complicadas y tardarían mucho más en conquistar; esas tierras, pero todavía podrían llegar a dominar ese continente y convertirlo en su hogar.

Siempre que nada más fuera terriblemente mal.

\* \* \*

—¡Humanos! —exclamó entre jadeos el orco explorador, que cayó de rodillas de puro agotamiento—. ¡Al este!

Doomhammer lo miró fijamente.

—¿Al este? ¿Estás seguro?

Ni siquiera le hizo falta ver cómo el explorador asentía cansado para saber que ese orco no estaba mintiendo. Pero ¿cómo era posible que los humanos se hallaran al este cuando los habían estado persiguiendo a lo largo de todo el camino y Lordaeron se encontraba al norte y oeste de ese lugar?

Entonces, se acordó de... ¡las Tierras del Interior! Había dejado a una parte de sus fuerzas en ese lugar, había dejado ahí a un clan para distraer a los humanos mientras el resto marchaban hacia Quel'Thalas. La estrategia había funcionado y los humanos habían dejado a la mitad de sus tropas ahí para expulsar a los orcos de los bosques de esas tierras. Al parecer, esos guerreros no se habían dirigido en su momento a la capital, por lo que ahora se dirigían hacia ellos desde el este. Lo cual significaba que, si no tenía cuidado, sus orcos podrían acabar atrapados entre dos ejércitos de la Alianza y, por tanto, la Horda tendría que despedirse de su última oportunidad de escapar y, por supuesto, de alcanzar la victoria.

—¿Cuántos son? —inquirió con un tono apremiante al explorador, que estaba bebiendo agua a tragos de un odre.

—Cientos, o quizá más —contestó, por fin, el orco, que frunció el ceño mientras pensaba detenidamente la respuesta—. Y algunos de ellos portaban unas armaduras muy pesadas.

Orgrim esbozó un gesto de contrariedad y se alejó de ahí, trazando grandes arcos con su martillo en el aire para dar una vía de escape a la ira que bramaba en su interior. ¡Malditos humanos! Esos guerreros de la Alianza eran tantos que podrían destrozar a sus

fuerzas, sobre todo ahora que la caballería aliada se acercaba rápidamente a los orcos por la retaguardia. Y todavía se encontraba a varios días de camino de Khaz Modan. Tampoco habían visto ni rastro de los jinetes de dragón ni de ninguno de sus otros hermanos perdidos.

Se había quedado sin opciones. Doomhammer alzó la vista y su mirada se cruzó con la de Tharbek.

—Aceleren el paso —le dijo a su lugarteniente—. Avancen a máxima velocidad. No habrá descansos. Tenemos que llegar a Khaz Modan cuanto antes.

Tharbek asintió y se marchó corriendo para vociferar esas órdenes a los demás orcos. Orgrim gruñó mientras observaba marcharse al joven guerrero. El hecho de tener que alejarse corriendo del enemigo se asemejaba demasiado a una derrota, y esa era una posibilidad que ni siquiera quería plantearse. No obstante, no podía arriesgarse a enzarzarse en una batalla en campo abierto con ellos, tenía que unirse al clan Foso Sangrante primero. Después, podría darse la vuelta y enfrentarse al ejército de la Alianza de igual a igual.

\* \* \*

—¡Ahí están! —exclamó Tharbek, señalando a alguien.

Orgrim asintió, pues ya había visto al explorador orco que estaba agazapado en la cima del risco.

—¡Saludos, Doomhammer! —gritó el explorador, que se enderezó a medida que Orgrim y Tharbek se aproximaban y alzó su hacha a modo de saludo—. ¡Los Foso Sangrante les damos la bienvenida a Khaz Modan!

—Gracias —vociferó Doomhammer, mientras sostenía en alto su poderoso martillo de piedra negra, con el objetivo de que el explorador pudiera reconocerlo fácilmente desde aquella distancia—. ¿Dónde están Kilrogg y los demás?

—Hemos montado un campamento en un valle en las montañas, como es debido —contestó el explorador, que saltó a un saliente inferior para que pudieran conversar con más facilidad—. Iré corriendo a avisarles de su llegada. —Entonces, alzó la mirada y Orgrim se dio cuenta de que estaba calculando mentalmente cuántos orcos lo seguían—. ¿Dónde está el resto de la Horda?

—La mayoría ha muerto —respondió Doomhammer de un modo cortante al mismo tiempo que le mostraba los colmillos al sorprendido explorador, a quien se le desorbitaron los ojos—. Además, las fuerzas de la Alianza nos siguen muy de cerca raudas y veloces. Dile a Kilrogg que sus guerreros deben prepararse para batallar.

Dio la impresión de que el explorador le iba a realizar otra pregunta, pero que, al final, se lo pensó mejor. Así que se limitó a saludarlo de nuevo, bajó de aquel peñasco

corriendo y desapareció tras una elevación. Orgrim asintió. Al menos, contarían con el apoyo de los guerreros Foso Sangrante cuando se tuvieran que enfrentar a los humanos de nuevo. Kilrogg era un anciano guerrero muy listo, que seguía siendo muy poderoso a pesar de la edad, y su clan era muy feroz y belicoso. Los Roca Negra y los Foso Sangrante serían un duro rival para la Alianza.

\* \* \*

—No podemos luchar contra ellos. No con todas nuestras tropas.

Doomhammer observó detenidamente al viejo cabecilla, que negaba con la cabeza y mostraba un semblante abatido pero decidido.

—¿Qué? ¿Por qué no? —exigió saber Orgrim.

—Por los enanos —respondió Kilrogg de un modo cortante.

—¿Los enanos? —En un principio, pensó que el cabecilla se refería a los jinetes de grifos, pero el Pico Nidal estaba muy lejos de aquel lugar. Solo podía referirse a los enanos que vivían ahí, en las montañas—. Pero si hemos aplastado a sus ejércitos y los hemos expulsado de sus ciudadelas.

—Sí, de todas menos una —le corrigió Kilrogg, que alzó la mirada para poder ver a Orgrim tanto con su ojo bueno como con el que tenía atravesado por una cicatriz—. No hemos sido capaces de entrar en Forjaz y he perdido a muchos grandes guerreros en cada asalto.

—Entonces déjalo —insistió Doomhammer—. Ahora no la necesitamos. Debemos enfrentarnos a los humanos antes de que puedan cruzar los puentes y concentrarse en esta parte del canal. En cuanto hayamos destruido su ejército, podremos arremeter contra Forjaz y arrasarla. Después, dejaremos a algunos de nuestros guerreros ahí y marcharemos de nuevo hacia el norte para finalizar nuestra conquista.

Kilrogg hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Los enanos son demasiado fieros como para que les demos la espalda —afirmó—. He luchado contra ellos demasiadas veces durante los últimos meses. No te miento. Si les damos la espalda, emergerán de su fortaleza como un enjambre de avispas furiosas y se abalanzarán sobre nosotros. Cada vez que arrasaba una de sus ciudadelas, los supervivientes huían a Forjaz, que los acogía con los brazos abiertos... No sé cuántos niveles subterráneos tiene esa fortaleza, pero toda la nación enana se halla escondida ahí dentro a la espera de tener una oportunidad de vengarse. Si no vigilamos ese lugar y no los mantenemos entretenidos, saldrán de ahí y no nos enfrentaremos a un ejército sino a dos.

Orgrim anduvo de aquí para allá, mientras asimilaba esa nueva información. Confiaba en el buen juicio de Kilrogg, pero eso significaba que no iban a contar con

suficientes guerreros como para poder enfrentarse ahí a la Alianza con alguna opción de vencer. Tendrían que seguir huyendo.

—Quédate aquí —le dijo, al fin, a Kilrogg—. Quédate con todos los guerreros que necesites para mantener a raya a los enanos y hostigar a los humanos. Llevaré al resto a la Cumbre de Roca Negra, donde podremos plantarles cara gracias a sus robustos muros. —Lanzó una mirada fugaz al anciano cabecilla—. Si es posible, lleva a tus guerreros ahí más tarde. Quizá puedas atacar a los humanos por su retaguardia. O tal vez aparezcan más de los nuestros procedentes del mar o del Portal Oscuro. —En ese instante, se enderezó—. La Cumbre de Roca Negra es nuestro principal bastión. Si no podemos derrotar a los humanos ahí, no podremos con ellos en ninguna parte y habremos perdido la guerra.

Kilrogg asintió. Miró por solo un segundo al Jefe de Guerra de la Horda y, acto seguido, habló con el tono de voz más suave que Doomhammer jamás le había oído utilizar al viejo cabecilla entrecano.

—Has tomado la decisión adecuada —le aseguró Kilrogg—. Sé perfectamente que la traición de Gul'dan ha sido terriblemente deshonrosa. Habría sido capaz de arrastrarnos de nuevo a esa época anterior a que el portal se abriera, cuando nos dominaba la locura, la ira, el hambre y la desesperación. —Entonces, asintió—. Pase lo que pase, has devuelto el honor a nuestro pueblo.

Orgrim asintió y sintió un gran respeto e incluso afecto por ese cabecilla tuerto al que siempre había temido y con quien nunca había congeniado. Siempre había considerado a Kilrogg una mala bestia, un guerrero salvaje, que estaba más interesado en la gloria que en el honor. Tal vez había estado equivocado todos estos años.

—Gracias —dijo al fin.

Como no había nada más que decir, se dio la vuelta y se alejó, para reunirse de nuevo con su clan, tenía órdenes que impartir y una nueva marcha que iniciar. Tal vez fuera la última.





## CAPÍTULO VEINTE

— ¡Turalyon!

Turalyon alzó la vista al escuchar ese grito, incapaz de creer lo que escuchaban sus oídos. Pero ahí se hallaba, cabalgando hacia él, un hombre bastante grande ataviado con una armadura de arriba abajo. El símbolo del león de Ventormenta relucía con su color dorado en su machacado escudo, y la empuñadura de su descomunal espada sobresalía por detrás de uno de sus hombros.

—¿Lord Lothar? —inquirió asombrado Turalyon, quien se levantó de su asiento junto a la hoguera y se quedó de pie observando fijamente cómo el Campeón de Ventormenta y Comandante de la Alianza obligaba a detener a su caballo.

Acto seguido, el maduro guerrero desmontó y le propinó una palmadita amistosa en la espalda.

—¡Me alegro de verte, muchacho! —Turalyon pudo notar que la voz de Lothar estaba teñida de un genuino afecto—. ¡Me dijeron que te encontraría aquí!

—¿Quién? —preguntó Turalyon mirando a su alrededor, pues todavía se hallaba muy confuso ante la repentina aparición de su líder.

—Los elfos —respondió Lothar, a la vez que se quitaba el yelmo y se pasaba la mano sobre la calva de la coronilla. Parecía cansado pero contento—. Me topé con Alleria, Theron y los demás cuando me desvié hacia el norte. Me contaron lo que había ocurrido en la capital y que habías llevado al resto del ejército en esta dirección, para perseguir lo que queda de la Horda. —Le puso ambas manos sobre los hombros—. ¡Bien hecho, muchacho!

—Bueno, me han ayudado mucho —objetó Turalyon; si bien se sentía contento por recibir esos halagos por parte de su héroe, también se sentía un tanto incómodo—. A decir verdad, no estoy del todo seguro sobre qué ha ocurrido.

Entonces, tanto él como Lothar se sentaron. El maduro guerrero aceptó agradecido la comida y el odre de vino que le ofreció Khadgar y Turalyon procedió a explicarle lo que sabía. Le contó que se había sorprendido tanto como los demás cuando vio que el grueso de las fuerzas de la Horda se alejaba de la capital y marchaba rápidamente hacia el sur. Poco después, había recibido un informe de Proudmoore donde le contaba que había tenido lugar una batalla naval y cuál había sido el resultado.

—El resto de la Horda no era lo bastante fuerte como para plantarnos cara, y menos con el rey Terenas machacándolos cada vez que se acercaban a las murallas de la ciudad —concluyó—, y su líder debía de saberlo. Así que se retiraron. Desde entonces, los hemos estado persiguiendo.

—Su líder quizás estaba esperando a que esos orcos regresaran del mar —comentó Lothar mientras mordisqueaba un trozo de queso—. En cuanto se dio cuenta de que no iban a volver, supo que estaba en un aprieto —añadió, sonriendo de oreja a oreja—. Además, al cortarle el acceso las tropas que tenía a sus espaldas, se quedó sin vía de escape y sin refuerzos.

Turalyon asintió.

—Entonces, sabes lo de Perenolde, ¿verdad?

—Sí —contestó Lothar, cuya expresión se tornó sombría—. Nunca podré entender que alguien sea capaz de volverse en contra de su propia raza. Pero gracias a Trollbane, ya no tendremos que preocuparnos más por Alterac.

—¿Y de las Tierras del Interior? —inquirió Khadgar.

—Ya no quedan orcos ahí —respondió Lothar—. Nos llevó un tiempo localizarlos a todos, ya que algunos se habían ocultado bajo tierra e incluso habían llegado a construirse unos hogares subterráneos, donde podían esconderse cuando los perseguíamos, pero al final dimos con todos. No obstante, los Martillo Salvaje siguen patrullando la zona por si acaso, claro está.

—Además, los elfos están regresando a Quel'Thalas para limpiarla de enemigos también —agregó Turalyon—. Al parecer, los orcos han abandonado el bosque, pero los trolls podrían seguir escondidos entre esos árboles —sonrió ampliamente al pensar en Alleria y los suyos, en cómo reaccionaban ante la presencia de los trolls del bosque—. No me gustaría ser ellos cuando vuelvan a encontrarse con los forestales. —En ese instante, miró a su alrededor—. Pero ¿dónde están Uther y los demás paladines?

—Los he enviado a Lordaeron —contestó Lothar, quien tiró al suelo el odre de vino después de haberse bebido todo su contenido—. En cuanto se cercioren de que esa zona vuelve a ser segura, nos seguirán. —Entonces, esbozó una tenue sonrisa—. Uther podría enfadarse si no le dejamos ningún enemigo contra el que luchar.

Turalyon asintió al imaginarse cómo reaccionaría su devoto compañero paladín si se enteraba de que se había perdido el final de la guerra. A pesar de que las tropas orcas seguían siendo muy numerosas, flotaba la sensación en el ambiente de que la guerra estaba próxima a su fin. En la capital, había llegado a pensar que estaban acabados, pero en cuanto el grueso de la Horda se marchó, todo cambió. Desde entonces, la Horda había ido menguando en tamaño y creciendo en desesperación.

—Quizá intenten refugiarse aquí, en Khaz Modan —comentó Khadgar.

Turalyon negó con la cabeza y se sintió muy satisfecho al ver que Lothar hacía el mismo gesto.

—Si se quedan aquí, tendrán que lidiar con los enanos —le explicó el Campeón—. Forjaz aún no ha caído y los enanos ansían que se les presente la oportunidad de contraatacar y reconquistar sus montañas de una vez por todas.

—Deberíamos darles esa oportunidad —señaló Turalyon, quien se calló mientras Lothar y Khadgar se volvían hacia él para prestarle toda su atención—. Podríamos desviarnos e ir a Forjaz, aunque los orcos a los que perseguimos no se dirijan ahí. Podríamos valernos de los jinetes de grifos para seguir el rastro de la Horda. Si liberáramos a los enanos, podrían hacerse fuertes en las montañas, y así evitaríamos que los orcos pudieran volver por este camino. Además, darían caza a los orcos que aún se estuvieran escondiendo entre esos picos.

Lothar asintió.

—Es un buen plan —afirmó con una sonrisa—. Comunicémosles las nuevas órdenes a las tropas. Iniciaremos la marcha mañana por la mañana. —Se puso en pie y se enderezó lentamente—. Necesito dormir —le explicó; parecía un poco enfadado consigo mismo—. Ha sido una larga cabalgada y ya no soy joven. —Antes de alejarse, miró muy sereno a Turalyon—. Mientras he estado ausente, te las ha arreglado solo muy bien y has manejado a las tropas de un modo excelente —aseveró—, como sabía que lo harías. —Lothar se calló y una expresión donde se mezclaban la tristeza y el respeto se dibujó en su rostro—. Me recuerdas mucho a Llane —afirmó en voz baja—. Tienes su coraje.

Turalyon se quedó mirándolo fijamente, incapaz de responder.

Khadgar se colocó junto a Turalyon mientras el anciano guerrero se alejaba.

—Después de todo, me da la impresión de que te has ganado su respeto —comentó el mago de manera burlona, pues sabía que Turalyon siempre tenía muy en cuenta la opinión del Campeón y que, además, uno de sus mayores temores era fallarle al comandante de la Alianza.

—Cállate —replicó Turalyon distraídamente, al mismo tiempo que empujaba ligeramente a Khadgar.

No obstante, sonrió en todo momento mientras preparaba su petate, se dejaba caer en él y cerraba los ojos, con el fin de intentar descansar un poco antes de tener que partir de nuevo.

\* \* \*

—¡Ataquen! —gritó Lothar.

Tenía su espada magna desenvainada, cuyas runas doradas reflejaban la luz del sol mientras cargaban por el amplio sendero que ascendía curvándose hacia el pico cubierto de

nieve de la montaña. Cerca de la cima, la roca había sido cepillada, pulida y tallada hasta conformar una colosal muralla, repleta de ventanas que se abrían en la piedra en la parte superior. Insertas en esa muralla, al final de un corto tramo de escaleras, había un par de puertas gigantescas, que fácilmente podrían tener unos quince metros de altura, en las que habían cincelado a un poderoso enano. Por encima de esas puertas, había un majestuoso arco, dentro del cual habían grabado un pesado yunque. La entrada de Forjaz era imponente y asombrosa.

Las pesadas puertas estaban cerradas a cal y canto, por supuesto, y no había ninguna otra entrada o abertura visible. Pero eso no impedía que los orcos siguieran golpeando tanto ese portal como las piedras que lo rodeaban en un vano intento por derribar esas antiguas defensas de los enanos.

Lothar y sus soldados alcanzaron el final del sendero y se adentraron en el amplio saliente nevado que se encontraba delante de esas colosales puertas. Su objetivo era, precisamente, esos orcos. Estos se giraron sorprendidos; habían estado tan centrados en su propio ataque que no habían oído llegar a las tropas de la Alianza; además, los vientos que azotaban el pico tampoco ayudaban a oír nada. Pese a que intentaron desesperadamente volver sus armas contra ese nuevo enemigo, la primera hilera de orcos cayó antes de que siquiera pudieran volverse para encararse con sus atacantes.

—¡No aflojen! —exclamó Lothar, al mismo tiempo que le cercenaba un brazo a un orco. Acto seguido, partió a otro por la mitad—. ¡Empújenlos contra las rocas!

Al instante, sus hombres alzaron los escudos y avanzaron con paso firme, valiéndose de sus espadas y lanzas para acabar con cualquier orco que intentara quebrar su formación. Se alegraban de poder obligarlos a retroceder por la fuerza hacia el edificio que hasta hacía poco habían intentado conquistar.

Tal y como Lothar esperaba, los enanos estaban preparados para aprovechar la oportunidad. Las descomunales puertas negras se abrieron de par en par, profiriendo un tenue y breve suspiro, y una riada de guerreros robustos ataviados con cotas de malla pesadas salieron en tropel por la abertura, con sus martillos, hachas y pistolas en ristre. Arremetieron contra los orcos por su retaguardia y estos se vieron atrapados entre los humanos y los enanos. Rápidamente, acabaron con ellos.

—Gracias —proclamó uno de los enanos, señalando a Lothar—. Soy Muradin Bronzebeard, el hermano del rey Magni. Los enanos de Forjaz estamos en deuda con ustedes.

El color de su frondosa barba encajaba a la perfección con su apellido y su hacha mostraba muchas muescas sufridas en infinidad de batallas.

—Y yo soy Anduin Lothar, Comandante de la Alianza —dijo Lothar, tendiendo la mano al enano. Muradin se la estrechó tan fuertemente como había esperado—. Nos

alegramos de haber podido ayudarlos. Nuestra meta es liberar a todas nuestras tierras de la influencia de la Horda.

—Sí, como debe ser —admitió Muradin, asintiendo, aunque frunció el ceño a continuación—. ¿La Alianza? ¿Fueron ustedes los que nos enviaron unas misivas hace meses desde Lordaeron?

—En efecto. —Lothar se dio cuenta en ese instante de que el rey Terenas debía de haber enviado emisarios a ese lugar al igual que había enviado a Quel'Thalas. Al parecer, el rey de Lordaeron había intentado contactar con todo aquel que pudiera llegar a ser un aliado—. Nos hemos unido por una causa común.

—¿Adónde se dirigen ahora? —preguntó un segundo enano, que se acercó bastante como para poder participar en la conversación. Tenía la cara surcada por menos arrugas que Muradin, pero poseía unos rasgos similares y una barba parecida.

—Este es mi hermano Brann —le explicó Muradin.

—Estamos siguiendo a lo que aún queda de la Horda —contestó Lothar—. Muchos de ellos ya han caído ante nosotros, tanto por tierra como por mar. Ahora, pretendemos derrotar al resto para poner punto final a esta guerra.

Los hermanos se miraron mutuamente y asintieron.

—Los acompañaremos —anunció Muradin—. Aunque muchos de los nuestros estarán muy ocupados rastreando estas montañas, reconquistando nuestras fortalezas ancestrales y cerciorándose de que no quede ningún orco en Khaz Modan —añadió, con una amplia sonrisa—, nosotros mismos y algunos de nuestros muchachos nos uniremos a su Alianza para asegurarnos de que esos orcos no nos vuelvan a incordiar.

—Agradecemos su ayuda —dijo Lothar con sinceridad.

En un par de ocasiones, en Ventormenta, había coincidido con algún que otro enano y siempre se había quedado impresionado ante su fuerza y resistencia. Si esos enanos Barbabronce eran tan buenos en combate como sus primos Martillo Salvaje, contar con un contingente de esos fornidos guerreros sería, en efecto, de gran ayuda.

—Bien. Enviaremos un mensajero para que informe a nuestro hermano al respecto y de que debe enviarnos provisiones y suministros. —Muradin se llevó el hacha al hombro y echó un vistazo a su alrededor—. ¿Qué camino ha seguido la Horda?

Lothar miró fijamente a Khadgar, quien esbozó una muy amplia sonrisa. A continuación, el Campeón se encogió de hombros, sonrió y señaló hacia el sur.

\* \* \*

—Seguro que se dirigen a la Cumbre de Roca Negra —anunció Kurdran, al mismo tiempo que desmontaba de un salto de su grifo, el cual había aterrizado cerca del lugar donde Lothar y sus tenientes estaba sentados en círculo alrededor de una pequeña hoguera.

Tanto él como los demás Martillo Salvaje acababan de regresar de una misión de reconocimiento para informar.

—¿La Cumbre de Roca Negra? ¿Estás seguro? —preguntó Muradin.

Turalyon se había percatado de que los Martillo Salvaje y los Barbabronce no congeniaban demasiado. *No, eso no es del todo justo. Más bien son como unos hermanos que no paran de discutir*, pensó. *Se caen bien, pero no pueden evitar discutir ni intentar ponerse mutuamente en evidencia.*

—¡Pues claro que estoy seguro! —le espetó Kurdran. Sky'ree, que se hallaba a su lado, graznó levemente a modo de advertencia—. Los he seguido, ¿no? —En ese momento, una expresión ladina se adueñó de su rostro—. ¿O acaso preferirías verlo con tus propios ojos?

Muradin y Brann, que estaban junto a él, palidieron y dieron un paso atrás, lo cual hizo que Kurdran se riera entre dientes maliciosamente. A los Barbabronce les gustaba tanto volar como a los Martillo Salvaje les encantaba meterse bajo tierra; es decir, nada de nada.

—La Cumbre de Roca Negra —caviló Lothar—. Es una fortaleza que se encuentra en la cima de una montaña, ¿verdad? —Los demás asintieron—. Es una buena posición defensiva —reconoció—. Desde la que uno tiene una perspectiva privilegiada de todo cuanto le rodea y desde la que, probablemente, sea muy fácil controlar las rutas de entrada y salida; además, cuenta con unas sólidas fortificaciones y es muy fácil de defender desde las montañas que la circundan —negó con la cabeza—. Quienquiera que sea su líder, hay que reconocer que sabe perfectamente lo que hace. Esto no va a ser fácil.

—Sí, y está embrujada también —apostilló Muradin—. Si lo sabremos nosotros bien. —El enano se calló y Turalyon se fijó en que tanto Brann como Kurdran asentían. Pero en cuanto Muradin se dio cuenta de que, tras su último comentario, todos los demás habían dirigido sus miradas hacia él, decidió que debía explicarse mejor—. Nuestros primos Hierro Negro... —entonces, dejó de hablar para escupir, como si el mero hecho de pronunciar ese nombre le resultara desagradable— construyeron esa fortaleza, pero ahora algo mucho más tenebroso habita ahí, bajo la superficie.

Tanto él como los demás enanos se estremecieron.

—No sé si hay algo ahí o no, pero lo que está claro es que eso no ha supuesto ningún problema para los orcos —señaló Lothar—. Si se refugian en esa fortaleza, tendremos muchos problemas para superar sus defensas.

—Pero podremos lograrlo —afirmó Turalyon, sorprendiéndose a sí mismo—. Contamos con fuerzas suficientes y la pericia necesaria para derrotarlos.

Lothar le sonrió.

—Sí, podremos lograrlo —admitió—. Será todo un reto, como suele serlo todo lo que merece la pena.

Justo cuando el Campeón estaba a punto de añadir algo más, oyeron el inconfundible tintineo de una cota de malla. Acto seguido, se volvieron y vieron que un hombre se dirigía hacia ellos a grandes zancadas. A pesar de que su armadura estaba muy machacada, seguía reluciente; además, sobre su coraza portaba el mismo símbolo que Turalyon: una mano de plata. Mientras el hombre se aproximaba, la luz de la hoguera se reflejó en su pelo y barba, que eran tan rojas como el fuego.

—¡Uther! —exclamó Lothar, que se puso en pie y le tendió la mano al paladín, que la estrechó con firmeza.

—Milord —replicó Uther, quien, a continuación, le estrechó la mano también a Turalyon y saludó a los demás inclinando levemente la cabeza—. Hemos venido en cuanto hemos podido.

—¿Ya no quedan orcos en Lordaeron? —inquirió Khadgar mientras Uther, que parecía cansado, se sentaba sobre una piedra junto a ellos.

—No, ninguno —respondió, con sus ojos de color azul tormenta brillando de orgullo—. Mis compañeros y yo nos hemos asegurado de que eso sea así. Ya no queda ningún orco en esas tierras, ni tampoco en ninguna de las montañas que las rodean.

Durante solo un segundo, Turalyon experimentó una sensación muy extraña, como si su conciencia le dijera que debería haber estado con los demás miembros de su orden en esos momentos. Sin embargo, el mismísimo Faol le había encomendado una tarea muy específica. Simplemente, se limitaba a cumplir con su deber al igual que Uther y los demás.

—Excelente —sonrió Lothar—. Además, has llegado en el momento oportuno, Sir Uther. Acabamos de enterarnos de dónde se han refugiado los orcos. Llegaremos ahí en...

Entonces, se volvió hacia los enanos hermanos que se hallaban junto a él. Como eran los que mejor conocían aquella región, debían de saber a qué distancia se encontraban de la fortaleza.

—Cinco días —respondió Brann tras pensarlo un momento—. Siempre que no nos hayan dejado ninguna sorpresa por el camino. —Miró a su hermano y asintió—. Si van a la montaña Roca Negra, los acompañaremos. No vamos a permitir que se enfrenten solos a todas esas criaturas.

—No creo que vayan a tendernos ninguna emboscada —afirmó Kurdran, quien arrugó el ceño como si considerara que sus primos estaban cuestionando su capacidad como explorador por el mero hecho de haber planteado esa posibilidad—. Toda la Horda, todo lo que queda aún de ella, se dirige en masa a esa cumbre. —Entonces, miró a Lothar, como si pudiera adivinar cuál iba a ser la siguiente pregunta del Campeón—. Sí, los Martillo Salvaje también los acompañaremos. Juntos, los superaremos en número, aunque no por un amplio margen —aseveró.

—No necesito un amplio margen —replicó Lothar—. Solo una lucha justa —añadió con gesto severo—. Entonces, nos quedan cinco días —le dijo al resto—. Solo cinco días para poner punto final a todo esto.

A Turalyon le dio la sensación de que esas palabras estaban teñidas de fatalidad, incluso que eran portadoras de malos augurios, aunque esperaba que no fuera él quien acabara hallando un funesto destino.





# CAPÍTULO VEINTIUNO

— ¡L os humanos ya están aquí! Doomhammer abandonó su ensimismamiento y alzó la mirada, enojado por el temor que había detectado en el tono de voz de Tharbek. ¿Desde cuándo su segundo al mando era tan pusilánime?

—Ya lo sé —rezongó, al mismo tiempo que se ponía en pie y miraba lo que había detrás del otro orco.

Estaban en un burdo saliente que había sido tallado en la cima de aquella montaña, delante de la fortaleza, a una gran altura de la rocosa llanura, desde la cual podía ver que lo que quedaba de la Horda se hallaba esparcido allá abajo. La última vez que había podido observar ese lugar desde esas alturas, sus guerreros cubrían por entero la llanura; no había quedado a la vista ni un mero atisbo de la roca que se encontraba bajo sus pies. Ahora, podían verse grandes extensiones de roca negra entre el verde y marrón de sus pelajes, y podía distinguirse con claridad dónde había decidido agruparse cada clan para permanecer ligeramente apartado del resto. ¿Cómo era posible que la Horda hubiera menguado tanto? ¿A qué terrible destino los había arrastrado? ¿Por qué no le había hecho caso a Durotan, por qué había hecho oídos sordos a los consejos de su viejo amigo? ¡Todo cuanto le había dicho que ocurriría se estaba haciendo realidad!

—¿Y ahora qué vamos a hacer? —inquirió Tharbek de un modo apremiante, a la vez que se colocaba detrás de su cabecilla—. No contamos con suficientes tropas como para repelerlos, ya no.

Orgrim le lanzó una mirada tan furibunda a su segundo al mando que el otro orco retrocedió temeroso. Si bien era cierto que ahora contaban con menos efectivos, que sus fuerzas ya no eran tan numerosas como para cubrir el mundo por entero, ¡por los ancestros, seguían siendo orcos!

—¿Cómo que qué vamos a hacer? —masculló entre dientes dirigiéndose a su lugarteniente, mientras agarraba el martillo que llevaba a la espalda—. ¡Vamos a luchar, por supuesto!

Doomhammer se apartó del tembloroso Tharbek y se acercó aún más al borde del saliente.

—¡Escúchenme, orcos míos! —exclamó, alzando su martillo.

Pese a que algunos se volvieron y alzaron la vista, otros no lo hicieron, lo cual lo encolerizó en grado sumo. Entonces, propinó un tremendo martillazo a la pared del risco, el estruendo consiguiente logró captar la atención de toda la Horda inmediatamente.

—¡Escúchenme! —volvió a gritar—. ¡Sé que hemos sufrido varias derrotas y reveses, y que nuestras fuerzas han menguado terriblemente! ¡Sé que hemos pagado un precio muy alto por culpa de la traición de Gul'dan! ¡Pero seguimos siendo orcos! ¡Seguimos siendo la Horda! ¡Con nuestras meras pisadas haremos que este mundo se estremezca!

Los guerreros congregados allá abajo lanzaron un grito de júbilo que sonó débil y desigual.

—Los humanos nos han seguido hasta este lugar —prosiguió diciendo; parecía pronunciar cada palabra como si la estuviera escupiendo, como si le repugnara... lo cual era verdad en cierto modo—. ¡Creen que nos han derrotado! ¡Creen que hemos venido hasta aquí porque huimos de su poderoso ejército, como un perro huiría de su amo! ¡Pero se equivocan! —En ese momento, volvió a alzar su martillo—. Hemos venido a este lugar porque esta es nuestra fortaleza, el lugar donde podremos hacernos fuertes. Hemos venido a este lugar porque desde aquí podremos expandirnos una vez más y conquistar estas tierras por entero. ¡Hemos venido a este lugar para poder arremeter contra ellos como una marea imparable, para que vuelvan a temblar al oír nuestro nombre!

Esta vez el clamor fue mucho más intenso y Doomhammer se regodeó en esos vítores. Todos los guerreros se hallaban de pie blandiendo sus armas en el aire. Sí, no cabía duda de que habían recuperado el ánimo. Lo cual era estupendo.

—No vamos a esperar a que arremetan contra nosotros —les dijo a los suyos—. No vamos a permanecer sentados ociosos para que puedan dictar el destino de esta batalla. No. ¡Somos orcos! ¡Somos la Horda! ¡Seremos nosotros quienes nos abalanzaremos sobre ellos! ¡Se arrepentirán de habernos perseguido hasta aquí! ¡Cuando los hayamos aplastado, caminaremos sobre sus cadáveres y reclamaremos una vez más sus tierras como nuestras!

Una vez dicho esto, sostuvo el martillo en alto con ambas manos y lo agitó por encima de su cabeza. Los vítores resonaron esta vez tan fuerte que las piedras se estremecieron, incluso la roca sobre la que su líder se encontraba ahora. Orgrim se sintió exultante y una tenue sonrisa cobró forma en su semblante. ¡Estos orcos eran su pueblo! ¡Y no iban a caer lloriqueando e implorando! Si eran derrotados, caerían en batalla y con las manos machadas de sangre.

—Di a los guerreros de nuestro clan que se preparen para la batalla —le ordenó a un atónito Tharbek—. Mi guardia de élite y yo lideraremos la carga. El resto de la Horda nos seguirá.

Acto seguido, Doomhammer se volvió y miró a las fornidas siluetas que se hallaban esperando entre las sombras. En cuanto sus miradas se cruzaron con la de su líder, todos se enderezaron y asintieron, y Orgrim asintió a su vez. Esos ogros conformaban su guardia de élite.

Doomhammer era un orco de los pies a la cabeza y había sido educado para odiar a los ogros, pero estos eran distintos, ya que eran más inteligentes que la mayoría de los de su raza, aunque no eran brujos sino guerreros, y lo que es aún más importante: eran tremendamente leales, pero solo a él, solo a Orgrim. Sabía que lo admiraban por su valor y coraje y que, al parecer, lo consideraban una suerte de ogro pequeño, por lo cual habían jurado obedecerlo. Él, a su vez, había llegado a respetar su fuerza y a depender de su apoyo. Era consciente de que serían capaces de morir por él si era necesario y, para su sorpresa, se había dado cuenta de que él también estaba dispuesto a sacrificar su vida por ellos.

Y ahora que la victoria de la Horda pendía de un hilo, todos ellos estaban dispuestos a arriesgar la vida.

Al menos, el portal estaba a salvo. Rend y Maim Blackhand habían sobrevivido a la batalla contra Gul'dan y a un ataque de la flota de la Alianza, junto a algunos de sus compañeros de clan. Habían enviado a un explorador, con el que se habían encontrado en el camino de Khaz Modan hacia aquí, para que le informara al respecto a Doomhammer, el cual les había ordenado que se unieran al resto de su clan en el portal. Pese a que seguía desconfiando de esos hermanos, estos, al menos, habían demostrado su lealtad a la Horda con creces; además, necesitaba que unos poderosos guerreros protegieran el acceso a Draenor. No obstante, eso no quería decir que la posibilidad de huir se le hubiera pasado por la cabeza, aunque la batalla no les fuera favorable.

Volvió a asentir ante sus ogros. A continuación, abandonó el saliente y se dirigió a la llanura, donde los aguardaba la batalla.

\* \* \*

La Alianza no se esperaba que los orcos atacasen. Tal y como Orgrim había supuesto, los humanos se preparaban para llevar a cabo un asedio. Su plan consistía en esperar y eliminar a los guerreros solitarios que fueran tan necios como para abandonar el abrigo protector de los riscos que circundaban la Montaña Roca Negra. La carga de Doomhammer los tomó totalmente por sorpresa.

—¡Orcos! —gritó un soldado, a la vez que corría hacia el lugar donde se encontraban Lothar y sus tenientes—. ¡Han atravesado nuestras líneas!

—¿Qué? —replicó Lothar, quien espoleó a su corcel para que cruzara al galope ese negro valle en dirección hacia el sitio donde se hallaban apostadas el grueso de las tropas de la Alianza. Turalyon y los demás lo siguieron de cerca.

Mientras se aproximaba a la vanguardia, pudo oír el inconfundible fragor de la batalla. Entonces, los vio. Eran orcos, pero no se parecían en nada a los que había visto hasta entonces. Eran unas criaturas descomunales de brazos robustos y piernas fornidas, que tenían el pelo de punta en forma de cresta de pájaro o crin de caballo. Esos orcos no portaban ninguna armadura, solo taparrabos, hombreras y botas confeccionados con pelaje de animal, y blandían sus armas con demencial abandono, despedazando y trinchando todo cuanto se hallasen a su paso. Su piel verde estaba cubierta por infinidad de tatuajes y la mayoría de ellos llevaba la oreja, la nariz, las cejas, los labios e incluso los pezones atravesados por irregulares trocitos de metal o pedacitos de algo que parecía hueso. Eran unos salvajes y sus hombres retrocedían ante su rabioso ataque.

—¡Uther! —exclamó Lothar.

El paladín dio un paso al frente. El comandante bajó su espada para señalar a los orcos y no hizo falta nada más. El paladín asintió e indicó con una seña a los demás miembros de la Mano de Plata que lo siguieran, al mismo tiempo que se bajaba el visor del yelmo y alzaba su martillo de guerra.

—¡Por la Luz Sagrada! —vociferó Uther, a la vez que un fulgor se extendía a su alrededor y envolvía también su arma—. ¡No vamos a permitir que tales bestias sigan respirando!

Al instante, se sumó a la refriega. Propinó tal martillazo en la cabeza al orco que tenía más cerca que le destrozó el cráneo.

El cielo de ese lugar siempre estaba cubierto de nubes y hollín, que proyectaban unas tenebrosas sombras y una luz roja como la sangre sobre todo cuanto había ahí. Pero en ese instante, todo cambió. Las nubes se apartaron para dejar paso a un rayo de pura luz que bañó a Uther mientras este se abría paso entre la Horda. El paladín se transformó en una figura de pura luz, sobrecogedora y aterradora, que aplastaba a martillazos a los orcos a diestra y siniestra.

Los demás paladines se unieron a él y su luz también los bañó. La Mano de Plata había ido creciendo en los meses que habían transcurrido desde el inicio de la guerra; ahora eran doce los hombres que Uther tenía bajo su mando y eso sin contar a Turalyon. Los doce se sumaron al combate, con sus martillos, hachas y espadas refulgiendo gracias a su fe, mientras el resto de los soldados de la Alianza retrocedían para dejarles espacio.

Los orcos se giraron hacia sus nuevos adversarios. La batalla fue brutal; esos salvajes se enfrentaron a unos fanáticos religiosos, las brillantes cotas de malla se mezclaron con los tatuajes y pendientes. No obstante, los orcos eran muy fuertes y estaban tan enloquecidos que no sentían el dolor. Los paladines, sin embargo, estaban dominados

por una ira justa y el poder de la fe; sus auras sagradas provocaron que más de un orco huyera de ellos. Gracias a esa ventaja, los paladines rodearon a esos orcos salvajes y fueron acabando con uno tras otro hasta que el último yació muerto a sus pies.

—Buen trabajo —dijo Lothar justo cuando otro centinela se aproximaba raudo y veloz hacia él. *¿Y ahora qué?*, pensó. *¿Otro ataque?*

—¡Otro ataque! —exclamó el soldado, expresando en alto lo que su comandante había pensado—. ¡Esta vez, arremeten desde el oeste!

—Malditos sean —masculló Lothar, quien volvió a espolear a su caballo para que cabalgara a gran velocidad hacia el nuevo frente.

Eran muy listos, eso tenía que reconocerlo. No había esperado que lanzaran un ataque y sus hombres no estaban preparados para reaccionar como era debido. La mayoría de ellos habían bajado la guardia, ya que esperaban que el asedio fuera muy largo, por lo cual algunos se habían quitado la armadura incluso, a pesar de que les había ordenado que permanecieran alerta por si acaso. Y ahora estaban pagando un alto precio por su laxitud. Si los orcos eran capaces de debilitar sus fuerzas en diversas posiciones gracias a esos repentinos ataques, podrían atravesar sus líneas y escapar para refugiarse en el resto de esa cordillera. Si eso sucedía, tardarían meses, o años incluso, en localizarlos a todos y la Horda tendría tiempo suficiente para reorganizarse y volver a intentar la conquista de esas tierras.

No podía permitir que eso ocurriera.

Irrumpió en la nueva batalla llevándose por delante a un orco que no se apartó con bastante rapidez y, acto seguido, obligó a su montura a darse la vuelta y detenerse, para poder evaluar la situación. Se trataba de un ataque mucho más importante que el anterior; los atacaban unos sesenta enemigos o más. No obstante, lo más sobrecogedor eran los seis ogros que iban con ellos. Luchaban salvajemente, pero con mucha más cabeza que los últimos atacantes y parecían seguir una estrategia. Sobre todo, el gigantesco orco que se hallaba en el centro de sus fuerzas, cuyo largo pelo estaba recogido en unas trenzas ornamentadas que se movían al compás de los golpes que lanzaba con su descomunal martillo negro a diestro y siniestro, con los que aplastaba a los soldados de la Alianza. Había algo en la manera en que ese gigante se movía, con celeridad pero de un modo precavido e incluso grácil, a pesar de ir ataviado con una enorme armadura de placas negras que lo recubría casi por entero, que llamó la atención de Lothar. De algún modo, supo que ese era su líder. Justo cuando espoleaba a su caballo para que se uniera a la refriega, ese gigante alzó la vista y miró directamente hacia él. Sus ojos no brillaban con un fulgor rojo como sucedía con el resto de sus enemigos; no, eran grises y poseían el brillo propio de una gran inteligencia. En ese instante, se le desorbitaron un tanto los ojos, como si hubiera reconocido a alguien.

\* \* \*

¡Ahí estaba! Doomhammer sonrió abiertamente mientras contemplaba detenidamente al humano que se encontraba montado en ese caballo a una distancia cercana. Ese que portaba un escudo y una enorme espada, y tenía los ojos azules como el mar. Era su líder. Era el adversario que Doomhammer esperaba hallar. Si pudiera eliminarlo, la moral del ejército rival se hundiría.

—¡Apártense! —bramó Orgrim, mientras destrozaba a un humano que halló en su camino y propinaba una patada a uno de sus propios orcos para que se apartara de en medio.

Pudo ver que el líder humano también cargaba para sumarse a la refriega, blandiendo esa espada a diestro y siniestro, sin apenas fijarse en la carnicería que estaba desatando, ya que tenía su mirada clavada en él.

A pesar de que se hallaba justo en medio de esa batalla campal, Doomhammer no apartó la mirada de su adversario. Avanzó rápidamente, abriéndose espacio con su martillo a través de esa maraña de cuerpos. Le daba igual a quién golpear, ya fuera humano u orco, lo único que importaba era dar alcance a ese humano. El líder de la Alianza se mostró un poco más cuidadoso, puesto que procuró no golpear a sus propios hombres; aun así, esperaba que estos intentaran apartarse de la trayectoria de su caballo y su espada. Al cabo de un rato, ya no quedó ningún guerrero que se interpusiera entre ellos. Orgrim se encaró con aquel hombre a muy poca distancia.

El humano tenía ventaja, pues iba a caballo. Doomhammer solventó ese problema de inmediato. Trazó un arco con el martillo y atizó fuertemente con su colosal cabeza al equino en la testa. El corcel cayó al suelo y la sangre manó de su cráneo hecho añicos mientras sus patas se retorcían descontroladamente. El humano, sin embargo, no cayó, pues había logrado soltarse a tiempo de los estribos y había saltado a un lado al mismo tiempo que su caballo caía. Acto seguido, saltó por encima del cadáver para enfrentarse a Orgrim directamente. El resto de la batalla pareció desvanecerse mientras ambos líderes alzaban sus respectivas armas y chocaban sin mediar palabra, con un solo pensamiento en su mente: matar a su rival.

Fue una batalla titánica. Lothar era un humano enorme y poderoso, tan grande y fuerte como la mayoría de los guerreros orcos. No obstante, Doomhammer era todavía más grande, fuerte y joven. Sin embargo, Lothar compensaba su falta de velocidad y juventud con experiencia y destreza.

Ambos iban ataviados con unas pesadas armaduras de placas. La magullada cota de malla de Ventormenta se enfrentaba a las placas negras de la Horda. Ambos blandían unas armas que unos guerreros de inferior condición jamás habrían podido blandir: la espada

grabada de runas brillantes de Ventormenta y el martillo de piedra negra de la dinastía Doomhammer. Y ambos estaban decididos a ganar, a cualquier precio.

Lothar golpeó primero. Arremetió con su espada desde un lado y la giró súbitamente para sortear el bloqueo defensivo de Orgrim, de tal modo que hizo una muesca en la pesada armadura del orco. El Jefe de Guerra de la Horda gruñó al recibir el impacto y se vengó, al instante, al bajar su martillo con suma celeridad. No acertó al Campeón por muy poco y solo porque Lothar dio un paso como pudo hacia atrás. No obstante, Doomhammer cambió de empuñadura de manera repentina y alzó su arma a gran velocidad, alcanzando de refilón a Lothar justo debajo de la barbilla. El Campeón retrocedió tambaleándose. Sin más dilación, le lanzó otro martillazo, pero Lothar alzó su espada a tiempo para parar el golpe, a la altura del mango de esa pesada arma. Por un segundo, ambos guerreros forcejearon, Orgrim intentaba hacer que su martillo descendiera sobre su enemigo mientras Lothar quería apartarlo a un lado; ambas armas se estremecieron, pero no se movieron lo más mínimo.

Entonces, Lothar hizo girar la hoja de su espada y logró que ese martillo se alejara de él. De inmediato, se acercó a Doomhammer, que intentaba trazar un arco con su descomunal arma para volver a atacar, y golpeó al orco en la cara con la parte roma del filo de su espada, aturdiendo así al Jefe de Guerra por un instante. Sin embargo, Orgrim le atizó un tremendo golpe con su mano libre, acertando a Lothar a la altura del cuello. Eso le permitió recuperar el control total sobre su arma y recobrar la compostura mientras el comandante de la Alianza se tambaleaba por culpa del impacto recibido.

Entretanto, Turalyon batallaba contra otros orcos. En ese instante, derribó a un oponente con un fortísimo martillazo y, al caer este, pudo ver a Lothar, que estaba combatiendo contra ese descomunal orco.

—¡No! —gritó Turalyon, al ver que su líder y héroe se estaba enfrentando a ese monstruoso orco ataviado con una armadura negra.

Reanudó su ataque con fuerzas renovadas, de manera que su martillo destrozó a varios orcos con cada golpe, mientras se abría paso desesperadamente hacia los dos líderes.

Ambos volvieron a la carga, blandiendo, respectivamente, su espada y su martillo. Lothar paró el golpe de Doomhammer con su escudo decorado con una cabeza de león, que se abolló ante ese impacto que estuvo a punto de hacerle caer de rodillas; sin embargo, logró alcanzar al orco en el pecho con su espada con tal fuerza que abrió una enorme y profunda melladura en su pesada coraza. Orgrim retrocedió y profirió un gruñido plagado de dolor y frustración y se arrancó esa parte de la armadura que le cubría el torso, al mismo tiempo que Lothar se erguía de nuevo y se deshacía de su ahora inútil escudo. Entonces, ambos rugieron y volvieron a cargar.

Aunque ahora Doomhammer era más rápido porque no llevaba coraza, Lothar también podía atacar al orco con más ferocidad porque ahora podía agarrar su espada con

ambas manos, ya que no tenía que sostener un escudo. Ambos resultaron heridos; Orgrim recibió un tajo muy feo en el estómago y el Campeón un fuerte golpe en el costado derecho. Ambos se tambalearon un poco al separarse por tercera vez. Mientras los dos poderosos líderes se habían estado atacando una y otra vez, buscando un punto débil en la defensa de su oponente, lanzando severos ataques y recibiendo severas heridas a cambio, los demás orcos y humanos habían seguido (y seguían) librando sus propios encarnizados combates a su alrededor.

Ambos volvieron a acercarse. Doomhammer le propinó un tremendo puñetazo a Lothar en el pecho, el impacto hizo perder el equilibrio al Campeón y le abolló la coraza. Antes de que pudiera recuperarse del todo, Orgrim retrocedió y trazó con todas sus fuerzas un arco descendente agarrando su martillo con ambas manos. Lothar alzó su espada para bloquear el feroz ataque y la hoja de su espada se estremeció por entero ante tal impacto...

... y se hizo añicos.

A Turalyon se le escapó un grito ahogado al ver cómo los fragmentos de esa legendaria espada caían al suelo. El golpe de Doomhammer, que ya no halló resistencia alguna, prosiguió su reluciente arco descendente hasta impactar contra la parte superior del yelmo de Lothar con un crujido espeluznante. El León de Azeroth se tambaleó y, por puro reflejo, bajó su destrozada espada para clavarle, antes de desmoronarse, la hoja mellada en el pecho a Orgrim. Ambos bandos dejaron de luchar y reinó un silencio sepulcral mientras contemplaban al comandante de la Alianza, que yacía en el suelo descoyuntado y sufría convulsiones mientras la vida lo abandonaba. Pronto lo único que se movía era la sangre que manaba de su cabeza destrozada.

Doomhammer dio un paso titubeante y se llevó una mano a la enorme herida que tenía el torso. Pese a que la sangre se le escapaba entre los dedos, permaneció erguido y, haciendo un enorme esfuerzo, alzó el martillo por encima de su cabeza.

—¡He vencido! —proclamó victorioso con un tono de voz ronco y susurrante, al mismo tiempo que se tambaleaba y escupía sangre—. ¡Así caerán todos nuestros enemigos, hasta que su mundo nos pertenezca!





# CAPÍTULO VEINTIDÓS

— ¡No! —ese grito brotó de los labios de Turalyon mientras se abría paso a empujones entre la muchedumbre.

Acto seguido, se arrodilló junto al cadáver de su héroe, su mentor, su comandante. Después, posó la mirada sobre el orco que se alzaba imponente sobre él y, al instante, esa pieza que había buscado durante largo tiempo para resolver un rompecabezas encajó en su sitio.

Durante meses, Turalyon había estado meditando acerca de su fe y cavilando sobre una cuestión particular: ¿Cómo era posible que la Luz Sagrada uniera a todas las criaturas, a todas las almas, cuando algo tan monstruoso, cruel y totalmente malvado como la Horda orca caminaba por la faz de este mundo? Como había sido incapaz de dar con una respuesta, había dudado de sí mismo y de las enseñanzas de la Iglesia, y había contemplado con envidia cómo Uther y los demás paladines lanzaban bendiciones y brillaban envueltos en la luz de su fe, pues sabía que nunca podría rivalizar con ellos.

Pero ese orco, ese tal Doomhammer, acababa de decir algo que se le había quedado grabado a fuego a nivel inconsciente, algo que Turalyon intentaba comprender ahora racionalmente.

«Hasta que su mundo nos pertenezca», había dicho el Jefe de Guerra de la Horda regodeándose. «Su mundo», no «nuestro mundo» o siquiera «este mundo».

Esa era la respuesta.

Se acordó en ese momento del Portal Oscuro... Khadgar le había hablado sobre él cuando se conocieron, mientras les describía en qué consistía la amenaza orca, y desde entonces, lo habían mencionado varias veces. Sin embargo, por alguna razón, había estado ciego ante la evidencia. Hasta ahora.

Los orcos no pertenecían a este mundo.

Eran unos forasteros en este planeta, en este plano de existencia. Procedían de otro lugar y su poder provenía de unos demonios que pertenecían a otro plano aún más lejano.

La Luz Sagrada unía a todos los seres vivos de este mundo. Pero no se hallaba en los orcos porque estos no pertenecían a este mundo.

En conclusión, su misión estaba más clara que nunca. Le habían encomendado defender la Luz Sagrada y usar su luminosa gloria para limpiar este mundo de toda clase de amenazas procedentes de otros lugares, para mantener la pureza que alberga en su seno.

Los orcos no pertenecían a este lugar. Y eso significaba que podía destruirlos con total impunidad.

—¡Por la Luz, su tiempo aquí llega su fin! —exclamó, poniéndose en pie. Un brillante fulgor emanó de él y lo envolvió; era tan intenso que tanto los orcos como los humanos tuvieron que alejarse de él, protegiéndose los ojos—. No son de este mundo, no forman parte de la Luz Sagrada. ¡No pertenecen a este lugar! ¡Márchense!

El Jefe de Guerra de la Horda esbozó un gesto de contrariedad y retrocedió un solo paso, mientras se protegía los ojos con una mano. Turalyon aprovechó ese breve momento de respiro para volver a agacharse junto al cadáver de Lothar.

—Ve con la Luz, amigo mío —susurró, mientras rozaba con el dedo índice la hundida frente del Campeón caído. Sus lágrimas se mezclaron con la sangre del guerrero muerto—. Te has ganado un lugar en lo más sagrado. La Luz te da la bienvenida en su cálido abrazo.

Un aura de inmaculada luz blanca envolvió por entero al cadáver y al joven teniente le pareció ver que los rasgos de su difunto amigo se relajaban ligeramente, que se tomaban más serenos y que incluso parecía levemente contento.

Entonces, Turalyon volvió a ponerse en pie, con la espada magna destrozada en la mano.

—Y tú, nauseabunda criatura —afirmó, mientras se volvía hacia el deslumbrado Doomhammer—, ¡tú vas a pagar muy caro los crímenes que has cometido contra este mundo y su gente!

Orgrim debió de darse cuenta de que estaba empleando un tono amenazador, ya que el líder orco aferró el martillo con ambas manos y lo alzó, para bloquear el golpe que intuía que iba a recibir. No obstante, Turalyon, que sostenía con ambas manos la empuñadura de la espada rota, trazó con ella un letal arco descendente en un cegador destello de luz...

... y la destrozada arma impactó con increíble fuerza contra la cabeza de piedra negra del descomunal martillo de guerra. Tan fuerte fue el golpe que el pesado mango de madera del arma se estremeció de tal manera que su dueño se vio obligado a soltarlo. El martillo cayó al suelo sin causar daño alguno. A Doomhammer se le desorbitaron los ojos al darse cuenta de lo que había sucedido. Al instante, los cerró y asintió levemente con la cabeza, mientras aguardaba el golpe definitivo...

... que no se produjo, ya que Turalyon giró la hoja en el último segundo y golpeó al orco con la parte roma de su filo en vez de con la afilada. El impacto hizo que Orgrim cayera de rodillas y, acto seguido, se desplomara junto a Lothar. No obstante, Turalyon

pudo comprobar que seguía vivo, pues la espalda del Jefe de Guerra se elevaba y descendía al compás de su respiración.

—Serás juzgado por tus crímenes —le dijo al inconsciente orco, mientras la luz que lo envolvía iba cobrando aún más intensidad—. Serás trasladado a la capital, donde serás encerrado y encadenado mientras los líderes de la Alianza deciden tu destino. —En esos momentos, brillaba más que el sol en un día despejado y todos los orcos se alejaron de él, acobardados ante esa luz cegadora—. Ahí tendrás que reconocer tu derrota absoluta.

Entonces, se giró y alzó la mirada, esta vez hacia los demás guerreros orcos, que se habían quedado petrificados al ver cómo la aparente victoria de su líder se convertía en una derrota contundente.

—Pero ustedes no van a tener tanta suerte —afirmó con una voz monótona, a la vez, que apuntaba hacia ellos con esa espada destrozada. De inmediato, la Luz brotó de ella, así como de su mano, su cabeza y sus ojos. Las piedras negras que lo rodeaban se tornaron blancas gracias a ese poder que emanaba de él—. ¡Van a morir aquí, con el resto de su raza! ¡Así, este mundo se librá de su pestilente presencia para siempre!

Una vez dicho esto, se abalanzó con esa hoja tan brillante como el sol, sobre el orco que tenía más cerca, al que alcanzó en la garganta antes de que pudiera reaccionar. Mientras esa bestia caía al suelo y la sangre manaba a borbotones de la herida, Turalyon arremetió contra el resto de guerreros de la Horda que se hallaban cegados por su luz.

Ese ataque hizo despertar de su parálisis tanto a los orcos como a los humanos. Uther y los demás paladines de la Mano de Plata, que se habían sumado a la masa de combatientes aliados durante la batalla entre Lothar y Doomhammer, corrían ahora detrás de su compañero y también se vieron envueltos en sus auras de luz en cuanto arremetieron contra la Horda. El resto de las fuerzas de la Alianza los siguieron.

\* \* \*

La batalla subsiguiente fue sorprendentemente rápida. Muchos de los orcos habían sido testigos de la derrota de Doomhammer, y el hecho de haber visto cómo su líder caía había desatado el pánico entre ellos. Muchos huyeron. Otros tiraron sus armas al suelo y se rindieron; a estos los apresaron, ya que, a pesar de lo que había dicho antes, Turalyon se percató de que era incapaz de asesinar a unos soldados indefensos, daba igual lo que hubieran hecho con anterioridad. Muchos otros les plantaron cara y lucharon, por supuesto, pero estaban desorganizados y desconcertados, por lo que no fueron rival para los decididos soldados de la Alianza.

—Unos cuantos, tal vez unos cuatrocientos, están huyendo hacia el sur a través de las Montañas Crestagrana —le informó Khadgar una hora más tarde, después de que el

combate hubiera acabado y el valle estuviera dominado por el silencio, a excepción hecha del trajín de las tropas, los gemidos de los heridos y los gruñidos de los prisioneros.

—Bien —replicó Turalyon, quien estaba rasgando un largo trozo de tela de su capa para, a continuación, colocárselo en la cintura como un fajín en el que emplazar la espada rota de Lothar—. Reúnan a las tropas y persíganlos, pero no se den mucha prisa. Déjasele claro a los líderes de las unidades. No queremos que los alcancen.

—¿Ah, no?

Turalyon se volvió y miró a su amigo. Entonces, recordó una vez más que Khadgar, a pesar de ser un mago talentoso, no era un gran estratega.

—¿Dónde se encuentra ese Portal Oscuro que lleva al mundo de los orcos? —preguntó.

Khadgar se encogió de hombros.

—No lo sabemos exactamente —admitió—. En algún lugar de las tierras pantanosas.

—Ahora que la Horda ha sufrido una innegable derrota, ¿adónde crees que irán los pocos supervivientes que quedan?

El mago de aspecto avejentado esbozó una amplia sonrisa.

—A casa.

—Exacto —Turalyon se enderezó—. Los vamos a seguir hasta ese portal y lo vamos a destruir de una vez por todas.

Khadgar asintió y se giró para ir en busca de los líderes de las unidades, pero se detuvo al ver que Uther se aproximaba hacia ellos.

—Ya no quedan más orcos, salvo los que se han entregado —anunció el paladín.

Turalyon asintió.

—Buen trabajo. Unos cuantos han escapado, pero vamos a perseguirlos. En cuanto los alcancemos, los destruiremos o capturaremos.

Uther lo observó detenidamente.

—Has asumido el mando —afirmó en voz baja.

—Supongo que sí —replicó Turalyon meditabundo. No se había detenido a pensarlo hasta entonces. Simplemente, se había acostumbrado a dar órdenes al ejército, tanto transmitiendo las órdenes del propio Lothar como dando sus propias órdenes cuando el Comandante se encontraba lejos de él, en las Tierras del Interior con el resto de las tropas. Así que se limitó a encogerse de hombros—. Si lo prefieres, puedo enviar a un jinete de grifo a Lordaeron para que les pregunte al rey Terenas y los demás monarcas quién debería asumir el mando.

—No hace falta —aseveró Khadgar, quien retrocedió para colocarse junto a su amigo—. Eras un teniente de Lothar y su segundo al mando. Te encomendó el mando de la

mitad del ejército cuando dividimos nuestras fuerzas. Ahora que él ya no está entre nosotros, eres el único que puede comandarnos.

El mago se volvió hacia Uther y lo fulminó con la mirada; sin lugar a dudas, lo estaba retando a que lo contradijera si se atrevía.

Sin embargo, para sorpresa de Turalyon, Uther asintió.

—Así es —admitió—. Eres nuestro comandante y seguiremos tus órdenes tal y como hicimos con Lord Lothar. —Acto seguido, se acercó y posó una mano sobre el hombro de Turalyon de manera afectuosa—. Me alegra ver que al final tu fe ha decidido mostrarse, hermano mío.

El cumplido parecía sincero y Turalyon sonrió agradecido por poder contar con la aprobación del viejo paladín.

—Gracias, Uther el Iluminado —replicó el joven comandante, que vio cómo se le desorbitaban los ojos al viejo paladín al escuchar su nuevo sobrenombre—. A partir de ahora, serás conocido por ese nombre en honor a la Luz Sagrada que este día nos ha traído.

Uther hizo una reverencia, claramente satisfecho. A continuación, se dio la vuelta sin decir nada más y regresó con los demás caballeros de la Mano de Plata; seguramente, para darles la orden de partir.

—Creía que te disputaría el mando —afirmó Khadgar en voz baja.

—No lo quiere —replicó Turalyon, quien seguía observando a Uther—. Quiere liderar, sí, pero únicamente con su ejemplo. Se siente cómodo liderando la Orden porque los demás también son paladines.

—¿Y tú qué? —le preguntó su amigo sin rodeos—. ¿Te sientes cómodo siendo nuestro líder?

Turalyon meditó un instante al respecto y se encogió de hombros.

—No tengo la sensación de que me lo haya ganado, pero sé que Lothar confiaba en que sería un buen líder. Y yo creía en él y en su buen juicio —asintió y cruzó su mirada con la de Khadgar—. Y ahora vayamos por esos orcos.

\* \* \*

Les llevó una semana llegar hasta ese lugar que, según Khadgar, se llamaba el Pantano de las Penas. Pese a que podrían haber avanzado con mucha más presteza, Turalyon había advertido a sus soldados que no debían adelantar aún a los orcos, pues necesitaban que los llevaran hasta el portal. Una vez ahí, podrían atacarlos.

Si bien la muerte de Lothar había conmocionado a todo el mundo, también les había inspirado. Esos hombres que habían estado excesivamente fatigados ahora se hallaban muy centrados y decididos. Todos habían sentido un hondo pesar a nivel personal por la pérdida de su comandante y parecían dispuestos a vengar su muerte. Todos habían

aceptado a Turalyon como su sucesor, sobre todo aquellos que lo habían seguido en su momento hasta Quel'Thalas.

Atravesar esos pantanos era una tarea difícil y desagradable, nadie se quejó, aunque se oyó alguno que otro gruñido de contrariedad. Sus exploradores no perdieron de vista a los orcos en ningún momento y, de vez en cuando, alguno de ellos volvía para informar de sus movimientos. De ese modo, las tropas de la Alianza pudieron avanzar a un ritmo lento sin tener que preocuparse de que su presa pudiera darles esquinazo. En los restos de la Horda reinaba la confusión; a pesar de que todos los orcos se dirigían al mismo lugar, no marchaban juntos, sino que corrían o caminaban a su propio ritmo rodeados de un puñado de compañeros en medio de un grupo más grande. Turalyon esperaba que todo siguiera igual hasta el final, pues había dado por sentado que el líder de la Horda, el tal Doomhammer, había encomendado la misión de proteger el portal a alguno de sus lugartenientes, que tendría unas cuantas tropas bajo su mando. Si ese líder era bastante carismático, podría convencer a todos los orcos derrotados de que se sumaran a los guerreros que ya estaban bajo sus órdenes para conformar un nuevo ejército tremendamente sólido. Turalyon había advertido a sus tenientes de que mantuvieran a sus hombres alerta, ya que, si daban por sentado que esta lucha iba a ser fácil, podrían acabar todos muertos.

Pasaron una semana más en los pantanos antes de llegar a una zona llamada La Ciénaga Negra, donde incluso a Khadgar le esperaba una desagradable sorpresa.

—No lo entiendo —comentó el mago, agachándose para estudiar el terreno—. ¡Todo esto debería ser una ciénaga! Debería ser como ese pantano que acabamos de atravesar: un lodazal asqueroso y pestilente. —Dio unos golpecitos a la dura piedra roja que tenía ante él y frunció el ceño—. Esto no es lo que debería haber aquí.

—Tiene pinta de ser una roca ígnea —afirmó Brann Bronzebeard, que se hallaba junto a él.

Los enanos habían insistido en acompañarlos el resto del camino, lo cual había complacido a Turalyon, ya que le agradaba su compañía y apreciaba su destreza en batalla. Ambos hermanos le caían en gracia, gracias a su buen humor y su fanfarronería, y porque sabían disfrutar al igual que él de una buena pelea, una buena cerveza y una buena mujer. Sin lugar a dudas, Brann era el más erudito de los dos; él y Khadgar se pasaban noches enteras hablando sobre textos ignotos mientras el resto discutían sobre temas mucho menos cultos. Todos los enanos de Forjaz eran expertos en minerales y gemas, por lo cual Brann se sintió un tanto perturbado, cuando menos, al no reconocer esa roca.

—Pero no conozco ningún fuego capaz de hacer algo así —añadió, mientras la arañaba con una uña—. Ciertamente, ninguno capaz de hacerle esto a una extensión de terreno tan grande —decía esto porque esa roca roja se extendía ante ellos hasta perderse en la distancia—. Nunca había visto nada igual.

—Por desgracia, yo sí —replicó Khadgar, quien volvió a ponerse en pie—. Pero no en este mundo.

No dio más explicaciones y, por la expresión que se dibujó en su semblante, los demás dedujeron que era mejor no pedírselas.

No obstante, Muradin pareció ser el único en no percatarse de ello, ya que hizo ademán de preguntar, pero su hermano le detuvo.

—¿Sabes qué significa tu nombre en el idioma enano, muchacho? —le preguntó Brann a Khadgar—. Significa «confianza». —El mago asintió—. Confiamos en ti, muchacho. Ya nos lo contarás todo cuando estés preparado.

—Bueno, seguramente los orcos tendrán algo que ver con todo esto —señaló Turalyon—. Aunque nos resultará más fácil perseguirlos a través de un terreno pedregoso que a través de un cenagal, así que no me parece mal que este escenario haya cambiado.

Los demás asintieron; Khadgar, sin embargo, continuó pensativo. Volvieron a subirse a sus monturas y prosiguieron su marcha.

Unas noches después, Khadgar alzó la mirada de la hoguera que tenía delante y dijo súbitamente:

—Creo que tenemos un problema. —Todos los demás se volvieron para escuchar al mago de aspecto avejentado—. He consultado con otros magos y creemos saber qué es lo que ha causado que esta tierra cambie —les explicó—. Ha sido el Portal Oscuro. Su mera presencia afecta a nuestro mundo. En un principio, ha transmutado las tierras que lo rodean, pero creo que ese mal se está extendiendo.

—¿Por qué provoca ese portal tales alteraciones? —inquirió Uther.

El líder de la Mano de Plata nunca se había sentido muy cómodo en presencia de un mago, pues compartía la creencia muy extendida de que su magia era de naturaleza impía y quizá incluso demoníaca; no obstante, había aprendido a aceptarla, al menos, y tal vez incluso había llegado a respetar a Khadgar en el transcurso de esa larga guerra.

El mago hizo un gesto de negación con la cabeza.

—Aún tengo que comprobarlo —respondió—. Pero supongo que este portal que une nuestro mundo con Draenor, el mundo natal de los orcos, está haciendo algo más que crear un puente. De algún modo, los está fusionando; al menos, justo en el punto de entrada.

—¿Acaso su mundo está hecho de esta misma piedra roja? —conjeturó Brann.

—No del todo —contestó Khadgar—. Hace tiempo, tuve una visión en la que vi Draenor. Era un lugar inhóspito cuyo suelo se parecía mucho a esto. Apenas queda energía vital, es como si la naturaleza hubiera sido arrasada. Podría ser consecuencia del tipo de magia que utilizaban, ya que corrompió la misma tierra. Ese mal se está extendiendo a través del portal y, cada vez que los orcos emplean su magia en nuestro mundo, empeora más y más.

Una razón más para destruirlo —anunció Turalyon—. Y cuanto antes, mejor.  
Su amigo asintió.  
—Estoy de acuerdo. Cuanto antes, mejor.

\* \* \*

Tres días más tarde, los exploradores regresaron y anunciaron que los orcos se habían detenido.

—Se han refugiado en un enorme valle que se encuentra justo ahí delante —explicó uno de ellos—, en cuyo centro hay una especie de puerta.

Khadgar intercambió una mirada con Turalyon, Uther y los hermanos Bronzebeard. Ese tenía que ser el Portal Oscuro.

—Diles a los hombres que atacaremos de inmediato —ordenó Turalyon en voz baja, mientras desenvainaba la espada rota de Lothar con una mano y alzaba con la otra su propio martillo.

Khadgar se maravilló de nuevo ante lo mucho que había cambiado su amigo en los últimos meses. Turalyon se había vuelto más severo, más autoritario, más seguro de sí mismo; había pasado de ser un joven sin experiencia a ser un guerrero curtido en mil batallas y un comandante experimentado. No obstante, desde la muerte de Lothar, parecía hallarse envuelto de un aura especial, que transmitía una sensación de calma y sabiduría e incluso majestuosidad. Uther y los demás paladines transmitían unas sensaciones parecidas, pero eran mucho más distantes, era como si se hallaran por encima de los problemas de este mundo. Turalyon parecía encontrarse más unido al mundo que lo rodeaba, más en sintonía con su entorno. Pese a que se trataba de un tipo de magia que Khadgar no alcanzaba a entender, le tenía un gran respeto. En cierto sentido, era una magia opuesta a la suya, que se basaba en controlar los elementos y demás fuerzas. Turalyon no controlaba nada, sino que abría su ser a esas mismas fuerzas para poder acceder a ellas de un modo más sutil que cualquier otro mago, aunque renunciando en parte a su control.

Tras prepararse, los soldados avanzaron sigilosamente. Iban andando mientras tiraban suavemente de las riendas de sus caballos, que los seguían lentamente, con el fin de que sus cascos no resonaran estruendosamente al trotar sobre la dura piedra roja. El terreno se elevaba ligeramente y, de repente, descendía abruptamente hasta dar a un profundo valle, cuyas paredes más lejanas se elevaban imponentes. En el centro de aquel valle, tal y como había indicado el explorador, había una puerta colosal, que no se hallaba inserta en un muro o ninguna estructura, sino que se alzaba sola. Khadgar profirió un grito ahogado al poder contemplarla por fin con detalle. El Portal Oscuro (no podía ser otra cosa) tenía, fácilmente, treinta metros de alto y contaba con una anchura similar; además, estaba tallada en una piedra de color verde grisáceo. A ambos lados, habían cincelado unos patrones



decorativos muy profundos con forma de surcos y remolinos, que parecían girar en torno a una calavera con el ceño fruncido, y dos hileras curvadas de púas ornamentaban de un modo enfermizo sus bordes. La parte central contaba con una rudimentaria cenefa ornamental en su zona inferior, mientras que la zona superior carecía de ornamento alguno. Cuatro escalones muy anchos llevaban hasta el portal propiamente dicho, que brillaba con un fulgor verde y negro y crepitaba de energía. Khadgar lo percibía como una vorágine que irradiaba poder y que transmitía una extraña sensación de cubrir una vasta distancia. También podía sentir cómo se extendía, cómo se adentraba en esas tierras y cómo unos zarcillos de energía brotaban de sus fauces abiertas.

Los orcos se arremolinaban en torno al portal, como si no supieran qué hacer. Ahí había bastantes más de los que habían estado siguiendo, por tanto, Turalyon había estado en lo cierto: Doomhammer había dejado un contingente de orcos ahí para vigilar ese lugar. Aun así, las fuerzas de la Alianza los sobrepasaban en número. Además, los orcos estaban separados en grupos perfectamente diferenciados, era como si ya no tuvieran ninguna razón para confiar unos en otros, por lo que se refugiaban en sus propias familias y partidas de caza. Eso no era un ejército sino un conjunto de pequeñas bandas.

—¡Ahora! —gritó Turalyon, quien saltó del saliente del risco y se deslizó por la larga pendiente, hasta prácticamente echarse encima de varios orcos que se encontraban sentados ahí.

Empaló a un orco con la espada de Lothar, cuyo medio filo mellado lo atravesó de lado a lado, y aplastó el cráneo a otro orco con su martillo, que, del golpe, se desplomó rápidamente sobre el primero, el cual cayó a su vez al suelo, deshaciéndose así del abrazo mortal de la espada. A continuación, Uther y el resto de los paladines habían seguido a Turalyon, al que ahora flanqueaban mientras se dirigía hacia otros orcos. El resto de la Alianza avanzaba tras ellos.

Khadgar era consciente de que no era tan buen guerrero como mago, así que se quedó en la parte superior del risco con los demás magos, observando el combate, que se libró con suma celeridad. Lothar y Turalyon habían conseguido que las tropas de la Alianza actuaran como un único ejército tremendamente poderoso. En esos momentos, luchaban como una sola fuerza, cuyas tropas aunaban esfuerzos para combatir a un enemigo común. Los hombres armados con espadas y hachas protegían a los lanceros, y los arqueros los protegían a todos ellos a su vez y les prestaban su apoyo con ataques a larga distancia siempre que fuera necesario. Los orcos estaban demasiado desorganizados como para aunar esfuerzos, por lo cual cada grupo libraba la guerra por su cuenta. Eso facilitó mucho las cosas a Turalyon, pues le bastaba con ordenar a sus hombres que rodearan a esas bandas de orcos de una en una, con el fin de masacrarlos o tomarlos como prisioneros. El Comandante de la Alianza se fue abriendo paso por el valle de una manera metódica, derrotando a un orco tras otro; muchos acabaron hechos prisioneros y

encadenados, pero otros tantos acabaron muertos sobre el campo de batalla. No obstante, un gran número de orcos, Caballeros de la Muerte y demás había huido a través del portal ya que no querían morir ni ser capturados. Solo un reducido y extenuado grupo quedó atrás, defendiendo su posición para cubrir la retirada de los demás.

Entonces, Turalyon alcanzó el primer escalón del portal. Dos robustos y musculosos orcos, armados con unas colosales y melladas hachas, se encontraban aguardándolo en el último escalón. Portaban medallas y huesos en el pelo, la nariz, las orejas, las cejas y por toda la armadura; asimismo, llevaban su oscuro pelo en punta, en forma de cortas púas, como si fuera también otra arma. Uno de ellos llevaba vendados el hombro izquierdo y la pierna del mismo lado; las vendas estaban ensangrentadas. No obstante, esos arrogantes orcos parecían confiados en que saldrían victoriosos de esa contienda; resultaba obvio que la reciente derrota de su líder no les había minado la moral.

—Te enfrentas a Rend y Maim Blackhand del clan Diente Negro —le gritó uno de ellos mientras descendían, con paso fuerte y decidido, los escalones en dirección hacia Turalyon—. Nuestro padre, Blackhand, lideró la Horda hasta que ese arribista de Doomhammer lo asesinó injustamente. Ahora que ese necio ya no es nuestro líder, nosotros reconstruiremos la Horda. ¡Será más grande que nunca y los borraremos de la faz de este mundo!

—Creo que no —replicó Turalyon, cuyas palabras reverberaron por todo el valle. En medio de ese torbellino de energía que emanaba del portal, el Comandante de la Alianza refulgía con un intenso fulgor penetrante—. Su líder ha sido capturado, sus clanes están desorganizados y lo que queda de la Horda se encuentra concentrada aquí, en este valle que hemos rodeado. —Entonces, alzó tanto el martillo como la espada—. Enfrentense a mí si se atreven. O huyan a su propio mundo para nunca volver.

La provocación funcionó, ya que ambos hermanos bajaron corriendo el último escalón y arremetieron contra Turalyon profiriendo feroces gritos de guerra. Pero el joven paladín recientemente nombrado comandante no se amedrentó. Dio un paso hacia atrás rápidamente y trazó enérgicamente un arco descendente tanto con el martillo como con la espada. Ambas armas impactaron con tal fuerza contra las hachas de los orcos que estos tuvieron que soltarlas. Acto seguido, se acercó aún más y alzó ambas armas, golpeando a ambos orcos justo debajo de la barbilla. El que tenía a su izquierda se tambaleó hacia atrás, aturdido, pero su hermano se trastabilló mientras la sangre salía despedida del profundo corte que tenía en el mentón.

Khadgar observó cómo ambos orcos gruñían y se abalanzaban de nuevo sobre el joven paladín, pero esta vez sus ataques fueron más torpes, más salvajes. Turalyon evitó que lo alcanzaran con una simple treta, arremetió a gran velocidad contra ellos y se escabulló por el espacio que había entre ambos, dejándolos atrás, no sin antes haberlos golpeado en el estómago. Ambos se encogieron de dolor y el líder humano aprovechó tal

circunstancia para darles una patada por detrás. Los dos hermanos cayeron dando tumbos por la rampa hasta estrellarse contra el duro suelo de piedra. Al instante, su adversario se encontraba de nuevo a sus espaldas y sus armas no tardaron en hendir el aire con un letal silbido.

Por desgracia, los hermanos no estaban solos.

—¡Compañeros de clan, ayúdenos! —exclamó uno de los hermanos—. ¡Maten al humano!

Dos orcos más se sumaron a la refriega y los Blackhand aprovecharon la oportunidad para retirarse. Si bien los hermanos se defendieron de algunos de los hombres que se aproximaron a ellos, a Khadgar le dio la impresión de que luchaban con cierta desgana. Sin duda alguna, habían reevaluado la situación y habían concluido que tenían pocas posibilidades de sobrevivir. Entonces, se abrió un hueco en las fuerzas de la Alianza que se acercaban al portal y los hermanos orcos lo aprovecharon para huir. Un puñado de sus compañeros de clan siguió su ejemplo. Pero Turalyon estaba demasiado ocupado en esos momentos como para perseguirlos. No obstante, el resto de orcos se quedaron a luchar e incluso algunos de ellos escupieron y maldijeron a los Blackhand al verlos huir. De hecho, los dos que habían acudido a ayudar a los hermanos seguían siendo una amenaza para Turalyon.

—¡Rargh! —gruñó uno de ellos, al mismo tiempo que atacaba con su hacha.

Turalyon bloqueó el golpe con su martillo y apartó a un lado el arma del pesado orco. Acto seguido, lo atravesó con la espada rota, cuya hoja atravesó tanto la armadura como la carne hasta enterrarse en el tronco de esa criatura. El orco soltó su arma y se quedó rígido, jadeó mientras se aferraba a esa espada manchada de sangre y, a continuación, se desplomó y cayó al suelo, con los ojos vidriosos.

—¡Muere! —aulló el otro orco, que se abalanzó sobre Turalyon.

El joven paladín, que ya había arrancado la espada del cadáver del primero orco, arremetió contra el segundo, al que acertó con la punta mellada de su arma justo en la garganta. Como eso no fue suficiente para detener la carga de su adversario, Turalyon tuvo que desviar la trayectoria del hacha del orco de un martillazo y, de inmediato, volvió a atacarlo. Esta vez, acertó de lleno en la cabeza del orco con su pesado martillo. El golpe debió de ser tremendo, ya que el guerrero orco se derrumbó de inmediato. La sangre manó de su sien destrozada y ya no volvió a moverse.

Turalyon contempló ambos cadáveres por un instante y, acto seguido, dirigió su mirada hacia los Blackhand, a quienes acabó perdiendo de vista en el extremo más lejano del valle. Entonces, alzó la mirada hacia el saliente, donde divisó a Khadgar.

—¡Hazlo ahora! —vociferó el paladín, señalando con la espada de Lothar al portal—. ¡Destruyelo!

—¡Aléjense! —gritó Khadgar a modo de réplica—. ¡No sé qué puede ocurrir!

Apenas fue consciente de que su amigo asentía y se alejaba corriendo de esa descomunal estructura de piedra, ya que tanto él como los otros once magos que se hallaban con él tenían toda su atención centrada en el portal.

Pudo percibir su tremendo poder, su vínculo con este mundo y Draenor y la grieta que había abierto para permitir el acceso a ambos. Sospechaba que la grieta simplemente engulliría su magia. Además, ambos mundos eran demasiado grandes y poderosos como para que incluso la magia de los doce magos ahí reunidos los afectara. Así que lo único que podían hacer era destruir el propio portal, ya que, por mucho poder que albergara, estaba hecho de piedra y la piedra era algo que sí podían hacer añicos.

Khadgar se concentró e invocó tanto poder como pudo, inundando así su ser de energía mágica. Si bien en esas tierras quedaba ya muy poco poder que invocar, el mismo Portal Oscuro contaba con una enorme energía y no había nada que protegiese ya esa reserva de magia, que pudiera evitar que cierta gente, como esos magos, pudiera utilizar ese poder para sus propios fines. Eso era precisamente lo que Khadgar y el resto de magos estaban haciendo en esos momentos, estaban extrayendo todas las reservas de energía del portal hasta dejarlas agotadas del todo para redirigirlas hacia el propio Khadgar. Se le puso el pelo de punta y la energía crepitó por todo su semblante y sus dedos. El viento ululó a su alrededor y le pareció ver que un relámpago caía cerca, aunque podría haberse tratado perfectamente de un rayo de energía arcana que acababa de pasar delante de sus ojos o incluso a través de ellos. Esperaba que con todo ese esfuerzo bastara.

Khadgar, que se hallaba situado frente al Portal Oscuro, cerró los ojos y extendió los brazos, con las palmas de las manos vueltas hacia arriba. Reunió hasta la última gota de magia que acababa de absorber y creó con ella una especie de esfera mística que pendió en el aire, vibrante y radiante, ante sus ojos. Era capaz de percibir cómo vibraba esa esfera, que no era más que una gran cantidad de energía contenida a duras penas en esa forma circular. Sí, era perfecta. A continuación, centró su atención en el portal, en las energías que rugían ahí y se colocó en una posición que le permitió alinearse con esa estructura.

Entonces, abrió los ojos por fin.

Acto seguido, juntó ambas manos con celeridad, girando las palmas en el último segundo para dar una fuerte palmada. La bola de energía salió disparada, se alargó y aplanó y pasó de ser una mera esfera a una suerte de lanza larga y esbelta.

Una lanza que se clavó justo en el centro del portal, cuya energía se esparció fuera y dentro del Portal Oscuro, así como por las losas de piedra que formaban sus laterales y su parte superior. La explosión resultante hizo que la mayoría de los soldados de la Alianza y gran parte de los orcos que aún quedaban ahí perdieran el equilibrio. Incluso el mismo Khadgar se tambaleó ahí arriba. El pesado dintel del portal y sus columnas cuadradas estallaron en mil pedazos. Por fortuna para las fuerzas de la Alianza que se encontraban

cerca, la explosión lanzó casi todos los fragmentos más grandes de piedra al interior del portal.

Acto seguido, el portal se desvaneció y los turbios colores que este había proyectado hasta hacía solo un momento se vieron reemplazados por un espacio vacío. Khadgar notó que el mundo volvía a respirar al haberse roto el vínculo que le había unido a Draenor, acabando así con la influencia que ese mundo moribundo ejercía sobre el suyo, de tal modo que la naturaleza pudo volver a imponerse.

Khadgar miró hacia abajo y pudo ver que Turalyon se estaba levantando del suelo. El paladín se encontraba cubierto de polvo y pequeños fragmentos de piedra, pero aparte de eso, parecía ileso. Mientras se limpiaba el polvo de la cara, los brazos y el pecho, alzó la mirada y sonrió a Khadgar.

—No creo que vuelvan a utilizar ese portal —comentó a voz en grito.

Ambos se echaron a reír, aunque esas carcajadas reflejaban más el profundo alivio que sentían que una gran alegría.

La guerra había acabado. Y la Alianza había ganado. Su mundo estaba a salvo.



# EPÍLOGO

—**S**erá un monumento impresionante —comentó Turalyon. Tanto él como Khadgar se hallaban montados a lomos de sus caballos cerca del saliente del risco, contemplando la sencilla llanura donde Lothar había librado su última batalla meses antes. Aquel paisaje era inhóspito, duro y atroz, consistía principalmente en piedra negra y lava solidificada, salvo en esos lugares donde la lava brillaba entre las sombras con un fulgor rojo. El aire estaba repleto de cenizas y hollín, y el ciclo parecía hallarse cubierto de manera perpetua. Las montañas se alzaban amenazadoras sobre ese lugar, como unos guardianes que la vigilaran con gesto de reprobación y menosprecio. La Cumbre de Roca Negra se alzaba en la lontananza.

—Lo será —coincidió Khadgar—. Su sacrificio brillará siempre como un símbolo de lealtad y valentía, incluso después de que otras huellas de esta guerra hayan desaparecido.

Turalyon asintió con la cabeza. Su mirada aún se centraba en la estatua que se había erigido en la Cumbre de Roca Negra. El Señor Regente Anduin Lothar, Campeón de Ventormenta y Comandante de la Alianza, alzaba su espada con su escudo en ristre, mientras miraba hacia el cielo como si lo estuviera retando a combatir contra él. Ese hombre de marcados rasgos, que iba vestido con una armadura completa aunque no llevaba yelmo, contemplaba el valle con una mirada severa a la vez que bondadosa.

—Bueno, al menos, la guerra ha acabado —afirmó Khadgar.

Era cierto. La batalla del Portal Oscuro había sido la última de esa guerra. Los pocos orcos que habían sobrevivido a ella se habían rendido y habían sido hechos prisioneros. Como nadie sabía muy bien qué hacer con ellos, los habían obligado a realizar trabajos forzados, a arrastrar hasta ahí los materiales necesarios para erigir el monumento a Lothar, lo cual era un detalle irónico que Turalyon supo apreciar. En cuanto hubieran terminado la estatua, tal vez los enviaran a realizar otro tipo de trabajos forzosos. No creía que fueran a matarlos, aunque tampoco podían soltarlos, ya que no querían correr el riesgo de que volvieran a refundar la Horda. No obstante, algunos de ellos habían logrado escapar, como era el caso de los Blackhand, pero ahora mismo, no contaban con tropas suficientes como para ser una seria amenaza.

Aun así, eso no era ya de su incumbencia. Terenas y los demás reyes tomarían esas decisiones cuando llegara el momento. En cuanto Lordaeron había quedado libre de orcos, Terenas había marchado con sus fuerzas hasta Alterac, donde había declarado la ley marcial y había depuesto al traidor de Perenolde, al que había encarcelado. Si bien el destino de Alterac aún era incierto, la Alianza seguiría existiendo; además, el resto de monarcas le habían pedido a Turalyon que siguiera siendo su Comandante. El joven paladín había aceptado la propuesta, pues creía que Lothar habría querido que siguiera desempeñando ese papel. Lo único que su amigo y mentor quiso en toda su vida fue proteger esas tierras y a la gente que vivía en ellas, y él había jurado hacer lo mismo.

—No deberías pensar tanto —comentó Khadgar, quien le dio un leve codazo en el brazo.

—Solo pienso en el futuro y en lo que este nos deparará —replicó Turalyon.

—Nadie conoce el futuro —afirmó su amigo, aunque una extraña expresión se dibujó fugazmente en su rostro—. No obstante, sospecho que volveremos a oír hablar de la Horda o de su mundo.

—Espero que te equivoques —le dijo Turalyon—. Pero si estás en lo cierto, los estaremos esperando cuando regresen. Y los volveremos a expulsar, tal y como hemos hecho esta vez. Este mundo es nuestro y, por la Luz Sagrada, vamos a protegerlo ahora y siempre.

El mago se echó a reír.

—Una noble declaración de intenciones, mi buen Turalyon —aseveró de manera burlona—. Tal vez graben esa frase en tu estatua para la posteridad cuando llegue el momento.

—¿En mi estatua? —replicó Turalyon entre risas—. ¿Qué tendríamos que hacer para ganarnos ese honor?